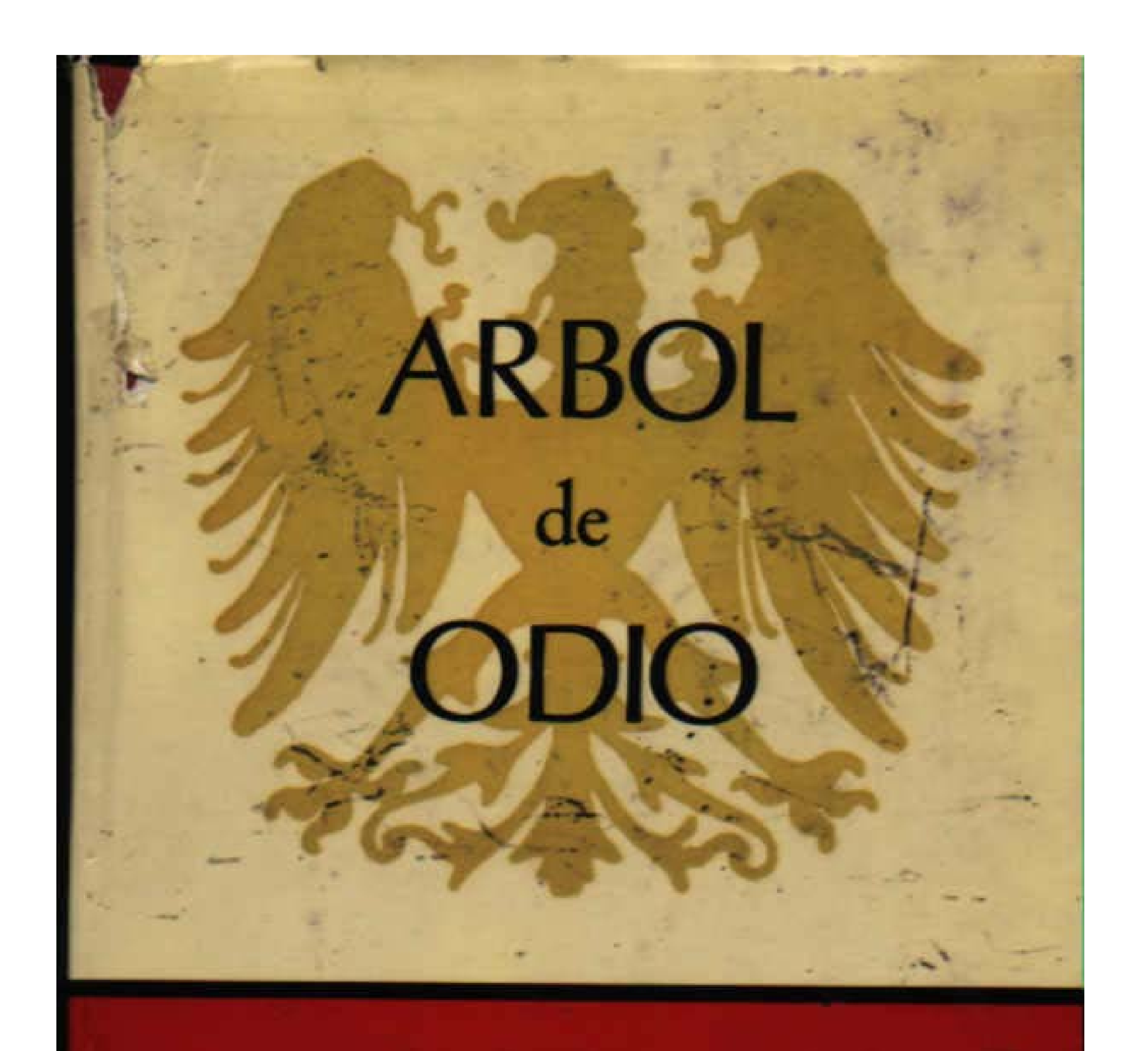


ARBOL de ODIO

La Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el Mundo Hispánico

Philip W. Powell

Arbol de odio

ARBOL DE ODIO

La Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el Mundo Hispánico

POR

PHILIP W. POWELL



EDICIONES
José Porrúa Turanzas, S. A.
MADRID

Título original:
«TREE OF HATE»
Basic Books, Inc.

Traducción:
Carlos Sáinz de Tejada

Impreso en España
Printed in Spain

Depósito legal: M. 18.591-1972

EDICIONES JOSÉ PORRÚA TURANZAS, S. A.
CEA BERMÚDEZ, 10
MADRID (ESPAÑA)

Talleres Gráficos Porrúa.-José, 10.-Madrid

Para DIANA LINDA

Una joven de ejemplar coraje

Jamás podría yo descubrir de qué raíz este extenso y fecundo árbol de odio de España hacia nosotros, y de nosotros hacia España, comenzó a engendrarse.

¿No? Entonces te lo diré: sazonemos nuestro dolor con este discurso.

ANTIGUA COMEDIA INGLESA,
Dick of Devonshire, 1625

(I nere could tell from what roote this huge Large spreading Tree of hate from Spayne to us, From us agayne to Spayne, took the first growth.

¿No? Then Ile tell you: let us season our sorrow with this discourse.)

PROLOGO

España, la primera potencia cumbre de los tiempos modernos, fue preeminente en Europa y soberana de un imperio que empequeñeció a los de Roma y Gengis Kan. Asimismo, fue la primera potencia global que asumió lo que vino a llamarse «la carga del hombre blanco», y, simultáneamente, defendió al Mundo Cristiano contra los fuertes embates del infiel euro-asiático.

Con tareas y objetivos de tal magnitud y envergadura, España inevitablemente se agotó a sí misma en sangre y riqueza, y su poderío vino en declive en Europa, donde su prolongado imperio finalmente tuvo que ceder ante Francia e Inglaterra, sus sucesoras en la cumbre. Mas los siglos de su dominio imperial le crearon un conjunto de enemigos que, mezclando temores, envidias y los odios intensos de conflictos religiosos, hicieron que España y sus hijos fueran los primeros en sufrir el impacto de la imprenta como arma de propaganda. El poderío español fue el blanco de ataques devastadores de sus enemigos, que iniciaron la moda en Occidente de denigrar a España y a todo lo español, montando de tal forma su propaganda, que llegaron a confundirla con las verdades de la Historia.

El relato de esta Leyenda Negra, con su deformada visión de una España singularmente depravada, ha de ofrecer especial interés a los ciudadanos de aquella otra potencia, los Estados Unidos de América, ahora en la cumbre de su poderío, que actualmente derrama sangre y riqueza en la doble tarea de defender al Occidente y auxiliar a las naciones subdesarrolladas, en tanto que sufre los golpes de una propaganda a nivel global, calculada para destruirla. Asimismo, para el entendimiento del vasto mundo hispánico, tan vital y trascendente

en la supervivencia de la civilización occidental, es esencial un conocimiento del origen, evolución y perennes frutos de aquel «extenso y fecundo árbol de odio».

PHILIP W. POWELL

Santa Bárbara, California.

PREFACIO A LA EDICION ESPAÑOLA

Las siguientes páginas fueron escritas originariamente en inglés, con destino a mis compatriotas de los Estados Unidos, para familiarizarlos con el crecimiento de la «leyenda negra» antiespañola y las variadas formas en que nuestras opiniones sobre España y los españoles y sobre su historia, han sido torcidas por los odios y difamaciones de propagandas y prejuicios nacidos en tiempos de guerra y de tensiones nacionalísticas. Aunque España y mi país hoy día están en paz, y las animosidades entre los pueblos de habla inglesa y española ya no tienen la virulencia de antaño es, sin embargo, verdad que las pautas de pensamiento «leyenda-negristas» persisten en la estructura educativa de los Estados Unidos y proveen una continuada fricción en ciertos de los aspectos más importantes de nuestras relaciones con los países y pueblos de la Península Ibérica y Latinoamérica.

En exceso difícil es el extirpar o aún contrarrestar esos vestigios de la Leyenda Negra, precisamente porque todavía ejercen influencia poderosa en nuestros círculos intelectuales y de liderato. La tragedia fundamental es que la Leyenda Negra, de por sí un acceso antiintelectual al mundo hispánico, permanezca arraigada con tanta firmeza en los mencionados círculos culturales del mundo angloamericano y, también, en la mayoría de los pueblos occidentales, incluyendo a Latinoamérica. A diferencia de otros prejuicios raciales, religiosos o propagandísticos, esta Leyenda es pocas veces reconocida como tal, y aún menos veces condenada, por los mismos líderes intelectuales que se jactan de luchar contra similares prejuicios de raza, color o religión.

Mis años de compenetración y conciencia de la sensibilidad de

los españoles en particular —así como la de los no hispanos que comprenden y deploran las falacias de la hispanofobia— hacia el carácter difamatorio de la Leyenda Negra y al mal que ha causado, me han movido a presentar esta edición en lengua castellana de mi obra, titulada en inglés Tree of Hate. *Lo hago en la creencia de que la gente de habla española, en cualquier país que se halle, puede beneficiarse de un conocimiento de las diversas maneras en que la Leyenda y sus ecos han ocasionado daños a su reputación, tanto en el pasado como en el presente, perjudicando las interrelaciones de las dos culturas más extensas del Oeste, los mundos de habla inglesa y española.*

Mi más cara esperanza es que un conocimiento amplio de la Leyenda Negra y sus efectos, en ambos nuestros mundos, allanará el camino hacia el establecimiento de vínculos más fuertes de amistad y simpatía, los que considero esenciales para que sobreviva y prospere lo que llamamos «civilización occidental».

PHILIP W. POWELL

INDICE

PARTE I

Dimensiones de la Leyenda Negra.

PARTE II

Crecimiento de la Leyenda.

PARTE III

Ecos de la Leyenda.

PARTE I

Dimensiones de la Leyenda Negra

CAPITULO I

Introducción al sofisma de la hispanofobia

> *«Retráteme el que quisiere»*, dijo don Quijote, *«pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias»*.
>
> Don Quijote, parte II, capítulo 59.

Nosotros, los de Estados Unidos de América, que orgullosamente hemos tratado de ser paladines de los valores en que se apoya la civilización occidental, jamás hemos logrado alcanzar auténtica comprensión y afinidad con una vasta porción de esa civilización, la de habla castellana y portuguesa: y ésto, pese a haber sido los pueblos ibéricos, por siglos, escudo y lanza del occidente cristiano frente al Oriente infiel y ser hoy en día el idioma español, después del inglés, el más extendido entre los de cultura occidental. Desde la Segunda Guerra Mundial, el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos han participado en intentos de aislar a España, no sólo del mundo occidental, sino incluso del conjunto de la comunidad de naciones. Hemos también descuidado peligrosamente o dirigido en forma incompetente, nuestras relaciones con la América Latina, a pesar de que ella constituye la mayor parte del mundo hispánico y a que ha sido piedra angular de nuestra política exterior. Y hemos ignorado, en una postura casi insultante, las justificadas pretensiones portuguesas de obtener la consideración de aliados frente al comunismo euro-asiático (1).

Hace ya mucho tiempo que algunos de nuestros ciudadanos vie-

nen advirtiendo que hay algo trágicamente equivocado en estos hechos, y que el abismo entre nosotros y los países hispánicos parece, con frecuencia, que lejos de estrecharse se agranda, contituyendo no sólo un gran peligro mutuo, sino también un arma poderosa para aquéllos que buscan nuestro daño o destrucción. Las causas básicas de este nuestro defectuoso entendimiento con el mundo hispánico, origen de nuestra peligrosa depreciación y consiguiente abandono de esta gran comunidad cultural, están, ante todo —sin que nos hayamos dado perfecta cuenta de ello— profundamente enraizadas en el pasado.

Demasiados han sido los que entre nuestros líderes políticos e intelectuales han visto a la América Latina en términos tan simplistas como Dictadura contra Democracia; o como una aristocracia pequeña y blanca señoreando sobre anónimos millones de siervos indios; o como ejercicio en un vasto proyecto de salvación logrado gracias a nuestras buenas obras y nuestra largueza pecuniaria. Tales abstracciones son absurdamente ingenuas porque carecen de perspectiva histórica. Esta especie de distorsión —un compuesto de nuestra educación defectuosa, de nuestras irreprimibles tendencias misioneras, de una ideología marxista, y a veces contagiada del pánico de que los comunistas en la América Latina alcanzan una estatura de tres metros— viene a ser el último eslabón en una larga cadena de errores a través de la historia. Es el fruto de habernos negado a reconocer, respetar y apreciar con simpatía las complejidades de una vasta sociedad hispano-católica-mestiza-india-negra-mulata que además de ser vital para nuestro bienestar constituye una gigantesca aportación a aquellas tradiciones culturales que anhelamos defender.

Nuestra costumbre nacional e inveterada de mirar con condescendencia y valorar con ingenuidad los acaecimientos del mundo hispánico, es un hábito que arranca de nuestras escuelas elementales y se remonta y extiende hasta nuestras universidades, para llegar a la misma Casa Blanca, y tiene su origen en antagonismos ancestrales que han llegado a convertirse en prejuicios perennes, tan injustificados como peligrosos.

No es fácil discernir la profundidad de este prejuicio, especialmente si se disfraza por contingencias en cierto modo superficiales, tales como una crisis política en Argentina, una revolución en Guatemala, un episodio en Bahía de los Cochinos o el secuestro de un embajador en Uruguay. Este prejuicio desafía su propia enmienda, ya que se filtra entre muchos de nuestros maestros, escritores, intelectuales y políticos, que rigen nuestras actitudes hacia los países hispánicos, así como las relaciones entre ellos y nosotros.

El hecho de que estas preconcebidas ideas formen un complejo básicamente antiespañol, con sus raíces en un pasado lejano, es poco conocido y aún menos sopesado. (Lo español en la América Latina es para nosotros menos afín que la compasión que sentimos por el indio americano.) Y es la profundidad de tales raíces lo que las oculta de la vista de una gente para quien el sentido de historia no pasa de consultar los titulares del periódico de ayer. Pero con frecuencia se ven las ramas y el fruto de esta actitud: desdén y abandono de la cultura hispánica; arrogancia gubernamental; condescendencia turística; un ofensivo exclusivismo social en la tendencia a «hacer colonia» en el extranjero (forma especial de *apartheid*); o una fe infantil en que podemos producir expertos sobre Latinoamérica en veinticuatro horas.

Es lamentable en extremo que los mitos de la hispanofobia en Occidente, y de modo particular en nuestro país, lleven la etiqueta de respetabilidad intelectual. Esto contrasta con prejuicios tales como el de la «supremacía blanca» o el denominado antisemitismo que, muy al contrario, no llevan tal pasaporte, por lo que es ciertamente difícil el hacerse oír sobre cuanto se encierra de falaz en la Leyenda Negra. Nuestros intelectuales, por lo general, sienten y demuestran menosprecio por la cultura hispana, atribuyéndole singular atraso. Precisamente porque esta manera de pensar ha permanecido tanto tiempo infiltrada en nuestros círculos intectuales y en las altas esferas de la dirección política, necesita imperiosamente atención aún mayor que la que hemos otorgado a otras injusticias raciales y culturales.

Los conceptos hispanofóbicos que más han influido en la deformación del pensamiento occidental, tuvieron su origen entre franceses, italianos, alemanes y judíos, y se propagaron de forma extraordinaria durante los siglos XVI y XVII, merced al vigoroso y múltiple empleo de la imprenta. A mayor abundamiento, las pasiones de la Reforma Protestante, mezcladas con los intereses antihispanos de Holanda e Inglaterra, contribuyeron a formar un ambiente propicio para el desarrollo del amplio y frondoso «árbol de odio» que floreció y se puso muy de moda en el mundo occidental durante la época de la Ilustración del siglo XVIII, cuando tantos dogmas de hoy tomaron forma clásica.

La escala de los héroes de la anti-España se extiende desde Francis Drake hasta Teodoro Roosevelt; desde Guillermo El Taciturno hasta Harry Truman; desde Bartolomé de Las Casas hasta el mejicano Lázaro Cárdenas, o de los puritanos de Oliverio Cromwell a los comunistas de la Brigada Abraham Lincoln —de lo romántico a lo prosaico, y desde lo casi sublime, hasta lo absotutamente ridículo. Hay mucha menos distancia de concepto que la que hay de tiempo entre el odio anglo-holandés a Felipe II y sus ecos en las aulas de las universidades de hoy; entre la anti-España de la Ilustración y la anti-España de tantos círculos intelectuales de nuestros días.

La deformación propagandística de España y de la América Hispana, de sus gentes y de la mayoría de sus obras, hace ya mucho tiempo que se fundió con lo dogmático del anticatolicismo. Esta torcida mezcla perdura en la literatura popular y en los prejuicios tradicionales, y continúa apoyando nuestro complejo nórdico de superioridad para sembrar confusión en las perspectivas históricas de Latinoamérica y de los Estados Unidos. Sería suficiente esta razón para inducir al profesorado y otros intelectuales a promover y favorecer cuanto contribuya a eliminar los conceptos erróneos vigentes sobre España.

Por lo general, la propaganda efectiva está dirigida por intelectuales que se entregan apasionadamente a una causa, o bien lo hacen por

determinada recompensa —hombres familiarizados con los medios adecuados para moldear el pensamiento de los demás. Esto es lo que a menudo ha sucedido con las propagandas antiespañolas, tanto en los tiempos pasados como en la actualidad. Por desgracia, esta entrega de líderes intelectuales a misiones propagandísticas, tanto en el curso de los siglos XVI y XVIII como en el XX, ha determinado con frecuencia un excesivo éxito en la santificación del error. Cierto es que la Leyenda Negra ha tenido detractores de gran talla intelectual desde sus comienzos, pero no es menos cierto que tales refutaciones nunca han gozado del grado de difusión alcanzado por las mentiras destinadas a mover o manufacturar prejuicios populares. La erudita oposición a las falsas interpretaciones populares de los hechos históricos españoles, ha estado circunscrita a círculos limitados, y el número de los bien informados sigue siendo reducido por falta de un vigoroso esfuerzo contrario.

Sobre héroes nórdicos y villanos españoles

> *«El mito nórdico débese no poco al hecho de que los mapas se cuelgan con el Norte en alto y el Sur abajo».*
>
> SALVADOR DE MADARIAGA (2).

El estereotipo del español, según nuestros textos escolares, literatura popular, cine y televisión, es el de un individuo moreno, con barba negra puntiaguda, morrión y siniestra espada toledana. Se dice que es, por naturaleza, traicionero, lascivo, cruel, codicioso y absolutamente intolerante. A veces toma la forma de un encapuchado inquisidor, malencarado. Más recientemente, y con menos acritud, se le ha presentado como una especie de astuto, escurridizo, semidiabólico y donjuanesco «gigolo». Pero sea cualquiera la descripción que de él se haga, lo más frecuente es que se le presente contrastándolo con el «ego» nórdico.

El conflicto histórico y literario entre el héroe nórdico y el villano español, tan popular en el mundo de habla inglesa, que se remonta a la época de Francis Drake y de la Armada Española, ha moldeado en nosotros, al igual que en nuestros mayores, una firme fe en la superioridad nórdica. Aquel villano español de la obra, continúa personificando las perversidades de la Iglesia Católica-Estatal; la barbarie de la conquista del Nuevo Mundo, y un genérico concepto de inferioridad moral-físico-intelectual, en contraste con las virtudes de los nórdicos (3).

Desde los libros de texto a las novelas de capa y espada y viceversa, a los villanos españoles raramente se les concede una oportunidad frente a los héroes nórdicos. Tal vez sea mejor, pues al contrario de las creencias populares, el auténtico español, especialmente en su apogeo imperial, fue un soldado y diplomático de primera clase, con muchas victorias en su haber; podría significar una gran desilusión para nuestros escolares y público el conocer cuán a menudo desbarató los planes de nuestros antepasados anglosajones. Vayan como prueba unos pocos ejemplos: la derrota de Juan Aquines (John Hawkins) y Francis Drake en Veracruz (Méjico) en 1568; la airosa defensa de Cartagena de Indias contra la flota de Lord Vernon en 1740; la derrota por los hispanoargentinos de dos intentos sucesivos de invasión inglesa en 1806 y 1807; el fracaso del proyecto de Cromwell contra las Indias Españolas, en contraposición con sus grandes objetivos; y un éxito general al mantener, e incluso aumentar, sus dominios americanos no sólo contra los ingleses, sino contra cuantos les amenazaron y atacaron.

Así es que para describir el estereotipo español, los dados de nuestra literatura están normalmente cargados. ¿Quién, pongo por caso, oyó alguna vez comentar la humanidad y buenos modos de los conquistadores españoles, con independencia de que tuvieran vicios y virtudes iguales o parecidos a los ingleses de su época, como Enrique VIII e Isabel I? (Walter Raleigh fue, en realidad, un tipo renacentista español vestido a la inglesa.) O, por casualidad, ¿pudo haber detrás de aquella siniestra espada toledana un auténtico héroe, hon-

rado y generoso? (un par de excepciones curiosas pueden hallarse en mi bibliografía, páginas 252-253). O, ¿es posible que existiera un inquisidor español de cultura, justicia y humanidad? ¿O tal vez un bizarro capitán de marina española, generoso y caballero en su victoria, digamos, sobre un inglés?

Acompañando a este villano hay otros personajes literarios igualmente estereotipados. Tales como la figura del «buen fraile», un misionero sentimentalmente eficaz en revelar los defectos de los otros españoles. Estos padres son una especie de eco continuado del defensor de los indios, fray Bartolomé de Las Casas, y posiblemente reflejan el hecho de que una gran parte de la historia de España en América fue escrita por clérigos que no tuvieron reparos al criticar a soldados, capitanes u otros oficiales seculares con quienes estaban en desacuerdo.

También encontramos al hacendado implacable, tiránico y duro de corazón, y la del escurridizo, traidor y «grasoso» mejicano (el epíteto en inglés «greaser»), que simbolizan, en cierto sentido, la depravación española y que han ganado una considerable popularidad en los escenarios de Hollywood y particularmente en las películas de «cowboys». Sirva de ejemplo la siguiente descripción: «... ella ordenó que viniese el mejicano, y al punto se presentó un ignominioso ejemplar de su raza, escurridizo y servil, de ojos amarillentos y con incrustaciones de nicotina en su mismísima alma» (Max Brand, *Destry Rides Again,* p. 69).

Otro tipo clásico es el del bandolero, guerrillero duro y feroz y testimonio de que los españoles sólo son aptos para la lucha de guerrillas y que por ello la Península ha sido singular semillero de bandidos. La obra de Ernest Hemingway, *Por quién doblan las campanas* y después la película, ayudaron a actualizar el eco del guerrillero español, aunque suavizándolo con simpatías políticas y con Ingrid Bergman.

El tradicional y ficticio villano español está sobrepasado en sus tintas por lo grotesco de la literatura de viaje que toca a España y a su pueblo. Esta clase de deformación comenzó a últimos del siglo XV y a principios del XVI, cuando los viajeros italianos y algunos

otros comenzaron a crear el tipo español racialmente inferior, tenebroso, traicionero y excesivamente arrogante.

Los compatriotas de Maquiavelo manuscribieron las primeras narraciones de viajes en España, extensamente divulgadas, iniciando así el hábito de exagerar y deformar sus costumbres a base de conocimientos superficiales. Estas prácticas se manifestaron en expresiones como éstas: «Son miserables y ... consumados ladrones ... no tienen aptitudes para la literatura ... En apariencia son religiosos, pero en realidad no lo son ... Son tan descuidados en lo que respecta al cultivo de la tierra y tan lerdos para las artes mecánicas, que lo que en otros lugares se haría en un mes, ellos lo hacen en cuatro» (4).

Los famosos embajadores italianos que hicieron tales comentarios en la época en que los españoles entraban en su Edad de Oro imperial y cultural, iniciaron la costumbre de hacer observaciones desfavorables, que aún continúa en la actualidad. «Estos relatos, traducidos al francés y al inglés, contribuyeron poderosamente a crear una imagen fantástica de España y de los españoles, pues aun teniendo bastantes cosas ciertas, contenían también bastantes exageraciones» (5).

Las desfiguraciones en las narrativas extranjeras alcanzaron tal dimensión a últimos del siglo XIX, que al famoso novelista español Juan Valera le movieron a zaherir con amargos sarcasmos a los que se habían tragado los ridículos estereotipos de su país:

> «Cualquiera que haya estado algún tiempo fuera de España podrá decir lo que le preguntan o lo que dicen acerca de su país. A mí me han preguntado los extranjeros si en España se cazan leones; a mí me han explicado lo que es el té, suponiendo que no lo había tomado ni visto nunca; y conmigo se han lamentado personas ilustradas de que el traje nacional, o dígase el vestido de majo, no se lleve ya a los besamanos ni a otras ceremonias solemnes, y de que no bailemos todos el bolero, el fandango y la cachucha. Difícil es disuadir a la mitad de los habitantes de Europa de que casi todas nuestras mujeres fuman, y de que muchas llevan un puñal en

> la liga. Las alabanzas que hacen de nosotros suelen ser tan raras y tan grotescas, que suenan como injurias o como burlas» (6).

Un escritor de finales de siglo se lamentaba de que la mayoría de los viajeros a España nunca se tomó la molestia de informarse sobre el país antes de visitarlo, o de aprender algo de su idioma, cosas tan indispensables para comprender sus costumbres (7). Ambas observaciones pueden aplicarse todavía; últimamente tenemos al turista gracioso, con afición a los toros, que pretende ilustrarnos sobre cosas de España, tras las huellas de Hemingway y Barnaby Conrad. Los «hinchas taurinos» han infestado la Península durante algunos años; ¡si ve usted venir a alguno, escóndase y rece para que no venga a escribir un libro sobre España!

Hay otros pueblos y naciones que tienen que soportar «tipismos» clásicos y caricaturas nacionales o raciales, pero sufrir a un tiempo una historia deformada intencionadamente y un tipo de literatura para viajeros sobrecargado de ofensas, ha correspondido a España en medida, por cierto, superior a sus merecimientos. Sería menos malo si esta mescolanza de prejuicios consistiera sólo en el enamorado andaluz, lánguidamente romántico, con guitarra bajo el balcón, o en un Tyrone Power torero, pisando la sangre y arena de Hollywood o en una Carmen apasionada y trágica con navaja en la liga. Algunos españoles, en realidad, se quedaron un poco perplejos cuando vieron a *Carmen Jones;* ya se habían acostumbrado, con resignación, a la advenediza Carmen de Bizet, y pensaron que la extravagante versión achocolatada había ido demasiado lejos pero, tomándoselo a broma, sacaron el mejor partido de ello: «[Carmen] ya no nos pertenece, ni aun como hermana adoptiva. Aunque, si bien lo pensamos, ¿qué es esta Carmen Jones, negra bellísima, sino una muestra y una prueba más del poder expansivo y universal de lo español? Auténtica o importada, la españolada puede contagiar a otras razas y ambientes» (*ABC,* Madrid, 6 de mayo de 1955).

Si las caricaturas clásicas se redujeran al tacaño escocés, al fran-

cés faldero, al judío usurero, al Coronel Blimp, la «nana negra», o al bocazas yanqui en tierra extranjera, podríamos calificarlo de entretenimiento inocente y dejarlo estar, pero algunas deformaciones están tan cargadas de odio e insultos ofensivos, que el daño que producen es demasiado grande para tomárselo a broma o repararlo. En grado semejante sufrimos las noticias tendenciosas de *Pravda* e *Izvestia* sobre nosotros y nuestra historia, como aquellas exageraciones relacionadas con linchamientos de negros, guerra bacteriológica en Corea, versiones del martirio de los Rosenberg, o las aberraciones poéticas de Yevtushenko, que sacan partido de la tragedia universitaria de Kent State, delineando ante el mundo una imagen de los Estados Unidos aceptada por muchos indiscriminadamente. Algo similar sucede con la insidiosa literatura antiyanqui en Latinoamérica que, durante más de medio siglo, ha contribuido mucho al agriamiento progresivo de las relaciones entre las dos Américas, creando una caricatura de nuestra nación de carácter injurioso y de amplia difusión. Al igual que ocurrió en los siglos de difamación de España, sucede ahora con el concepto que nuestros vecinos del sur tienen sobre nosotros, que no es otra cosa que un brebaje venenoso, en cuya composición entran verdades, medias verdades, propaganda, prejuicios y conveniencias políticas fácilmente explotadas por nuestros enemigos jurados. Más que dólares, necesitaríamos de inteligencia para contrarrestar los efectos de esta «leyenda negra» que nació entre la intelectualidad latinoamericana y que sigue perpetuándose por sus propios autores.

Al judío, a quien le interesa la justicia histórica, y que quizá esté todavía amargado por el veneno del famoso *Protocolos de los Sabios de Sión* o más recientes propagandas antijudaicas, le costaría poco esfuerzo el comprender lo que ha sufrido España, aunque sus correligionarios hayan contribuido mucho a la difamación de ella (8). Una desapasionada reflexión sobre la naturaleza del daño hecho a nuestra psicología nacional por los tipos creados en Hollywood del arrogante y perverso oficial alemán, que siempre resulta burlado por esos magníficos individuos del Servicio de Inteligencia

Británico o Americano, facilitaría buenos ejemplos para cualquier ponderado ensayo sobre la infamación propagandística de Felipe II y sus vasallos.

Definiciones de la Leyenda Negra

Los principales pilares sobre los que descansa la Leyenda Negra antiespañola son: (1) El terror, envidia y odio de los que chocaron con el poder español: político, militar, económico o religioso en Europa, durante casi cuatro siglos después del XIV, y que fueron, principalmente, italianos, ingleses, holandeses, alemanes, franceses, judíos y portugueses; (2) Antagonismos similares de aquellos pueblos y naciones que quisieron disputar a España su dominio sobre el Nuevo Mundo: Holanda, Inglaterra, Francia y Portugal; (3) La intencionada difamación de determinados personajes españoles de mayor relieve, como Torquemada y Felipe II; o de ciertas instituciones y actuaciones españolas, como la Inquisición, la conquista y colonización del Nuevo Mundo y su política de exclusivismo, el saqueo de Roma —difamación practicada por escritores pertenecientes a naciones rivales; (4) La fusión de los apartados 1, 2 y 3 en una campaña de descrédito más intelectualizada, presentando a España como el «horrible ejemplo» de todo lo que la Ilustración hubo de atacar, tal como las iniquidades de la Iglesia-Estatal, intolerancia, tradicionalismo y oscurantismo, en forma más racionalizada y dogmatizada, en los siglos XVIII y XIX; (5) Indiscriminada aceptación popular, y lo que es peor, intelectual, de las patrañas antiespañolas, particularmente en aquellas naciones y pueblos que amoldaron el pensamiento occidental después de que España perdiese su hegemonía en Europa.

La Leyenda Negra es descrita a veces como una acumulada difamación de la actuación de España en las Américas, pero esta definición no es completa; se deriva principalmente de la tendencia de

los americanistas a truncar su punto de vista sobre el mundo hispánico, para aventurarse, con poca inclinación, hacia el este de la antigua Línea de Demarcación. Asimismo proviene de la amplia propaganda holandesa e inglesa contra el imperio español de ultramar. Esta limitación a menudo exagera, relativamente hablando, la importancia del obispo español Bartolomé de Las Casas y su colérica condenación de la conquista española del Nuevo Mundo (ver capítulo segundo, páginas 42-52). Como veremos, hay otros significativos aspectos del origen y desarrollo de la Leyenda Negra.

Al español Julián Juderías, que fue el primero en dar amplia publicidad al título de «Leyenda Negra», a primeros de este siglo, se le puede atribuir la definición, generalmente satisfactoria, que sigue:

> «Por leyenda negra entendemos el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra Patria han visto la luz pública en casi todos los países; las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y como colectividad; la negación, o, por lo menos, la ignorancia sistemática de cuanto nos es favorable y honroso en las diversas manifestaciones de la cultura y del arte; las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado contra España, fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad, y, finalmente, la afirmación contenida en libros al parecer respetables y verídicos y muchas veces reproducida, comentada y ampliada en la prensa extranjera, de que nuestra Patria constituye, desde el punto de vista de la tolerancia, de la cultura y del progreso político, una excepción lamentable dentro del grupo de las naciones europeas.
>
> «En una palabra, entendemos por leyenda negra la leyenda de la España inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos lo mismo ahora que antes, dispuesta siempre a las represiones violentas; enemiga del progreso y de las innovaciones; o, en otros términos, la leyenda, que habiendo empe-

zado a difundirse en el siglo XVI, a raíz de la Reforma, no ha dejado de utilizarse en contra nuestra desde entonces, y más especialmente en momentos críticos de nuestra vida nacional» (9).

La premisa básica de la Leyenda Negra, es la de que los españoles se han manifestado a lo largo de la historia como seres singularmente crueles, intolerantes, tiránicos, obscurantistas, vagos, fanáticos, codiciosos, y traicioneros, y que se diferencian tanto del resto de las gentes en estos rasgos, que ellos y su historia deben ser examinados y entendidos en términos no aplicables a las características de otros pueblos. Por ello, a los españoles que vinieron al Nuevo Mundo en busca de oportunidades más generosas que las que el ambiente europeo les ofrecía, les calificamos con desprecio de codiciosos y crueles «goldseekers», u otros epítetos equivalentes a «diablos». En cambio, a los ingleses que llegaron al Nuevo Mundo en busca de semejantes oportunidades, les denominamos respetuosamente «colonizadores», «homebuilders», o «paladines de la libertad» (10). El siguiente ejemplo demuestra a la perfección este curioso método de pensamiento, incluso a nivel universitario. Un distinguido catedrático de historia, escribió en dos de sus textos ampliamente divulgados: «[Los Estados Unidos] se constituyeron por «homemakers» y «state builders» (*) animados de ideas inglesas de autogobierno: Méjico fue conquistado por aventureros españoles que deseaban regresar a su país con el botín». «Los conquistadores llegaron procedentes de España, en busca de su fortuna, en forma de oro y plata y con el deseo de regresar con élla a su tierra lo antes posible» (11). La verdad es, por supuesto, que las casas más antiguas de América son aquéllas construidas por los conquistadores españoles,

(*) La palabra «homemaker» implica, en inglés, gente que construye casas para sus familias, y se usa en contraste con la idea popular que tenemos de que los españoles no establecieron hogares en el Nuevo Mundo. La frase «state builders» quiere decir constructores de entidades políticas, tales como estados [P. W. P.].

que vivieron en éllas tan hogareñamente como debe entenderse la palabra colono, es decir, «homemaker».

La acción de los españoles al expulsar o castigar a disidentes religiosos, vino a ser conocida como fanatismo, intolerancia y causa de su decadencia. Cuando los ingleses, holandeses o franceses hicieron lo mismo, se calificó el hecho como un esfuerzo para «unificar la nación» o salvaguardarla contra traición o conspiración ajena. La matanza de indios por españoles se dio a conocer como «atrocidades» o «despiadada exterminación», pero cuando los ingleses persiguieron a los irlandeses hasta matarlos por millares en sus propios pantanos o degollarlos después de haberse rendido, a ésto se le denominó «el problema irlandés».

Se da siempre un sórdido matiz al interés español en aprovecharse del beneficio de la riqueza mineral del Nuevo Mundo, pero cuando esta misma riqueza les fue robada por los «Lobos de Mar Isabelinos», ésto se consideró como un escalón heroico en el desarrollo de Inglaterra como nación y como imperio. De la misma forma, cuando los angloamericanos chocaron unos con otros en su carrera por el oro californiano, ésto se describió como «la piedra angular» de «una gran nación» (12).

Dando a esta clase de injusticia comparativa un giro moderno, cuando Francisco Franco trató de alertar al Occidente sobre la amenaza del comunismo ruso, en 1944, y se ofreció como intermediario entre el Eje y las Naciones Aliadas para contener el avance ruso hacia el previsible vacío que supondría una Alemania incondicionalmente rendida, esta advertencia fue rechazada por su procedencia «fascista»; cuando recibimos el mensaje de Churchill del «Telón de Acero», en 1947, y comenzamos a tomar medidas defensivas frente a nuestro ex-aliado rojo, a ésto se le llamó algo así como «liderato del mundo occidental» (13). En esencia, si uno desea entender las típicas opiniones occidentales sobre España y su historia, debe dominar un vocabulario especial. Y hay abundante ironía en la reciente realidad por la que se exhorta a que aprendamos asimismo una terminología distintiva con el fin de entender la voz del comunismo ruso.

Es una creencia común la de que ya desde hace varios siglos España ha estado al margen del mundo occidental. ¿Hay, quizás, algo que pueda decirse sobre la otra cara de esta moneda? El distinguido humanista español, Américo Castro, seguramente pensaba de esta manera cuando escribió: «Nosotros tenemos que buscar el significado de lo que es civilización española y sus altos valores, independientemente de la idea de felicidad material... Hoy, más que en cualquier otro momento de la historia del mundo, podemos contemplar con serenidad este estado de cosas, porque hoy resulta oportuno preguntar si este llamado 'progreso', que tiene como base un puro intelectualismo y un insaciable deseo de placeres epicúreos, si este 'progreso' no será, después de todo, más fructífero en horrores que en beneficios» (Conferencia Inaugural, Universidad de Princeton, 1940). Treinta años después, estas palabras son aún más oportunas.

La cuestión sobre la otra cara de la moneda, si se examina seria y justamente, puede dar lugar a enojosos interrogantes como: ¿Alcanzó España las grandes alturas de su «Edad de Oro» intelectual a pesar de la Inquisición, o precisamente a causa de élla? Preguntas que parecen sencillas de contestar, a primera vista, y cuyas respuestas automáticas encajan tan cómodamente en nuestras preconcebidas nociones, que las aceptamos como las menos peligrosas. En páginas sucesivas, sin embargo, tocaremos esta cuestión más arriesgadamente.

La propaganda y falsos conceptos relativos a la conquista, gobierno y acción cultural españoles en las Américas, no están, cronológicamente, en primer lugar de la historia de la Leyenda Negra. Sin embargo, en atención a que Latinoamérica es hoy tan vital para nosotros, tan a menudo malentendida en su historia y tan vinculada a la más penetrante imagen y características de esa Leyenda, examinemos primero la actuación fenomenal de España en el Nuevo Mundo. Contrastando mitos comunes y dañinas medio-verdades, con puntos de vista eruditos, estaremos mejor preparados para entender la naturaleza engañosa de una Leyenda que con tanta resonancia y tales efectos ofensivos ha llegado a nuestros días.

CAPITULO II

España en América: lo real y lo irreal

> *«La atroz codicia, la inclemente saña, Crimen fueron del tiempo y no de España»* (1).
>
> *«El error más peligroso es aquel que contiene mucha verdad».*
>
> SYDNEY SMITH

La dominación española en las Américas, que abarcó más de tres siglos (cuatro, si incluimos a Cuba y Puerto Rico) fue uno de los logros imperiales más importantes en toda la historia. Al descubrir a la vista de Europa tan vastos territorios, y al asumir entonces su dirección política, los españoles extendieron enormemente los horizontes materiales e intelectuales de la humanidad. La única acción que puede parangonarse con las actividades de España más allá de los confines del mundo entonces conocido, sería la exploración del espacio en el siglo XX. Si restringimos la comparación a los límites terrestres, esta formidable hazaña española se equipara con ventaja a la creación y durabilidad de los imperios romano e inglés, nada menos.

La amplitud y complejidad de este proceso imperial español asombran la imaginación y confunden a los eruditos. Son numerosas las pruebas que por escrito existen de él, ya que probablemente sea aquel el período mejor documentado de toda la historia anterior al siglo XIX (2). La inmensidad de la burocracia del Imperio Español, con un énfasis característicamente hispano sobre la jurisprudencia y sus correspondientes legiones de abogados, agregado a la preocupación real de conservar los archivos, aseguró el que enormes cantidades

de documentos oficiales —cuño, parece, de las altas civilizaciones— dieran prueba de la acción de España en ultramar.

Aquellos siglos imperiales fueron ricos en diversidad humana. En adición al multifacético español, otros europeos y africanos de diferentes clases y niveles de cultura, amén de indios nativos, asimismo de variados matices y timbres, formaron un caleidoscopio de la peor, mejor o indiferente clase humana. Se extendieron a través de la enorme diversidad e inmensidad geográfica del Nuevo Mundo, originando terribles problemas de carácter social, político y económico, que aún subsisten.

Son frecuentes en demasía, las generalizaciones defectuosas sobre esta extensa zona y sus varios siglos de historia, incluso entre aquellos más familiarizados con tales materias. Todavía no se ha estudiado la documentación en escala suficiente; las variantes geográficas son tantas; la mezcla racial y cultural de europeos, indios y africanos es tan confusa que, incluso para expertos, resulta difícil el establecer juicios definitivos. La abrumadora complejidad de todo ello —a menudo ignorada por profesores y escritores— es la realidad: las generalizaciones simplistas, la irrealidad.

En comparación con los puntos de vista comúnmente mantenidos sobre la acción de España en América, ciertos hechos e interpretaciones, basados en investigaciones eruditas y agregados a cierta dosis de lógica y a algún conocimiento del comportamiento humano, pueden ser propuestos para la revisión de las falsas interpretaciones populares. Así con mayor claridad, se podrán indicar las causas de estos conceptos erróneos, hondamente arraigados en los temas de la Leyenda Negra.

La conquista española

La creencia común de que la conquista española en América estuvo sistemática y profundamente caracterizada por singular crueldad,

codicia, rapacidad y corrupción general, no se corrobora con la evidencia. Digámoslo lisa y llanamente: *No existe nada en toda la historia española que pruebe que los españoles de entonces o de ahora puedan clasificarse como más crueles, más ambiciosos o más corrompidos que otros pueblos.* No creo en la existencia de ningún intelectual respetable que, libre de prejuicios raciales y religiosos, pueda contradecir esta afirmación.

Conquistas de esta naturaleza, por pueblos de alta civilización que dominan sobre otros inferiores, han ido, con mucha frecuencia, acompañadas de crueldades por una y otra parte, saqueos, depredaciones y atrocidades, que tanto contendientes como espectadores calificarían de criminales. El simple hecho de que los seres humanos, sean civilizados o salvajes, estén involucrados en éllo, corrobora y confirma este aserto. Hay sobradas pruebas de haberse cometido tales inhumanidades, tanto por parte de los indios como de los españoles, durante el período de la Conquista. Hay, asimismo, suficiente evidencia de que tales atrocidades se consideraron y castigaron como crímenes cometidos contra las leyes vigentes y, como actos punibles, fueron en lo posible castigados según los principios de justicia de las naciones y sociedades más civilizadas. Cuando se reconoce, se comprende y se acepta que la España del período de la Conquista era una nación hondamente civilizada y de un nivel cultural muy alto a la medida de aquella época, estos criterios y actuaciones resultan del todo comprensibles. En jurisprudencia y diplomacia, así como en materias de orden religioso, político y en general en lo relativo a todas las ramas de la cultura, ostentó España durante todo el siglo XVI y gran parte del siguiente, un prestigio cumbre entre las demás naciones europeas.

Es común la creencia británica, que nosotros heredamos, de que los ingleses hubieran tratado a los indios americanos de forma más humana que los españoles. No hay ni una sola brizna de evidencia en qué apoyar este punto de vista comparativo y sí, por el contrario, argumentos y pruebas en su contra. En circuntancias similares, nuestros antepasados ingleses trataron a los indios con una dureza y cruel-

dad iguales, si no peores, al comportamiento de los españoles. El gobierno y pueblo inglés y sus descendientes en el Nuevo Mundo mostraron, en su mayor parte, una manifiesta indiferencia por la protección y bienestar del indio americano, indiferencia que se destaca especialmente si se la contrasta con los enormes esfuerzos españoles, tanto gubernamentales como individuales, en un sentido diametralmente distinto.

La afirmación inglesa, «nosotros hubiéramos tratado a los indios mejor que lo hicieron los españoles», es una tesis que se remonta a la época isabelina y que queda bien reflejada en la literatura popular. En una biografía de Francis Drake, del año 1942, por ejemplo, el autor insiste en que Drake puso de manifiesto que «el método inglés de ganarse amigos de razas inferiores, es mejor que el procedimiento [español] de convertirlos en esclavos por medio de matanzas y crueldades». Los españoles «no aprendieron nunca esta lección. Vivieron entre nativos dóciles y cordiales y los mataron y se quedaron sin servidumbre. Emplearon la tortura y se conquistaron acerbos enemigos. Jamás se dignaron hacer amistades con inferiores. Eran los señores del mundo. Para sus esclavos sólo tenían mano de hierro y bota de acero» (3). Esto ni se aproxima a una descripción exacta de la política española en Indias, ni a la de Inglaterra por contraste. Más de un libro podría escribirse sobre la diplomacia española entre las razas nativas, que incluyó presentes, honores y distinciones, protección y privilegios, educación, y una serie de acciones que hoy en día serían automáticamente calificadas de prácticas y humanitarias.

Para aquéllos que aún puedan creer en el mito de que el humanitarismo inglés fue superior en contraste al de los españoles, hay mucha literatura rectificadora. A título de ejemplo, podemos citar aclaraciones como las siguientes:

> «El reinado de Isabel fue uno de los más cruelmente bárbaros, en comparación con el cual las medidas represivas de María eran insignificantes. Y a este reinado, sucedió otro de igual crueldad, bajo Jacobo I ... El pueblo [en el tiempo de Carlos I] había sido formado

> en estos métodos crueles de sus gobernantes anteriores y llegó a ser tan feroz como sus reyes Enrique, Isabel o Jacobo» (4).
>
> «Del estudio de la Europa contemporánea [esto es, en particular, la del siglo XVI], se desprende claramente el patrón universal de crueldad, intolerancia e inhumanidad que caracterizaba la vida social, religiosa y económica del continente. El humanitarismo era, por aquel entonces, un simple concepto de relaciones humanas aún en estado latente y sin desarrollar, siendo por el contrario universal el desprecio de los derechos inherentes al individuo. Para un conquistador, el comportarse de forma compasiva hacia el conquistado, se consideraba generalmente todavía, como un signo de debilidad» (5).
>
> «Los hábitos de 'terror' adquiridos por los ingleses durante su prolongada agresión contra los últimos Celtas, en las montañas de Escocia y los pantanos de Irlanda, cruzaron el Atlántico y se practicaron sobre los indios norteamericanos» (6).

Algo de la equivocación nuestra y de los ingleses sobre esta materia, procede de utilizar actitudes de los siglos XIX y XX como plataformas para lanzar cohetes moralizadores hacia los españoles del siglo XVI. Pero algo de ello está también basado en el general complejo de superioridad nórdico, en nuestra actual simpatía por el pobre indio y, lo que es más importante, en el simple desconocimiento de la historia de España e Hispanoamérica. En tanto que toda persona de habla inglesa está perfectamente enterada de, digamos, la victoria de Cortés y la consiguiente matanza de indios, cosa natural en tiempo de guerra, ni uno entre diez mil se enteró jamás de los sinceros intentos de los conquistadores y oficiales reales de evitar y prevenir tal disminución indígena, durante y después de la Conquista.

El decrecimiento de esta población, debido a múltiples causas, constituyó una seria preocupación para la monarquía y representantes del Rey de España, a lo largo del siglo XVI e incluso más adelante,

y se trató repetidamente en cédulas reales, correspondencia virreinal, etc. Es por ello, por lo que el profesor Lewis Hanke, uno de nuestros expertos sobre Latinoamérica, puede hacer declaraciones como esta: «Ninguna nación europea (con la posible excepción de Portugal) se responsabilizó de su deber cristiano hacia los pueblos nativos, tan seriamente como lo hizo España» (7).

Es opinión popular, y con demasiada frecuencia aceptada como doctrina, que prácticamente todos los españoles vinieron al Nuevo Mundo como buscadores de oro, con una desdeñosa insinuación de que en ello había algo reprensible. El «goldseeker» español llegó a ser un estereotipo desde hace siglos y en tal forma perdura hasta nuestros días. Que para los españoles no era el oro su interés único y fueron atraídos al Nuevo Mundo por otras muchas cosas, queda patente en estas palabras del profesor Irving Leonard:

> «El conquistador ... tenía una poderosa razón para buscar tan implacablemente el oro, tan indispensable en la nueva economía [de Europa]. Si estaba tan seducido por un símbolo de riqueza y eventualmente pagó muy caro por su equivocación, en su propia ruina y en la de su país, no fue el único en la historia de la humanidad, y hay pruebas en tiempos más modernos, de que otros no han aprendido su lección ... Después de 1500, particularmente, la imaginación [del conquistador] estaba enardecida hasta casi una exaltación mística, de aventura y romance por los muchos libros que empezaban a brotar de las imprentas. Estos [los libros de caballería], trajeron a su mente enfebrecida la perspectiva de similares situaciones, de lugares fantásticos, riquezas, monstruos y encantamientos, y por eso ardía en descubrir y poseer para sí mismo las realidades que se describían en ellos. La Conquista misma, como resultado de ello, se hallaba imbuida de un espíritu de romance y caballería, que daba a estas expediciones, tal como [Washington] Irving ha señalado apropiadamente, 'un carácter totalmente distinto de empresas semejantes acometidas por otras naciones».

De nuevo, comentando la abstracción simplista de Bartolomé de Las Casas sobre sus compatriotas como «buscadores de oro», Leonard señala:

> «Inherente a este concepto, es la imputación de que el español, más que cualquier otro europeo, estaba animado por un anhelo de riqueza material. No obstante, los habitantes de la península ibérica no son hoy, ni han sido nunca, característicamente más avariciosos que sus vecinos continentales. Por el contrario, los españoles y portugueses se cuentan entre las gentes menos materialistas de la Europa occidental» (8).

Raramente se considera la posibilidad de que los españoles emprendieran la ruta a América por un simple deseo de mejorar fortuna, o que pudieran ir animados de sincero celo religioso o un mero anhelo de establecer hogares y colonizar, o que se interesaran en comenzar una industria ganadera, comercial o agrícola, o que ejecutaran cualquiera forma de servicio a la Corona —es decir, tomar parte en todas las múltiples ramas de la actividad humana.

Es lógico y evidente el hecho de que la mayoría de los españoles que emigraron al Nuevo Mundo aún durante la Conquista (es decir, primera mitad del siglo XVI) lo hicieron guiados por motivos de similar naturaleza y diversidad a los que mueven en todo tiempo las corrientes migratorias. He aquí una muestra cogida al azar:

> «Aunque no sea generalmente conocido, el hecho es que los conquistadores españoles vinieron al Nuevo Mundo tanto en busca de plantas medicinales como de oro. 'El caduceo, símbolo de los médicos, lo es también de la Conquista española tanto como la espada y la cruz', dice el doctor Francisco Guerra, catedrático visitante de Farmacología de la Facultad de Medicina (Universidad de California, en Los Angeles) y catedrático de Farmacología en la Universidad de Méjico. España trajo al Nuevo Mundo, según él, un conocimiento de la medicina tan avanzado como el de cualquier otro país en el mundo de aquellos días» (9).

A título incidental, es oportuno el que varias características sobresalientes de la Conquista española, especialmente en contraste con su contrapartida inglesa, sean tenidas debidamente en cuenta. La Corona española no escatimó esfuerzo alguno para evitar que los criminales y otros elementos socialmente indeseables emigraran a América; en tanto que, a veces, la política británica llevó a efecto la deportación de la población criminal a sus colonias de Australia y América. Los españoles, al revés de muchos de los ingleses, no sintieron la necesidad de ir a América para escaparse de persecuciones religiosas o de otra especie. Uno de nuestros historiadores, autor de un texto universitario, da a entender que los españoles no deben ser considerados verdaderos colonos como los ingleses, puesto que ellos no tuvieron que emigrar para librarse de tales condiciones opresivas en Europa (10).

Como ya hemos visto, en estrecho paralelismo con la deformación del «goldseeker», está el común malentendido de que sólo los ingleses vinieron al Nuevo Mundo para construir hogares, mientras que los españoles vinieron para el saqueo y ulterior regreso a la patria con sus ganancias mal adquiridas. Los hogares más antiguos en América fueron construidos por los españoles en su doble papel de conquistadores y colonos. Cristóbal Colón, en su segundo viaje en 1493, llevaba cerca de 1.500 colonos, junto con los avíos e impedimenta (semillas, plantas, ganado, etc.) necesarios por lo regular en tales empresas. Y el gobernador Nicolás de Ovando, a su llegada al Nuevo Mundo en 1502, lo hizo con una flota de cerca de 2.000 colonos, funcionarios, clérigos, etc. De ahí en adelante, los barcos y flotas que viajaban desde España al Nuevo Mundo llevaban regularmente mujeres, niños, criados, menestrales, operarios, comerciantes, etc.; en suma, todo tipo de carga humana (11).

Hasta las más lejanas fronteras, incluso a la llegada de los primeros españoles, las mujeres y las familias acompañaban con frecuencia a sus maridos y padres, haciendo frente a todos los peligros y dificultades con los que nuestros propios antepasados hubieron de enfrentarse en la expansión en tales territorios. En nuestros malen-

tendidos sobre la colonización española en el Nuevo Mundo, normalmente ignoramos la fortaleza y el espíritu de la mujer española, y la lealtad hacia sus hombres; un buen número de fascinantes obras podrían ser escritas sobre la mujer española en la conquista y colonización de las Américas (12).

En nuestra inveterada costumbre de condenar a los españoles como «exterminadores de indios» y «buscadores de oro», además de otros estigmas, pasamos por alto algunas de las cosas inevitables que tales procesos de conquista-colonización traen consigo.

La conquista española en América fue marcadamente un logro más de diplomacia que de guerra. Tuvo que ser así, puesto que las fuerzas de exploración e invasión fueron tan pequeñas que, de otro modo, no hubieran podido sobrevivir y conquistar. Comparados con la perspicaz diplomacia española, las más famosas armas de fuego, caballos y espadas de acero fueron, a menudo, de menos eficacia. Como un erudito dijo, «Los conquistadores españoles podrían haber dado una lección a muchas de las cancillerías europeas» (13). La famosa historia de Cortés en Méjico, es ejemplo clásico de un proceso diplomático que se repitió con frecuencia. Los conquistadores tuvieron una constante necesidad de aliados indios y los buscaron por medios diplomáticos, algunas veces con demostraciones ejemplares de fuerza y astucia, a veces por medio de regalos, «palabras endulzadas» y tratados de alianza con ciertas tribus y naciones indias, para combatir a sus enemigos tradicionales (14). Los líderes españoles de la Conquista, según el espíritu europeo de aquellos tiempos, eran maquiavélicos en todo esto, si bien los jefes indios no les iban a la zaga. [En todo caso, ¿cuándo llegó a ser un crimen la astucia diplomática?, ¿después de la Segunda Guerra Mundial?] El más espectacular choque de armas eclipsa, con demasiada frecuencia, el fascinante y muy significativo juego mutuo de fuerzas diplomáticas en la confrontación hispano-india.

Asimismo, es correcto caracterizar las victorias españolas en América como un proceso de indios conquistados por otros indios, bajo la supervisión blanca. A menudo, el indio americano fue un mayor

conquistador de su propia raza que lo fueron los españoles. Y esto pudo ocurrir porque el indio carecía de una fidelidad básica al concepto de raza; así los tlaxcaltecos tuvieron un gran placer en ayudar a los españoles a derrotar a sus odiados y perennes enemigos, los aztecas; y los aztecas, a su vez, ayudaron a los españoles en su lucha y colonización en otras fronteras. Cualquier semejanza con la formación de una amplia y efectiva confederación de pueblos indios, unidos por el propósito común de batir o exterminar al hombre blanco, es muy difícil de discernir en la historia de la Conquista en general. Si este hecho causa perplejidad, bástese recordar cómo, en los tiempos de nuestra colonia, los Iroqueses, Algonquines, Hurones y otros, lucharon entre sí, instigados por consideraciones políticas trasatlánticas y por nuestros antepasados europeos. Si se recuerda al propio tiempo cómo los europeos de aquellos días se peleaban entre sí, tan a menudo y con tanta impiedad, aun entre grupos de vínculos comunes como religión, raza y cultura, no se hace difícil apreciar el que los invasores españoles fueran capaces de explotar estos odios y rivalidades para ganar dominio, frecuentemente con poco derramamiento de sangre.

La fidedigna versión de la Conquista, difiere también en otros aspectos de nuestras descripciones usuales de héroes y villanos. Más fue, entre otras cosas, una empresa magna de la clase media —¡ni un solo Grande a la vista!— que una invasión a cargo de una arrogante aristocracia española. Rara vez en las filas de los conquistadores militó alguien más alto que los peldaños inferiores de la nobleza menor que, en nuestra terminología moderna, no pasaría de denominarse clase media. La mayoría de los hombres que componían las fuerzas de exploración y conquista ni alcanzaba este rango. Por lo tanto, la Conquista española y la ocupación de América se llevaron a cabo por niveles sociales aproximadamente equivalentes a los de aquéllos que dejaron a Inglaterra para construir sus cabañas en el Nuevo Mundo. También, como varios historiadores han señalado, esta conquista fue bastante democrática y fuertemente caracterizada por una iniciativa privada y por la aparición de líderes, elegidos a veces por votación

popular, y por una especie de división de costos, peligros y recompensas, tal como lo hacen las corporaciones de negocios (15).

Visto así, las constantes disputas, desavenencias, contiendas y las guerras civiles en miniatura, que tuvieron lugar entre los conquistadores, son perfectamente comprensibles. Estos, no eran soldados profesionales, operando bajo una estrecha disciplina y línea firme de mando —desde la Corona y sus oficiales, hasta el simple soldado; eran una representación variada de casi todas las categorías sociales (excepto, por supuesto, la alta nobleza)— que se podían encontrar en la España de aquellos días. Y buscando la oportunidad, arriesgando sus vidas a la vuelta de cada esquina, ellos natualmente esperaban grandes recompensas, bien en forma de botín, en trabajo y tributos de indios, en tierras, en empleos gubernamentales o en cualquier otra cosa equivalente.

Cuando se considera todo esto, aquellos hombres deben de ser juzgados, como ha señalado Salvador de Madariaga, no tanto por lo bárbaros que fueron, sino más bien por su buena conducta dentro de un ambiente de increíbles peligros y casi ilimitadas tentaciones. El hecho de que fuesen profundamente civilizados —es decir, de cultura tan avanzada como la del resto de los pueblos europeos de aquellos días— sin duda alguna explica la barbarie de algunas de sus acciones en el Nuevo Mundo. Se necesitan hombres civilizados para enseñar refinamientos de crueldad a los salvajes.

Durante su conquista del Nuevo Mundo, algunos españoles cometieron algunas atrocidades a tal escala, que causa horror el contemplarlas; pero hay muchas razones para creer que los ingleses, holandeses, franceses, belgas, alemanes, italianos y rusos, en circunstancias similares en el siglo XVI, se hubiesen comportado tan mal o peor. (La crueldad de los alemanes en Venezuela en el período de la Conquista, fue duramente criticada por los españoles; ésto puede indicar que los pueblos del norte de Europa, no eran más humanitarios que los españoles.)

Las atrocidades españolas fueron severamente censuradas por un clero de gran influencia, decidido y poderoso, y por otros que infor-

maban a una Corona decididamente dispuesta a escuchar las quejas, e inclinada a legislar contra el maltrato de los indios y castigarlo (16). Tales restricciones, o no existieron, o fueron muy difíciles de discernir en el desarrollo de otros imperios europeos de ultramar hasta tiempos muy recientes. Y la verdadera y horripilante inhumanidad de las civilizaciones del siglo xx, comprobada, por ejemplo, en los campos rusos de tortura y esclavitud, en los atentados de genocidio realizados por los alemanes y otros grupos, y en el lanzamiento de la bomba atómica por los americanos sobre Hiroshima, no deja campo ni da derecho a que los de nuestro siglo sienten cátedra de moralistas y enjuicien la conducta de los españoles del siglo XVI. Si Hernán Cortés se hubiese atrevido a realizar una masacre de poblaciones no combatientes, en escala parecida a las que se han hecho en el siglo xx, la Corona española, con toda seguridad, hubiera ordenado su castigo como un criminal monstruoso.

Los españoles, como todos sabemos, también buscaron oro y plata en América; es más, hallaron y explotaron fabulosas minas, con métodos similares a los empleados más tarde por europeos y americanos en la explotación del oro, cobre, caucho y petróleo. A lo largo de la Historia, en la cual abundan los casos de fiebre del oro, de la plata y los diamantes, la búsqueda, durante siglos, de ganancias en el comercio de esclavos y todas las demás formas de actividad explotadora, el interés español por las riquezas del Nuevo Mundo parece del todo lógico, enteramente normal y nada singular. Por contraste con el orgullo, eficaz rendimiento e interés con que los ingleses, franceses, holandeses, judíos, alemanes, anglo o italo-americanos buscan la riqueza material, el español aparece generalmente menos preocupado con tales metas, e incluso hasta desdeñoso de ellas. Tiene (y tuvo) mayor inclinación para alcanzar otros objetivos, arriesgando su vida y sus bienes al azar de una carta o de un conflicto bélico, ajustándose a la riqueza y a la pobreza (perennemente esta última), con una ecuanimidad que sorprende a la mayoría de los extranjeros. Con cierta ironía, se puede notar que la característica predominante de la moderna literatura antiyanqui en Latinoamérica, es el desprecio por la

preocupación materialista de la gente de los Estados Unidos. Para el español y sus parientes americanos, este proceder viene a ser una censurable prueba de incivilización, si bien en este juicio centellea más de un poco de hipocresía.

La dominación española en América

El hecho de que España gobernase seriamente y con hondo sentido de responsabilidad una gigantesca parte del Nuevo Mundo, durante unos tres siglos, de ordinario se pasa por alto en nuestros libros de texto y en la literatura popular. Esta defectuosa perspectiva, nace generalmente de: (1) Crasa ignorancia; (2) Atención desmesurada a la Conquista que, con sus episodios novelescos, las crueldades sangrientas, la búsqueda del oro, capta más vivamente el interés; (3) La atención abrumadora dada al movimiento de independencia hispanoamericano —se parece más a nuestra experiencia histórica, está más cerca a nuestros días y envuelve las emociones de rebelión y guerra, aparte de proveer excelentes oportunidades para sermones sobre la libertad frente a la tiranía española; (4) El distrayente romanticismo de la piratería, las rivalidades internacionales y las luchas en el Caribe —los Lobos de Mar Isabelinos, Morgan, los bucaneros, etc.; (5) El cegador efecto del poderío de los Estados Unidos en tiempos más recientes, que desenfoca nuestra visión histórica del hemisferio para hacer que nuestro propio pasado aparezca desproporcionadamente grande e importante, en comparación con cualesquier otro; y (6) El haber centrado nuestro interés principalmente en las áreas periféricas del Imperio Español que más tarde llegaron a formar parte de nuestro propia nación.

Cuando saltamos, tal como hacen frecuentemente nuestros textos escolares, desde Cortés a Miguel Hidalgo, desde Francisco Pizarro a José de San Martín y Simón Bolívar, o desde Francisco Vázquez

de Coronado a El Alamo (*), con sólo alguna que otra frase sobre la tiranía española, el buen padre Junípero Serra, el exclusivismo comercial, la esclavitud de indios o la censura de la Inquisición, perpetuamos una aberración histórica en gran escala. Es más, esto constituye una patente injusticia contra España y un perenne insulto a los hispanoamericanos. Por ello, los puntos de vista de nuestros estudiantes del Mundo Hispánico, están casi siempre caracterizados por un abismo de ignorancia y una corrosiva deformación.

Este no es lugar apropiado para hacer un resumen de la historia imperial de la América española, ni es tampoco el fin que aquí se pretende. Pero serán de ayuda ciertas observaciones sobre los malentendidos más usuales tocantes a este período, para poner de relieve lo mucho que nos ha influenciado la Leyenda Negra. Hecho ésto, podremos comprender mejor el significado del «furor loquendi, furor scribendi» que engendró esta aberración.

La gran cantidad de literatura polémica sobre la Conquista, arroja poca luz sobre la totalidad de la acción española en América. Esta materia controversial se refiere principalmente a las primeras décadas de las relaciones hispano-indias y, desde luego, ésta fue la peor época en cuanto al severo tratamiento dado a los indios. Las Casas trató

(*) En el fuerte llamado El Alamo en San Antonio, Tejas, un contingente de 200 tejanos, de origen anglosajón en su mayoría, opuso tenaz resistencia a un ejército de 5.000 mejicanos al mando del General Santa Anna. El día 6 de marzo de 1836, los sitiados fueron vencidos y muertos hasta el último hombre. El grito de «Recuerden El Alamo» que siguió a esta derrota, estimuló en no poco la simpatía de los «gringos» por la rebelión tejana contra Méjico, al mismo tiempo que provocó profunda animosidad contra la gente mejicana, animosidad que alimentó el espíritu guerrero en la subsecuente guerra con aquél país vecino (1846-1848).

El episodio de El Alamo vino a simbolizar la inquina, ya de larga vida, que ha existido entre mejicanos y angloamericanos —en la misma forma que, años más tarde, el grito de «Recuerden al *Maine*» contribuyó al ardor guerrero de los Estados Unidos contra España en 1898 (ver pp. 159-164). Este encono tenía raíces en la Leyenda Negra, que nos legó el tradicional antagonismo inglés hacia el tipo hispano-católico [P. W. P.].

exclusivamente sobre ésto y, puesto que es el autor más conocido, su discutible versión de la lucha —despiadados buscadores de oro contra inocentes y pacíficos aborígenes— llegó a ser, *ipso facto,* la base más popular para caracterizar, o simplemente descartar por completo, los siglos subsiguientes de dominación hispana. Esto produjo la impresión de que el largo dominio de España fue, sencillamente, una continua lucha y una matanza sin fin, y esclavitud de indios, falsa perspectiva que ha sido fundamento para un masivo complejo de hispanofobia.

La versión vulgar y simplista del reinado de España en América, como época de tiranía y pillaje, esclavitud, tributación desangrante y obscurantismo, no está de acuerdo con los hechos. El gobierno español, a lo largo de este período, fue generalmente más benigno que lo han sido la mayoría de los gobiernos hispanoamericanos posteriores a la separación de España. De no haber sido así, la dominación española no hubiera tenido tan larga vida.

Una de nuestras distinguidas autoridades en esta materia, el catedrático Lesley Byrd Simpson, escribe:

> «Considero que la capacidad media de los virreyes de Nueva España [Méjico] era tanta, que ningún país, a mi juicio, fue más afortunado con sus gobernantes. Nueva España tuvo muchas cosas en su contra ... pero disfrutó una larga vida (¡300 años!) de relativa paz, estabilidad y prosperidad, en marcado contraste con las pendencieras naciones de Europa. Algunos de los hombres que hicieron ésto posible, merecen ser conocidos» (17).

Un erudito inglés, Ronald Syme, dio a entender hace poco algo similar en un enfoque más amplio:

> «A pesar de las desventajas geográficas y de las distancias, España fue capaz de mantener sus extensos dominios durante tres siglos, y les dio el sello indeleble de su lenguaje, pensamiento e instituciones. Esa hazaña

> merece más honor del que comúnmente se le ha otorgado, y una más profunda investigación» (18).

El concepto básico del Imperio Español, no fue lo que nosotros llamamos hoy día «colonial». Más bien puede calificársele como el de varios reinos de ultramar oficialmente equiparados, en su categoría y dependencia de la Corona, con los similares de la Madre Patria. En la práctica, los peninsulares consideraban a los nacidos en América, de sangre hispana, como inferiores, y ésta fue la causa de frecuentes antagonismos entre «coloniales» y «europeos», factor importante en las guerras de independencia.

Al criterio de equiparación responde una transferencia, virtualmente libre, de la cultura europea a la América Española, y del generalmente afortunado esfuerzo para hacer llegar a las posesiones de ultramar la civilización metropolitana. Aún más: se da a veces la curiosa paradoja de que ciertos impuestos en el Nuevo Mundo fueron menos onerosos que en España misma (19). También se observa el hecho de que la vida en América era con frecuencia más fácil, o más próspera, que en muchos lugares de la Península, donde la pobreza era pan de cada día. Por lo que se refiere a comida, por ejemplo, los hispanoamericanos, de cualquier nivel social, tenían posibilidades tan buenas o mejores que las de sus correspondientes españoles o europeos. Aún sus clases más bajas vivían mejor que muchos de los labriegos de Europa.

Había, naturalmente, abusos por parte de los gobernadores, y gran cantidad y variedad de males característicos de una vasta burocracia, colesterol de todo imperio. Se cometieron crímenes de todas clases, como puede esperarse en un dominio de tal magnitud y tan larga vida, pero también existía una maquinaria judicial y legislativa para castigar tales abusos. Lo más importante, es el hecho de que las normas de legalidad y aplicación de las leyes estuvieran vigentes como en otras sociedades civilizadas. En general, la Corona no intentó imponer en América algo extraño o inferior a lo que regía en la Península. Los impuestos, ordenanzas municipales, estatutos universitarios, legisla-

ción criminal y civil, justicia, fomento de las artes, sociedades benéficas, prácticas comerciales, etc. eran, *mutatis mutandis,* muy semejantes al uso español y a las normas de los estados europeos. Por ejemplo, en prácticas gubernamentales y privadas concernientes al bienestar público, hay abundante prueba de que las acciones de los españoles demostraron una consideración muy avanzada para su época; y este tema merece mucha más atención y honor del que ha recibido. Según un catedrático de Farmacología de la Universidad de Méjico: «Lima, Perú, en los días coloniales, tenía más hospitales que iglesias y, por término medio, una cama por cada ciento un habitantes, índice considerablemente superior al que tiene hoy en día la ciudad de Los Angeles [California]» (20).

La gran innovación fue, por necesidad, en lo relativo a asuntos indígenas. Tres siglos de tutelaje español y de interés oficial por el bienestar del indio americano, es un record no igualado por otros pueblos europeos en el gobierno de gentes de cultura inferior (o considerados como tales) en sus tierras de ultramar. De todas las faltas, de todos los errores, de todos los crímenes cometidos y aún admitiendo los intereses prácticos y hasta egoístas de la Corona, España no necesita, en su comportamiento general con el indio americano, justificación ni excusa ante ningún otro pueblo o nación (21).

A la Inquisición española y a su estructura Iglesia-Estado, se les acusa de obscurantismo opresivo, de haber emponzoñado los tres siglos de dominio español y de haber incubado tantos de los males que aquejan hoy a las naciones hispanoamericanas. El prejuicio anticatólico que existe en nuestro país, hace este mito particularmente atractivo, y muchos latinoamericanos de los siglos XIX y XX han hecho gala de ello. Pero ningún investigador, familiarizado con la educación española y otros logros intelectuales en América —por ejemplo, educación del indio, promoción de la literatura, historia, investigaciones científicas, instrucción universitaria— suscribiría tal enjuiciamiento. El record español de unos veintitrés colegios superiores y universidades en América, con sus 150.000 graduados (incluyendo al pobre, al mestizo y a algunos negros), hace que la conducta de los holan-

deses más tarde en las Indias Orientales, y por tanto, en tiempos considerados más avanzados y propicios, aparezca, sin duda, con signos de franco obscurantismo. Los portugueses no establecieron una sola universidad en el Brasil colonial, ni tampoco en ninguna otra posesión de ultramar. El total de las universidades establecidas por Bélgica, Inglaterra, Alemania, Francia e Italia durante períodos más recientes de colonialismo afro-asiático, desmerece, sin duda alguna, al confrontarlo imparcialmente con el record anterior de España (22).

Sobre este tema, examinemos algunos comentarios del catedrático John Tate Lanning, de Duke University, nuestra primera autoridad sobre la cultura colonial hispanoamericana:

> «Hasta hace una generación, la teoría de que todo producto intelectual europeo fue excluido de América por un celoso monarca y por la Inquisición, se aceptó sin discutirla. Pero ahora, ningún investigador de prestigio se pronunciaría sobre la abundancia de libros que existían en América, basados exclusivamente en la apreciable «Recopilación de Indias» o en el «Indice de Libros Prohibidos». La llegada de la Ilustración europea a Hispanoamérica, nunca fue tan obstaculizada como se deduce de los reglamentos y catálogos».

Continuando:

> «Un intercambio literario, efectivo y relativamente sin trabas, con todo el mundo cultural, aparece ya en las tesis defendidas en las universidades [hispanoamericanas] hacia finales del siglo XVIII. La censura de la Inquisición, bien arraigada y en vigor fue, todavía más que muchas otras aletargadas instituciones coloniales, esencialmente burocrática e ineficaz».

Asimismo dijo:

> «Una grandiosa y tenaz injusticia, que brota de las tradiciones y emociones de los primeros historiadores

> nacionales [de Hispanoamérica], es la arrasadora condenación de la cultura colonial española calificada como tres siglos de teocracia, obscurantismo y barbarie» (23).

Incidentalmente, observemos que fueron ejecutadas en Hispanoamérica poco más de un centenar de personas como resultado de los procesos de la Inquisición, durante unos 250 años de existencia formal. A mi juicio, ésto resulta bastante favorable (si me perdonan la palabra) en contraste con la tortura y ejecución de católicos en la Inglaterra de Isabel (1558-1603): 130 sacerdotes y 60 seglares, cifra que se eleva a 250 si incluimos los que murieron en prisiones del Estado. El cálculo de muertes de los acusados de brujería en los estados alemanes, durante los siglos XVI y XVII, alcanza sobradamente a varios millares (24).

Este puede ser un momento tan adecuado como cualquier otro para añadir algo sobre la Inquisición española, en su faceta de actuación en América. No porque esta institución fuese acusadamente significativa en la historia total de estos territorios —en realidad no lo fue— sino por haber sido, durante tanto tiempo, punto de partida para prejuicios antiespañoles y porque ni fue, ni es hoy, cabalmente entendida.

Como antes se ha dicho, el número total de los ejecutados en nombre del Santo Oficio, fue pequeño. El empleo de la tortura física era relativamente infrecuente si se compara con el cuantioso número de los procesos, y se aplicaba bajo estrictos reglamentos, con garantías y condiciones más humanitarias que la mayoría de semejantes procesos judiciales requería en la Europa de aquellos tiempos. Gran parte de la jurisdicción del Tribunal se refería a asuntos que ahora corresponden a los juzgados civiles, tales como: bigamia, blasfemia, falso testimonio y otras inmoralidades como la perversión sexual. Debe también recordarse que en los siglos XVI y XVII, el período de mayor actividad de la Inquisición, la práctica de religiones disidentes era virtualmente sinónimo de traición, y ésto era cierto no sólo en España y sus posesiones, sino también en gran parte del resto de

Europa. Así, los cripto-judíos, cripto-musulmanes y protestantes, eran vistos por las autoridades como traidores o agentes subversivos. A este mismo tipo de delincuentes pertenecían muchos de los que fueron ejecutados en las Américas (25).

El Santo Oficio, tanto en España como en América, estaba subordinado a la Corona. Salvo pequeñas excepciones, no tenía jurisdicción sobre los indios americanos. La censura de libros se ejercía principalmente en lo concerniente a literatura religiosa, sin que afectara de forma destacada a las principales corrientes por las que discurrían las bellas letras, obras científicas, etc. Como varios investigadores han demostrado, la censura, en general, no fue muy estricta ni exigente, y por ello su influjo sobre la totalidad de la cultura hispanoamericana fue relativamente ligero. Aun varios reconocidos enemigos de la Inquisición admiten que dicha institución trató el problema de la brujería con tino esclarecido, mientras en ciertas regiones de Europa se desencadenó una saña homicida en contra de la hechicería (26). Una de las principales actividades de la Inquisición se desarrolló en la disciplina de eclesiásticos (por ejemplo, procesos sobre solicitación en el confesionario), actuando así como pantalla protectora del pueblo contra comportamiento tan dañino.

El famoso auto de fe, ceremonia de alta popularidad, fue literalmente un acto de fe público, proyectado para exaltar el patriotismo, como diríamos hoy en día. Lealtad hacia la fe era sinónimo de lealtad hacia la Corona, al Estado, al Imperio y a la Cristiandad. El catolicismo romano era en la España Cristiana una universalidad más aceptada que el protestantismo en la Inglaterra Isabelina o en las rebeldes provincias holandesas en tiempo de Guillermo el Taciturno. De esta misma forma, aunque algo más moderada, la celebración de nuestro 4 de julio (*), especialmente cuando tenía el fervor patriótico de tiempos pasados, o las más recientes reuniones llamadas «I-am-an-American Day» (día de proclamarse americano), colma-

---

(*) Fecha en que celebran los Estados Unidos su separación del Imperio Británico.

ban de modo similar nuestros deseos de reafirmación patriótica.

La Inquisición española, como veremos más adelante, soporta en gran parte el peso de la Leyenda Negra, por las siguientes razones: (1) Sus pretensiones, métodos y poder, fueron fiera y escandalosamente exagerados, dentro de la general propaganda antiespañola de los siglos XVI, XVII y XVIII; (2) El interés de la institución en la censura y en el ataque a la herejía protestante, ha sido aireado en forma desmesurada, si se compara con el resto de sus actividades; (3) Los escritos sobre el Santo Oficio, casi siempre han sido de carácter sensacional, careciendo de objetividad y, sobre todo, son parcos en el uso de criterios comparativos tan necesarios para el justo entendimiento y comprensión del pasado; (4) La práctica en boga, en especial desde el siglo XVIII, de condena automática o dogmática de la Inquisición española, basada no en el conocimiento, sino en el tendencioso prejuicio, en la santificada propaganda y el injusto, aunque popular, hábito de utilizar cánones de la post-Ilustración —en materias moralísticas, religiosas, racionalistas, políticas y humanitarias— para enjuiciar sucesos y hechos pre-Ilustración. De forma similar, la Ilustración condenó el «obscurantismo» de la Edad Media y calificó al «medievo» y «feudalismo» en términos de oprobio y pulverizó la religión revelada y la ley natural; así también los términos «Inquisición española» e «inquisidor», vinieron a ser sinónimos modernos para definir las más crueles opresiones. Quizás el más revelador de los estigmas, teniendo en cuenta el concepto iluminado de la Inquisición española en materias de brujería, sea nuestro hábito actual de emplear los términos «witch-hunting» (caza de brujas) e «inquisición» indistintamente.

Al llegar a este punto se me ocurre que, para rectificar algunos de los errores de la Leyenda Negra, uno de los mejores servicios que los investigadores podrían prestar, sería el hacer un estudio historiográficamente documentado y sin prejuicios, sobre la Inquisición española, estudio que fuera fácilmente accesible al mundo occidental. Como ejercicio de verdadera ilustración, no puedo imaginar una tarea más provechosa (27).

Próximo ya el fin del llamado período colonial, las universidades e institutos hispanoamericanos, tanto en el campo científico como en el de humanidades, se vieron muy influenciados por las corrientes del cambio intelectual en Europa. Por ello, entre los educados en tal ambiente, se fraguaron ideas y conceptos que en muchos casos condujeron o coadyuvaron al subsiguiente predominio de los movimientos independistas. Este ambiente cultural nació y se desarrolló bajo la égida y con el apoyo del gobierno español.

La extensa y culta literatura sobre el desarrollo americano bajo el dominio español, continúa incrementándose, hecho que de ordinario sorprende a los estudiantes universitarios y a los intelectuales de los Estados Unidos. Resulta increíble para algunos de ellos, que logros culturales, dignos de consideración intelectual en tiempos posteriores, hubieran podido ocurrir en un ambiente inquisitorial hispano-católico; sin embargo, si se observa la situación con un mínimo de lógica, no hay lugar para asombrarse. España, como debiera ser bien conocido, disfrutó de su Edad de Oro durante la mayor parte de los dos primeros siglos de su imperio en América, y no había razón para obstaculizar la transferencia de este incremento intelectual a los territorios coloniales. Y la verdad es que no lo hizo. Los españoles de América y sus descendientes, tuvieron acceso a los grandes avances intelectuales de España, y lo que es más, las universidades americanas fueron réplica de la de Salamanca, una de las más famosas de Europa. A través de la Madre Patria, les llegaron las corrientes intelectuales del resto de Europa, hecho que se produjo tanto en el siglo XVIII como en el XVI y XVII.

Casi toda la historia de España y de Hispanoamérica es un testimonio viviente de que los pueblos de origen español, tradicionalmente, no consienten una tiranía, que la mayoría, o al menos una gran minoría, considera insoportable. España gobernó en América durante más de tres siglos sin soldados profesionales o fuerzas militares establecidas, excepto en algunas plazas donde eran necesarias principalmente para repeler ataques extranjeros o protegerlas contra

ataques indios. Durante este tiempo, no hubo rebeliones que indicasen un sensible grado de descontento con el gobierno de la Corona. Había, como era de esperarse, disturbios locales, conspiraciones y levantamientos que dejaron su marca en esta historia; pero, a excepción de algunas rebeliones estrictamente indígenas, se podían encontrar Peninsulares y Americanos en ambos bandos, y se limitaban a ámbitos de carácter regional, casi sin rastro de espíritu separatista. Aún cuando Napoleón invadió la Madre Patria, usurpó el trono y «agitó el árbol de la independencia», impulsando a los de América a tomar excepcionales medidas de tipo autónomo, la mayoría de ellos no intentó, en un principio, separarse de la Metrópoli. La idea de independizarse de la Corona creció con lentitud, a pesar de la desintegración de los valores tradicionales que caracterizó a esa época. La independencia vino a ser casi un hecho accidental, y hubo en ello factores de mayor importancia que la idea de una rebelión popular contra la tiranía y el obscurantismo. La fuerte propaganda antiespañola, nacida en círculos relativamente limitados, no obtuvo amplia popularidad en el comienzo. Después de varios años de élla, sazonados con sangrientos combates, cristalizó el odio dogmático y estimuló el entusiasmo por la independencia. Durante el período de la guerra y subsiguientes décadas, se produjo una abundante literatura de justificación con intenso colorido hispanofóbico (ver capítulo 6).

En resumen, la evidencia presentada hasta ahora en eruditas monografías, artículos y publicaciones documentales, no permite que un observador imparcial califique aquellos tres siglos como de una tiranía singularmente opresiva o de un régimen de especial crueldad y obscurantismo. Hay todavía mucho que aprender y descubrir en la historia de aquellas centurias, pero ya está claro que eran demasiado complejas para encasillarlas en epítetos tan generalizados. Sobre todo, es absurdo el considerlas como una simple continuación de la Conquista. Aun si aceptáramos como ciertas las atrocidades conocidas a través del Obispo Bartolomé de Las Casas y si se admitiesen como usuales en aquella época, seguiría siendo un error imperdonable el estimarlas como imputables a la totalidad de dichos tres siglos,

como frecuentemente se hace. Y tal error se duplica al aceptar sin crítica la versión de Las Casas sobre la Conquista.

Bartolomé de Las Casas, héroe de los hispanófobos desde mediados del siglo XVI hasta nuestros días, es la persona más responsable de nuestros deformados puntos de vista sobre los españoles y su papel en América. Este obispo español, tan a menudo santificado en la literatura durante cuatro siglos y colocado hoy en un nicho de «santo» de la propaganda antiespañola, hizo más que cualquiera otro individuo para manchar el nombre de un pueblo y de una nación —la suya propia. Seguramente no fueron éstas sus intenciones, ya que no podía adivinar cuánto su trabajo iba a favorecer los propósitos extranjeros; pero sus escritos permanecen cerca del corazón y centro de la denigración de España. El es, entre otras cosas, un magnífico caso de estudio para valorar el daño que a largo plazo puede hacer un exaltado irresponsable, cuando es explotado por los fabricantes de propaganda dirigida contra su propia casa.

Bartolomé de las Casas, exaltado inmortal

> *Las Casas fue enormemente responsable por la creación de esa sombría imagen de la obra española en América ... Los libelos de Las Casas y el uso político en que fueron utilizados* [*por los enemigos de España*], *marcan los principios de la propaganda en nuestra época* (28).

En el siglo XVI, España produjo una impresionante cantidad de figuras heroicas. Igualmente, en su conquista del Nuevo Mundo, dio lugar a una sucesión de hechos y controversias que no sólo fueron épicas, sino también extremadamente amargas, originando una riada de polémicas proporcional en volumen a tan vasta empresa. Este fue el primer gran debate del mundo moderno, sobre la manera de

soportar «la carga del hombre blanco», y el tema giró alrededor del destino de millares de indios recién descubiertos.

Tal proceso polémico, aunque con frecuencia apasionadamente desmedido, en el estilo controversial hispánico, contribuyó a la creación de una preclara y en general benévola legislación tutelar en favor de los indios. El debate, caracterizado por una gran libertad de palabra, que incluyó crítica hacia la misma Corona, debe ser visto como una de las glorias de la historia española, monumento de autocrítica y esfuerzo por un mejoramiento humanitario.

> «El enfrentamiento armado no fue la única lucha durante la Conquista. La oposición de ideas que acompañó al descubrimiento de América y al establecimiento del gobierno español, es una historia que debe de ser contada como parte integrante de la Conquista y le imprimió un carácter único, digno de tenerse en cuenta... La extensa crítica permitida y hasta estimulada por la Corona, constituye realmente una de las glorias de la civilización española ... Conste para el eterno reconocimiento a España, su autorización e insistencia en que la justicia presidiera todos los actos de sus hombres en América ...» (29).

Como ocurre con frecuencia cuando se agrian las discusiones, las voces moderadas fallaron, por decirlo así, en manifestarse en beneficio de la Historia, aunque en la práctica, por lo general, prevalecieron. Las cuestiones fundamentales eran: ¿Debería ser tratado el indio americano como ser humano dotado de raciocinio? Si así fuera, la política de la Corona tendría que ser conversión pacífica de aquél al cristianismo. O, ¿estaba el indio en tan bajo nivel cultural que sería justificable y lícito el uso de enérgicos métodos de persuasión por parte del gobierno español, llegando, incluso a la esclavitud, si fuera necesario?

Los partidarios de la primera tesis, como lo fue Bartolomé de Las Casas, llegaron tan lejos en sus conclusiones, que pusieron en duda los derechos del rey a gobernar sobre el Nuevo Mundo, si no

cumplía con la obligación de proteger a los indios en sus derechos, usando únicamente medios pacíficos para persuadirlos (encomendados, por supuesto, a hombres como Las Casas). Así, en cierto sentido, desafiaron la autoridad real, enfrentándose al monarca, y sus argumentos fueron generalmente aceptados por la Corona. En el segundo grupo figuraban aquéllos que, como el jurista Juan Ginés de Sepúlveda, abogaron en defensa de los derechos del rey a gobernar en América, aun cuando ésto supusiera guerra o esclavitud de los indios. Esta contienda polémica terminó en empate, aunque la posterior legislación a favor de los indios, puede considerarse bastante más «lascasiana» en concepto. Ginés de Sepúlveda no obtuvo el permiso real para publicar sus puntos de vista en España, pero Bartolomé de Las Casas publicó sus argumentos y propaganda en Sevilla en los años 1552 y 1553.

La esclavitud india fue proscrita en la legislación española y se promulgaron severas leyes para la protección y bienestar de los indios; sin embargo, la autoridad real se mantuvo, y una persuasión moderadamente enérgica, fue la norma aceptada, aunque con restricciones. El resultado final fue un conglomerado general de realidades y humanitarismo, y las posiciones extremas, más espectaculares y más excitantes para los dogmáticos, atrajeron la mayor atención hasta nuestros días. La calificación del indio, dependiendo de la escuela de pensamiento que lo considera, llegó a ser o «noble salvaje» o «perro sucio». Era inevitable, por supuesto, que Las Casas, a la larga, aventajase en popularidad a Ginés de Sepúlveda, porque sus doctrinas estaban más en consonancia con el humanitarismo de tiempos posteriores. Desde que Las Casas se manifestó como un decidido luchador en defensa del «aperreado indio», estaba destinado a ser cada vez más, en el transcurso de los años, un héroe de la escuela del «noble salvaje» —sobre todo cuando este concepto se hizo popular durante y después del siglo XVIII— sin que entraran en juicio la validez ni viabilidad de sus argumentos.

Los vencidos en este encuentro no fueron los contendientes ni el motivo de su lucha, el indio. Irónicamente, los que perdieron fueron

España y los españoles, los que de verdad merecen todo honor por haber mantenido tal debate en el lugar y tiempo en que ocurrió. Los folletos que Las Casas escribió contra las iniquidades españolas, fueron casi siempre tan desmedidos, tan exagerados y tan deformados, que marcaron a los españoles con el estigma de una excepcional codicia y crueldad que parece tener carácter indeleble.

Los holandeses, ingleses y franceses, no discutieron sus propias iniquidades a los cuatro vientos y por tanto eludieron la condena internacional. La autocrítica nunca ha sido característica notable de aquellos pueblos, como lo ha sido del español. De aquí que sean muy apropiadas las líneas de Bartrina:

> «Oyendo hablar a un hombre, fácil es
> acertar dónde vio la luz del sol:
> Si os alaba Inglaterra, será inglés;
> si os habla mal de Prusia, es un francés;
> y si habla mal de España, es español» (30).

La controversia sobre los méritos y defectos de Bartolomé de Las Casas continuará sin duda eternamente, en principio, porque siempre habrá gente que creerá en su total condenación de los españoles y porque otros habrá que reconocerán y censurarán sin reservas el prejuicio y fanatismo patentes que guiaron su lengua, su personalidad y su pluma. Hay quienes respetan a Las Casas, pasando por alto la injusticia de sus métodos, para guardar como reliquia la nobleza de su causa, y existen aquéllos que ya durante siglos, sin preocuparse mucho de la causa, los métodos o los hechos verídicos, se recrean solamente en la elevación de Las Casas a la categoría de héroe de la propaganda antiespañola.

Aunque el fervor propagandístico y las deformaciones son más que evidentes en los escritos históricos de Las Casas, su fanatismo colérico, intolerante e intransigente alcanza su altura y fama máximas en su *Brevíssima relación de la destrucción de las Indias.* Este panfleto llegó a ser la más poderosa arma de los enemigos de España, la más conocida y la más usada como fuente de información

para escritores extranjeros sobre la conducta hispana en ultramar y, aún más, fue el punto de apoyo de una imagen general de los españoles en su historia y su carácter.

El fraile y obispo, Bartolomé de Las Casas, murió en 1566, a la edad de 92 años, habiendo sido contemporáneo de Colón y espectador de la primera y mayor fase de la conquista española de América. Dedicó el último medio siglo de su vida a defender la tesis de que la Conquista fue una vasta y cruel injusticia, una «ilegítima» invasión por «lobos y tigres» contra los pacíficos, inocentes y pobres indios. Presentó esta descripción repetidas veces ante la Corte, en sus esfuerzos por mejorar la condición del indio conquistado y tuvo gran éxito al conseguir una legislación protectora de la vida y derechos de aquél. La *Brevíssima Relación* fue sólo una de las apasionadas expresiones del obispo en esta causa.

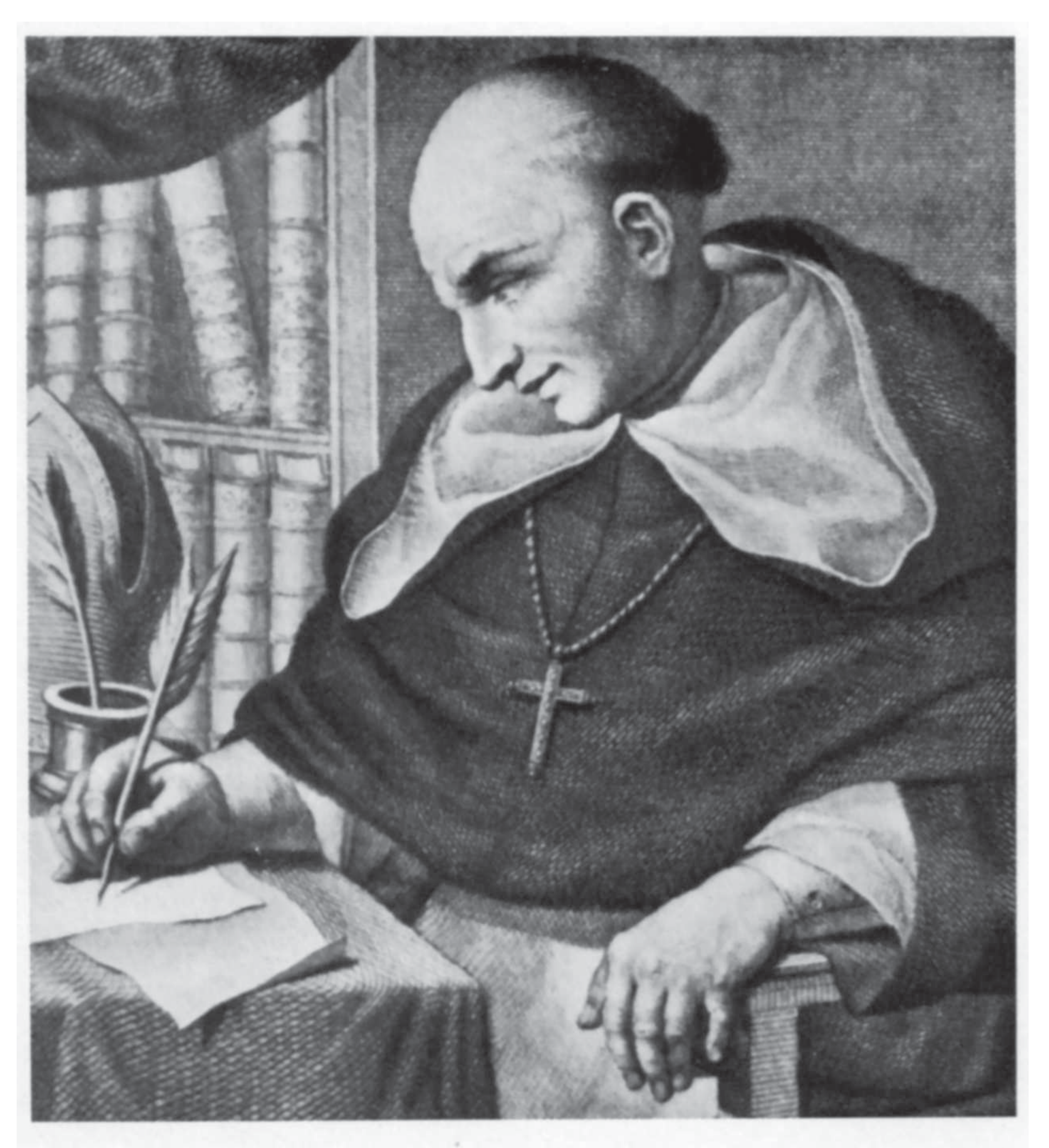
En los siglos de encasillado énfasis sobre las iniquidades españolas, se olvida a menudo que había, además de Las Casas, otros muchos de sus compatriotas que condenaron y castigaron las crueldades de la Conquista. Del mismo modo, la legislación reparadora fue dictada y ejercitada por juristas y demás funcionarios españoles. El carácter español del siglo XVI incluía, por un lado, la capacidad de una conquista rigurosa y, por el otro, el deseo de corregir los consiguientes efectos nocivos con medios enérgicos e idealistas, y a menudo efectivos, especialmente por medio de procesos religiosos y jurídicos.

Los nueve tratados de Las Casas, publicados febrilmente en Sevilla en 1552-1553, estaban destinados a ejercer una influencia maléfica en la valoración de la conducta y acción de España en América, influencia que fue particularmente cierta en la *Brevíssima.* Este arma de propaganda —porque tal fue y así debe de ser considerada— llegó a ser un evangelio para los extranjeros que más adelante escribieron sobre la Conquista y el reinado de España en el Nuevo Mundo. A pesar de sus bien conocidos errores, deformaciones y, en general, falta de veracidad, la *Brevíssima* es todavía el manual

para aquéllos que desean constatarlo y afirmarse en su creencia de la singular depravación española.

La historia de Las Casas y de su *Brevíssima* se ha contado muchas veces y ha dado lugar a múltiples controversias (31), siendo por tanto innecesaria su repetición. Bastará echar una rápida ojeada al escenario y a la naturaleza de su contenido.

La culminación inicial de la cruzada «pro india» de fray Bartolomé, que incluyó varios viajes trasatlánticos y abundante presión sobre los círculos de la Corte, ocurrió al final de la década del 1530 y principios de la siguiente, cuando su incansable y afortunada acción política consiguió una revisión legislativa para mejorar las condiciones de los indios. Resultado de esta campaña fueron las famosas «Nuevas Leyes de Indias para el buen trato y protección de los indios» (1542) que conmovió al imperio español en América hasta sus cimientos con una violenta reacción, e incluso rebelión de algunos de los conquistadores del Perú. Estas «Nuevas Leyes» atacaron, entre otras cosas, las bases del sistema de encomiendas (tributo impuesto al indio en favor de los españoles, especialmente los de la clase conquistadora) y reafirmaron la ilegalidad de la esclavitud indígena. Aunque la sublevación peruana y los sabios consejos del Virrey de Méjico, Antonio de Mendoza, retrasaron la vigencia obligatoria de las «Nuevas Leyes», esta legislación, no obstante, sirvió como directriz permanente de la política de la Corona. En años sucesivos, la mayor parte de estas leyes fue puesta en vigor, provocando casi un alzamiento de los encomenderos en Méjico, en la década de 1560. Justo y obligado es reconocer que la política de la Corona, fuertemente influenciada por Las Casas y otros miembros de la Orden Dominicana, a pesar del riesgo de rebelión, jamás se desvió de lo que podríamos llamar una meta de legislación proindígena, espíritu de la mayoría de las leyes posteriores de España en Indias. La Corona, en el desarrollo de su política de ultramar, produjo una mezcla fascinante de sentido práctico y de humanitarismo. Esta área es de gran riqueza para el estudio y ciertamente merece más honor del que se le ha otorgado.



Bartolomé de Las Casas



Hernán Cortés



Felipe II



Antonio Pérez

El segundo momento cumbre de la cruzada de Las Casas, se produjo en los años 1550-1551, cuando participó en el debate antes mencionado con Juan Ginés de Sepúlveda, debate patrocinado por la Corona. Hasta entonces, Las Casas no había publicado sus obras, aunque algunas de ellas se conocían en manuscrito; lo hizo a la sazón y con harta prisa, en pocos meses, figurando entre ellas la *Brevíssima Relación.*

La prisa con que publicó y dio a conocer sus tratados continúa hasta hoy siendo un misterio. Tal vez quiso dar más permanencia a sus ideas y más amplia difusión; o quizás sus editores, presintiendo un «best seller» (venta cuantiosa) actuaron con una rapidez excepcional. Pudo, en fin, ocurrir que el propio Las Casas, ya de edad avanzada, sintiera una comprensible ansiedad por ver así publicado el trabajo de su vida. O, ¿quién sabe si alguien en Sevilla estaba impaciente por acelerar la salida de las publicaciones más allá de la Península? ¿O, sencillamente, la premura de alcanzar la próxima flota para América, como sugiere Lewis Hanke?

Teniendo en cuenta que Sevilla en este momento era un bullicioso centro marítimo, con mucha población extranjera, no es difícil imaginar la abundancia de facilidades para la rápida difusión de las publicaciones de Las Casas en ciertas áreas europeas, donde serían bien recibidas dada la hispanofobia que ya existía o que estaba en formación. En la Europa de aquella época (1550-1580) había más que suficiente misterio en las conspiraciones y contra-conspiraciones, para intuir la probabilidad de que las publicaciones de Las Casas habían de ser metódicamente divulgadas como armas antiespañolas. Sean los que fueren los motivos determinantes, estas publicaciones se convirtieron en armas y con gran rapidez.

Las Casas, a través de la imprenta, se hizo aún más formidable, como indudablemente era su intención. De todas partes, y en especial de América, llegaron acerbas réplicas contra él. Su *Brevíssima Relación* fue de inmediato condenada como un entresijo de deformaciones, exageraciones y rotundos errores. En su obra, reitera *ad nauseam* la historia de conquistadores españoles, villanos y depra-

vados contra el «noble salvaje», presentando a aquéllos como crueles, inhumanos y codiciosos de oro, y a éstos, como pacíficos e inocentes. De este vergonzoso batiburrillo, sale la increíble cifra de unos veinte millones de indios muertos por los españoles durante la Conquista, estadística que, hasta nuestros días, cuenta con la creencia popular. Así sucedió que con su pluma, el buen fray Bartolomé, quitó la vida a mayor número de sus indios que el que sus compatriotas lograron hacer con sus armas. El profesor John Tate Lanning lo describe así: «Si cada español de los que integran la lista de Bermúdez Plata en su *Pasajeros a las Indias* durante los cincuenta años inmediatos al **Descubrimiento, hubiera matado un indio cada día laborable y tres los domingos, hubiera sido preciso el transcurso de una generación** para alcanzar la cifra que le atribuye su compatriota» (32).

Las Casas no admitió la posibilidad de que la disminución de indios se debiera a enfermedades, epidemias, combates en los que los indios intervenían, voluntariamente, como aliados de los españoles, con el objeto de matar a sus tradicionales enemigos, o por lógica disminución de su número por razones de mezcla de razas (33). Las Casas acusó a los españoles de matar a más de tres millones de indios solamente en la isla «Española», cuya extensión, con toda seguridad, no permitía sustentar ni una aproximación de esa cifra, con los rudimentarios medios de su agricultura precolombina, poco comercio y pequeños centros de población (34). Y estas evidentes exageraciones se repiten sin crítica y con reiterada insistencia hasta nuestro siglo, y aun por escritores con ilustración suficiente para un mejor conocimiento (35). En fin, Las Casas no permitió que la verdad, o un sentido histórico, interfiriera en su emocionante relato de horrores y dejó en cambio entrever suficientes atisbos circunstanciales para dar a su historia una aureola de autenticidad. Parco en detalles y absolutamente falto de criterio comparativo, pero pródigo en imposibles generalizaciones, el trabajo de Las Casas puede merecer la atención solamente de los ya convencidos, o de quienes rechazan todo espíritu de crítica.

Desgraciadamente, algunos historiadores y otros tratadistas, con

frecuencia dejan que la nobleza de la causa que sostiene, interfiera en la evaluación crítica de la obra de Las Casas. Sin negar el mérito humanitario de su cruzada, tenemos que reconocer que él fue incapaz de encontrar una palabra de simpatía para cualesquiera idea opuesta a las suyas. Arremetiendo con denuncias de tal intransigencia, falsedades y tan coléricos insultos, su celo llegó a ser, en cierto sentido, contraproducente, es decir, que hizo de sus compatriotas seres casi increíbles. Fray Toribio de Benavente («Motolinía»), famoso misionero en Méjico, lo expresó de este modo, escribiendo al Emperador Carlos I:

> «Por cierto, para con unos poquillos cánones quel de Las Casas oyó, él se atreve a mucho, y muy grande parece su desorden y poca su humildad; y piensa que todos yerran y quél solo acierta ... Yo me maravillo cómo V. M. y los de vuestros Consejos han podido sufrir tanto tiempo a un hombre tan pesado, inquieto e importuno y bullicioso y pleitista, en hábito de religión, tan desasosegado, tan mal criado y tan injuriador y perjudicial y tan sin reposo» (36).

En un análisis final, los millares de escrupulosos funcionarios y los más humildes clérigos que trabajaron en la integración hispano-india durante tres siglos, también merecen justo crédito por el efectivo mejoramiento de la vida del indio.

Para quien sienta un honrado deseo de conocer y valorar imparcialmente la acción española en América, debe advertirse que la significación de Bartolomé de Las Casas estriba en estos factores: (1) Acertó al señalar los actos reprobables que los españoles cometieron a lo largo de la conquista y explotación de los indios, pero incurrió en el error de centrar su atención sólo en este aspecto, excluyendo otras acciones que pudieran dar lugar a una más justa imagen de la totalidad de la empresa hispana; (2) Debemos admitir que fue sincero y que sin duda luchó por una causa digna; (3) Como propagandista, Las Casas, al estigmatizar a sus compatriotas como gente de

singular crueldad y codicia, no sólo dio muestras de pobreza de espíritu, sino también de un desprecio por las perspectivas históricas y falta de comprensión humana, requisitos esenciales de un buen historiador (4). Su propaganda ha sido aceptada como crónica verídica y como resumen completo de la actuación de España en América. Es este último punto el que ha causado el mayor daño —el uso de la obra de Las Casas como guía para el general conocimiento de los siglos de dominación de España en el Nuevo Mundo.

Las Casas fue violentamente atacado en su propia época, y durante los siglos posteriores se produjo abundante literatura en pro y en contra, entre aquellos que buscaban ávidamente difamarlo y los que procuraban corregirlo y así dar lugar a juicios más sanos sobre la Conquista y los siglos subsiguientes (37). Los mejores modos de reparar el perjuicio ocasionado por Las Casas son: (1) Incrementar el conocimiento de los hechos a base de la amplia documentación existente y de los escritos de los expertos publicados sobre España en América; (2) Un exacto conocimiento de lo que Las Casas trataba de hacer, los métodos que empleó y la forma en que los enemigos de España explotaron su obra en su propaganda; (3) Un acercamiento a la historia y cultura española e hispanoamericana libre de prejuicios religiosos, raciales o cualesquiera otros, con los mismos criterios y normas de simpatía que aplicamos, por ejemplo, a nuestra propia historia y a sus orígenes europeos.

Los españoles, con mucha razón, se han sentido ofendidos por la denigración que les trajo la pluma de Las Casas y sus imitadores; pero los prudentes eruditos de la Península e hispanistas de otras naciones, piden sólo que España, su gente y su obra en América, sea valorada y estudiada en una atmósfera justa —es decir, con las mismas reglas de imparcialidad empleadas para juzgar a otros pueblos y naciones. Ellos no desean la creación de una «Leyenda Blanca», sino que aspiran simplemente a la eliminación de las injusticias de la «Negra».

Las amargas acusaciones de Las Casas empezaron a extenderse

en Europa precisamente en aquellos años (1560-1590) en que los ingleses comenzaban a disputar el monopolio ibérico en el Nuevo Mundo, y los holandeses e ingleses iniciaban su largo período de conflictos con España. También por aquel entonces empezó el despertar de Europa hacia los extraños hallazgos en el Nuevo Mundo (por ejemplo, riqueza fabulosa, geografía espectacular, aborígenes desnudos) y a las exploraciones y conquistas españolas. El violento colorido de la acusación de Las Casas fue hecho a la medida para aumentar una propaganda concebida con el ánimo de demostrar que los españoles, por sus crueldades y codicia, estaban moralmente incapacitados para retener sus derechos sobre los territorios del Nuevo Mundo. Más aún, esta estampa de la depravación española serviría para proyectar una imagen de Felipe II, sus funcionarios y soldados, de carácter tan monstruoso que alentaría a sus enemigos a luchar contra ellos hasta la misma muerte.

Para mediados del siglo XVI, aún sin el estímulo de las iniquidades descritas por Las Casas, España tuvo gran cantidad de enemigos a lo largo y ancho, desde Estambul hasta Londres y Lisboa. Los esfuerzos españoles para purificar y reformar su Iglesia, mantener la unidad de la Cristiandad, contener a Francia y conservar o engrandecer herencias dinásticas, colocaron a España en la cúspide de Europa. Estas acciones habían creado en lugares peligrosos y estratégicos, miedos, envidias y odios vengativos —es decir, que ya existían europeos de sobra hispanofóbicos y que, en consecuencia, estarían más que encantados de explotar a don Bartolomé. Veamos quiénes fueron y por qué.

PARTE II

Desarrollo de la Leyenda

CAPITULO III

Raíces de la hispanofobia

«... mai parlava [Papa Pablo IV] di Sua Maesta e della nazione spagnuola, che non li chiamasse eretici, scismatici e maledetti da Dio, seme di guidei e di marrani, feccia del mondo...».

BERNARDO NAVAGERO (1).

La mayor difusión de la propaganda antiespañola, comenzó durante los conflictos de holandeses e ingleses contra España, en las décadas posteriores a 1560. En este momento histórico, España e Inglaterra, iniciando su contienda en aguas americanas, avanzaron rápidamente hacia la brecha abierta, con un choque de carácter militar que habría de simbolizarse para siempre en la historia de la Armada Invencible. Los holandeses se rebelaron al mismo tiempo contra la forma de gobernar Felipe II en sus territorios patrimoniales de los Países Bajos. E Inglaterra, temerosa y envidiosa del poderío español, estimuló «benévolamente» a estos rebeldes y recibió de ellos una útil y cada vez más creciente cantidad de propaganda antiespañola.

Coincidente y relacionada con todos estos hechos, se produjo la publicación de las primeras versiones extranjeras de los tratados de Bartolomé de Las Casas. La primera de la *Brevíssima Relación,* en francés (1578), fue impresa en Amberes; la siguieron otra en holandés y dos más en francés (1579 y 1582), así como la primera de las ediciones inglesas (1583). Había un astuto plan detrás de esta concurrencia de propaganda con guerra, como veremos. Y en el siglo

previo a estos sucesos, se evidenciaba ya algo de hispanofobia en diferentes áreas de Europa (2).

En efecto, durante largo tiempo se hallaba en fermentación un bien abonado semillero de actitudes y escritos antiespañoles. Estos reflejaban la presencia española en Italia, las tensiones judaico-españolas; los siglos de mutuo antagonismo con los franceses y las antipatías alemanas surgidas en la revolución luterana. Los holandeses e ingleses fueron los que entraron relativamente tarde en las corrientes hispanofóbicas, ya que ciertos conceptos de este tipo tenían carta de preferencia en publicaciones bien conocidas a mediados del siglo XVI. En resumen, la mayor parte de las armas de propaganda disponibles contra España estaban en vigor cuando dieron principio los conflictos hispano-holandeses e hispano-ingleses, encuentros amargos éstos que dramatizaron, cristalizaron y dieron forma permanente a la Leyenda Negra que llegaría hasta nuestros días.

Bases de la Leyenda Negra en Italia

> *Sobre todas las naciones contadas y sobre todas las demás que ay derramadas por el mundo, tienen este odio particular que emos dicho contra España los ytalianos.*
>
> GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA, *El Antijovio,* 1567 (3).

Empezando en las postrimerías del siglo XIII, los monarcas aragoneses extendieron sus ambiciones imperiales sobre el Mediterráneo, incorporando sucesivamente Sicilia, Cerdeña y Nápoles a su corona. Como consecuencia de ello, los soldados y mercenarios españoles mostraron mucha actividad en suelo italiano a lo largo de los siglos XIV y XV. Su presencia alcanzó para España un dominio sobre asuntos italianos durante el reinado de Fernando el Católico, en la década de

1490 y principios del siglo XVI, lo que le permitió cortar las ambiciones francesas e impedir sus invasiones en esa tierra. Además de esta intrusión aragonesa, los italianos mantuvieron una importante competencia comercial con los catalanes.

A ello se debió el que las opiniones italianas sobre los españoles se tornaran preponderantemente antagónicas. Los hijos de Roma, como antiguos gobernantes del mundo, estaban todavía alimentando su «ego» en el culto de su antigüedad y no tenían ninguna duda acerca de su superioridad sobre todos los demás pueblos. Era natural que ellos, de cualquier clase que fueren, y en especial la aristocracia y los intelectuales, se sintieran heridos en lo vivo y criticaran acíbaramente tales intrusiones en su gobierno y competencia comercial, junto con ciertos incidentes concretos por la conducta extranjera. Aun cuando la dominación española era de primer orden y su actuación en general benéfica, como a veces reconocieron los propios italianos, el orgullo de éstos se sintió aguijoneado.

En las primeras etapas de este contacto hispano-italiano, el crecimiento de las opiniones desfavorables con respecto a los españoles fue marcado por algunas facetas distintivas, claramente discernibles. El profesor sueco Sverker Arnoldsson, lo resume de esta manera:

> «La intervención de los príncipes españoles y sus bandas de guerreros, sus victorias y conquistas en Sicilia, Cerdeña y en la Península italiana es pues uno de los factores importantes para explicar la versión italiana más antigua de la Leyenda Negra. En ello se funda la imagen del hidalgo como tipo humano rústico e inculto, bárbaro y ridículamente ceremonioso. Otro factor es la competencia de los mercaderes catalanes con los italianos, así como la piratería catalana en las aguas griegas e italianas. Aquí tiene su base la idea del catalán alevoso, avaro y sin escrúpulos. Un tercer factor es la emigración de las meretrices españolas a Italia y la observación de ciertas costumbres en la corte arogonesa-napolitana así como el ambiente que rodeaba en Roma

> al Papa valenciano Alejandro Borja. En ello se funda la imagen del español excesivamente sensual e inmoral. Un cuarto factor es la secular mezcla de los españoles con elementos orientales y africanos y la influencia judía e islámica en la cultura española, lo cual dio motivo a la visión de los peninsulares como pueblo de raza inferior y de ortodoxia dudosa» (4).

Hasta principios del siglo XVI, estos puntos de vista antagónicos se referían principalmente a catalanes, aragoneses y valencianos, que constituían casi con exclusividad la presencia española en Italia. Pero después de 1500, Castilla entra a ritmo creciente en la escena italiana y durante el transcurso del siglo XVI llega a ser allí el líder político-militar, defensora de esta tierra contra los musulmanes y, cerca de la mitad del siglo, reconocido paladín del catolicismo romano contra la Rebelión Protestante. Así, a los ojos de los italianos, pero no con menos animosidad, el castellano vino a personificar más y más el «auténtico» español.

La primera mitad del siglo XVI estuvo profundamente marcada por el conflicto entre España y Francia, gran parte de cuya acción militar tuvo lugar en suelo italiano. El resultado fue un triunfo español que culminó en el Tratado de Cateau-Cambrésis (1559), por el cual el monarca francés renunció a sus pretensiones en Nápoles, Milán y Saboya. Hasta finales de siglo, la mayor parte de Italia estuvo, o dinásticamente unida a España, o aliada a ella contra enemigos comunes, tales como los turcos y los protestantes.

Continuos conflictos, en los que intervenían grandes ejércitos extranjeros, estimularon las manifestaciones italianas de antagonismo. Y si se tiene en cuenta que los más eficientes y victoriosos soldados fueron los españoles, se comprenderá que los sentimientos contra ellos se hicieran especialmente virulentos. A pesar de la admiración frecuentemente expresada hacia el «Gran Capitán» Gonzalo de Córdoba, y algún que otro comentario favorable a los líderes españoles, la tónica general de los sentimientos italianos fue hispanofóbica. Por encima de opiniones generalizadas, hubo determinados episodios

que cubrieron a los españoles de un oprobio que repercute aún en nuestros días. El que de todos alcanzó mayor fama, fue el saqueo de Roma en 1527.

Una copiosa literatura polémica y de testigos oculares, se ha publicado desde aquella fecha hasta nuestros días, censurando a España por la crueldad, rapacidad y consumada barbarie del saqueo de Roma y de otro de menor importancia en Prato, en 1512, en los que tuvo significante participación su soldadesca. En Prato, las tropas españolas intervinieron en una disputa entre facciones rivales de la República Florentina; en Roma, estuvieron mezclados con italianos, alemanes y borgoñeses-neerlandeses. A pesar de que el caso de Prato admite contradictorias opiniones acerca del volumen del daño hecho, los excesos fueron claramente atribuidos a los españoles. En el caso mucho más importante del saqueo de Roma, es más dudoso el tanto de culpa que les corresponde comparada con la que hay que atribuir a los alemanes, italianos y otros. Estos sucesos, pese a no ser únicos en tiempo de guerra, tanto en aquella época como ahora, contribuyeron en gran manera a la creencia italiana de que el soldado español era anormalmente rapaz y libertino. Este fue uno de los precios que los españoles pagaron por sus triunfos, por su relevante reputación como guerreros y por su ocupación de países extranjeros.

Ya que el español era en Italia el ejército dominante y por lo común victorioso, se conquistó la antipatía de forma automática y fue con frecuencia injustamente culpado por casi todas las tragedias específicas que ocurrieron a lo largo de esta serie de guerras y contiendas. Sin embargo, no hay razón para una singularización de la barbarie española; ellos se comportaron en Italia de igual manera que lo haría cualquier otro ejército en circunstancias similares (5).

La larga hegemonía española en Italia, ha sido comúnmente aceptada como marcada por un exceso de opresión, injusticia y fuertes impuestos, atribuyéndole, asimismo, culpabilidad en el declive económico de Italia. Recientes investigaciones históricas han llegado a importantes rectificaciones, incluyendo a veces un rechazo completo de estas tradicionales opiniones.

La administración de la justicia española, marcadamente imparcial y benigna en lo tocante al pueblo en general, estaba predestinada a ser impopular entre la desplazada y frustrada aristocracia italiana —la clase más propicia y deseosa de difundir por escrito o de cualquier otra manera su actitud antiespañola. La clase gobernante italiana reaccionó en contra de los funcionarios españoles, que no vacilaban en actuar contra ella cuando de hacer cumplir la justicia imperial se trataba. Se atrajeron el antagonismo italiano en la misma forma, más o menos, en que los Peninsulares lo hicieron en América por parte de la aristocracia hispano-americana, los Criollos. En Nápoles y Sicilia, los gobernantes españoles se apoyaron en la clase media, y con frecuencia la defendieron contra los abusos de la nobleza. En América, los funcionarios reales estaban encargados de hacer cumplir la legislación en favor de los indios, con lo que se impidió la explotación de los nativos por la aristocracia local.

Es también fácilmente demostrable que España no impuso tributación onerosa ni singularmente opresiva en sus dominios italianos; no, por cierto, comparada con los promedios de una época que era en general inflacionista, de modo que hacía que cualquier impuesto pareciese más gravoso de lo que en realidad era, en relación con el pasado. Se olvida asimismo con frecuencia, que Castilla soportó mayor carga de impuestos que los italianos, para el mantenimiento imperial y defensa de Italia misma contra los musulmanes. De ahí que España, al igual que en el caso de los impuestos en el Nuevo Mundo, se desangrara más que sus dominios de ultramar, para mantener el Imperio. La comparación de las condiciones económicas en las regiones italianas gobernadas por España, con las condiciones en cualquier otra región de Italia durante el mismo período, nos muestra al gobierno español en una línea generalmente favorable, sobre todo en materia de impuestos, incremento de población y bienestar general. Esto puede afirmarse categóricamente en lo que se refiere al sur de Italia y Sicilia y con toda probabilidad a Lombardía. Debe de quedar bien entendido que esta dominación española ocurría en un período de casi continuas guerras, internas y exterio-

res, con todo lo que ésto significaba para los asuntos económicos.

El papel de España en defensa de Italia contra el Islam, merece especial atención. De una parte, porque este peligro fue muy grande en el siglo XVI; y de otra, porque fue sobre todo la excelente calidad de los soldados, la energía de los monarcas (Carlos I y Felipe II) y el caudillaje militar, financiero y de logística lo que salvó a Italia de ser invadida o al menos seriamente atropellada por las incursiones musulmanas. Finalmente, y esto está admitido así por muchos italianos —incluyendo aquellos críticos de lo español en otros aspectos— esta defensa española de la Cristiandad fue no solamente de heroicas proporciones, sino una de las mayores contribuciones de España a la civilización europea. Mientras que los italianos censuraron a la soldadesca y al caudillaje español en su país, en asuntos de gobierno y militares —igual que nosotros [Estados Unidos] somos criticados hoy por la presencia de tropas, utilización de bases y otras formas de influencia en tierras extranjeras— quedó bien sentado que ellos se mostraron poco inclinados a mantener su propia defensa contra el Islam sin la ayuda y caudillaje españoles (6).

A pesar de todo ésto, y no obstante algún cambio favorable en la actitud italiana respecto a España cuando la Revolución Protestante hizo a los dos pueblos aliados contra la nueva herejía, el tenor general de su manifestación literaria a través del siglo XVI fue antiespañol. Es con esta expresión cultural, primordialmente literaria, de su propia denigración de España, con lo que los italianos contribuyeron tanto a la perduración de la Leyenda Negra. Hicieron que España pagara un alto precio por sus victorias en Italia, en moneda que hoy llamaríamos «opinión mundial».

Las manifiestas actitudes antiespañolas en la literatura italiana —una literatura cuya influencia era muy grande durante el Renacimiento— son muchas y diversas. De un lado, dieron forma literaria a las atrocidades bélicas en las que los españoles se vieron envueltos, siendo especialmente digno de mención el hecho de que sus escritores demostraron un rencor grande por la destrucción de bibliotecas y otros monumentos culturales— atribuyendo, por su-

puesto a España, la mayor culpa por este hecho normal en tiempo de guerra. En segundo lugar, dieron acceso en su literatura a las numerosas quejas que provocaba la tributación impuesta por el gobierno español en sus dominios italianos, hecho que ocurría en época en que los ciudadanos italianos y la aristocracia, a menudo, fallaron en poner los intereses peninsulares, tales como la defensa contra los turcos, por encima de lealtades y rivalidades locales.

Otras acusaciones contra la dominación española «muy frecuentes y sólo en parte justificadas», fueron las concernientes a la Inquisición. Parece ser que en Nápoles y Lombardía, el resentimiento estuvo más bien basado en considerar al Santo Oficio como un arma del Estado español secular, que sobre el miedo de confiscaciones o desarraigo de la herejía. En Sicilia y Cerdeña, donde hubo pocos herejes, el antagonismo parece haber sido principalmente dirigido contra las prerrogativas de los «familiares», título honorario de la Inquisición, que llevaba consigo especiales privilegios y algunas exenciones de impuestos. Es paradójico que los ataques literarios contra la Inquisición española fueran dirigidos contra una institución dedicada a la eliminación de las mismas influencias judías y musulmanas que hicieran sospechosa la ortodoxia española ante sus ojos y los de otros europeos.

En determinados círculos literarios, la acritud contra la imparcialidad de la administración de justicia española, «sin concesiones a las prerrogativas personales», se personificó con frecuencia en un aristocrático resentimiento contra el dominio extranjero. A pesar del hecho de ser el pueblo en general el más beneficiado por esta justicia, las expresiones literarias y el liderato aristocrático, contribuyeron ciertamente a la creación de un resentimiento popular contra los españoles. Esta antipatía fue nutrida por el elemento popular, que mantenía estrecho contacto con la vida diaria del soldado español.

Por último, «una desconfianza general» del español dio cuerpo a una fuerte corriente literaria hispanofóbica en la Italia del Renacimiento. Como ya se ha indicado, los españoles eran sospechosos,

porque su ortodoxia y su cultura estaban muy contagiadas por musulmanes y judíos. A todo ello, deben agregarse los recelos que reflejaron el complejo de inferioridad italiano por la presencia y dominación extranjera, especialmente en la época más «española» del reinado de Felipe II. Así por ejemplo, los mandos militares italianos estaban naturalmente amargados por el evidente predominio español y consiguiente depreciación de la calidad militar de sus hombres. «Las tropas españolas no eran consideradas como protectoras, sino como una especie de guardia civil». La hipocresía de los italianos se hizo manifiesta cuando dejaron de facilitar tropas para su propia defensa. Sverker Arnoldsson resume las causas de esta hispanofobia literaria en las siguientes palabras, debiendo prestarse una especial atención a su comentario sobre los embajadores venecianos, que son con frecuencia usados como fuentes originales para la historia de este período y por las observaciones que hacen sobre España y los españoles:

> «El odio general que por diversas circunstancias se produjo en la Italia del Cinquecento contra los españoles pudo manifestarse de muchas expresivas maneras. No deben tomarse en consideración a este respecto las declaraciones de los embajadores venecianos porque, siendo ellos mismos enemigos de España, podemos sospechar que hayan atribuido a sus informadores sus propios sentimientos o que hayan generalizado sus impresiones basándose en charlas con ciertas personas de la misma opinión...
>
> «Lo cierto es que determinados italianos durante el siglo XVI tuvieron un odio apasionado por todo lo español, y que lo manifestaron con las palabras más expresivas. El ejemplo mejor conocido y más citado es el del Papa Paulo IV. En sus amargas expresiones de la década 1550-1560 encontramos todo ese complejo de inferioridad italiana ante la nación vecina victoriosa, conquistadora y poderosa...
>
> «Los denuestos de Paulo IV contra los españoles expresan lo que muchos italianos cultos durante el apogeo y el ocaso del Renacimiento sentían ante el poder español: la pesadumbre de que su propio país —de

> civilización antiquísima y heredero de Roma— estuviera dominado por un pueblo de calidad inferior en cuanto a cultura, religión y raza. La hegemonía española en Italia era, para los sostenedores de tal idea, una catástrofe cultural y moral. Los ataques literarios contra los españoles asumían en ocasiones verdaderos caracteres de oposición cultural» (7).

Por esta época, España estaba integrada en las corrientes renacentistas, y era uno de los líderes europeos en varios órdenes (jurisprudencia, filología, estudios clásicos, etc.) y, lingüísticamente y en otros aspectos, ejercía importante influencia en la propia Italia. A pesar de todo ésto, los italianos, a través de su narcisismo contemplado en el espejo de su propio pasado, colmaron de insultos literarios y de acerada fraseología caricaturesca a España y a sus hijos, y los efectos siguen siendo todavía notorios. Al enfrentarse con la política y dominio militar extranjero, los italianos sintieron la gran necesidad de cubrir su propia humillación con una severísima denigración de la influencia española. Esta situación, como el propio Arnoldsson señala, puede ser comparada con algunas de las reacciones europeas hacia el poderío alcanzado hoy por los Estados Unidos. Puede compararse, asimismo, con la yanquifobia literaria de Latinoamérica, que con frecuencia se refugia en la adulación de sus propias cualidades culturales y espirituales, para contrapesar el poder material de los Estados Unidos.

Por ésto, los italianos arremetieron contra la «barbarie» de las novelas de caballería, género literario sumamente popular en España, con una influencia más o menos equivalente a la que hoy han adquirido las novelas del Oeste (de «cowboys») y las de detectives en Estados Unidos. Se recrearon en presentar al español como rapaz, cruel y sobre todo arrogante, ridiculizando en varias formas al capitán español como orgulloso y rimbombante, estereotipándolo en su «commedia dell'arte», e imputaron a los españoles una reputación de traidores y tramposos. En resumen, los italianos literariamente hirieron y estigmatizaron a los españoles en forma parecida

a la manera en que nos han caricaturizado, condenado y ridiculizado a nosotros [los norteamericanos] en el mundo entero. No importaba mucho que los italianos a veces encontraran admirables cualidades en los españoles (excelente espíritu militar, perspicacia, dignidad); lo que contaba era el preeminente retrato negro pintado en una época en que su literatura ejercía gran influencia en los círculos intelectuales europeos.

El insulto cumbre que los italianos lanzaron sobre los españoles, fue el criticarlos por sus características hebraicas y moriscas, y por el consiguiente resultado de ser «malos» cristianos. Fueron ellos en especial los que inventaron y difundieron ampliamente esta faceta de la Leyenda Negra. Había suficiente verdad en este argumento para esgrimirlo como excelente arma de propaganda. Sin embargo, fue también una injusta acusación por dos razones: la primera, porque las culturas judía y musulmana en la península ibérica contribuyeron mucho al desarrollo cultural europeo; y en segundo lugar, porque España estaba al tiempo de estas duras críticas italianas haciendo todo cuanto podía para purificar su cristianismo a través de la Inquisición, expulsión y reforma. Se puede además demostrar que, en este período, Italia (especialmente Roma, Ferrara y Venecia) era uno de los más seguros refugios para los judíos que se escapaban de los procesos purgativos de España. Y para colmo de la ironía, España fue, más tarde, condenada por su intolerancia y fanatismo en el tratamiento de hebreos y musulmanes.

La presencia de sangre judaica y musulmana entre los soldados españoles, fue tomada por algunos escritores —y evidentemente por la opinión popular— como explicación de algunas de las barbaridades cometidas en el saqueo de Roma y Prato, en particular la expoliación de iglesias y otros edificios religiosos. En general, el epíteto «marrano» (cripto-judío) era con frecuencia proferido contra el soldado español en Italia. De igual manera, los judíos en el drama italiano de aquella época, eran casi siempre designados como de origen español. La impureza racial y religiosa de los españoles, no sólo condujo a su descripción de anormalmente bárbaros y con lacras

«orientales», como las de una inmoralidad general y de perversión sexual, sino que también alentaron, por razones políticas, la opinión de que eran herejes por naturaleza y por lo tanto no dignos de fiar. Arnoldsson resume esta paradoja:

> «Precisamente en la época en que se procuraba extinguir en España por la fuerza tanto al islamismo como al judaísmo; cuando se colocaba tanto a moros como a hebreos ante el dilema de convertirse o abandonar el país, precisamente entonces los italianos empezaron a calificar a los españoles de 'marranos'. Y al mismo tiempo que los españoles en la guerra de Esmalcalda y en las largas guerras de religión con los Países Bajos, Francia e Inglaterra, combatían a los luteranos y a los calvinistas y en ello agotaban sus recursos materiales, eran llamados por muchos italianos herejes y luteranos.
>
> «Esta acusación ridícula de herejía hecha contra los españoles es solamente una pintoresca circunstancia en la historia de la Leyenda Negra. Más importante para el desarrollo posterior de la Leyenda tuvo la palabra marrano y el concepto combinado con ella de que los españoles fueran parientes cercanos y en gran parte descendientes de moros y judíos. Este mito sobre la 'impureza' racial de los españoles se divulgó cada vez más. Y también en conexión con él la idea de que algo sexualmente 'impuro' o 'malo' era inherente a los españoles» (8).

Una de las mayores hipocresías italianas fue la amplia difusión de la idea de que la inmoralidad sexual y los vicios en general de los españoles eran únicos. La primitiva creencia en la inmoralidad valenciana, la normal proliferación de prostitutas y cortesanas españolas en Italia, el ambiente que rodeaba a los Borgias españoles y la briosa propensión sexual de los soldados en campaña en el extranjero, contribuyeron a crear esta imagen de una especial depravación. Sin embargo, debe también recordarse que estos insultos los lanzaban los italianos del Renacimiento que se hicieron famosos por su falta

de moralidad y naturaleza viciosa, con frecuencia puestas de relieve como típicas características de esa gente y de aquellos tiempos. Si hubo algo de singular en la inmoralidad española en la Italia del siglo XVI, requeriría, por cierto, tomar a un italiano de aquel tiempo para reconocerla y rotularla: el ladrón juzga por su condición.

Orígenes de la Leyenda Negra en Alemania

> «... *Stecht in die Spanisch Sew und Hund vie in die Frösch und lert sie Rund, was heiss, die Deutschen pochen!*» (9).

El soldado español, ya conocido como el mejor de Europa, hizo su primera aparición significativa durante la guerra de la Liga Esmalcalda o Guerra Española (1546-1547) cuando el Sacro Romano Emperador Carlos V combatía contra los protestantes alemanes. Como en el caso de Italia, la antipatía mayor contra los españoles surgió de su actuación militar; y en aquel tiempo, el conflicto religioso proporcionó más motivos para el odio. De todas maneras, antes de la Guerra de Esmalcalda, los alemanes sentían ya cierta animosidad hacia los españoles, basada parte en las relaciones personales y comerciales, parte en las opiniones antijudaicas y parte en los comienzos del cisma religioso y de las influencias italianas.

Parece que los primeros alemanes que visitaron España en el siglo XV y principios del XVI, quedaron desfavorablemente impresionados por la tolerancia y privilegios concedidos allí a los judíos y musulmanes, así como por lo que consideraron avaricia, ardides, inmoralidad, presunción («como los ingleses») y por su talla pequeña y oscuro color. Algunos de estos desfavorables conceptos se recogieron en la *Cosmografía Universalis* del célebre cosmógrafo Sebastián Münster y por eso alcanzaron gran audiencia intelectual a través de Europa (10).

La desconfianza hacia España de los alemanes, basada en su incipiente nacionalismo y en su acentuado sentimiento antijudío, contribuyó en forma notable al robustecimiento posterior de la Leyenda Negra en Alemania y en Holanda. Ante el desprecio con que los italianos miraron la cultura alemana como inferior y primitiva, resurgió una corriente poderosa de patriotismo y se produjo, como contraataque a esos conceptos, un movimiento de los humanistas germanos en elogio de sus cualidades «nacionales». Mucho de esto se fundó en el desdén que les inspiraban la inmoralidad y decadencia de los italianos. Los españoles, desde luego, recibieron su parte de ofensa debido a sus vínculos con los italianos y a sus simpatías judaicas. La decidida actitud antijudaica de Martín Lutero, se relacionó con su sospecha de que los españoles deseaban imponer su gobierno total sobre Alemania como etapa de un intento de dominación mundial. Ulrich von Hutten y Lutero, probablemente los dos escritores más influyentes durante la primera mitad del siglo XVI, pensaban que los alemanes eran racialmente superiores a los italianos, españoles y judíos. Cuando esta actitud se extendió y llegó a estar ligada a los sentimientos antipapales, las firmes bases para una hispanofobia alemana-protestante quedaron cimentadas. Esta manera de pensar, alcanzó con Lutero el absurdo extremo de predecir que se estaba fraguando una alianza entre turcos y españoles para subyugar su tierra natal (11).

Esta rígida hispanofobia, difundida por sus seguidores, abrió el camino para una polémica antiespañola, acompañada de demostraciones populares tan pronto como las tropas españolas entraron en la Guerra de Esmalcalda, justo después de la muerte de Lutero. Teniendo en cuenta que él fue uno de los más preclaros dirigentes de la opinión popular alemana en su siglo, era inevitable que sus sentimientos hispanofóbicos encontrasen amplia aceptación en el pueblo al calor de esta guerra, especialmente cuando los sentimientos de esta índole se hallaban exacerbados por la profunda división religiosa. A través de canciones populares y escritos propagandísticos, esta animosidad fue arrojada contra los soldados españoles y, lo

que es más importante, se difundió junto con la idea de que Carlos V intentaba imponer una dominación extranjera (la española) sobre la «nación» alemana.

En las canciones e impresos populares, el Emperador Carlos V fue representado no sólo como jefe de una facción de la lucha religiosa, sino como enemigo de Alemania, que contaba con el satánico apoyo de las tropas españolas. Los vínculos hispano-italo-papales se denunciaron —y se llegó hasta el extremo de considerar a los católicos alemanes como traidores a su patria. Puede por ello afirmarse que el nacionalismo alemán, en los momentos cruciales de sus orígenes, nació apoyado en parte sobre la propaganda antiespañola. Esto fue aún más cierto en los casos de Holanda e Inglaterra, como más adelante veremos. El papel de esta propaganda en la formación del nacionalismo germánico dio permanencia a la «leyenda negra» alemana, estribada en motivos raciales y antipapales.

La versión alemana de la Leyenda Negra, cristalizada en la Guerra de Esmalcalda, alcanzó extraordinaria difusión por las circunstancias especiales de tal conflicto. Carlos V, por virtud de ser Emperador del Sacro Imperio Romano, dirigente de gran parte del territorio italiano y, al mismo tiempo, Rey de España, estaba incapacitado para organizar y fomentar cualquier campaña propagandística efectiva que combatiera estos brotes nacidos de un nacionalismo alemán y una antipatía racial y cultural hacia los europeos meridionales. Así, la causa de Carlos V, por estar identificado con Roma, no podía compenetrarse con el pueblo alemán. Además, puesto que era también Rey de España, los temores de una dominación universal española, ya existentes, estimularon y soliviantaron una amarga propaganda. Y siempre había esa concomitancia de guerra, el odio a las tropas extranjeras presentes en el suelo patrio. Los comentarios británicos sobre los soldados americanos en la Segunda Guerra Mundial, con la expresión de «superpagados, supersexuales y super-aquí» («over-paid, over-sexed, and over here») lo expresa sucintamente; con la diferencia de que los españoles y otros soldados en la Alemania

del siglo XVI, estaban más bien «*under*-paid» (mal pagados), con consecuencias fáciles de imaginar.

En la segunda mitad del siglo, una numerosa serie de factores acumulados, contribuyó al incremento y expansión de la Leyenda Negra en Alemania. Por eso, si bien algunos alemanes sacaron provecho comercial de ciertas medidas de Felipe II, ésto fue probablemente más que compensado por los inconvenientes y molestias que encontraron en los puertos de España. Por otra parte, la suspensión por Felipe II de los pagos a sus acreedores en 1557, dañó determinados intereses bancarios alemanes (por ejemplo, Fugger) y pocos años más tarde, circunstancias especiales de la lucha hispano-holandesa acentuaron los antagonismos hispano-alemanes. Agréguese a ésto, el que su opinión sobre España y los españoles quedó afectada por sucesos tales como la matanza de San Bartolomé en Francia (1572), el origen español de los jesuitas, el aumento de propaganda contra la Inquisición, la adicional publicación de los conceptos antiespañoles de Lutero, la presencia de núcleos protestantes holandeses en Alemania, que habían escapado de las victorias españolas en los Países Bajos y algunos otros episodios del conflicto protestante-católico.

De particular importancia para la cristalización de la Leyenda Negra, fue la concentración en Frankfurt/Main de protestantes y judíos refugiados, procedentes de dominios españoles. Precisamente en esta ciudad entró en acción un centro de propaganda antiespañola, con particular énfasis en las lecturas populares, conteniendo ataques contra la Inquisición (12). A este propósito, debe tenerse en cuenta que Frankfurt llegó a ser más tarde un notable centro para la publicación y distribución de la *Brevíssima Relación* de Las Casas (ver capítulo 4).

En el desarrollo de la Leyenda Negra en Alemania, durante el siglo XVI, una característica salta a la vista, y es la acusada propensión alemana a considerar a los españoles como una raza aparte y decididamente inferior, parangonándolos de continuo con los menospreciados italianos y turcos, poniendo de relieve su judaísmo

y reiterando el color oscuro de su piel («Los españoles comen pan blanco y besan mujeres blancas con mucho gusto, pero son tan negros como el rey Baltasar y su mono»). Los viajeros alemanes a finales de siglo, remarcaron la frecuencia de matrimonios entre españoles y «hembras negras y mulatas, que proceden de las Indias y de la Isla de Santo Thomás». Este concepto de los españoles como una apartada raza oscura, se afianzó por la creciente propaganda holandesa antiespañola, que los calificaba una y otra vez de «marranos» (13). Es en este aspecto racial —que se mantiene aun hoy día entre holandeses, alemanes y los pueblos nórdicos— donde más se diferencia el arranque de la «leyenda negra» alemana y el de la italiana. Y es aquí en donde se pueden ver con más claridad las raíces de este complejo de superioridad nórdica, que llegó hasta nosotros especialmente a través de la literatura inglesa.

Judíos y españoles

En el curso del siglo anterior al choque anglo-español, se había producido un significativo grado de odio como resultado del conflicto entre cristianos y judíos en la misma España. La inquina de éstos contra los españoles se mezcló con la de los musulmanes e italianos, y la combinación protestante de alemanes y holandeses. Y sus palabras y acciones contra España llegaron a ser una faceta de la posterior Leyenda Negra holandesa-inglesa-americana. Las inmediatas y mejor conocidas causas de esta antipatía fueron, por supuesto, la Inquisición española (1480) y el edicto de expulsión (1492). Sin embargo, la historia es mucho más compleja, aunque la mayoría de los escritores judíos y una sostenida creencia popular, han hecho perdurar una imagen antiespañola relativamente simple.

Admitamos que el asunto es delicado. El término «antisemitismo», engañoso de por sí, se emplea y agita en nuestros días tan arbitraria o tendenciosamente, que casi no tiene otro significado

que el de ser una piedra adecuada para lanzar con rabia —pero que, como buena piedra, puede hacer bastante daño. Añadamos que el antagonismo judío contra España se ha agudizado recientemente por ciertos aspectos de la Guerra Civil española y de sus ecos a través de la Segunda Guerra Mundial. La llamada «culpabilidad-por-asociación» de España con Alemania e Italia antes y durante la Segunda Guerra Mundial, y el uso de este argumento por Israel para justificar su voto contra la entrada española en las Naciones Unidas, en 1950, forma una parte reveladora de esta historia (14).

Todo ésto es perfectamente comprensible a la luz de las atrocidades cometidas contra el pueblo judío, pero sus propias apasionadas opiniones estorban el que la justicia y la imparcialidad presidan sus relatos sobre España. La emoción judaica cuando se la despierta con memorias históricas de la Inquisición española y la expulsión, exagera y deforma y echa con cajas destempladas cualquier simpatía hacia la causa hispano-cristiana. En este aspecto, los escritores judíos están apoyados por una opinión popular, en gran parte creada por ellos mismos, sobre la que, durante siglos, han ejercido su influencia escribiendo sobre estos temas. Tales autores, en especial en época reciente, han tenido mucha ventaja en el mundo occidental en la difusión de sus puntos de vista sobre la historia judeo-española.

Delicado o no, este tema debe ser estudiado y comentado, porque constituye una parte fundamental en el crecimiento y diseminación de la Leyenda Negra.

Mucho antes de que España intentase expulsar a sus judíos, y aún antes de que hubiera apreciables demostraciones antijudías, otros países, particularmente Inglaterra (1290) y Francia (1306), habían ya seguido tal camino. Esta persecución había empezado a ser fenómeno común y popular en Europa, y a ello debe agregarse y tenerse en cuenta el hecho de que el poder judío, su influencia y su número, eran en España, durante la Edad Media, muy superiores a los de cualquiera otra parte del continente. Ante tal situación, la España cristiana tiene derecho a cierto grado de reconocimiento por

su singular moderación ante lo que otros europeos veían, sin duda, como una fuerte provocación. Durante los siglos medievales, los judíos residentes en la Península alcanzaron un nivel cultural, una prosperidad material y una influencia política, económica y religiosa, muy superiores, y que jamás podrían compararse a sus posibilidades de haberlos logrado en cualquier otra región de Europa. En suma, los judíos originaron una verdadera Edad de Oro durante el medioevo en España. El decreto de expulsión, publicado doce años después de que la Inquisición comenzara la búsqueda y castigo de los cripto-judíos, significó el término oficial de la época de mayor poder y bien-estar conocido por ellos desde la Diáspora.

Califico solamente de «oficial» esta expulsión, pues debe recalcarse que muchos judíos continuaron viviendo en España y sus dominios, bien como auténticos cristianos o como cripto-judíos. Estos llamados «conversos», alcanzaron posiciones de importancia hasta cerca del mismo trono; se ocuparon de asuntos comerciales y financieros; y fueron hasta miembros de la Inquisición, tratantes de esclavos, sacerdotes, etc. (15). Es un grave error ignorar esta continuidad hebrea en España, pues esta significativa característica de la historia española es, a menudo, ignorada en aras de concentrar la atención sobre las más sensacionales historias de torturas inquisitoriales o expulsiones en masa. Los judíos y otros escritores de tendencias antiespañolas, han preferido poner de relieve estos crímenes españoles como medio de demostrar su singular crueldad y fanatismo. El común denominador de estos criterios, estriba en aplicar ética moderna para medir y enjuiciar la moralidad de hechos acaecidos en los siglos XV y XVI, sin aplicar ese sentido de la justicia que es tan importante para la interpretación histórica. O, en algunos casos, puede venir, sencillamente, de la bien conocida propensión judía a la renovación cultural en las cenizas del martirio.

Aun el más superficial conocimiento de la influencia hebraica durante el siglo XV —y del modo como los cristianos europeos de aquel tiempo veían estas cosas— nos lleva a la conclusión inevitable de que el lado español en esta historia es respetable en alto grado.

Escritores judíos, tales como Cecil Roth y el influyente y abiertamente hispanofóbico Heinrich Graetz, exaltan con orgullo el singular poderío y prosperidad de su raza en la España de entonces. Otros muchos escritores, desde entonces hasta ahora, han dado testimonio de este hecho histórico (16). [Equivalente aproximado en tiempos posteriores podría ser el poderío material y fuerza cultural de los judíos en Holanda durante el siglo XVII, cuando Amsterdam vino a ser conocido como la «Jerusalén holandesa», en Inglaterra, durante el XIX y el XX, y en los Estados Unidos y Alemania, en el siglo actual.]

Las palabras de Cecil Roth, en su *Historia de los Marranos,* ilustran este punto y acertadamente indican la necesidad, desde el punto de visto hispano-cristiano, que justifica la firmeza con que se intentó resolver el problema judío:

> «[Los Conversos] formaban en el organismo de la nación un extenso cuerpo extraño, imposible de asimilar y muy difícil de abandonar ... Fue, sin embargo, notorio que [los Conversos] eran cristianos sólo de nombre, observando en público un mínimo de la nueva fe y en privado un máximo de la antigua ... De la misma manera, hubo una gran masa de Conversos dentro de la grey de la Iglesia Cristiana, trabajando insidiosamente por su propia causa dentro de las diversas ramas del cuerpo político y eclesiástico, condenando en forma abierta muchas veces la doctrina de la Iglesia y contaminando con sus influencias la masa total de los creyentes. El bautismo apenas hizo poco más que convertir a una considerable porción de judíos, de infieles fuera de la Iglesia, a herejes dentro de la misma. Era lógico y aun justificado, que desde todos los púlpitos se oyeran apasionados sermones llamando la atención sobre la mala conducta de los nuevos cristianos [es decir, cripto-judíos] y apremiando a la toma de medidas para desenmascararlos» (17).

Y Louis Israel Newman, en su obra *Jewish Influence...,* muestra la labor hebrea en este aspecto, que ciertamente inquietaría a la pia-

dosa Isabel: «... los apóstatas y Marranos, solapadamente 'judaizaron' las doctrinas de la Iglesia desde dentro» (18).

La fuerza del judaísmo en la España del siglo xv fue una importante base para las críticas antiespañolas en otras partes de Europa, como ya se ha visto al comentar las actitudes italiana y alemana. Los ingleses, holandeses, franceses y el propio Vaticano se dieron cuenta de este fenómeno y lo utilizaron como apoyo racial y religioso de su desconfianza hacia España (19). Un paralelo semejante en nuestros días se presenta con las bien conocidas críticas extranjeras acerca de la influencia cultural, política y comercial de los judíos en los Estados Unidos, críticas éstas que debieran ayudarnos a comprender mejor la similar situación española del siglo xv.

Los monarcas medievales, luego Fernando e Isabel y aún algunos reyes posteriores, dieron muy claras pruebas de su favoritismo hacia los judíos y conversos, incluso cuando el cristianismo de los últimos era sospechoso (20). Sin embargo, la mayoría de los españoles consideraban la situación con alarma, pues fueron testigos, día tras día, de su influencia: su empleo como recaudadores de impuestos; su abierta ostentación de riquezas; blasfemias y mofas de las prácticas cristianas; el ofensivo epíteto de «marrano» lanzado por extranjeros a los españoles; el indeleble recuerdo histórico de que fueron los judíos los que contribuyeron de manera significativa al éxito de la invasión islamita y de que frecuentemente se ligaban a este enemigo tradicional de España y de la Cristiandad; la acerba literatura y oratoria antijudaica de algunos de los nuevos cristianos; y su aumento de población, apreciable a simple vista. En ocasiones, esta alarma llegó a convertirse en ataques del pueblo contra ellos. Si hubo algo singularmente español en todo ésto, no fue intolerancia ni fanatismo, sino más bien una notable paciencia en comparación con la forma en que fue tratado el problema judío en otras partes de Europa.

La Inquisición que Isabel estableció en Castilla en 1480, a pesar de todas las críticas —incluyendo censuras papales— contra dicha institución, pareció ser una necesaria y acertada solución, aunque la soberana la hubiese de establecer con repugnancia. Cualquier otro

monarca en la Europa de aquel tiempo, enfrentado con similares condiciones, hubiera utilizado medidas mucho más duras (21). La Inquisición castellana, tuvo entre sus objetivos eliminar la posibilidad o probabilidad de un «estado judío dentro del Estado» y, en este aspecto, la Inquisición fue un brazo de la monarquía y una defensa contra la traición. Con similares fines, la Inglaterra de los siglos XVI y XVII capturó, torturó y asesinó jesuitas y otros católicos; y monarcas del siglo XVIII, incluyendo los de España y Portugal, expulsaron a los jesuitas con la aprobación de muchos de los que formaban los prestigiosos círculos intelectuales. Los intentos de conspiración judaica contra el establecimiento de la Inquisición, tanto en Castilla como en Aragón, son el más elocuente testimonio de la necesidad de tal paso. La cristiandad europea aprobó de corazón la decisión de Fernando e Isabel y puso de relieve el hecho de que por fin se estaba haciendo algo positivo para extirpar la perniciosa influencia del judaismo (22).

La Inquisición se creó para acabar con la subversión de la moral cristiana y de las costumbres religiosas por judíos ocultos que estaban presentes virtualmente en todos los niveles de la vida nacional. El Santo Oficio no fue creado para procesar o castigar a aquellos judíos que, en forma abierta, fueran fieles a su religión, o a los que aceptaran el cristianismo con sinceridad. Las secretas prácticas hebreas, bajo una falsa fachada de cristianismo, acompañadas de subversión, se consideró traición de una minoría contra la mayoría y oposición a las leyes vigentes. Este concepto de la acción de una minoría subversiva, sigue siendo respetable y legal en nuestro propio siglo y país (23). No había nada extraño en la expulsión de los judíos o en el castigo de los cripto-judíos; la única diferencia estribaba en que el problema de España era mayor que el del resto del continente. De paso, anotemos que, el proceder de España en la resolución del problema fue jurídicamente más ajustado a derecho que el que seguramente se hubiera empleado en cualquier otra parte de Europa.

Una de las tragedias de los judíos es que, con frecuencia, sus mayores injurias han procedido de su propia gente, y ésto es lo que

sucedió en la España del Santo Oficio. Hombres de sangre hebrea eran no sólo miembros de la Inquisición misma, sino también activos al fomentar por todas partes el odio antijudío, y ocupaban puestos de poder en el reino, tanto cuando la Inquisición fue creada, como durante las épocas de su mayor actividad e influencia. Se ha dicho, con considerable lógica, que cualquier «singular» intolerancia de los españoles (una fama a menudo basada en la historia de su trato a los judíos) fue primordialmente un acaecimiento del siglo XV que, al menos en parte, se debió a la intransigencia de los judíos mismos.

En este aspecto, nótense las palabras perspicaces de Salvador de Madariaga, uno de los más cultivados intelectuales de España, que difícilmente podría ser tildado de «antisemitismo».

> «Para muchos judíos y no judíos, la afirmación de que la intolerancia española pudo muy bien ser en parte de origen judaico parecerá, sin duda alguna, paradójica; ¿a qué entonces la Inquisición? se preguntarán. Y si la respuesta fuera que la Inquisición española fue en gran parte de inspiración judía, la paradoja sería completa. Que la intolerancia, sin duda, no fue una típica característica española antes del siglo XV puede probarse fácilmente. El español de entre los años 800 al 1400 no era intolerante.
>
> «No, a lo menos, en el grado que más tarde había de distinguirlo. La intolerancia no llega a ser general o persistente hasta el siglo XV. Y estas dos características las toma de los judíos.
>
> «Pues lo que de hecho los judíos aportaron al carácter español, durante ese siglo, cuando empezaron a influirlo profundamente, fue una 'consistencia' y 'perseverancia' que jamás había tenido... El español no necesitó influencia judía para su agresividad o propensión a las luchas civiles. Sin embargo, pese a ideas tradicionales, quizás copió de los judíos su dogmática motivación, y desde luego, la persistente necesidad de mantener firmes instituciones a tal fin» (24).

Al aproximarse el término de la resistencia político-militar mu-

sulmana, a fines de la década de 1480, Isabel empezó a darse cuenta, cada vez con más claridad, de que le sería necesario intervenir en el problema del judaísmo ortodoxo, así como con los cripto-judíos. La afinidad de judíos y musulmanes era demasiado estrecha y tradicional y ponía en peligro la seguridad española; la caída de Granada, probablemente sería seguida por intentos musulmanes de una nueva invasión (de hecho hubo incursiones de represalia en la costa) y los judíos, con seguridad, servirían de espías y colaboradores de los ataques musulmanes, cosa que, asimismo, ocurrió. Y hubo en todo momento un clamor popular contra los israelitas, sin olvidar la constante preocupación de la piadosísima Isabel, quien desde hacía mucho tiempo se sentía afligida por el gran número de los seguidores de la Ley Mosaica en sus dominios. Este estado de cosas dio lugar, en 1492, al Edicto de Expulsión de todos los judíos que se negasen a recibir las aguas del bautismo.

Una infinidad de inexactitudes y exaltadas exageraciones, se han escrito y comentado sobre este tema de la expulsión de los judíos de España. De un lado, el número de los que fueron expulsados es, con frecuencia, exagerado (25). De otro, se agranda demasiado este hecho, calificándolo de causa principal del declive de España (26). En tercer lugar, la expulsión ha sido a menudo explotada como evidencia de un insólito fanatismo e intolerancia española, sin molestarse en estudiar las condiciones de la Península en ese momento histórico, o en hacer comparaciones con las opiniones y hechos acaecidos antes y después en otros territorios europeos. Aun una escasa objetividad en el estudio y valoración de este asunto, nos lleva inevitablemente a un prudente enjuiciamiento de esta actuación española y, hasta una cierta simpatía hacia la misma, aunque bajo el prisma humanitario del siglo XX no sea fácil justificar y menos perdonar ciertas injusticias originadas por esta orden de expulsión. Pero un juez del siglo XX, debe también analizar los crímenes de su propio tiempo con similar perspectiva. En este mismo aspecto, no hace falta en ningún caso recordar horrores tales como las acciones genocídicas rusas y alemanas. Recordemos únicamente nuestro estado

de ánimo y mentalidad al enjuiciar la supuesta existencia de una «quinta columna japonesa» (la Nisei) cuando entramos en la Segunda Guerra Mundial. Algo parecido y con tonalidades bien irónicas, se encuentra en una noticia publicada con fecha 7 de noviembre de 1961: «No a los árabes —el Parlamento israelí ha rechazado de nuevo el retorno de los refugiados árabes de la guerra de 1948 como impracticable y como equivalente a la readmisión de una posible Quinta Columna» (27). Este fue precisamente el peligro que los españoles vieron en los judíos y la simple historia del trato israelí a los árabes palestinos puede conducirnos a la conclusión de que España se comportó con sus judíos de manera más moderna que medieval.

Los pros y contras del trato español a los judíos, son casi hipnóticamente fascinadores, tanto hoy como ayer. Existe una fuerte corriente de romanticismo en esta historia, como Cecil Roth acertadamente observa. Las relaciones entre los dos pueblos se caracterizaban por considerable pasión (ya que judíos y españoles son gente apasionada); con tensiones seculares entre ambos pueblos, resultado de haber vivido juntos durante tanto tiempo, de forma que cada uno influenció fuertemente la cultura del otro. Esta tensión es como el antagonismo entre hermanos o primos que, instintivamente, saben dónde los insultos son más dolorosos, circunstancia que sin duda mantiene vivo el interés judío en la cultura hispánica y en la nación española. También cuenta en la reiteración de sus prejuicios antiespañoles. El hecho de que la persistencia de los funcionarios inquisitoriales en la persecución y castigo de los enemigos judíos, puede ser atribuido a la explotación hispano-judía de conocimientos combinados sobre costumbres, creencias y hasta trucos (tales como el uso de nombres ficticios por los judíos), sin duda realza la congoja, la tragedia y el drama de esta historia.

Lo más significativo de todo ésto, en relación con el tema de la Leyenda Negra, es que en el siglo siguiente a 1480, se produjo o intensificó la hispanofobia entre el pueblo judío. Coincidió esta época con la iniciación por el pueblo hebreo del uso y rápido desa-

rrollo de la imprenta y de las industrias editoriales (28). Al salir de España, muchos judíos se fueron a Italia, los dominios musulmanes, los Países Bajos, Alemania y Francia, lugares donde iba aumentando la receptividad a la propaganda y acción antiespañola. En sus nuevos lares, los judíos hicieron afanosamente cuanto estuvo a su alcance para dañar el comercio español, y dieron ayuda a los proyectos musulmanes de desquite por la derrota de Granada. Y la erudición judía y dialéctica reconocida en materias teológicas, fueron puestas a veces al servicio de la Revolución Protestante, que proporcionó a España tanta angustia (29).

Este siglo de crisis en las relaciones hispano-judías, que dio lugar a importantes restricciones en el poder e influencia de éstos, fue época en que España estaba creando el mayor imperio del mundo, con perspectivas comerciales virtualmente ilimitadas. Los judíos jamás han perdonado a España la imposición de estas restricciones a sus oportunidades. Fue ésta la razón principal de su animadversión, que se tradujo en tendenciosa literatura, poniendo de relieve la participación judía en el extraordinario auge del capitalismo holandés e inglés, competidores de España en el comercio. Y muestran una clara satisfacción en hacer resaltar las actividades de su pueblo (generalmente Marranos) en ayudar o estimular las campañas políticas, militares o comerciales con que los holandeses, franceses, ingleses y turcos atacaban a España (30).

Es, desde luego, absolutamente inútil discutir si los judíos o los españoles estaban en lo cierto en cualquier momento dado de estos hechos. La Inquisición y expulsión fueron, sin duda, funestas para los judíos que rechazaron convertirse al cristianismo, pero no está nada claro si esta forma de resolver el problema fue, vistas las alternativas, perjudicial para España o factor serio en su declive. Es asimismo inútil entrar en semejantes disquisiciones sobre el origen y desarrollo de la Leyenda Negra en Italia y Alemania. Considerémoslos como simples sucesos históricos, acciones y reacciones de diverso signo, comprensibles de sobra, dentro del entramado de sus tiempos y que nos ayudan a explicar la existencia y fuerza de actitu-

des antiespañolas en diversas partes de Europa durante la segunda mitad del siglo XVI, cuando los holandeses e ingleses se lanzaron contra España.

Francia y España

Una cuarta área de gran significación en el sentir antiespañol, Francia, precedió a todas las demás, por las obvias circuntancias de su proximidad. A lo largo de un milenio o más, la contigüidad de estos dos pueblos ha favorecido una mutua hostilidad. Una vez más, digamos que ésto no es cuestión de aciertos y errores, sino resultado de acontecimientos históricos similares a los orígenes de las animosidades franco-prusianas o estadounidense-mejicanas, o a las hostilidades judío-árabes.

Desde el principio de la dominación musulmana en España, con su fugaz penetración militar en Francia y las amenazas a Europa por esa vía, los franceses han considerado a los españoles como una extensión africana de barbarie oriental. Esto se agravó en el transcurso de la Edad Media hasta los tiempos modernos, por conflictos sobre los territorios colindantes a lo largo de los Pirineos. Y esto culminó con las grandes rivalidades imperiales de los siglos XV y XVI, en las que España frustró con éxito las ambiciones francesas sobre Italia, virtualmente encerró a Francia en un cerco dinástico-militar y algunas veces se mezcló en sus sangrientas rivalidades religiosas.

Por añadidura, los franceses hicieron resentirse, junto con los holandeses e ingleses, el monopolio ibérico en el Nuevo Mundo y aspiraron a romperlo. Durante los siglos XVIII y XIX, Francia ejerció poderosa influencia política y cultural sobre España, y la tradicional enemistad entre estos dos pueblos, se agravó por la odiosa invasión napoleónica. La lucha española contra las tropas de Napoleón, simbolizada en el famoso «Dos de Mayo» (1808), brillantemente inmortalizado por Goya, endureció los odios tanto tiempo incubados.

Y en nuestros días, las pasiones agitadas con motivo de la Guerra Civil Española, volvieron a abrir viejas heridas, al convertirse Francia en una base firme de propaganda y otras actividades intervencionistas en favor de uno de los beligerantes.

La importancia de estos antagonismos históricos en el desarrollo de la Leyenda Negra es indudable, y por ello, sólo necesita un ligero comentario. Las intensas rivalidades y enfrentamientos militares hispano-franceses durante la primera mitad del siglo XVI y posteriores, convirtió a Francia en un centro natural de actividades antiespañolas. La primera amenaza extranjera digna de mención contra España en el Nuevo Mundo, del tipo de piratería, se lanzó desde los puertos de Bretaña. Más tarde, la literatura de viajes y el liderato francés en la Ilustración del siglo XVIII, tuvieron una enorme importancia en el endurecimiento del desdén general europeo y aun del odio hacia España y los españoles. Desde el siglo XVII hasta nuestros días, la hegemonía cultural francesa en el Continente y en las Américas puso, *inter alia,* su indiscutible sello de aprobación a los prejuicios antiespañoles. [Si Hispanoamérica desplazase a los Estados Unidos como poder dominante en su hemisferio, tal como Francia desplazó a España en el Continente, es fácil de imaginar, dada la yanquifobia de acerba y larga duración, cuál sería la interpretación que se daría a la historia y cultura del Coloso del Norte.]

En cualquier discusión sobre la actitud del mundo occidental hacia España y Latinoamérica, Francia debe ser considerada siempre como importante centro intelectual y propagandístico, diseminador de vastísima hispanofobia. Esto se ve con relevante claridad si se recuerda que durante los dos últimos siglos, la dirección intelectual en Latinoamérica y Estados Unidos ha estado muy influenciada por las modas culturales francesas.

* * *

En resumen, la totalidad de los sentimientos antiespañoles, que precedieron a la entrada de los holandeses e ingleses en la liza contra

el coloso español, se originó en las acciones de la España Imperial más allá de sus fronteras; acciones que abarcaron una amplia gama de motivos político-dinásticos y religiosos. En segundo lugar, provino de ciertas rivalidades económicas de tipo internacional y los antagonismos clásicos de este período inicial del capitalismo europeo. En tercer lugar, una mezcla de antipatías de tipo social, cultural y «racial», concomitancias que se predicen de las guerras, hizo que se encendieran los primeros destellos del complejo nórdico de superioridad. Finalmente, contribuyó la particular hispanofobia judía, encajada en el espíritu de aquellos tiempos, y basada en medidas que entonces parecían lógicas y necesarias para garantizar la seguridad de la España Cristiana.

La formación y desarrollo de estas actitudes hispanofóbicas en Europa, coincidía con la ocupación española de sus recién descubiertos territorios transoceánicos, que se estaba llevando a cabo con toda celeridad. En su peculiar forma, la conquista española en el Nuevo Mundo creó, a su vez, otra faceta de la Leyenda Negra, que se unió a las directrices de las ya existentes.

Hemos visto anteriormente que la conquista de América produjo una explosión típicamente española de autocrítica, de carácter masoquista y casi suicida en sus tendencias y resultados. La Conquista ocurrió en un momento muy a propósito para causar el mayor daño posible a la reputación de España —las polémicas que tuvieron lugar entre el Descubrimiento y finales del siglo XVI, produjeron abundancia de palabras amargas y aportaron material propicio para ser explotado en el extranjero, cuando comenzó la rebelión holandesa y cuando Ingleterra y España empezaron abiertamente su conflicto por el dominio del mar. Los españoles, mientras creaban un vasto y envidiable imperio, forjaron, sin inhibiciones, armas para su propia difamación. Los holandeses e ingleses no mostraron reparo alguno en utilizarlas en su propaganda contra la poderosa España.

CAPITULO IV

Las guerras de papel

... y así, temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divertiéndose a contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias.

Don Quijote, parte II, capítulo 8.

Hacia 1560, España tenía enemigos de sobra y fue para esa época cuando le llegaron más. En esta década, se inició un cáncer de rebelión en los Países Bajos, que fue integrado por: la herejía protestante; las ambiciones políticas de la nobleza regional; las protestas de las llamadas «libertades medievales»; la antipatía hacia el extranjero español y ciertos errores de su gobierno; el estímulo dado por Inglaterra y Francia; y todo ello, fomentado por un vigoroso uso de la imprenta. La imprenta fue, sobre todo, el instrumento para popularizar esta rebelión, para condenar el gobierno establecido y para ganar el interés y apoyo del extranjero. De ahí el que la denominación de «Guerra de Papel» haya sido tan apropiadamente

aplicada para calificar las primeras décadas de la sublevación holandesa (1).

En los años que siguieron inmediatamente a la subida de Isabel I de Inglaterra al trono, en 1558, se produjo la confirmación oficial del cisma religioso en Inglaterra —agobiante problema para Felipe II en el terreno de la diplomacia, la religión y la guerra. La rivalidad anglo-española de aquellas décadas, originó una nueva «guerra de papel» que habría de tener consecuencias importantes y perniciosas para España, sobre todo cristalizando el virus patriótico de la «anti-España» en Inglaterra, y acentuando, además, la antipatía occidental hacia el pueblo español.

Holanda golpea al coloso español

La inquietud holandesa bajo el gobierno de Felipe II, no se hizo patente en forma de revuelta popular, sino que se planeó y llevó a efecto por una pequeña liga de la nobleza local —nobles descontentos, ansiosos de poder y muy influenciados por las corrientes de opinión, creencias y conjuras del relativamente joven movimiento protestante. Al principio, los dirigentes de la rebelión eran tan escasos en número y tan faltos de poder militar que encontraban dificultades para hacer de sus ideas una causa popular. Tenían, sin duda, justificado temor de hacer públicas sus preferencias protestantes al permanecer todavía la mayoría de la población en la fidelidad a la Iglesia Romana.

En sus esfuerzos por ensanchar el ámbito y base de su revuelta, los líderes de la liga, especialmente Guillermo de Orange y algunos de sus más íntimos colaboradores, utilizaron como arma la propaganda impresa, que desde el principio estaba claramente dirigida contra los gobernantes españoles y la Iglesia de Roma. Durante los primeros años, los conspiradores, sin arriesgar una rebelión abierta contra el monarca reinante, Felipe de España, lanzaron sus armas de complots y propaganda contra los ministros de su gobierno, la

Inquisición o contra los españoles en general. Era tan peligroso el sistema que pusieron en juego y tan atentatorio a la legitimidad dinástica, que el parcial éxito obtenido en la formación de la República Holandesa (confirmada después de casi ochenta años de conflicto), parece ciertamente un milagro y en verdad merece los tributos otorgados a sus esfuerzos, astucia y paciencia. Una gran parte de este milagro puede atribuirse a su hábil, aunque a veces poco escrupuloso, empleo de la imprenta.

Incluso entre los católicos holandeses de nuestros días, que constituyen un cuarenta por ciento de la población, sería difícil encontrar algo que objetar al intento de la revuelta —independencia de la monarquía española de los Habsburgo— y los medios empleados, es decir, rebelión contra el monarca y la Iglesia, azuzada por una minoría. Pese a la parcialidad de su éxito (la mayoría de los Países Bajos permaneció en la órbita católico-española), la rebelión se ve con gran simpatía en la Holanda actual, como un esfuerzo que merecía la pena, y cuyos resultados fueron beneficiosos; fue santificada hace ya mucho tiempo en una orgullosa tradición nacional, parecida a la que llamamos nuestro «Espíritu del setenta y seis», símbolo clásico del patriotismo estadounidense, desde su movimiento de independencia de Inglaterra, que comenzó en el año 1776. Sin embargo, cualquier historiador moderno debería condenar la confusión creada por el descarrío de las conjuras y por la excesiva acritud en que por ambas partes se desarrolló su campaña propagandística. Será imposible una enmienda totalmente satisfactoria de estas desviaciones, menos aún a base de prejuicios tan profundos y de tan marcada parcialidad como los de John Lothrop Motley (véase cap. 6, pp. 155-156).

Por supuesto, no es éste el momento ni el lugar para tratar de enmendar la plana a los excelentes historiadores holandeses, españoles y otros que, en los últimos tiempos, han intentado de forma sincera y efectiva descubrir la verdad sobre el prolongado, sangriento y polémico conflicto entre holandeses y españoles (2). Tampoco es mi propósito entrar en detalles de ese conflicto. Mi intención aquí, es simplemente el perfilar las líneas más destacadas del ataque pro-

pagandístico contra España, los puntos principales que, imbuidos en la mente de los holandeses, se esparcieron a otros pueblos; la relación entre esta propaganda y la que se inició en otros lugares; y, finalmente, algún detalle indicativo del significado de esta propaganda en la formación de actitudes populares en nuestros días.

Dejemos sentada la premisa de que Guillermo de Orange y sus conspiradores, consciente e intencionadamente, hicieron de la propaganda antiespañola un arma principal, encaminada a popularizar la rebelión y ganar adeptos y ayuda del resto de Europa. Un reciente autor holandés, lo dice de esta manera:

> Desde el principio de la Revuelta, el Príncipe de Orange dio gran importancia a los panfletos como medio de oposición hacia España... La intención de ... las octavillas era, en primer lugar, el excitar el odio hacia los españoles y sus instituciones. Un moderno trabajo sobre la Guerra de los Ochenta Años, describe esta intención como sigue: «El enemigo tuvo que ser pintado de negro como el diablo, en beneficio de los irresolutos y dudosos, que eran siempre la mayoría de la población que tenían que convencer. Muchos folletos fueron empleados en este innoble pero necesario asunto».
>
> El contenido y la forma de este tipo de panfletos, estaba diseñado con miras a la popularidad. Su pequeño tamaño era indicativo de que iba dirigido a un público sencillo (3).

El panfleto de propaganda que alcanzó los más amplios, profundos y duraderos efectos de hispanofobia, fue la *Apología* de Orange en 1580, en réplica al edicto promulgado por el rey Felipe II, declarándolo rebelde, aunque por lo menos, doce años antes de este suceso, comenzaron a esbozarse las líneas del ataque propagandístico contra España. El mismo Orange inspiró muchas de ellas, con el asesoramiento de ciertos «ministros de propaganda», como Jacobo van Wesenbeke y Marnix van Sainte Aldegonde. Sus características generales pueden resumirse en:

1. Eludir ataques directos al Rey, prefiriendo en su lugar acusar de gobierno opresivo a sus ministros (Granvelle, Alba y don Juan de Austria); por ello, el idealizado Orange, en el himno nacional «Wilhelmus van Nassouwe», se esfuerza en evitar el ataque directo como elemento integrante de su autojustificación: «Ante Dios y Su Gran Poder, juraré que, aunque nunca he repudiado al Rey, hube de obedecer a Dios, Su Alta Majestad, según me mandó la justicia» (4). Pese a ésto se produjeron algunos ataques directos a Felipe II durante este período (5).

2. Tremendas exageraciones del poder y hechos de la Inquisición, llegando incluso a proclamar absurdamente que Felipe II era su esclavo, y a culpar al Santo Oficio de planear la sublevación holandesa con el fin de provocar la destrucción de Holanda. La Inquisición española no se llegó a implantar en las provincias holandesas, pero su temor estuvo continuamente estimulado con fines propagandísticos. Y hasta siendo apócrifo, es bien expresivo el famoso comentario de Felipe II, de que no había necesidad de llevar la Inquisición española a los Países Bajos, porque sus propios inquisidores eran de sobra severos; en ello, se indica el clima religioso de aquellos tiempos (6).

3. La formación de una opinión sólida y esparcida de una España singularmente cruel, citando casos específicos en los Países Bajos, y con frecuencia, mencionando la matanza de indios en el Nuevo Mundo. Estas referencias se basaban en los escritos de Las Casas, cuyo nombre citaban a menudo. La cifra de Las Casas, de veinte millones de indios muertos, llegó a ser un módulo entre los holandeses, a nivel del exagerado total de 18.000 ejecuciones imputadas a la llamada «Junta de Sangre» del Duque de Alba (7).

4. Enfasis en presentar a los españoles como pretendientes a la conquista de la Europa entera y del mundo al parecer, idea tomada de la opinión alemana (8).

5. Injusta comparación de Felipe II con su padre, Carlos V. Era ésta una forma de atacarle indirectamente,

reprochándole, en especial, el no visitar Holanda y atender personalmente asuntos allí tal como lo hiciera su padre. Los panfletistas, por lo general, ignoraban el hecho de que fue Carlos V el iniciador de mucho de lo que ellos se quejaban, por ejemplo, la supresión de herejes; este monarca, no sólo estaba convenientemente muerto, sino que, puesto que nació y se educó en los Países Bajos, no podía ser mancillado por el odio hispanofóbico (9).

6. La iniciación de una irresponsable campaña acerca del tema de don Carlos [hijo y heredero de Felipe II] haciéndole aparecer unas veces como víctima de los consejeros de Felipe II, quienes causaron su encarcelamiento; y otras, atribuyéndolo expresamente a la Inquisición. Don Carlos, asume entonces su papel inmortal como héroe de la hispanofobia, hasta llegar a ser un mártir político para Holanda, debido a su supuesta simpatía y conexión con los líderes de la rebelión. [La muerte de don Carlos, permanece aún nublada por falta de pruebas. Sin embargo, el hijo se hallaba enajenado, sin duda alguna, y era físicamente anormal, y su confinamiento por orden de su padre y contra su propia voluntad, estaba de sobra justificado. Las principales controversias giran alrededor de si Felipe II realmente ordenó la muerte de su hijo, y aunque la evidencia no está clara, parece más verosímil el que don Carlos muriera como consecuencia de sus propios excesos. Para entender esta historia en el ambiente de la Leyenda Negra, es suficiente tener en cuenta que fueron los enemigos de Felipe II, especialmente los de los Países Bajos y círculos protestantes en general, los que se apresuraron a acusarle de asesinato. Hacían especial hincapié en asegurar al mundo que este crimen se había llevado a cabo por que don Carlos planeaba aliarse con los rebeldes de los Países Bajos. De ahí el misterio de la muerte del príncipe, asociada con la insurrección holandesa; los conocidos esfuerzos de los rebeldes para ponerse en contacto con él; y los inútiles y patéticos intentos de éste para conspirar contra su padre, suministraron un excelente instrumento de propaganda para desacreditar a Felipe II, tachándolo de monstruo cruel. Así, sin concesión alguna a la parte del rey, don Carlos

llegó a ser héroe del protestantismo y símbolo perpetuo de la inhumanidad de su padre.

La *Apología* de Guillermo en 1580, va más allá todavía, convirtiendo a Felipe II en el asesino de don Carlos para aclarar el camino hacia un matrimonio «incestuoso» con su sobrina] (10).

7. El hábil empleo del tema de singular traición española, en parte derivado de las ejecuciones de Egmont y Hoorne, y probablemente también herencia de la literatura alemana e italiana. Este concepto fue estratégicamente aireado cada vez que se iniciaba cualquier negociación con España. También puede apreciarse un refinado y más extenso uso de este motivo en los primeros años del siglo siguiente. Y se nota una semejanza en el énfasis que los ingleses y los holandeses pusieron sobre la traición española.

Los folletistas holandeses, al poner de relieve la perfidia española, se apoyaron en la tesis de que los españoles no consideraban obligatorio el mantener su confianza en herejes —«Haereticis non est servanda fides», decía la frase— y que por ello nunca debía dárseles crédito. Había mucha hipocresía en ambos bandos y sólo un tonto podría haber confiado plenamente en alianzas negociadas a menos, tal vez, que hubiera garantías especiales u otros factores que hicieran imposible la traición.

8. El empleo propagandístico de la Matanza de San Bartolomé, como símbolo de la perfidia y crueldad española. En manos de los holandeses este hecho se convirtió en un «slogan» muy alejado de la verdad. A pesar de que el gobierno español no tuvo responsabilidad por la masacre, los octavilleros holandeses insistían en adjudicársela e incluso en asociarla a supuestos planes para reintroducir la Inquisición en los Países Bajos.

9. Formación de una corriente de opinión según la cual los gobernadores españoles en Holanda, en especial el Duque de Alba, eran simples títeres manejados por el Papa. Por ello, todas las acciones del gobierno español calificadas por los holandeses como tiránicas, fueron sistemáticamente asociadas al catolicismo Romano, matando así dos pájaros con una sola piedra propagandís-

> tica. A través de tales libelos, se entrevé la velada conspiración contra la Iglesia Romana, aprovechando el descontento hacia el gobierno extranjero como cortina de humo para destronarla. En cierto sentido, ésto prefigura el énfasis inglés en la mezcla de sus fobias antiespañola y antiromana, de las cuales hablaremos más adelante.

El conflicto hispano-holandés se componía por ambos bandos de toda la gama de un extremismo idealista, político y religioso, así como de los ingredientes más sórdidos. Por ambas partes se hizo uso de exageraciones en su propaganda; del lado hispano-católico, a partir del momento en que los esfuerzos de los rebeldes comenzaron a tener éxito (12); sin embargo, la propaganda del lado rebelde protestante se inició antes, fue más persistente y alcanzó mayor ámbito y éxito. La propaganda antiespañola y anticatólica pasó a ser, en manos de los holandeses, algo profunda y completamente encajado en la tradición general protestante, resultado de una eficaz conexión de su revolución con los intereses franceses, ingleses y alemanes. Y la porción de Holanda que eventualmente alcanzó independencia, absorbió sin reparo alguno, como parte integrante de su nacionalidad, una profunda hispanofobia con todas las deformaciones que con tanto éxito se habían propagado en los primeros años. Esta propaganda, en resumen, vino a ser la historia popular holandesa. Desde el emocionante e idealizado himno nacional «Wilhelmus van Nassouwe», pasando por el orgulloso y ensalzado odio de las canciones «Sea-Beggar», hasta los excesos de las octavillas más exageradas e inescrupulosas, de carácter anti-inquisitorial, la cuestión antiespañola se manifestó en tonos de la mayor contundencia.

La *Apología* de Guillermo fue, sobre cualquier otro, el libelo de mayor impacto, y llegó a ser una piedra angular en la historia total de la Leyenda Negra. No sólo reiteró temas ya conocidos, incluyendo algunos tradicionales en Italia y Alemania, sino que, inventó nuevos libelos y dio nuevo giro a los ya existentes. Este panfleto, traducido a las lenguas europeas de mayor difusión, fue ampliamente

repartido. La proscripción de Guillermo por el monarca, fue un ejemplo típico de declarar a un sujeto «fuera de la ley», lo cual fue practicado por reyes y gobernantes y considerado, en general, como prerrogativa de la soberanía o jefatura. La respuesta de Orange fue, en cambio, una innovación imaginativa en el arte de justificar la rebelión y la guerra, una mezcla dramática de autodefensa con la murmuración de calumnia personal, todo ello amasado como un conjunto de circunstancias para atraer la opinión popular. Si se descartan las difamaciones contra Felipe II, este escrito podría considerarse como precursor de los que con similar naturaleza se dirigen recíprocamente los gobiernos modernos para justificar y defender sus pretendidos derechos.

En la búsqueda del origen y desarrollo de ciertas distorsiones antiespañolas, la *Apología* es punto de partida para un considerable número de significativos temas. Por una parte, Orange fue el primero en publicar, con gran difusión, la afirmación de que Felipe II había ordenado la muerte de su propio hijo, don Carlos; Antonio Pérez, el traidor secretario de Felipe II, más tarde, ya como renegado, se hace eco de esta acusación, y en años posteriores los franceses la matizan con detalles que la convierten en un tema clásico de la literatura (véase cap. 5); por otra, Orange acusa a Felipe II de incesto al contraer matrimonio con su sobrina, así como del asesinato de su esposa Isabel de Valois, con el mismo fin. Por si todo ello no fuese suficiente, acusa a su rey de bigamia, insistiendo en que Felipe estaba casado con Isabel de Osorio y tuvo hijos de ella en la época en que contrajo matrimonio con la Infanta de Portugal, y de adulterio al atribuirle relaciones ilícitas con otra mujer durante su matrimonio con Isabel de Valois. La palpable mezquindad e inaplicabilidad de todo ello, desacredita a su autor, pese a su condición de príncipe rebelde, en difícil situación, sean cuales fuesen los ideales políticos que persiguiera. Más aún, el de Orange intentaba reflejar y difamar a la totalidad de los españoles en la imagen que de su monarca había creado. Las irrelevantes y no probadas calumnias contra Felipe II, estaban al menos dirigidas contra un hombre en

particular, que pudo intentar una defensa específica, pero el calumniar a un pueblo en un documento de tal difusión, nunca puede repararse cumplida y debidamente (13).

Guillermo, en sus generalizaciones, culpaba a todos los frailes e inquisidores, estigmatizando a todos los españoles como arrogantes, codiciosos, fanáticos, crueles, vengativos, desdeñosos de todo lo extranjero y brutalmente faltos de cultura. Fue tal vez menos discriminatorio en sus epítetos que lo fueron los alemanes e italianos, de quienes él, en parte, se hizo eco. Sus acusaciones, sin embargo, fueron escogidas con astucia para alcanzar la más amplia resonancia posible en Europa y llegar a ser una formidable arma propagandística. Como luterano por religión y alemán por nacimiento y relaciones, Guillermo se ganó en forma automática el aplauso de los protestantes; como rebelde contra España, obtuvo el favor de Francia; como agente revolucionario en los dominios españoles tan cercanos a las costas de Albión, estaba destinado a conquistarse la simpatía de Inglaterra.

Por todo ello, Guillermo de Orange llegó a ser el primer gran héroe político de la hispanofobia, autor y propagador de gran parte de la clásica Leyenda Negra. David contra Goliat, rebelde protestante contra el coloso católico, nórdico frente a español, campeón de la «Libertad» contra la «Tiranía». ¿Cómo pudo el gigante tener la posibilidad de defender su imagen en esta lucha? ¿Qué puede decirse de positivo por su parte? (¿Cómo puede un enorme y poderoso país como los Estados Unidos ganarse las simpatías en cualquier disputa con el jefe de una pequeña nación como Castro de Cuba?)

El asesinato de Guillermo (1584), acaecido poco después de la publicación de la *Apología,* lo convirtió en mártir de la independencia e intocable héroe del nacionalismo holandés —tema que, por supuesto, se renovaba constantemente por el flujo de octavillas propagandísticas antiespañolas. Coincidiendo virtualmente con ésto, los holandeses comenzaron a interesarse en la causa del pretendiente portugués, dom Antônio, contra Felipe II, y bajo tal pretexto, a considerar las posesiones portuguesas atacables y conquistables en razón

de estar ahora gobernadas por los odiados españoles. Como es bien sabido, este concepto del dominio portugués abrió el camino que condujo a los holandeses a la conquista de su imperio en ultramar, una expansión territorial basada en psicosis antiespañola, arraigada en las campañas militares y de propaganda.

Incidentalmente, la utilización de la causa de dom Antônio para fines propagandísticos, no se limitó a los escritos holandeses, sino que también se extendió a otros países europeos y regiones islámicas, promoviendo reacciones antiespañolas. Y hasta hubo explotación judía de la figura de dom Antônio y viceversa, en pro de mutuos intereses antiespañoles (14). Las vanas pretensiones de dom Antônio al trono portugués, tenían menos fundamento que las de Felipe II, pero aportaban suficiente base para interesar a los enemigos de España en su propaganda y acciones potenciales.

Después de la *Apología* y muerte de Guillermo, la propaganda antiespañola escrita por los holandeses aumentó, no sólo en cantidad, sino en el atrevimiento e intemperancia de su lenguaje. La ruptura de las relaciones entre los líderes rebeldes y el rey español, que se conocía en forma velada desde años anteriores, fue en lo sucesivo claramente manifiesta. El martirio de Guillermo, la abierta declaración de independencia por los Estados Generales (1581) y el efecto acumulativo de la propaganda anterior, endureció las directrices de sus folletos, de sus canciones y de su literatura. La participación holandesa en la derrota de la «Armada Invencible» en 1588, avivó aún más la causa antiespañola. Victorias en los mares, progresivo interés comercial en los dominios hispano-portugueses, y una cada vez más creciente agudización del conflicto protestante-católico, fueron todos ellos factores coadyuvantes al reforzamiento de una propaganda sumamente tendenciosa contra España y su pueblo. En las décadas que siguieron a 1580, este odio llegó a ser una característica fundamental del nacionalismo holandés.

Los extremismos de este encono en formato impreso, son de fácil descripción; y con su abundancia bien se puede imaginar el tipo de lenguaje de uso vulgar, pero indigno de imprimirse. Unos

cuantos ejemplos mostrarán los temas y estratagemas principales de esta propaganda. De un folleto fechado en 1587 y reimpreso en 1608, titulado *Consideraciones generales que todos los amantes de la Patria deben de tener en cuenta seriamente sobre el propuesto Tratado de Paz con los Españoles.*

> «Y si consideramos que el rey de España... no estaba asimismo ardiendo contra nosotros con el fiero deseo de la más cruel venganza que nunca pudo imaginarse: Podemos afirmar lo contrario, en base al conocimiento que tenemos de sus instintos naturales y del consejo que escucha, conocidos de todo el mundo... como el que la Inquisición lleva a cabo las más extremas crueldades, así como que ha mandado asesinar a su hijo, con el pretexto de una ligera desobediencia y a su esposa con el fin de facilitar sus inclinaciones hacia el adulterio... Si alguien llegase a pensar que estas son palabras vacías, leed lo que los propios españoles han escrito sobre sus actos contra los indios, confesando el que por pura codicia y para hacerse aborrecer, han asesinado a millones de personas que nunca provocaron su enojo ni les hicieron mal alguno y sobre los cuales no tenían derecho de dominio de clase alguna» (15).

Véase la repetición de las difamaciones de la *Apología* y hábil empleo de Las Casas.

Del *Espejo Español y Aragonés* (1599).

> «En el que se ve claramente ... a qué extremos se orientan las intenciones de los soldados españoles ... en el distrito de Westfalia ... donde han cometido más crueldades y ejercido mayor tiranía que los turcos, enemigos del cristianismo, jamás hayan hecho» (16).

(El presentar a los españoles como más crueles que los turcos, fue una técnica de propaganda común, que también se practicó a menudo por los escritores italianos, alemanes e ingleses.)

Es todavía más dura esta parodia del Padrenuestro (1602), una estratagema vulgar y de mal gusto:

> «Vengáos, vengáos, oh Dios, de esta maldita canalla que en todo lugar, a pesar Vuestro, tiene en desorden al mundo, faltando a Vuestra Santa Palabra ¡Castigadlos por su falta de fe! ¡Maldecidlos tanto en la Tierra como en el Cielo!... Libradnos, Dios Todopoderoso, de estos perros de presa, de esta maldita raza, ¡que es más perversa que todos los turcos juntos! Considerad si nos quejamos justamente, pues ellos nos quitan ¡malditos sean!, nuestro pan» (17).

Es fácil notar aquí la insinuación de que los españoles no son buenos cristianos, aspecto que se remonta a las opiniones de italianos y alemanes, como hemos visto anteriormente.

Para darle atractivo popular y facilitar la repetición, se escribía frecuentemente en verso, como la edición holandesa en 1611 de la *Brevíssima Relación* de Las Casas. Lo siguiente, pertenece a unas coplas rimadas en 1603:

> «Por lo tanto, partiendo de los hechos del Duque de Alba, quien como tirano, vino a reinar cruelmente sobre nosotros y que, con su «Edicto de Sangre» impuesto en todas partes, intenta arruinar al País entero como hiciera en el Perú y con los indios... Este monstruo español os ataca taimadamente. Al igual que mataron a los nobles indios, lo hicieron también con muchos de vuestros príncipes, de forma que pudiesen tiranizaros más aún, propósito para el que no han escatimado medios, como lo demostraron en Zutphen, Naarden y también en Haarlem.
>
> Mientras mantengáis al español en vuestro nido; mientras construya en vuestras ciudades fortalezas que, como una peste infectan todo el país, mientras no apaguéis su deseo de sangre; mientras permanezcáis así, os veréis como los indios, sin libertad. Por tanto, ¡expulsad al tirano español!» (18).

Un curioso giro del tema indígena, se produce en una octavilla de 1605, advirtiendo a los habitantes de los Países Bajos de los rumores sobre unos artículos de paz propagados por los españoles:

> «... se afanarán por eliminar todo signo y recuerdo de libertad de los Países Bajos, acabarán con vuestra lengua materna e impondrán la suya ... tal como obligaran a los indios a hablar el español» (19).

Un intento de verso cómico en 1606, titulado *Demostración de que una Buena Guerra es Mejor que una Paz Fingida,* incluye a la par que repeticiones del tema de Las Casas, las antiguas tesis alemanas de intentos españoles de dominio universal y de alianza con los turcos en contra de los cristianos:

> «Los españoles no persiguen otro objetivo que el de hacerse monarcas de toda la Cristiandad, y antes que dejarnos vivir en paz, preferirían tolerar que el gran turco atacase con violencia gran parte de ella» (20).

Un breve folleto versificado, compuesto quizá en 1608 o 1609, en el que se juntan la causa de dom Antônio, las Vísperas Sicilianas, Bartolomé de Las Casas y Antonio Pérez, revela mejor que cualquier otro no sólo la crítica cáustica de los ataques a España, sino también el obligado corolario antijesuítico del formato corriente de este tipo de octavillas.

«*Anteojos de astrólogo, nuevos y claros para reforzar a muchos ojos nublados que no pueden ver bien la oculta Estrella de los jesuitas, recientemente aparecida en el noroeste. Todo ello, después del Breve Romano denominado LIBERTAS*». Por un amante de la verdad y de la libertad nacional.

> Pero cuando el águila fiera codicia su presa,
> Lucha con las demás aves salvajes,
> Y no es amiga de nadie. Así los crueles buitres
> españoles han sido incubados por un basilisco;
> Quien con su malévola faz, no sólo inquieta,
> Sino que mata a hombres y bestias.

No es suyo todo el patrimonio de sus diecisiete dominios:
El reino de Lisboa fue robado a don Antonio;
El reino de Sicilia arrebatado en unas Vísperas;
Algunos dominios los recibió del Papa, por amor,
Y los pobres nativos asesinados y perseguidos.

Y, ¡cuántos cientos de miles han matado en las Indias!
Leed a Bartolomé de Las Casas, quien lo describe amplia- [mente;
Leed también a Antonio Pérez, allí encontraréis la conclu- [sión.

Cómo quisieron ataviar a la novia española
Con plumas de otras aves que embellecieran el cuervo,
Pues, aunque en apariencia hermoseada, ella es negra por [naturaleza (22).

No solamente las perspectivas, rumores o actuales negociaciones con España produjeron una avalancha de octavillas antagónicas en los Países Bajos, sino que cuando los tratados fueron un hecho —como en la tregua de 1609— apareció en imprenta un hervidero de «dudosos» y «avisadores», poniendo de relieve invariablemente la hipocresía española, Bartolomé de Las Casas y las maléficas relaciones de Roma y España. La siguiente cita es ejemplo de esta clase de improperios:

«*El Testamento o Ultimas Voluntades de la Guerra de los Países Bajos, como en su lecho de muerte en la Haya, lo escribió y selló el segundo día de febrero de 1609*». Por alguien de Lengua Veraz.

Yo, hija de Lucifer, de una diabólica familia...
Nacida de semilla española en la Inquisición,
Al otro lado de los Pirineos;
Bautizada a orillas del Tíber, asentada en los Países Bajos,
Amamantada desde la niñez con leche de prostituta ro- [mana...

Instaurada por la Inquisición y los Nuevos Obispos;
Porque la Junta de la Sangre se alimenta de la sangre y bie- [nes de muchos.

Mi reinado es extenso y mi espíritu vengativo;
Se sacia ferozmente con Sangre, Fuego, Tortura y Espada.
Todo ello, por gratitud yo lo transmito a mi más poderoso
[Patrón,
Felipe, Rey de España,
La pesada carga de sus pecados y los de su padre.
Los dejo a la terrible ira de Dios,
Y a su infalible juicio, ya que siempre juró
Sobre la sangre derramada del inocente;
Cuando la profecía de Las Casas sea realidad (23).

Este tipo de propaganda, puede parecer algo crudo para la mente educada del siglo XX, pero es la clase de expresión, estimulante y estimulada por la guerra, que forma estilos de literatura, establece tradiciones y determina el contenido de futuros textos escolares. Es por ésto por lo que aún el holandés bien educado de hoy día, desde su niñez, sabe que la crueldad es inherente a la condición de español, a quien, en su ignorancia, maneja Roma y es traidor por naturaleza, y no pertenece a una raza tan avanzada y eficiente como la nórdica, que es la suya. Una simple conversación con un holandés contemporáneo nos comprueba con facilidad lo dicho. No es menos cierto que algunos holandeses contemporáneos, con mentalidad libre de prejuicios, admiten la existencia de arraigados antagonismos nacidos de la exaltada propaganda de su guerra de independencia (24).

Pero la propaganda para persuadir a las masas no nace y crece sin más, como Topsy; la cólera y la inquina del pueblo necesitan ser inflamadas, guiadas y alimentadas constantemente, para que no se extingan. Ya se han citado algunas de las razones por las que la propaganda holandesa contra España tuvo ese asombroso éxito, pero aún el ciudadano holandés más inquieto necesitaba de orientación intelectual para moverse hacia una total y decidida ruptura con el catolicismo y hacia una rebelión contra su monarca legítimo. En el fondo de esta propaganda de odio, como parece ser siempre el caso, los intelectuales de todo orden, introdujeron alusiones bíblicas y clásicas, traducciones, sonetos, tentativas poéticas, ideas fundamentales y un sentido de continuidad con otras partes de Europa.

Los Países Bajos, hacia 1560, se habían convertido en un vértice de: protestantismo radical, de alto y bajo nivel intelectual; gran interés en la imprenta; excelencia universitaria; intereses comerciales, culturales y religiosos de los judíos sefardíes —primero en Amberes, y más tarde en Amsterdam—; intriga inglesa y francesa; amén de otras actividades, que sirvieron para atraer la atención y la presencia de numerosos intelectuales. Muchos de ellos fueron, en el espíritu de esos tiempos, absorbidos por las controversias religiosas además de otros objetivos culturales.

De ahí que Marnix van Sainte Aldegonde, el más famoso «ministro de propaganda» de Guillermo de Orange, fue un notable erudito «inspirado por... odio al Papado y celo por la Reforma», quien ya en 1570 fue autor de un famoso y explosivo libelo anticatólico, denominado *Colmena de la Santa Iglesia Católica.* «En esta cáustica octavilla, la prosa holandesa empleó por vez primera ácidas tendencias satíricas, siendo su autor un hombre que dominaba el francés y la literatura clásica». En su biblioteca personal, figuraban trabajos con marcadas influencias de la Leyenda Negra, procedentes de otras partes de Europa (25). Lucas de Heere, pintor y bien conocido poeta de Gante, escribía en la década de 1560, hasta que tuvo que huir a Inglaterra debido a su protestantismo. El poeta Jonkheer Jan van der Noot «sobresalió entre los más celosos calvinistas», en la misma década, y en su exilio inglés, «manifestó tan mordaz odio hacia el catolicismo como el mismo Marnix» (después de la reconquista de Amberes por el Duque de Parma, van der Noot volvió sin embargo al catolicismo). Abraham Ortels (Ortelius), cuyo *Theatrum Orbis Terrarum,* publicado en latín en 1570 y en holandés en 1571 (así como en otros varios idiomas), fue, como el famoso editor Plantin, miembro secreto de una secta herética (26). Marco Pérez, judío español, fue líder activo de la comunidad protestante de Amberes. Hubo también residentes, observadores e intrigantes, procedentes de Francia e Inglaterra (por ejemplo Sir Thomas Gresham) que contribuyeron a la fermentación de este ambiente.

Si llegó a haber una perfecta y vigorosa combinación de intriga

antiespañola y anticatólica, con intelectualidad, ésta se fraguó en los Países Bajos en la época de Guillermo de Orange. Los vínculos internacionales de los intelectuales holandeses y poderosos comerciantes de los Países Bajos, enemigos de España y del catolicismo, se extendían desde la Francia Hugonote a la Inglaterra Isabelina, a la Alemania Luterana, a la Italia Renacentista, a España y a Portugal, a los dominios musulmanes e incluso, al Nuevo Mundo (27).

Con todo ésto, unido al talento desarrollado por los holandeses en la redacción de las octavillas, no puede sorprendernos el que la causa antiespañola se arraigara profundamente en sus letras. Este hecho alcanzó su cumbre en el siglo siguiente, Edad de Oro de la cultura holandesa. Un par de ejemplos darán suficiente luz a este punto.

El poeta de comienzos del siglo XVII, Daniel Heinsius, notable por su «vigoroso tono de orgullo patrio», fue autor de la famosa frase «donde quiera que no esté [España], allá está nuestra patria» (28). Y la tragedia anticatólica y antiespañola de Heinsius, *Auriacus sive Libertas Saucia* (1602), fue famosa en los escenarios holandeses en los años de mayor exacerbación de la lucha entre los dos pueblos. Otro gran poeta, Joost van den Vondel, nacido de padres baptistas, «portavoz de su país» durante medio siglo después de 1612, fue «entusiasta patriota» hasta casi 1630, siendo, naturalmente, antiespañol en sus escritos. Hacia 1641, se convirtió al catolicismo.

La más clara manifestación del sentido básico antiespañol de la cultura holandesa, puede encontrarse en la gran colección de canciones populares conocida como *Geusenliedboeck.* Estas canciones aparecieron en forma de antología, probablemente no más tarde de 1574, y fueron objeto de repetidas ediciones a partir de entonces, llegando su número a más de treinta, antes de 1688. Se trata de poesía «antiespañola y anticatólica de la resistencia», que representaba el «despertar nacional» en la última mitad del siglo XVI; «en parte política, en parte religiosa, de muy desigual mérito», pero excepcionalmente popular; y que se ha conservado con cariño hasta nuestros días (30). Similar colección de canciones es la comúnmente conocida

como *Gedenck-clanck* de Valerius, publicada por primera vez a principios del siglo XVII, con ilustraciones adecuadas a las canciones; el denominador común de todas aquéllas, es el vitriolo de la básica tradición antiespañola (31).

La actual posición poco poderosa de Holanda, no debe inducirnos a menospreciar la importancia de su contribución a la hispanofobia en el mundo occidental. Sus puntos de vista hoy en día sobre España, aunque ejemplo interesante de la profunda impresión de antiguas propagandas de guerra, son de escasa relevancia en cuanto a su influjo sobre sucesos importantes y actitudes culturales. Pero tal propaganda, durante los siglos XVI y XVII, jugó importante papel en la formación de una hispanofobia general en el mundo occidental. Estos escritos se extendieron intencionadamente a través del continente, en un período crítico de la creación de opiniones europeas, y se entrelazaron con similares actitudes intelectuales y populares en Italia y Alemania, al tiempo que se coordinaron con las que Inglaterra aportó a su vez, y que constituyeron la fuente de nuestra herencia literaria, política y religiosa.

Inglaterra contra España: palabras y guerra

En el siglo posterior a 1560, Inglaterra desarrolló numerosas características protestantes (impuestas generalmente por sus gobernantes) tales como un vigoroso patriotismo nacionalista, comienzos de un imperio de ultramar y una literatura nacional de alta calidad. En los tres primeros de estos logros, España, por virtud de su hegemonía en Europa, su vasto imperio y su papel de defensora de la Iglesia Romana, fue el principal enemigo de Inglaterra. Tal enemistad se reflejó y se hizo tradicional en su literatura. El hecho es que «un odio instintivo a España fue considerado factor de importancia en el patriotismo isabelino» (23) y que este patriotismo, estrechamente unido a la colonización en ultramar, fue un reto al monopolio

español e hizo que nuestros propios cimientos culturales se enraizasen firmemente en este «árbol de odio», y ésto, sin olvidar que nuestros antepasados británicos en América, trajeron consigo los más amargos y más intolerantes frutos de la violenta pugna protestante-católica, con actitudes claramente hispanofóbicas.

Así es que, por herencia, nosotros adquirimos los héroes y los villanos de Inglaterra, sus propagandas de guerra y sus prejuicios. Podemos simpatizar y alegrarnos con Francis Drake cuando chamusca la barba de la «Araña de El Escorial» o heroicamente derrota a la «Armada Invencible» —pero casi nunca se nos habla de Lepanto y sólo accidentalmente, casi siempre en la historia de Colón, se nos informa que los españoles derrotaron a los musulmanes en Granada [erradicándolos de Europa después de siglos], dos hechos muy significativos en la historia de Occidente y extraordinarios triunfos españoles. Fácilmente perdonamos y aún aplaudimos la doblez y la piratería isabelinas (ligadas al tráfico de esclavos negros), ya que el fin —ataques contra España— por supuesto justifica los medios. En cambio, el maquiavelismo de un Fernando o los extravíos de un Felipe II, simplemente confirman nuestra convicción fundamental de que los españoles son de por sí traicioneros, aunque ello signifique que no comprendamos ni a Maquiavelo ni a la historia de España. Un bribón prevaricador como el capitán John Smith, es uno de nuestros héroes, pero rehusamos el comprender a un Hernán Cortés y mucho menos reconocer la talla de su grandeza.

Es suficiente un breve resumen de las presiones recíprocas entre España e Inglaterra en este siglo, y unos pocos ejemplos de la literatura inglesa de la época, para averiguar el por qué y cuándo este odio antiespañol llegó a formar parte básica de nuestra herencia.

Inglaterra, por supuesto, estaba íntimamente interesada en la pugna que floreció en los Países Bajos en los años 1560, y ello por dos razones: 1) El dominio español de lugar tan estratégico significaba para Inglaterra un peligro mayor de lo que supondría una victoria de la pequeña Holanda o, en caso contrario, una continuación del conflicto; 2) Los líderes ingleses, en un juego de to-

ma y daca en su intento de convertir a Inglaterra al protestantismo, estaban unidos por simpatía con la subversión anticatólica centrada en los Países Bajos. Esta circunstancia bélica daba lugar a una corriente de exiliados, espías, a una ayuda a los rebeldes holandeses desde Inglaterra y a un intercambio de propaganda antiespañola y anticatólica a través del Canal. Tanto las octavillas antiespañolas y anticatólicas como las noticias, lo cruzaban para su traducción y difusión, con una velocidad reveladora de una intencionada colaboración, lo que aún se refleja en las bibliotecas de Inglaterra y Holanda de nuestros días. Estrechamente ligado a todo ésto, estaban los vínculos que los líderes ingleses mantenían con el movimiento hugonote en Francia, el cual se hallaba asimismo ligado a las actividades de Guillermo y demás conspiradores y revolucionarios en los Países Bajos.

Dentro de la propia Inglaterra, un determinado grupo de dirigentes protestantes, consiguió mantener a distancia las amenazas del catolicismo, en las que por lo general estaba envuelta España, hasta los años 1580. Al convertirse España entonces en una amenaza militar más clara (diferente de la estrictamente religiosa), incluso los católicos ingleses tendieron a unirse al creciente patriotismo nacional, de forma similar a lo acaecido en Alemania anteriormente. La unidad nacional, frente a la Armada Española, constituyó un definitivo obstáculo para la causa hispano-católica dentro de Inglaterra, aunque el conflicto religioso continuase todavía.

El peligro católico se dejó sentir mucho después de la muerte de Isabel en 1603, y las medidas represivas continuaron; pero la amenaza española se notó principalmente en episodios como el de la propuesta del «Matrimonio Español» de los años 1620, que dio lugar a una amarga y feroz propaganda, o el de las complicaciones inherentes a la Guerra de los Treinta Años, en la que la hegemonía de España en Europa llegó a su fin (por los años 1640) y se afianzó la independencia holandesa. Junto a ésto, se hallaban las conspiraciones católicas, reales o irreales —como la famosa Conjura de la Pólvora, de 1606, tradicionalmente ligada a un complot católico,

y que sirvió de combustible para los propagandistas hispanofóbicos (33). El creciente puritanismo del período cromwelliano, permitió una desenfrenada publicación de escritos antiespañoles, tales como los de Thomas Gage, y una oportuna edición inglesa de la *Brevíssima Relación*. Finalmente, la llamada «Gloriosa Revolución» de 1688, colocó en el trono de Inglaterra a un descendiente directo de Guillermo de Orange, y con ello se dio fin a la principal fase de la pugna protestante-católica en este país. Empero para ese entonces, la posición de España como enemigo tradicional continuaba siendo denunciada a base de más de un siglo de octavillas, de propaganda, guerras y complots internacionales.

El incesante torrente de palabras en Inglaterra, al igual que en Holanda, había estigmatizado a los españoles de forma imborrable, como la encarnación de Lucifer.

La arremetida propagandística contra España, no se traslució de forma significativa hasta los años 1580. Es bastante exacto que hubo algunos panfletos y otros escritos que denotaban cierta simpatía por la causa holandesa contra España, y hubo, con toda seguridad, suficientes epítetos no impresos, que nacían de las tirantes relaciones entre españoles e ingleses en los mares y en las Indias Occidentales. Ricardo Eden también publicó en los años 1550 traducciones de autores como Sebastián Münster y Pedro Mártir de Anglería, obras que implantaron en las mentes inglesas ideas sobre las crueldades de la conquista española en América (34).

Pero fue un rápido acontecer de hechos, que arrancaron alrededor de 1580, lo que provocó la explosiva mezcla de temor y desafío, que en adelante alimentaría la llama de la hispanofobia inglesa. En 1580, Drake regresó de su viaje alrededor del mundo, en engallado desafío a España. Guillermo imprimió su *Apología* (rápidamente traducida al inglés) y Felipe II reclamó con éxito el dominio del vasto imperio portugués, lo que situó al más antiguo aliado de Inglaterra dentro de la órbita española e hizo al imperio español aún más temible por su tamaño. Durante los años siguientes, el pretendiente portugués, dom Antônio, huyó a Inglaterra (1581); la

primera edición inglesa de la *Brevíssima Relación* salió a la luz pública en Londres (1583); y Guillermo fue asesinado (1584). También, comenzaron a llegar a Inglaterra noticias, cada vez más inquietantes, sobre el incremento del poderío naval de España. Durante la mayor parte de esa década, la posición de Inglaterra se mantuvo tensa y temerosa, aunque desafiante. Para «chamuscar la barba a Felipe II», Inglaterra fue más allá de la simple piratería y se atrevió a intentar su propia colonización en América, y Drake asaltó Santo Domingo y Cartagena. Y como culminación, tuvo lugar el casi milagroso triunfo sobre la «Armada Invencible» en 1588.

La primera edición de Las Casas, tenía claras intenciones de estimular el odio a España, objetivo que se hizo patente hasta con crudeza en su introducción (35). El «apasionado protestante» promotor del patriotismo y expansión, Richard Hakluyt, editó su famoso *Discurso sobre la Plantación Occidental* (una proyectada colonización en Virginia) en 1584, en época en que «el odio a España estaba alcanzando grado de histerismo» (36). Este *Discurso* y sus obras sobre viajes y otros escritos, publicados durante los años siguientes, sirvieron para estimular sentimientos hispanofóbicos. En las octavillas de Hakluyt y en sus obras más profundas, el odio a España se encuentra artísticamente mezclado con exhortaciones a emular lo español, con el fin de espolear el patriotismo inglés hacia proezas heroicas. La obra de Hakluyt constituye, sin duda, uno de los esfuerzos de propaganda patriótica más significativos en toda la historia de Inglaterra (37).

Dos octavillas muy amargas, en 1589 y 1590, muestran los mancomunados esfuerzos de la propaganda francesa e inglesa contra España. Como suele suceder con frecuencia en los escritos holandeses, el lenguaje es intemperantemente vulgar, con la clara intención de provocar una amplia reacción del pueblo, llegando como vino sobre las huellas de la derrota de la Armada:

> [Debemos] aprender a despreciar a aquellos magníficos «don Diegos» y «Caballeros españoles», cuyas he-

> roicas proezas son baladronadas y alardes, y ellos mismos, en su mayor parte, son sombras sin consistencia ... ¿Qué humanidad, qué fe, qué cortesía, qué modestia y civilización podremos encontrar entre esta escoria de bárbaros? [Mis afirmaciones pueden] ser confirmadas por la comparación de su conducta con la nuestra, es decir: de sus vicios con nuestras virtudes, de su despreciable bellaquería con nuestra generosidad... Comparando nuestra conducta con la de esta gente degenerada [la nación española es] desleal, voraz e insaciable por encima de las demás naciones ... La naturaleza y la índole de los españoles, en los que puede verse conjuntamente incorporados una taimada zorra, un voraz lobo y un rabioso tigre ... [El español es también] un inmundo y sucio puerco, una lechuza ladrona y un soberbio pavo real ... una legión de diablos ... Colón nunca hubiera planeado este viaje si se hubiese parado a pensar que los hombres a quienes llevó ... se convertirían al punto en leones, panteras, tigres y otras bestias salvajes ... ¡Oh Turcos, oh Escitas, oh Tártaros! [¡Regocijáos, pues cuanto mayor sea la crueldad de España, menos lo parecerá la vuestra!] [El autor de este libelo atribuye en parte al famoso veneciano Guicciardini esta caracterización de los españoles].
>
> [España] es y por siempre ha sido el sumidero, el charco y el montón más grande, enfangado y asqueroso de la gente más abominable, infecta y abyecta que jamás viviera sobre la tierra ... La perversa raza de esos medio visigodos... estos semimoros, semijudíos y semisarracenos... ¿Reinarán esos marranos; sí, esos impíos ateos sobre nosotros, que somos reyes y príncipes? ...[Esos españoles con...] su insaciable avaricia, su crueldad superior a la de un tigre, su suciedad monstruosa y abominable lujuria ... su lasciva y animal violación de sus matronas, esposas e hijas, su sin par y sodomítico estupro de muchachos jóvenes, que estos semibárbaros españoles han cometido... (38).

Un violento predicador folletinesco y antiespañol, Thomas Scott, se haría eco de estos epítetos una generación más tarde, allá por

los años de 1620, cuando urgía a Inglaterra a que hiciese la guerra a «aquellos lobos anticristianos» en vez de aceptar el «Matrimonio Español». Pero para aquel entonces, las técnicas propagandísticas británicas se habían refinado; las ideas de Las Casas sobre la crueldad y la codicia españolas se acompañaban con argumentos íntimamente entrelazados en torno a los jesuitas, Inquisición, relaciones entre Holanda e Inglaterra contra su común enemigo, el Papa como anti-Cristo, Roma como Babilonia, los proyectos españoles de dominio universal, etc.... «Donde llega el español, se asienta a modo de señor absoluto y tiránico, silenciando todas las leyes excepto las suyas propias, que son las de los Medos y Persas; así como las de Dracón, escritas con sangre ... se puede dar tanto crédito a sus promesas como a las de los moros, sus cercanos parientes y paisanos» (39).

Scott escribió e imprimió varios de sus folletos en Holanda, y de ello, sin duda, se desprende la razón de parte de sus temas de propaganda y fraseología. Hubo momentos en que Inglaterra llegó a ser un lugar demasiado inseguro para él, como cuando se estaban llevando a cabo delicadas negociaciones entre España e Inglaterra o cuando su furia anticatólica motivó persecuciones por parte de poderosos enemigos. Pero Scott fue, sin lugar a duda, un personaje popular, que escribió y publicó mordaces críticas antiespañolas, con profusión y rapidez. Con su convencida fusión de lo antiespañol con lo anticatólico, contribuyó mucho a popularizar la sinonimia de estos odios en la tradición inglesa (40).

En la literatura inglesa de esta época, se encuentran paralelos de este tipo de propaganda. Así el drama satírico de Thomas Middleton, *Juego de ajedrez* (1624), resulta semejante al panfletista Scott, en su satirización del propuesto «Matrimonio Español», del embajador Gondomar (por largo tiempo blanco de los escritos anti-españoles en Inglaterra), el Conde-Duque de Olivares y el general de los jesuitas. Los españoles fueron siempre presentados como los villanos de la pieza, e invariablemente derrotados cuando los héroes «descubrían sus malvadas conspiraciones» (41).

«Se encuentran personajes españoles desparramados a través del

drama isabelino, pero casi siempre, son caricaturas dibujadas por pincel adverso». Tales caricaturas son: la corrupción del «Lazarillo español» en la obra de Middleton, *El Alguacil Mayor Blurt;* «la falsificación intencionadamente ridícula, afectada y altisonante» del don Diego en el *Alquimista,* de Jonson; y la lasciva cobardía del Príncipe Faramond en el *Philaster,* de Fletcher. Los dramaturgos y otros autores, no solamente ridiculizaron y ennegrecieron al español de su tiempo, sino que retrocedieron hacia el pasado para desarrollar temas cuya sola relevancia consistía en una hiriente propaganda antiespañola. De ahí el que en la obra de Peele, *Eduardo I,* «se contenga una de las más crueles e injustas perversiones de la verdad histórica, de la que fue culpable nuestro drama. Me refiero a la injuriosa transformación de la caritativa y estimada Leonor de Castilla en un monstruo de astucia y perversidad». Aunque los dramaturgos representaban a Felipe II más bien «con dignidad y respeto» durante el siglo XVI, algunos en aquella época (y muchos, más adelante) le imputaron la responsabilidad en la persecución antiprotestante de su esposa María, llamada la «sanguinaria»; ésto ha llegado a adquirir carta de naturaleza en la tradición británica, y es tan difícil rectificarlo como conseguir un sentimiento de simpatía y comprensión hacia esa misma reina María (42).

Las obras de Thomas Heywood, son ejemplo de la hispanofobia que prevalecía en la literatura dramática inglesa de aquel período. Han sido descritas así: «los Diegos juegan un papel relativamente importante, pero nada lisonjero ... Del primero al último son tiránicos, crueles, lascivos y sanguinarios» (43). El *Dick of Devonshire,* del que se ha tomado el texto del epígrafe de este libro, parece obra del mismo Heywood.

Como era de esperarse, dado el patriótico interés de Inglaterra en su lucha marítima contra España, en su comercio y en la fundación de colonias en el Nuevo Mundo, el arte dramático inglés se concentró acusadamente sobre la crueldad e injusticia de los hechos españoles en América. Los holandeses hicieron hincapié en el mal gobierno de España, en el comportamiento de sus soldados y en la

difamación de la monarquía, etc., ya que su propaganda se manifestaba en un período anterior a cualquier interés específico en ultramar. Los ingleses, durante el período de que hablamos, estaban, en cambio, más empeñados en la posibilidad de derrotar a España en los mares y en las Indias. Los temas principales de sus escritos antiespañoles son aún hoy leídos corrientemente en nuestras escuelas elementales o superiores (véase capítulo 7):

1. Las Casas, en su argumento principal, condena a todos los españoles— codiciosos conquistadores contra inocentes salvajes. Los ingleses hicieron uso constante de estas deformaciones en su literatura para justificar su captura de tesoros españoles y para contrastar sus propias virtudes con las villanías españolas. Con su cliché favorito de la amistad de los indios hacia los ingleses, pretendían demostrar la facilidad con que ellos podrían echar abajo el dominio español en América. Se amplió el tema hasta pintar un panorama de su superioridad moral, racial y religiosa sobre los españoles (44).
2. Las restricciones comerciales, tan exclusivistas del imperio español, fueron, con frecuencia, acremente censuradas por los ingleses. Naturalmente no eran partidarios de tal política, ya que quedaban afectados por ella, y la calificaron de «insolencia española». Francis Bacon, en su famosa obra «Consideraciones en torno a una Guerra con España», condena tal exclusivismo y lo utiliza para justificar los ataques ingleses a los tesoros españoles en las Indias (45). [Esta condena constante de la política exclusivista española de comercio, casi siempre se halla presente en nuestros textos escolares, normalmente sin el más leve intento de juzgarla a la luz de aquellos tiempos o tratar de entender que acaso fuese posible que España tuviera muy buenas razones para adoptar tal política, como mantener alejada la piratería y herejía de holandeses e ingleses. Otros colonizadores europeos desarrollaron tal política cuando se les presentó la misma oportunidad.]
3. La «desigual» división del mundo de ultramar

hecha por el Papa entre España y Portugal, dio motivo para un nuevo y doble golpe de propaganda inglesa contra España y Roma. (Los portugueses, cuyo Tratado de Tordesillas de 1494 con España era más la base de esta división que la decisión papal, raramente fueron mencionados en este asunto. Eran, después de todo, aliados tradicionales de Inglaterra, y en cualquier caso, a los ingleses les interesaba más el introducirse en las Indias de España.) Los ingleses, en su evidente ignorancia, hicieron mofa de la autoridad papal sobre este asunto y lamentaban amargamente el hecho de que España hubiese sido la descubridora de América, hasta el punto de tomarse la molestia de inventar un descubrimiento *inglés* anterior al de España. El hecho fue para ellos tan doloroso, que dio lugar a una acusación literaria contra Enrique VII por haber perdido tan dorada oportunidad (46).

4. Hasta cuando los autores ingleses abandonaron el tema del «noble salvaje» para criticar a los indios, los españoles no salieron sin mancilla. Se les tachaba de cobardes por haber atacado a gente de tan baja condición, o bien insistían en que los indios merecían tan horrible destino como el de ser gobernados por España, porque por sus viles costumbres no eran acreedores a nada mejor (47).

5. Un hilo básico que enlaza todo ésto, es el tono enfático con que el inglés proclama su superioridad total sobre el español. Es fácil comprender que este concepto adquiriese mayor auge después de la derrota de la «Armada Invencible». El deleite alcanzó a veces un punto de peligrosa presunción. Y pese a que la derrota de la Armada fue un magnífico éxito, casi siempre es valorado en exceso, dentro de la tradición inglesa, como causa inmediata de la decadencia marítima de España y el comienzo de Inglaterra como «señora de los mares», punto de vista que se repite constantemente en nuestros libros de texto y otros escritos.

Tanto con la pluma como con la imprenta, los ingleses isabelinos, basándose en la derrota de la Armada, las difamaciones de Bar-

tolomé de Las Casas y una innegable envidia, amontonaron un vasto, hipócrita e incalificado complejo de superioridad sobre el bajo, menos competente y cobarde español. Ello fue sin duda un estímulo para la formación de un imperio y no muy diferente de ciertas actitudes españolas al vencer a los musulmanes, al hacer sus descubrimientos, exploraciones, colonización y cristianización de un nuevo mundo, con la honesta convicción de ser los escogidos por Dios para empresas de tal envergadura. Mas esta nueva y rápidamente consolidada tradición inglesa del odio hacia lo español, deformó la historia y confundió a los historiadores; burda injusticia hacia España, puesto que este «Arbol de Odio» produjo abundante y diabólico fruto en el mundo occidental; y ha engañado a tantas generaciones de escolares de habla inglesa, cuya educación heredó el casi infranqueable espacio de incomprensión entre las culturas de los dos pueblos.

La imprenta, según el uso que de ella hicieron holandeses e ingleses durante el siglo siguiente a 1560, fue, como hemos visto, fértil en vilipendiar a los españoles. Hagamos ahora mención del importante desarrollo de un tema relativo al asunto de Las Casas, hacia finales del siglo XVI.

La significante influencia del inglés Richard Hakluyt en vigorizar el patriotismo a base de actitudes antiespañolas, ha sido ya expuesta. Lo que es menos conocido es la estrecha relación entre Hakluyt y el flamenco Theodore De Bry, grabador, impresor y librero residente en Frankfurt. Esta ciudad, recordémoslo, fue en el siglo XVI un floreciente centro de publicaciones anticatólicas y De Bry era de convicciones heréticas.

En 1587 De Bry fue a Inglaterra, donde se encontró bajo la influencia de Hakluyt. De allí en adelante, la relación De Bry-Hakluyt empieza a manifestar un paralelismo en sus líneas de publicación; ambos dieron origen a importantes series sobre exploración, de gran amplitud en conceptos y contenidos y, entre otras cosas, de fuerte sabor antiespañol. En el caso de De Bry, ésto condujo a una circunstancia que adquirió enorme importancia en la propagación de la

LOS FAMOSOS GRABADOS DE DE BRY SOBRE LA CRUELDAD ESPAÑOLA EN AMERICA

Las láminas que presentamos a continuación fueron publicadas por vez primera en la edición de De Bry de la *Brevíssima Relación* de Bartolomé de Las Casas (Frankfurt, 1598). Estas láminas, frecuentemente reproducidas durante los siglos posteriores, están comentadas en mi texto (pp. 113-114). Con cada lámina va la parte del texto de Las Casas, donde parece haberse inspirado el grabador. He seguido el sistema de presentación empleado por Rómulo D. Carbia en su *Historia de la leyenda negra hispanoamericana* (Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, Madrid, 1944). Estos tres ejemplos (de las diecisiete láminas originales) se presentan aquí como una de las más notorias, penetrantes e inescrupulosas utilizaciones de Las Casas en forma propagandística contra España (P. W. P.).







Leyenda Negra por medio de la *Brevíssima Relación* de Las Casas.

En 1598, la editorial De Bry en Frankfurt, lanzó una tirada de la *Brevíssima,* dándole un nuevo giro. La obra contenía diecisiete grabados, mostrando episodios específicos de supuestas torturas españolas y matanzas de indios, según Las Casas las describía en el texto. Tales grabados, eran exageradamente horrendos, sin duda para satisfacer el gusto público vulgar y su común apetito de horrores. A partir de entonces, las sucesivas ediciones de la *Brevíssima* incluían a menudo la totalidad o algunos de los grabados. Y el juego de los grabados mismos fue impreso separadamente (48), demostrando así su primordial propósito propagandístico.

Los grabados, no solamente evidenciaban la absoluta falta de conocimiento del indio americano por parte de su creador (los nativos eran representados como calvos, rollizas imitaciones de las figuras típicas de Ticiano), sino que también descubrían uno de los puntos débiles del propio Las Casas: su fallo en distinguir o precisar las importantes diferencias entre los indios mismos. Para fray Bartolomé y para la casa De Bry, el indio americano era una abstracción sin rostro, creado por el primero con fines propagandísticos, y por el segundo, tanto para propaganda como con fines pecuniarios. Pero la significación mayor de los grabados de De Bry, es que a partir de entonces se exaltó enormemente el interés popular por la cámara de horrores descrita por Las Casas. Estos grabados continúan apareciendo de cuando en cuando en publicaciones, en otros sentidos respetables (49).

Dos palabras sobre España como blanco

Aunque el holandés pudo llamarlos «perros rabiosos», «raza maldita más dada a la perversidad que todos los turcos juntos», y en Inglaterra se les haya maldecido como «escoria de bárbaros ... cuyas más valientes acciones son fanfarronadas y bravuconadas», los

españoles de aquellos tiempos disfrutaban de una verdadera Edad de Oro en cuanto a su desarrollo intelectual y poderío.

En los ataques ponzoñosos de aquellos propagandistas hispanofóbicos, el objetivo, España, no es ni ligeramente reconocible —de verdad que es inverosímil— para las mentes de hombres familiarizados entonces y ahora con los brillantes éxitos culturales de España entre 1492 y 1680.

Esta era la España que por haber renovado y reformado su Iglesia mucho antes que Lutero, no sentía la necesidad de una revolución protestante o de una división sectaria a base de espada y guerra civil. Y adelantándose al resto de Europa, había creado un vigoroso, sistematizado y moderno idioma *—la lengua castellana—* que a la par con una Iglesia revitalizada llegaron a ser pilares gemelos de un magnífico logro intelectual e imperial.

La Península Ibérica, con su novela de caballería, fue quien «democratizó», digámoslo así, por vez primera, la literatura; y de las plumas castellanas salió a la luz la novela realista (*La Celestina* de los años 1490 y la novela picaresca *El Lazarillo de Tormes* de los 1550) y, en general, la novela misma, especialmente las de Miguel de Cervantes. En filología y en erudición lingüística, España era líder en el siglo XVI, estimulada en mayor grado por la multitud de nuevos idiomas encontrados y estudiados en ultramar.

Estos fueron la tierra y el pueblo creadores de conceptos y personajes literarios de universal conocimiento y fama ilimitada, Don Quijote, Sancho Panza, Don Juan, *La vida es Sueño* de Calderón, y las más exaltadas expresiones literarias del concepto del honor. Sus soberbios poetas y dramaturgos crearon un arte dramático nacional que fue la maravilla del continente y que dio la pauta para el posterior teatro de Corneille y Molière.

Los nombres de Lope de Vega, Tirso de Molina, Juan Ruiz de Alarcón (nacido en Méjico) y Calderón, los «Cuatro Colosos» del drama durante la Edad de Oro, cuando se suman a los de Cervantes y otros poetas como Luis de Góngora y Francisco de Quevedo, cons-

tituyen un panteón de genios literarios de los que cualquier pueblo, en cualquier época, podría sentirse justamente orgulloso. Añádase a ésto las singulares aportaciones a la literatura religiosa mística, por ejemplo San Juan de la Cruz y Santa Teresa, y la verdaderamente prodigiosa e innovadora producción de historias, crónicas, biografías, variada literatura de exploración y conquista, trabajos didácticos y religiosos y el conjunto resultante de nombres y obras, será el indicativo de un florecimiento intelectual raramente igualado o superado en otros países y épocas.

La Península Ibérica, en esta época, era también líder de Europa en los avances sobre jurisprudencia, sentando los fundamentos básicos de las normas y leyes internacionales y produciendo renombrados juristas en diversas especialidades. Fue una nación que dio al mundo simultáneamente al gran humanista Luis Vives, amigo de Erasmo, y a un genio militar tan conocido en Europa como el «Gran Capitán», don Gonzalo de Córdoba. Y en las décadas en que los folletos holandeses e ingleses empleaban más rabiosamente sus brochazos para pintar a los españoles como «sucia escoria de la más asquerosa, infecta y repugnante gente que jamás haya vivido sobre la tierra», los propios españoles estaban trazando su camino de gloria en la pintura. Fue la era de El Greco, Zurbarán, Ribera, Velázquez y Murillo, y con Goya, en la posterior y declinante España, completaría con broche de oro un panorama del gran nivel artístico de su nación.

Por estas mismas décadas, los grandes músicos, Antonio Cabezón (el «Bach español», anterior a Bach) y Luis de Victoria, hacían grandiosas contribuciones a la eminencia musical de Roma, mientras soberbios compositores e instrumentistas trabajaban en la Península misma. Un mestizo, el inca Garcilaso de la Vega, nacido en el Perú de padre español y madre inca, estaba en España trazando su camino hacia la inmortalidad literaria, con sus famosas obras sobre los incas y la conquista española en esa tierra. Y una bella criolla, Sor Juana Inés de la Cruz, nacida en Méjico por la época en que la literatura inglesa del período cromwelliano alcanzaba nuevos niveles en su

denigración de los españoles, se disponía a convertirse en la primera gran, y posiblemente la mayor, poetisa del Nuevo Mundo.

El pueblo a quien tan vigorosamente estaban maldiciendo los octavilleros, se encontraba también en posesión de la primacía mundial en conocimientos y experiencia geográficos y en ciencias de navegación. Su gran «universidad» marítima de Sevilla fue líder e innovadora en cartografía, entrenando generaciones de muy expertos navegantes y reuniendo archivos en los que se almacenaban vastísimos conocimientos científicos y registros geográficos. En lo que respecta a la metalurgia, la botánica y en general a la observación de la naturaleza, España estaba alumbrando una gran cantidad de eruditos y escritores a los que aún se les tributa reconocimiento por su fundamental aportación a todo conocimiento.

Esta era España, país de profunda civilización y con un gran florecimiento cultural, la que era ensombrecida por el «árbol de odio» tan intencionadamente nutrido por la crítica cáustica de los folletines, presentándola a su propia generación y a las siguientes con pinceladas tan falsas que parece imposible que alguien les diera crédito. Y ésto, pese al conocimiento que en tiempos recientes hemos adquirido de la facilidad con que los pueblos tragan tales propagandas de guerra.

Se supone, sin embargo, que gente de cierta formación cultural e ilustración, debiera saber discernir mejor. En tales círculos, las grandes mentiras y otros fraudes de las propagandas de guerra son generalmente denunciados, y sus efectos más perniciosos o borrados o atenuados.

Pero, como veremos, las propagandas en contra de España tuvieron otro destino.

CAPITULO V

Arrogancia en la Ilustración

> No la verdad, sino la opinión es la que puede viajar por el mundo sin pasaporte.
>
> SIR WALTER RALEIGH

Las virulentas propagandas y prejuicios de la leyenda antiespañola, que se extendieron a través de Europa después de 1560, puede que hubiesen llegado a dormir en el montón de escorias de la historia si no hubiese sido por dos hechos significativos. España, aunque perdió la primacía europea en la Guerra de los Treinta años (1618-1648), permaneció siendo gran potencia especialmente por la extensión y riqueza de su imperio de ultramar, que nunca cesó de atraer sobre sí envidias y ataques. También una nueva era de Razón, Tolerancia e Ilustración, que siguió los pasos de aquellos folletos ponzoñosos antes referidos, canonizó intelectualmente las creencias antiespañolas y dogmatizó sus credos.

Desde cerca de 1650, hasta bien entrado el siglo XIX, España imperdonablemente continuó siendo un gran imperio e, imperdonablemente también, siguió en su papel de colosal paladín del Catolicismo Romano, en época en que se adoptó como pauta intelectual un desdeñoso escepticismo en materias de religión en general, tanto revelada como jerárquica, y en particular la versión romana. La ostentosa tolerancia de los líderes intelectuales de esta época, no alcanzó a incluir simpatía hacia una España católica; la propaganda del siglo precedente era constantemente atizada, rumiada y escupida

para mayor escarnio de la tierra de Felipe II y de la Inquisición. Bartolomé de Las Casas, Felipe II mismo, la historia de don Carlos, Antonio Pérez y la Inquisición, rara vez fueron agraciados con una evaluación crítica; por el contrario, llegaron a convertirse en símbolos de aquella ignorancia y falta de razón que la Ilustración se proponía extirpar.

Los pocos intentos de aplicar análisis críticos fueron ahogados por la popularidad de los famosos escritores que dirigían las nuevas modas intelectuales quienes, casi a una, denigraron a España según las pautas sentadas anteriormente. Para los nuevos profetas, España sirvió como modelo ideal de Diablo, por decirlo así, a sus mordaces ingenios.

Durante la mayor parte de este período, España e Inglaterra se encontraron o en guerra o en precaria tregua, lo cual mantuvo vivo el espíritu patriótico antiespañol. En cuanto a los franceses, pese a todos los males que estaban sufriendo en su propio país y a haber fracasado en sus esfuerzos para emular la grandeza de España en ultramar, se deleitaron paladeando las saetas hispanofóbicas lanzadas por sus intelectuales. Aún algunos españoles, influenciados no solamente por una sincera preocupación sobre las debilidades institucionales de su propio país, sino también por las corrientes intelectuales extranjeras, llegaron asimismo a convertirse en críticos, de acuerdo con la tradición española de autodepreciación.

Los holandeses, totalmente amargados por la larga lucha contra España, se endurecieron en su intransigente hispanofobia, así como había ocurrido con tantos ingleses, entre los cuales se hallaron muchos de los que colonizaron a Norteamérica. Y generalmente, cerca del corazón de cualquier acción contra la siniestra España y su profundo catolicismo, se encontrarán activos judíos, en especial los sefarditas, que gustosamente servían de impresores, editores y espías. Los enemigos de España, dominando ya la imprenta y los estilos intelectuales del Occidente, eran numerosos y diligentes. Para gran número de europeos, España había llegado a ser el enemigo tradicional, aceptado como tal sin discusión alguna.

Cita de la Leyenda con la Historia

La historia de España y de Hispanoamérica, especialmente la escrita por autores no españoles durante los siglos XVII y XVIII, es una excelente muestra de la tendencia popular de mezclar leyenda con historia. La historia, por su parte, nunca se escribe con objetividad completa, y es particularmente susceptible a las influencias de la religión y de la política (y, en tiempos más modernos, también a ciertos dogmas económicos y sociales), así como a la tendencia humana de dar importancia a lo maravilloso o a lo sensacional. Durante los siglos de que hablamos, se le daba insólita importancia a las figuras históricas, convirtiéndolas en grandes prototipos que simbolizaron rasgos nacionales o religiosos, bien admirados u odiados por los autores. Por ello, la figura realmente repugnante de un Enrique VIII de Inglaterra, fue sometida a una ligera limpieza para que representase un papel más digno como paladín del protestantismo. Por el contrario, Felipe II, mucho más acorde en sus características espirituales y materiales con su pueblo y un ser mucho más civilizado, llegó a personificar el espíritu «intolerante» de la Europa católica. La yuxtaposición de Guillermo de Orange y Felipe II, como expresión de lo bueno y de lo malo, se puso de relieve en forma similar durante estos siglos.

De modo más o menos semejante, los escritos históricos del siglo XX se orientan a extremismos intolerantes al definir e interpretar las «izquierdas» y«derechas». La historia, siendo más un arte que una ciencia, inevitablemente refleja los prejuicios y tendencias prevalecientes —la historia por lo común aceptada, es la escrita por los vencedores. Francia, cada vez más victoriosa en la diplomacia y en la guerra, llegó a suplantar a España como potencia dominante en el continente, al tiempo que Inglaterra continuó su rivalidad con España en el poderío marítimo, hasta, finalmente, adelantarla. Las modas iconoclastas literarias de un lado, y la intolerancia protestante de otro, cristalizaron el dogma caricaturesco de España como símbolo de males religiosos y eterno ejemplo de error y sinrazón.

(En menor escala, puede encontrarse un paralelo en la aceptación tan arraigada de las interpretaciones de la historia de los Estados Unidos, dadas por los norteños desde que ganaron la Guerra Civil.)

La Leyenda Negra del siglo XVII se configuró alrededor de ciertos temas básicos. Felipe II, que en vida fue tratado al menos con cierto respeto aun por holandeses e ingleses, es descrito en este siglo como prototipo de la crueldad, inmoralidad, obscurantismo y traición de los españoles. Semillas como la *Apología* de Orange y el «exposé» llevado a tierras de los enemigos de Felipe II por su traidor y truhanesco secretario, Antonio Pérez (1), ganaron gran popularidad literaria en Europa. El indiscutible éxito de los escritos de Pérez, dio lugar a que la calculada y odiosa descripción de su soberano fuese aceptada como fuente «histórica», un drama maravilloso de intriga e inmoralidad cortesana española, con Felipe II en el papel de villano y el propio Pérez como perseguido mártir político. Un historiador imparcial, naturalmente, descarta las opiniones de Pérez, ya que estaba al fin y al cabo en desgracia con su patrono, a quien había traicionado. Los puntos de vista del secretario sobre el rey y la política española de aquellos días, pueden ser equiparados a una exposición hecha por Benedict Arnold sobre la mala administración del Congreso de la Revolución Americana, destinada a ávidos lectores en Inglaterra. Arnold, alto oficial militar, traicionó la causa revolucionaria contra los ingleses, y al hacerlo, se quejó de la mala administración de este movimiento por el llamado Congreso Continental que lo dirigió. Antonio Pérez escribió con una vena popular que complació sobremanera a las audiencias antiespañolas y antifelipistas en Europa. Su versión vive todavía y dificulta el estudiar y presentar a Felipe II en forma objetiva (2). Coincidiendo con lo escrito por Pérez, aparecieron repetidas ediciones de la famosa «exposé» de González Montano sobre los horrores de la Inquisición española y de la inevitable *Brevíssima* de Las Casas (3).

Para fines del siglo XVII, la historia de don Carlos, adornada por Antonio Pérez, había conquistado un puesto en la literatura clásica. Basada en las acusaciones del de Orange, ampliada por Pérez

y retocada por sucesivos autores franceses, cada uno con su particular versión sobre la muerte del príncipe, cristalizó en forma de novela histórica en manos de los «romanceros» y «seudohistoriadores» franceses, tales como César Vichard Saint-Réal, cuya obra *Don Carlos, nouvelle historique,* se publicó en Amsterdam en 1672 (4). De este modo, el hijo de Felipe II se convirtió en un mártir popular, clásico e idealizado, víctima de la crueldad e inmoralidad de su padre. Este tema y sus variantes estremeció, horrorizó y fascinó a las sucesivas generaciones que tropezaron con él a lo largo de escritos históricos, dramas, novelas y pintura. Los holandeses reimprimieron el *Don Carlos,* de Saint-Réal, tres veces en la primera mitad del siglo siguiente, cuando las figuras literarias ya no tenían interés —hecho «sin duda explicable en términos de patriotismo holandés» (5).

Aunque los franceses, holandeses, italianos e ingleses estaban obsesionados con la historia de don Carlos, fue en la lengua alemana donde logró la inmortalidad. «Como culminación de estos trabajos predominantemente sentimentales o liberales, se encuentra el justamente famoso drama sentimental y liberal de Schiller, *Don Carlos, Infant von Spanien,* terminado en verso libre en 1787» (6). Schiller hizo del Marqués de Poza el héroe del drama, exponiendo por boca de éste, las ideas de libertad y tolerancia con que el mismo Schiller, un verdadero hijo de la Ilustración del siglo XVIII, comulgaba. La figura más odiosa en las manos de Schiller, fue la del Inquisidor General, constante y cruel perseguidor de las herejías atribuidas al Marqués de Poza y a don Carlos. En el desenlace, cuando Isabel de Valois, envenenada, se halla moribunda, Felipe II entrega su propio hijo al Inquisidor con las famosas palabras: «Gran Inquisidor, he cumplido con mi deber; ahora cumpla usted con el suyo» (7).

El *Don Carlos* de Schiller, tuvo enorme éxito en el mundo del pensamiento occidental, no sólo por la fama de su autor, sino porque la obra, considerada puramente como creación literaria, sobresale por sus cualidades poéticas y dramáticas. Es eternamente popular, porque las ideas «ilustradas» del Marqués de Poza refleja-

ban las aspiraciones que se hicieron populares en el siglo XVIII y que aún perduran. Pero, como historia, el *Don Carlos* es absurdo; estaba basado en el romance de Saint-Réal y en la tremendamente deformada y defectuosa versión de Robert Watson sobre Felipe II. Ningún español o europeo del siglo XVI podría haber manifestado tal clase de ilustración como la de Schiller. La figura de Felipe II es la misma figura odiosa y lúgubremente fanática que siempre aparece en los escritos extranjeros. La estereotipada versión de Schiller sobre la crueldad y fanatismo inquisitorial, ha ejercido mucha más influencia que los historiadores prudentes que han intentado presentar en forma racional la verdad sobre Felipe II y su España. Asimismo, la fabulosa popularidad de la ópera de Verdi, hizo aún más difícil para el mundo occidental el evaluar, en forma ecuánime, los hechos del acontecer español durante el siglo XVI.

Otros sucesos significativos que se produjeron alrededor del tema hispanofóbico en el siglo XVII, se encuentran en el área de la historiografía y de la literatura de viajes que se mezcló con lo que llamaban historia. Junto con la proliferación de octavillas (algunas de las cuales, como la *Brevíssima,* los panfletos de Thomas Scott y de los holandeses, ganaron reputación de autenticidad por el hecho de ser tantas veces repetidas), los puntos de vista antiespañoles se extendieron ampliamente dentro de colecciones misceláneas de historia, geografía, relatos personales de viajes y grandes trabajos históricos de reputación e influencia. En la primera categoría, es decir, la de las colecciones heterogéneas, cae mucho del trabajo ya mencionado que se publicó en el siglo anterior —Benzoni, Hakluyt, De Bry, Eden, etc.— y que continuó siendo popular —parcial o totalmente— en el siglo XVII, sobre todo por el estímulo de las vigorosas ambiciones inglesas, holandesas y francesas en ultramar (8). Estas colecciones se publicaron repetidas veces y contenían, a menudo, los grabados de De Bry, ilustrando gráficamente la crueldad y fanatismo de los españoles. Y, al igual que las calculadas «grandes mentiras» de nuestros tiempos, adquirieron una amplia reputación como fuentes de la verdad sobre España. Desgraciadamente, la mayor parte

de los influyentes trabajos producidos en época posterior, estaban basados en estos emocionantes cuentos. Por ejemplo, lo escrito por Benzoni sobre la expulsión española de los franceses en la Florida —definitivamente antiespañola— llegó a ser la aceptada versión de Parkman y de otros historiadores del siglo XIX y de nuestros libros de texto de aquel siglo y del nuestro.

En las primeras décadas del siglo XVII, las series de viajes de Hakluyt, Eden, Purchas y De Bry, entre otras, eran corrientes en Europa y todas ellas contenían el principio, apoyado por la selección de sus materiales, de que la conquista y el gobierno españoles en América fueron singularmente inicuos. Su autenticidad fue corroborada por los escritores que les siguieron y la hicieron suya. Esto no quiere decir que todos los fragmentos publicados en tales colecciones tuvieran marcado sabor antiespañol, ya que éstos y otros escritos incluían a menudo material de toda especie, pero los títulos, comentarios editoriales y la selección de fragmentos insinuaban —y a menudo expresaban claramente— puntos de vista hispanofóbicos (9).

Pero entre todas las recopilaciones francesas, alemanas o inglesas de esta clase, eran las holandesas las que ocupaban el primer lugar en este tipo de literatura de viajes histórico-geográficos, durante el siglo XVII. El solo hecho de esta primacía holandesa, sería suficiente para asegurar la persistencia de la fobia antiespañola, puesto que ya a principios del siglo, era ésta dogma básico de su patriotismo nacional. Contribuyó también a ello en tal época, el poderío naval holandés y la gran difusión de sus fuerzas marítimas, bajo los emprendedores auspicios de las Compañías de las Indias Orientales y Occidentales, quienes hicieron inevitable un gran interés en esta clase de literatura de acusado sabor hispanofóbico. Fue la Edad de Oro de la literatura, la imprenta y la formación de imperio de los holandeses —y muchos de sus ataques literarios y militares se dirigían contra España. Holanda, especialmente Amsterdam, fue durante este siglo centro de una activa población de judíos sefarditas, activamente implicados no sólo en el florecimiento de la imprenta,

sino también en actividades comerciales y de espionaje de ámbito mundial, caracterizados por un amargo antagonismo hacia España (10).

Probablemente, el más famoso e influyente entre los numerosos escritores holandeses fuera Jan Laët, que llegó a ser un director de la «Dutch West India Company» en 1624, y que realizó un viaje de carácter oficial al Nuevo Mundo. Su *Historia del Nuevo Mundo o Descripción de las Indias Occidentales* apareció por vez primera en holandés y a continuación en latín y francés, durante los años 1630-1640. Todavía hoy es una fuente de información bien conocida y harto empleada que goza de una gran reputación por la apariencia de estricta objetividad que presenta. Sin embargo, las frases y adjetivos que emplea, reflejan en muchas formas, difícilmente percibidas, al holandés patriótico en su desprecio por lo hispánico. Laët se convirtió en fuente básica para escritores posteriores, quienes absorbieron sus conceptos sobre lo concerniente a España.

De más importancia para nuestra propia literatura y tradiciones, fue el tunante Thomas Gage. Su acibarada obra antiespañola y anticatólica, *The English-American,* sirvió para atizar la hispanofobia en los siglos XVII y XVIII mucho más que la relativa serenidad de Laët. Publicada originalmente en inglés en 1648, su obra fue pronto distribuida en ediciones francesas (Amsterdam, 1676, 1695-96 y 1721). Tan desorbitadas fueron sus censuras anticatólicas, que su último editor juzgó conveniente el omitir algunas de sus absurdas calumnias para no ofender a los lectores de nuestros días (11). La intención de Gage fue la de fomentar y ayudar a los ingleses en sus ataques al imperio español del Nuevo Mundo, sosteniendo la teoría de que España no mantenía un ejército apreciable en ultramar y, por lo tanto, las Américas podrían fácilmente y con éxito ser invadidas por los ingleses. Para reforzar esta tesis, hacía hincapié en el gran beneficio que para la humanidad representaría el reemplazar el gobierno español por el más virtuoso del protestante inglés, concepto que ya hemos comentado anteriormente.

A Gage se le debe también achacar, si no el origen, sí la respon-

sabilidad por apoyar algunos de los muy conocidos prejuicios que influyen fuertemente en los puntos de vista protestantes sobre el pasado y presente de Latinoamérica, destacando su comentario sobre la inmoralidad de los clérigos. En la triunfante atmósfera puritana de la Inglaterra de sus tiempos, él pretendía horrorizarse, por ejemplo, de que los clérigos españoles desperdiciasen parte de su tiempo en juegos de azar. También comentó sobre el «hipócrita» ornato de las ceremonias religiosas y la parasitaria vida de los clérigos a costa de los creyentes. Gage, o no comprendió mucho de lo que vio en el mundo hispánico, o deliberadamente torció sus comentarios con el fin de adaptarlos a las necesidades de un católico renegado, ansioso de ganarse prestigio y preferencia entre sus nuevos correligionarios puritanos; es posible que hubiera un poco de cada cosa, pero algo más de la última. De cualquier forma, sus palabras tienen el mismo alcance que la de los misioneros protestantes de hoy en día en tierras de los latino-católicos. Para el moralista Gage, al igual que para sus seguidores de hoy, cualquier esfuerzo para minar el catolicismo-hispánico era plenamente meritorio, porque el fin, es decir, la ilustración protestante, justificaba los medios.

(La totalidad de los puntos de vista misionero-protestantes sobre España e Hispanoamérica, en la época de Thomas Gage y posterior, es de verdad fascinante desde el punto de vista de una bien atrincherada y en extremo dogmática hispanofobia. Tales conceptos son ya clásicos en nuestra sociedad, y semejante situación es muy notoria en los países nórdicos europeos como Inglaterra, Holanda y Escandinavia. Es, por supuesto, imposible medir con exactitud el grado de esta influencia sobre nuestras formas de pensamiento y política, pero a base de una considerable experiencia personal, combinada con cierto conocimiento del desarrollo de la Leyenda Negra, yo aseguraría que la actuación de nuestros misioneros protestantes y su propaganda, han jugado un papel muy importante y dañino en la delimitación de nuestras actitudes sobre la cultura hispano-católica.)

Intimamente relacionada con la corriente popular de publicaciones

de viajes, historia y geografía que, en todo o en parte, tocaban temas deformados sobre la historia de España y de los españoles en ultramar, se encontraba la obra de Bartolomé de Las Casas. De su *Brevíssima Relación* hubo al menos treinta y cuatro ediciones entre finales del siglo XVI y mitad del XVIII; catorce de ellas fueron holandesas (todas en el siglo XVII), seis inglesas, seis francesas, tres italianas, dos alemanas, dos latinas y una española. Y de los otros escritos de Las Casas, impresos en Sevilla entre 1552-53, de similar contenido, se hicieron por lo menos sesenta y una ediciones durante el mismo período, incluyendo unas veinticuatro versiones holandesas y no menos de dieciocho francesas (12). Evidentemente, Las Casas fue un destacado favorito, bienamado de impresores y propagandistas durante el siglo o más que condujo al pleno florecimiento de la Ilustración. Entre 1600 y 1800, aproximadamente, Las Casas llegó a ser, sin análisis crítico significativo, un escritor asentado como la más popular autoridad sobre las actividades españolas en América. Unos cuantos ejemplos nos darán idea, no sólo del empleo propagandístico de Las Casas, sino también de su creciente importancia como fuente auténtica para las obras de renombrados y muy influyentes historiadores y otros literatos célebres de la época.

La tenaz influencia de Las Casas sobre la mente europea, se vé más claramente en algunas de las obras históricas más notables del siglo XVIII que trataron el tema de España en América. De esta naturaleza fue el trabajo en catorce volúmenes, *Historia General de América después de su descubrimiento...* escrito por Antoine Touron, publicado en París entre 1768 y 1770. El hecho de que Touron fuera un clérigo católico, parece que prestó cierto aire de autenticidad al trato que dispensó a un tema tan fuertemente implicado con la propagación de su Iglesia; pero eran escasas sus fuentes, y su principal inspiración procedía de Las Casas —Touron lo menciona frecuentemente en términos elogiosos, y en ciertos episodios emplea su mismo vocabulario y fraseología. En su tesis —similar a la de fray Bartolomé— afirma que los obstáculos principales para la debida cristianización de los indios, los constituyen la crueldad y el

desorden de los conquistadores. Es significativo el que Touron no fuera el único clérigo del siglo XVIII y posterior qué sacó a relucir de forma agresiva las teorías de Las Casas; otros autores eclesiásticos, principalmente franceses e italianos, utilizando al obispo y su celo, han contribuido en gran manera a la deformada opinión que se tiene sobre que los buenos misioneros fueron los únicos mantenedores del humanitarismo durante la conquista y gobierno español. Se trata, pues, de una distorsión que procede directamente de Las Casas, y que merece mejor juicio crítico del que ha recibido (13).

Señalamos otro trabajo, en extremo influyente, de las postrimerías del siglo XVIII —el de Marmontel, *Les Incas ou la Destruction de L'Empire du Pérou* que, aparecido en 1777, fue motivo de buen número de subsiguientes ediciones y llegó a ser bien conocido por los líderes de la independencia hispanoamericana. Marmontel no hacía secreto de que su principal fuente la constituía Las Casas, y pintaba los hechos de inocentes nativos y feroces conquistadores, estrictamente según el sentir de tal fuente, pero añadiendo su propio razonamiento filosófico, estilo siglo XVIII, de que el fanatismo religioso fue la causa de todos los males de la conquista española y de los de su gobierno en América (14).

La influencia de Las Casas continuó siendo firme en Inglaterra. La edición de 1656 de su *Brevíssima,* titulada *Las lágrimas de los indios,* precedió inmediatamente y proveyó la fuente de información básica para el famoso drama de William Davenant, *La crueldad de los españoles en el Perú* (Londres, 1658). Y la nueva edición de Las Casas coincidió con el empuje del puritanismo en el Caribe, en forma de la obra de Cromwell conocida como el «Western Design» («Proyecto Occidental»). Aunque este ataque inglés al imperio español tuvo sólo un pequeño éxito (principalmente la adquisición de Jamaica), puede considerarse como una fuerte reflexión de tipo lascasiano-Gage-puritano, amontonando la fuerza moralista inglesa en servicio de los objetivos imperialista-comerciales en contra de España. *La crueldad de los españoles* de Davenant, que tuvo una gran difusión, junto con la edición de 1656 de Las Casas, fue

una de las versiones precursoras del tipo de propaganda que caldeó nuestros impulsos moralistas para derrotar a la «cruel» España en la guerra de 1898, cuando salió a la luz, como veremos, una oportuna edición propagandística de la *Brevíssima* en Nueva York (15).

La edición inglesa en 1656 de la *Brevíssima Relación* es un excelente y típico ejemplo del empleo de Las Casas para fines propagandísticos contra España. Está dedicada a Su Alteza Oliver, Lord Protector, diciendo:

> «Postrado ante el trono de Vuestra Justicia, más de veinte millones de Almas de Indios Sacrificados... el grito de [su] sangre se detiene ante el rumor de Vuestras negociaciones, en tanto que Os preparáis para su Venganza... No hay hombre, que no ose enfrentarse al Cielo, que no engrandezca Vuestra Justa Ira contra la sangrienta y papista nación de los españoles, cuyas supersticiones han excedido a las de Canaan y cuyas Abominaciones han superado las de Abab, quien derramó la sangre del inocente Naboth, para conseguir su Viña. Y ahora, para mayor gloria de Vuestra Alteza, Dios os ha dado una completa Victoria sobre Vuestros Enemigos en esta tierra, y un Asentamiento fijo, por un próspero y total dominio de esos pertinaces Espíritus: ciertamente no hay un verdadero Inglés que no levante sus ojos al Cielo dando gracias al Dios Todopoderoso, porque Vos habéis hecho esta Tierra tan feliz, que es motivo de Admiración de las otras Naciones, que se han postrado a vuestros pies para pedir Alianzas, conociendo vuestros extraordinarios Exitos tanto en el Mar como en la Tierra. Pedonadme, Gran Señor, si próximo mi fervor al Cielo, el fuerte Llanto de tantas sangrientas Matanzas, que sobrepasan con mucho las papistas crueldades en Irlanda, el Honor de mi País, para el que sois tan benévolo como para la niña de vuestros ojos, han inducido en mí, con la constante adhesión que guardo hacia el Servicio de Vuestra Alteza, a publicar esta Relación de las «Crueldades españolas», para que todos los hombres bondadosos puedan ver y aplaudir la Justicia de Vuestro Proceder...».

El título de esta edición revela en forma similar su intención: *Las lágrimas de los indios: Tratado Histórico y verídica Relación de las Crueles Matanzas y Sacrificios de Vidas de más de veinte millones de Personas inocentes, Cometido por los Españoles en las islas de Española, Cuba, Jamaica, Etc. Así como también en el continente de Méjico, el Perú y otros lugares de las Indias Occidentales, a la total destrucción de aquellos Países.* Escrito en español por Casaus, un testigo ocular de aquellas cosas, y traducido al inglés por J. P., London, 1656.

Este uso propagandístico de Las Casas es digno de atención bajo el aspecto de ser precursor de la guerra del «papel», utilizada por Inglaterra y por nosotros en tiempos posteriores; Inglaterra la usó, por ejemplo, contra Napoleón y contra el «Huno» (alemán) de la Primera Guerra Mundial, y se parece a nuestra propaganda contra España en 1898. El prólogo anterior a la obra de Las Casas, induce al lector a pensar que el obispo está describiendo una completa estructura del gobierno español en América y que las crueldades del período de la conquista son plenamente características de los españoles y de todas sus empresas de ultramar (y hasta de sus iniquidades en Europa). Esto es, como he dicho, el principal sofisma de la Leyenda Negra en lo que atañe a la acción de España en América.

Nuestros antepasados se establecieron en América durante el siglo diecisiete, y este proceso de colonización estuvo alimentado por su odio a España y su deseo de romper su monopolio en el Nuevo Mundo. Las ediciones de 1656 y otras de Las Casas, se encontraron enseguida en las bibliotecas de nuestros padres fundadores, llegando a ser parte de su mitología (¿demonología?). La opinión inglesa de España como su tradicional enemigo, y aceptación sin crítica de las teorías de Las Casas, llegó a ser parte fundamental de nuestra herencia colonial (16).

Continuidad del conflicto judeo-español

Antes de seguir las huellas de la Leyenda Negra dentro de los años de la «Razón» y la «Ilustración», deben decirse unas palabras sobre el continuo antagonismo judío y sus efectos.

La Inquisición del siglo XVII, con sus activas indagaciones sobre los cripto-judíos, es la última fase importante de este proceso depurativo. La continuada residencia de los judíos en España e Hispanoamérica, significó la paralela prolongación de sus dificultades inquisitoriales. De acuerdo con ésto, cierto número de judíos siguió buscando refugio en otras partes, llevándose consigo amargos recuerdos. Esto explica el gran incremento en fuerza, número e influencia de la comunidad sefardita en Amsterdam y, en general, en Holanda. También explica el éxito judío en el regreso a Inglaterra —no oficialmente autorizado, pero sí tácitamente reconocido y permitido (17).

A la vez, la acción judía contra España se intensificó. Amsterdam, su centro más fuerte en el norte de Europa, fue no sólo un lugar apto para las inversiones de capital por parte de los «Marranos» y para el manejo de extensas redes comerciales (reforzado por íntimas relaciones con sus correligionarios que seguían residiendo en territorios españoles y portugueses), sino que también llegó a ser un activo centro cultural judío. A su alrededor, giró una corriente de general interés por los estudios hebreos, con gran número de editores judíos que operaban en Holanda durante ese siglo, y un importante florecimiento de la literatura sefardita.

Los sefardíes fueron a Amsterdam «porque Amsterdam era el enemigo de España y porque su estrella era ascendente». La ciudad holandesa estaba adentrándose en las Américas y en el Lejano Oriente, y la república que estaba en formación en Holanda, a principios del siglo XVII, «iba franca y abiertamente detrás del oro, considerado como la mayor prueba de seguridad económica para una nación... Los más respetables mercaderes cosecharon sus beneficios fomentando lo que era nada menos que piratería permitida y alentada por el gobierno» (19). Esta descripción, incidentalmente, fue hecha por

un judío, al parecer para explicar las astutas prácticas de su propio pueblo dentro de esta atmósfera holandesa. Es una descripción que encaja también en la Inglaterra de Isabel I y en la posterior. (Los españoles tenían también cierto interés por el oro, pero éste era mucho más sórdido, como todo el mundo sabe.)

El judío en Amsterdam, además de ocuparse de un provechoso comercio (especias, piedras preciosas, tabaco, azúcar, etc.) y monopolizarlo virtualmente en varios productos coloniales de España y Portugal, se encontró en un sitio igualmente adecuado para escribir y publicar trabajos contra España y la Iglesia Católica —y también contra algunas de las preponderantes formas del protestantismo. Tan cierto fue ésto que, a mediados del siglo, el gobierno de Amsterdam se sintió obligado a publicar un edicto «prohibiendo a los judíos publicar folletos contra los protestantes y católicos. Parece ser, sin embargo, que el edicto fue desatendido» (20). La imprenta fue una de las actividades a las que con mayor fervor se dedicaron los hebreos allí, y cuando uno reflexiona que Holanda entonces «problablemente produjo más libros que... todos los demás países europeos juntos» (21) (incluyendo, como se recordará, gran cantidad de literatura relativa al Nuevo Mundo y gran número de ediciones de Las Casas) y era el más activo centro de publicaciones protestantes y de las que expresaban la general enemistad hacia España, es fácil imaginar el entusiasmo con el que los «Marranos» hispano-portugueses se dedicaron a la tarea de editar tales escritos.

El historiador judío Newman, nos proporciona una interesante muestra de esta prensa en los Países Bajos:

> «Ninguna prueba más concluyente de la contribución de los Marranos al progreso de la reforma religiosa dentro del seno de la Cristiandad puede encontrarse, que el hecho de que los Marranos en Holanda, desde su cuartel general en Amsterdam, difundieron en España los escritos antipapales de Lutero, con el fin de debilitar la fuerza de la Iglesia en la vida religiosa de la nación que unas décadas antes había exilado a sus fieles judíos».

En otra ocasión, este autor lo expone en forma más fuerte:

> «... los Marranos de Amsterdam promovieron con avidez la propagación de los escritos de Lutero en España, con miras a romper el poder del Catolicismo que les había causado tantos sufrimientos» (22).

Y Davies, en su *Elseviers*, redondea el cuadro:

> «Los judíos españoles y portugueses ofrecen un notable ejemplo de cómo los exilados promovieron el comercio del libro. En el siglo XVII y hasta 1732, había trescientos dieciocho editores judíos en Amsterdam, la mayoría de los cuales procedían de familias exiladas de España y Portugal. De éstos, los más conocidos son los rabinos editores Menasseh ben Israel y Joseph Athias, pero muchos otros mantuvieron este negocio en gran escala y Amsterdam se convirtió en el centro europeo para la imprenta hebrea» (23).

El siglo XVII, tanto en Inglaterra como en Holanda, conoció una extensa utilización de las posibilidades judaicas de espionaje en dar perjudiciales golpes contra España en particular y contra Portugal mientras estuvo bajo el gobierno español. El judío sefardita estaba naturalmente animado por un profundo espíritu de venganza y continuaba manteniendo, en secreto y con efectividad, contactos con amigos y parientes en las posesiones hispano-portuguesas y en los países de antagonismo musulmán hacia España. Estos recursos de espionaje fueron puestos al servicio de Inglaterra y Holanda (probablemente algunas veces también de Francia) y con certeza, con provecho musulmán. Había estrechas relaciones entre las comunidades sefarditas de Constantinopla, Salónica y la judería holandesa y entre los hebreos de Amsterdam y los de Marruecos. Los judíos holandeses-marroquíes unidos, ayudaron a proveer de pertrechos a Marruecos para su utilización contra España, y un embajador judío-marroquí en Holanda, Joseph Palache, fue una vez almirante de una flota pirata marroquí «dirigida contra España» (24).

Una extensión de este espionaje fue la estrecha relación entre los sefarditas holandeses y el estableciminto de su gente en Inglaterra, hacia mediados de siglo y en vísperas de la ofensiva cromwelliana contra las Indias Occidentales españolas. Cromwell supo aprovechar, como en la época isabelina lo hiciera Cecil, los servicios de espías judíos que conocían las lenguas y tenían contactos secretos tan valiosos para hacer efectivos los ataques. El sefardita estaba deseoso de congraciarse con los ingleses, ya que ello facilitaba el asentamiento de su gente en ese país y sería una ayuda en la venganza por cuanto habían sufrido en la Península Ibérica (25). Antes de finales del siglo XVII, la acción hebrea contra España se había proyectado a lo largo de tres líneas principales:

1. Extensa y muy influyente actividad por medio de publicaciones con fuertes características antiespañolas.
2. Acción en el comercio y en el espionaje para ayudar a los enemigos de España en la guerra y en la diplomacia.
3. Intensiva promoción de la mezcla de anti-Roma con anti-España, para hacer sinónimos ambos canales de concepto y acción. Esta última faceta no fue un monopolio judío en modo alguno, pero el sefardita tenía especiales fundamentos para ello, y la fusión del odio papista y el odio español, en la atmósfera anglo-holandesa, fue altamente atractiva para los judíos.

La Leyenda pasa a ser Ilustración

Como ya hemos indicado, la Leyenda Negra pudo haberse desvanecido de no continuar España como gran y envidiado imperio y si la Ilustración no hubiera encajado las antiguas hispanofobias dentro de las nuevas modas intelectuales.

Desgraciadamente, el regocijo engendrado por descubrimientos tales como la perfectibilidad del hombre, la superioridad de las leyes de la naturaleza sobre la tradición y la infalibilidad de la Razón,

llegó a exhibir un aspecto humano menos digno de admiración, es decir, la arrogancia intelectual. Los sabios del siglo, los celebrados talentos, pronto percibieron que una Edad de Oro española y, más claramente, una católica España en declive, no cabría jamás dentro de las nuevas formas del pensamiento, y no malgastaron ni tolerancia ni compasión para el lado ibérico de los Pirineos. Las aspiraciones españolas —políticas, económicas, sociales o religiosas— parecían mezcla tan «irrazonable» de ignorancia mundana e idealismo místico, que no podía de ninguna manera marchar al compás de la nueva era. (Naturalmente, el hombre de la calle en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Italia y en las Américas, a duras penas encajaba en el nuevo orden, pero sus líderes intelectuales lo adularon hasta hacerle creer que sí podía, y mucho más al compararlo con los hijos de la retrasada España.)

España alcanzó la cumbre mucho antes de que la nueva Razón hiciera su aparición, y no podía mantenerse por siempre en las alturas. El creciente poder de los agentes político-filosóficos de las nuevas y repulidas ideas, procedía de naciones que la habían suplantado como líder continental, y la condescendencia, o peor aún, el desprecio, era su actitud característica al comentar la apariencia debilitada y decadente de España.

Si España no se desquitó ni defendió sus metas y conceptos con la palabra impresa, fue porque estaba demasiado ocupada gobernando su propio imperio, o tal vez, porque no se dio suficiente cuenta de la importancia del proceso que se levantaba contra ella, o quizá creyó que sus fines eran lo suficientemente buenos como para mantenerse por sus propios merecimientos. Tardó nuestro país mucho tiempo, en un mundo de rápida propaganda, en percibir la necesidad de la prensa y agencias de información pública, para explicar y defender con eficacia nuestros logros y tradiciones. Así resulta difícil culpar a España de un fallo similar, en una época en la que los recursos propagandísticos estaban todavía en plena infancia.

Para los ingenios de la Ilustración del siglo XVIII —«Apóstoles de la tolerancia y de la razón»— el declive de España era prueba

viva de los errores de una era pasada. España, en este siglo, se afianzó firmemente en sus principios religiosos y hasta conservó lealtad a sus reyes, y ésto fue visto como signo de indiscutible decadencia. Es algo parecido a la mojigatería victoriana de la que nos mofamos hoy, o del inculto habitante del Sur de los Estados Unidos, que por tanto tiempo ha sido el «blanco» de los sabihondos yanquis del Norte. Por supuesto, la vanguardia intelectual siempre sabe más, y mientras admira su propio talento, goza de impresionar al borrego que sigue sus modas de pensamiento. Además, se encuentran siempre enciclopedistas para alfabetizar los dogmas.

Para ser más eficaces estos ingenios, necesitan un blanco que todos puedan ver, un blanco cuyas maldades puedan servir, como los grabados de De Bry, para endurecer los artículos de fe en orden a que sean fácilmente comprensibles por las mentalidades menos avanzadas. Y la culta Europa, que miraba al «blanco» español en el siglo XVIII, fue dirigida por un nuevo orden, manipulado por los artífices de la opinión, que reinaban en las tierras de los más enconados enemigos de España.

Como era de esperarse, Las Casas y su *Brevíssima* continuaron como fuente para todos aquellos escritores, que sin molestarse en buscar la esencia del tema de la acción histórica de España a través de la aburrida investigación de documentos o de razonamiento lógico, porque ello podría confundir preconcebidos conceptos o turbaría los objetivos de la propaganda, sólo deseaban lanzar saetas contra España y su catolicismo, y cuando a Las Casas no se le empleaba directamente, los trabajos se basaban en otros que lo habían tenido como inspirador y que se tenían siempre a mano. Tengamos en cuenta que nuevas ediciones en alemán, francés e inglés de la *Brevíssima,* salieron a la luz del día. Más importante todavía, las duras palabras de Las Casas estaban ya tan bien incrustadas en la memoria y la historiografía de Europa, que eran innecesarias nuevas ediciones.

En otros contextos también la Leyenda Negra tuvo firmes bases para un fuerte resurgir durante el siglo XVIII. De una parte, Francia

e Inglaterra estaban cada vez más ansiosas de extender sus imperios en el Nuevo Mundo y arrebatar a España las riquezas de sus posesiones de ultramar; de otra, la vieja contraposición del cruel conquistador español y el inocente salvaje, ejercía una gran fascinación sobre los nuevos «philosophes». La descripción hecha por Las Casas, se utilizó para robustecer la supuesta nueva imagen del noble salvaje, el hombre puro en su estado natural que llegó a ser el predilecto por excelencia de Rousseau y Chateaubriand y muchos otros. Para hacer su figura más verosímil, era fundamental mantener el esquema del diabólico hombre blanco de Las Casas, decidido a destruir brutalmente a los inocentes aborígenes.

Escarnio de la Cristiandad y de la religión en general —una vigorosa tendencia anticlerical, agnóstica o ateísta de aquellos tiempos— explotó la conquista y gobierno españoles en América, junto con la España inquisitorial, para demostrar la destructividad y opresión de la religión jerárquica en su forma peor y más intolerante, la de las católicas España y su América. Poca importancia se concedía al hecho de que los escritores franceses se veían obligados a publicar sus trabajos fuera de Francia, en razón de los peligros que corrían en su propio país, en tanto que muchos de ellos contaban con libre circulación en los dominios españoles. «La mayor parte de las grandes obras literarias que cubrieron de gloria la literatura francesa del siglo XVIII, hubieron de ser editadas o bien fuera de su país, o bien en imprentas clandestinas» (26). Mientras que la *Histoire des Indes,* de Raynal, estaba prohibida en Francia, se leía libremente en Hispanoamérica, convirtiéndose en «el evangelio de los emancipadores y libertadores de América» (27).

El declive del poderío del imperio español, más un artículo de fe que una realidad, —ya que su parte americana era, a la sazón, más extensa que nunca y su gobierno se preocupaba diligentemente en promover reformas políticas, económicas, educativas y eclesiásticas, dentro del espíritu de la Ilustración —fue utilizado como aviso de los desastrosos efectos de la intimidad de Iglesia con Estado y subsiguiente obscurantismo y opresión. Tal explotación homilética de

la pobre y vieja España, perdura todavía: «A veces [las huellas de Norman Cousins] conducen a rincones oscuros, tal como su advertencia del pasado mes (enero de 1961) a los planificadores del programa espacial de los Estados Unidos, sobre los peligros de penetrar lo desconocido. España y Portugal intentaron, hace cinco siglos y medio, explorar lo desconocido, nos recuerda en su *Saturday Review,* y véanse cómo han terminado» (28).

Algunos ejemplos del desprecio de los intelectuales del siglo XVIII hacia España, nos demostrarán cuán servilmente se seguían los conceptos ya tradicionales de Las Casas y las estereotipadas deformaciones de la Inquisición, Felipe II, la historia de don Carlos y los libelos de Orange y Antonio Pérez. Así, el gran Voltaire, en su *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations,* escribe sobre las «reflexivas crueldades» de los conquistadores españoles y su general exceso de sevicia, sin siquiera intentar establecer criterios de comparación o extraer lógicas deducciones, como correspondería a una inteligencia como la suya, en el sentido de que la humanidad (incluidos los españoles) jamás está constituida por gentes o clases íntegramente crueles, ni pueblos enteros están en disonancia con sus propios tiempos. Cuando Voltaire estigmatiza a Felipe II como el que autorizó el exterminio del indio americano, y después continúa comentando que «nunca se ha dictado una orden tan cruel, que haya sido tan fielmente cumplida», escribe tonterías maliciosas que sobrepasan aún a Las Casas, en sustituir la realidad por la falsedad. Y cuando Montesquieu, siempre hispanófobo, escribe que España «para conservar América... hizo hasta lo que los poderes más despóticos no intentan: destruir a los habitantes» (30), él también empleaba su pluma para llegar a falsedades sin asomo de autenticidad.

Montesquieu no se conforma con ésto, sino que grandiosamente sintetiza la acción de España en Méjico, en los siguientes términos:

> «¿Qué beneficio no hubieran podido hacer los españoles a los mejicanos? Tenían una dulce religión que

> comunicarles; en cambio, llenaron sus cabezas con frenéticas supersticiones. Podían haberlos liberado de la esclavitud, mas hicieron esclavos de hombres libres. Podían haberlos desengañado en lo referente a sacrificios humanos y en lugar de eso, los destruyeron. No terminaría nunca si tuviera que contar todo lo bueno que dejaron de hacer y todas las maldades que cometieron» (31).

Montesquieu, como Juderías señala, no conocía los hechos españoles en América, excepto lo que procedía de Las Casas y sus seguidores. A pesar de la estatura de su intelectualidad en otros aspectos, Montesquieu estaba aquí escribiendo sobre un asunto del que poco o nada sabía; pero sus opiniones, como las de Voltaire y otros muchos, tenían gran peso y viajaban por el mundo «sin pasaporte», simplemente porque era un gran nombre en los círculos intelectuales de su tiempo y los posteriores. (Esto se parece mucho a algunos de nuestros catedráticos quienes, sin conocimiento responsable de la historia española o cubana, se obstinan, con aires de superioridad, en ofrecer juicios sobre las razones que hombres como Franco o Fidel Castro tuvieron para actuar como lo hicieron; así como llevan en la punta de la lengua veredictos definitivos sobre la Inquisición y Felipe II, sin ningún conocimiento de una ni de otro. Eruditos formalmente interesados en los asuntos hispánicos, tienen muchas veces dudas, pero los imitadores de Voltaire y Montesquieu, en el siglo XX, no las tienen en absoluto.)

Sin embargo, fue un hombre de menor fama el que hizo de la versión de la obra de Las Casas un «best-seller» a finales del siglo XVIII. El ex-abad Guillaume Raynal, en su famoso *Histoire philosophique et politique des établissements dans les deux Indes,* repite todas las típicas calumnias contra España en América. Dirigió su ira filosófica contra la Iglesia Católica, la Inquisición, los conquistadores y contra todo lo que no estuviera de acuerdo con la benevolencia y tolerancia que él predicaba, pero que no parecía practicar. Raynal, en su narración de la colonización del Nuevo Mundo, se

muestra como un librepensador de su tiempo, y ésto, por supuesto, contribuyó a valorar su gran popularidad, máxime cuando sus opiniones sobre lo hispánico encajaban perfectamente en los prejuicios ya popularizados. La obra de Raynal fue públicamente quemada por el verdugo de París en 1781 —enérgico procedimiento de censuras, con predecibles resultados— pero, en la Hispanoamérica «obscurantista», circuló y llegó a hacerse popular con los Padres Fundadores de nuestra propia República. Era una refundición de Las Casas con un matiz «ilustracionista», y así tuvo muchos seguidores y emuladores (32).

Dado que las figuras intelectuales del siglo XVIII eran tan característicamente hispanofóbicas, no es raro encontrar que las bellas letras, desde esta época hasta más allá del período romántico del siglo XIX, continuaran el mismo patrón. Las versiones gótico-románticas de la España inquisitorial, constituyen uno de los más vergonzosos capítulos en la perpetuación de la Leyenda Negra. Habida cuenta que eran historias de horror, dirigidas a alcanzar amplia audiencia entre gente empapada ya por uno o dos siglos de conceptos difamatorios sobre el catolicismo y sobre España, contribuyeron en gran parte a grabar espeluznantes y lóbregos prejuicios en la mente popular. Es apenas un paso el que separa estos cuentos de Inquisición y tenebrosos monjes, con «ausencia de ideas exactas y asombrosos desatinos... sobre las materias más elementales» (33) a los cuchicheos sobre ocultos preparativos en las iglesias católicas para lograr dominio en los Estados Unidos al ser Al Smith elegido presidente; y las horripilantes escenas de torturas de la Inquisición que exhibieron en Nueva York contra su candidatura en el año 1928.

Desgraciadamente, las exageraciones gótico-románticas en la literatura popular tenían sus raíces en cuestiones históricas en apariencia. De ahí que *La historia de la conspiración de los españoles contra la República de Venecia en el año MDCXVIII,* traducida del francés al inglés en 1675, y su segunda edición, en 1679, llegara a ser en Inglaterra «merecidamente famosa y popular» como el fundamento para «la gran obra trágica» de Otway, *Venecia conser-*

vada o un complot descubierto. Esta obra se estrenó en el teatro Duke, en Dorset Garden, el 9 de febrero de 1682, y «se mantuvo en escena» hasta 1845, con reapariciones en 1876, 1904 y 1920 (34). A lo largo de las líneas de esta popular y fantástica leyenda, el lector inglés (como también el francés, alemán y holandés), durante dos siglos, fue repetidamente emocionado y deliciosamente aterrado ante la desenfrenada exposición de los hechos siniestros ocurridos en los lóbregos escenarios de monasterios y conventos católicos, con protagonistas españoles representando, en la mayoría de los casos, las descritas villanías. El famoso embajador en Londres, Gondomar, llegó a ser «un temible y miserable asesino» en las novelas góticas; y «el Santo Oficio, con frecuencia, asume aspectos terroríficos en estas representaciones» (35).

En tanto que puede afirmarse que no hubo protestantismo militante en todo ésto, sí intervinieron algunos clérigos. Por ejemplo, «Maturin (el reverendo Charles Robert, francés protestante y acremente anticatólico), en *Melmoth the Wanderer,* 1820, presentó detalladas y espeluznantes descripciones de lo que, según él, era la vida monástica en España; y en su último romance, *Los albigenses,* 1824, escribe con obvio prejuicio y una absoluta falta de respeto hacia la historia». Y un tal William Henry Ireland, menos conocido que Maturin, «da rienda suelta a las más indecorosas caricaturas... En *Gondez, el Monje,* 1805, encontramos un desenfrenado y ofensivo melodrama, como, por ejemplo, en la escena del espectro vociferante de la Pequeña Mujer Roja, una bruja condenada, cuando ésta aparece delante del Tribunal del Santo Oficio, para anatematizar al monje villano hasta la perdición». El mismo autor, en su obra de tres volúmenes titulada *Rimualdo o el Castillo de Badajoz,* «es un buen ejemplo del extremo terrorismo de esta clase de novelas...» (36). Tal vez no fuera «protestantismo militante», pero vino a ser lo mismo en cuanto a ensombrecer a España en general, y a la España católica en particular.

Por aquellos tiempos, dos famosos literatos de la patria de la Ilustración, con loable valentía, se arriesgaron a viajar por España

para cerciorarse por sí mismos. En el transcurso de su turismo ibérico, tanto Alejandro Dumas como Teófilo Gautier, visitaron El Escorial, guarida del «Demonio del Sur», Felipe II, y dieron gusto a sus lectores con información de primera fuente.

Dumas: «El día se tornaba gris, cubierto de nubes y yo estaba contento porque me parecía la luz apropiada para ver El Escorial... Acercándose a él, se da uno perfecta cuenta de la insignificancia del hombre frente a esta gigantesca mole. Una gran puerta bosteza y después se cierra detrás de uno, y a pesar de ser un visitante fortuito, si sabes lo que la libertad significa para ti, tiemblas como si estuvieras predestinado a no poder abandonar este lugar jamás... Nadie diría de él que es un sitio hermoso. No evoca admiración, sino terror. Hasta el mismo Felipe II debió estremecerse cuando su arquitecto le entregó las mil llaves de este monumento elevado por su inflexible espíritu... La capilla es admirable; quizás el único lugar del edificio en el que uno puede respirar libremente... Ora si quieres, pero la capilla no te responderá, no devolviendo más eco que el de un calabozo del Santo Oficio». Refiriéndose a los reposapiés en la habitación de Felipe II: «Son ambos taburetes plegables... y en los dos el poderoso tacón que oprimió a medio mundo durante cuarenta años ha dejado su huella, claramente visible y casi amenazadora» (37).

Gautier: «La primera cosa que me sorprendió fue la gran cantidad de vencejos y golondrinas que lo rodeaban en incontable número y llenaban el aire con penetrantes y estridentes chillidos. Estos pobres pajaritos, parecían temerosos del silencio sepulcral que reinaba en esta Tebaida, y se esforzaban en introducir algo de ruido y animación... A veinte pasos de la puerta, se percibe un indefinible olor, frío y enfermizo, de agua bendita y sepulcrales criptas, desde las que sopla una corriente cargada de pleuresía y catarro... Cuando volvimos a Madrid, hubo un movimiento de agradable satisfacción entre nuestros amigos, que se alegraron al vernos todavía con vida. Poca gente vuelve de El Escorial; mueren de tuberculosis en dos o tres días y, si por casualidad son ingleses, se levantan la tapa de los sesos. Afortunadamente tenemos fuerte constitución...» (38).

El escritor de novelas populares no puede, aún hoy en día, resistir el tema de la villanía católico-española. *Torquemada y la inquisición española,* de Rafael Sabatini, popular hace una generación y todavía utilizada como fuente de información por algunos escritores, está alejada sólo unos pasos del grupo romántico-gótico. Y la versión de la Inquisición de Samuel Shellabarger, en las primeras páginas de su «best-seller», *Capitán de Castilla* (y en la versión cinematográfica) es horripilante en forma parecida. El tema de las bellaquerías de aquella Inquisición, ha ejercido una irresistible fascinación sobre los escritores de novelas, desde el siglo XVII hasta nuestros días, ya que es melodrama de terror que atrae la atención de grandes muchedumbres, que disfrutan de lo sensacional, especialmente cuando encaja con sus preconcebidas ideas.

Los prejuicios hispanofóbicos, hechos dogmas durante el siglo XVIII y principios del XIX, exaltaron ciertas curiosas ironías que, si nos damos cuenta, inyectan cierto patetismo en el panorama total. Los golpes de los líderes políticos, filosóficos y literarios de aquel tiempo, coincidieron con la época en que el gobierno español y sus intelectuales estaban perfilando planes para la reforma imperial a gran escala, y precisamente en armonía con los ideales de la Ilustración —y en un grado apenas alcanzado por los imperios inglés, francés, holandés y belga, aun en tiempos posteriores. España, sin embargo, hasta en ésto, llevó las de perder. Una de sus secretas indagatorias, dirigida a fundamentar la reforma de sus instituciones, fue expuesta y utilizada por sus enemigos para confirmar la imagen estereotipada de la total maldad de su sistema (39). Un paralelo similar, podría ser la difusión mundial de la información lograda por nuestros congresistas sobre el crimen organizado para estigmatizar, por ejemplo, la totalidad de nuestra vida nacional.

Irónicamente también, muchos españoles, siempre críticos supremos de sus propias instituciones, a la manera de Las Casas, empezaron, bajo la influencia de críticas extranjeras, a aceptar actitudes foráneas acerca de su propio país. Esto se intensificaría durante los siglos XIX y XX, y conduciría a fuertes reacciones contra la Leyenda

Negra. La imitación de Francia, en parte debida a la instauración de la dinastía franco-borbónica, en parte a la difundida aceptación europea del liderato cultural francés, y en parte también a la característica española de estar siempre dispuestos a elogiar lo extranjero y denigrar lo propio, ilustró un tipo de complejo de inferioridad que, a veces, se mueve con las corrientes populares (40). Podría compararse quizá con el complejo americano (latino y anglo) de inferioridad cultural que tanto dificultó la valoración de lo americano en el siglo XIX y principios del XX, por hallarse bajo la sombra de la superioridad y supremacía europea, especialmente francesa. La congregación de latinos y angloamericanos expatriados en París hasta tiempos recientes, ha sido una clara expresión de ésto. Y algunos de nuestros intelectuales de hoy en día, dispuestos a aceptar, con frecuencia sin crítica, la condescendencia europea hacia nuestra cultura e instituciones, vienen a ser, en cierto modo, paralelos al antiguo caso español.

La administración española de su extenso imperio, hacia finales del siglo XVIII, seguramente dejaba mucho que desear, y sin duda, la forma de vida hispánica sería más incompatible con nuestro modo de pensar en el siglo XX que lo fue en tiempo de la Ilustración. Pero si podemos decir ésto sobre España, podría decirse también de Francia, a juzgar por las causas y las sangrientas consecuencias de su catastrófica Revolución. Y por cierto, algunos de nuestros más respetados libertadores, expresaron insultos punzantes acerca de la Inglaterra de sus tiempos. Le tocó a Napoleón, no debemos olvidarlo, el recoger los restos de la salvaje Revolución y movilizar el poder físico y patriótico de su país, lo mismo que correspondió a un austero jefe militar, más que a los ingeniosos intelectuales, detener el desastre con que se enfrentaba Francia hace sólo unos pocos años. También fueron necesarias dos guerras con nosotros, mucha rebeldía y descontento en el Canadá y en otras partes del imperio, para que Inglaterra aprendiera los fundamentos de un gobierno imperial benigno. El menosprecio premeditado de las instituciones hispánicas en el pasado y en el presente, especialmente en la atmósfera del «declive

del oeste» de hoy, produce una nota falsa cuando proviene de franceses, ingleses, holandeses, alemanes y americanos.

Con la rebelión hispanoamericana contra España, que se produjo principalmente entre 1810 y 1825, vino una nueva ola de propaganda, un resurgir de Las Casas en el flamante y nuevo traje de la Ilustración, y una cristalización de ciertos dogmas latino-anglo-americanos, que proyectaron y nutrieron en el mundo occidental conceptos erróneos sobre España e Hispanoamérica. Muchos de los clichés de nuestros tiempos, perennemente repetidos con espasmos de chapucería que llamamos nuestra política latinoamericana, se fermentaron en un brebaje de brujas, cargado de Leyenda Negra y propaganda y prejuicios hispanoamericanos, relacionados con la lucha de esas tierras por separarse de la madre patria.

CAPITULO VI

Del matricidio y dogmas americanos

> El progreso consiste en desespañolizarse.
>
> FRANCISCO BILBAO,
> en «*Evangelio Americano*» (1)

Hispanoamérica adopta la Leyenda

Las guerras por la independencia hispanoamericana se describen aún, en las aulas y en la literatura popular, aquí y en Latinoamérica, en términos de héroes y villanos. Que ésto sea así, puede atribuirse, en gran parte, a la minuciosidad con que los separatistas explotaron la leyenda antiespañola. Los líderes patriotas, con mucho de pasión y con no poco de hipocresía, se apoyaron en Las Casas para lanzar contra la Madre Patria los gastados temas de crueldad, tiranía y obscurantismo. Obtenida la independencia, las directrices intelectuales y políticas santificaron la Leyenda Negra para justificar el hecho. Más aún, muchos se abrazaron con entusiasmo a un liberalismo que hizo sinónimos «Perversidad» y «Antiguo Régimen», convirtiendo en credo básico de la Nueva Epoca el rechazar su herencia española. Las doctrinarias y dogmáticas opiniones en este proceso, a menudo aplaudidas y apoyadas desde el extranjero, se conservan hasta hoy en día como fundamentales aberraciones americanas en educación, relaciones internacionales, política doméstica e ideología social.

En los Estados Unidos, podemos recordar cuánto tiempo costó

el imponer alguna objetividad en las aulas y en la popular yuxtaposición de «Patriotas» y «Tories» («Realistas») en la historia de nuestra propia Revolución, y eso que nuestra lucha por la independencia, en lo estrictamente militar, duró solamente cinco años, tiempo mucho menor y con menos derramamiento de sangre y verbosidad que el conflicto en las demás Américas. Aún después de un siglo, algunos de los antagonismos de nuestra Guerra Civil son todavía bastante vivos y prometen continuada existencia, aunque frecuentemente nos hayamos tranquilizado con la creencia de que estaban ya barridos bajo la alfombra. Por ello, no nos debería extrañar el que se hubiera prolongado la pasión y sinrazón de la opinión popular hispanoamericana de su propia «guerra civil», pues así se puede designar su lucha por la independencia. Hubo españoles e hispanoamericanos, clérigos y todo tipo de indios, negros y mezclas de sangre en ambas partes y en todo momento y lugar. El simplismo de tales interpretaciones obedece o a la ignorancia, o al mal entendimiento de la historia, que se contiene con frecuencia en la embriaguez del patriotismo nacional.

Esta lucha por la independencia hispanoamericana, además de más larga y sangrienta que la nuestra, se vio afectada por la importación y explotación de las versiones esencialmente extranjeras de la Leyenda Negra, creada en el mundo occidental, durante los dos siglos y medio anteriores. Por la época de estas guerras, la Leyenda, como hemos visto, recibió nuevo ímpetu y respetabilidad en la Ilustración. Para los líderes de los movimientos separatistas, no importaba que el uso de Las Casas y del resto de la Leyenda fuera esencialmente matricida y contrario a los principios de su herencia cultural, ni que significase una denigración de sus propios antepasados. Fue un arma poderosa, popularmente apoyada en el mundo occidental, y que se utilizó y esgrimió con pasión, para estimular la causa rebelde y luego coronar su triunfo.

Aún antes de que la conquista española en América hubiese recorrido su curso principal, es decir, hacia mediados del siglo XVI, los antagonismos entre los españoles nacidos en América (llamados

criollos) y los peninsulares, eran ya apreciables. Esta tensión entre americanos y europeos, bien enraizada en el deseo criollo de dirigir la explotación de los recursos del Nuevo Mundo, inclusive el trabajo nativo, a menudo en contra de la legislación real y de las restrinciones de los funcionarios, fue una constante característica de los siglos posteriores. (Esto tuvo su paralelismo, incidentalmente, en el desarrollo del antagonismo de los hacendados y comerciantes angloamericanos contra los reglamentos de la madre patria, en la historia de nuestro propio período colonial, así como en la mentalidad del colono argelino y entre los blancos de la Indonesia holandesa.) En todo caso, debe ponerse de relieve que esta tensión se nota principalmente entre la minoría «blanca» americana y no en su totalidad. Hasta después de principios del siglo XIX, no hubo indicios de que la mayoría deseara separarse de la Corona. Como sucedió en nuestro movimiento de independencia, la rebelión fue promovida y dirigida por pequeñas minorías, casi siempre dentro de la clase criolla.

Entre los hispanoamericanos, algo más que la sostenida tensión criollo-peninsular se había arraigado antes de 1800. Los intentos gubernamentales de reformas educacionales y de otro orden, amén de una relativamente fácil circulación de las nuevas filosofías de la Ilustración, dio a los intelectuales criollos y peninsulares acceso abundante a la masonería, anticlericalismo y al general escepticismo de las nuevas ideas. Estas tendencias del pensamiento, incluían un doctrinario concepto de España como «horrible ejemplo» de obscurantismo y atraso, y un renovado y reforzado retrato lascasiano de sus crueldades durante la Conquista. Con característico entusiasmo hispánico, algunos de los intelectuales criollos (Francisco de Miranda, Simón Bolívar y Miguel Hidalgo son ejemplos bien conocidos) abrazaron especialmente la Ilustración francesa y, junto con ella, sus opiniones sobre las iniquidades españolas. Con grandioso desprecio por la verdad histórica, estos dirigentes criollos —y algunos peninsulares también— hicieron suyos tales conceptos de la Leyenda Negra para acusar a España de absoluta crueldad, tiranía y obscurantismo en su conquista y gobierno de las Américas. Fue una enor-

me hipocresía, pero sin embargo encajó en las corrientes populares e intelectuales, y proveyó a los incipientes líderes de la rebelión, de una eficaz arma de propaganda contra la Metrópoli.

La literatura de los movimientos de independencia abunda en denuestos contra España, con las ideas de Las Casas, Raynal, Marmotel, Voltaire, Rousseau —los ya clásicos de la Leyenda Negra— imponiendo el nuevo estilo. Memoriales y manifiestos, concebidos para estimular la causa patriótica y la oposición al gobierno español, se caracterizaron por un énfasis sobre la depravación española. Los himnos y otras poéticas exaltaciones, cartas propagandísticas y octavillas, etc., estaban tan apasionadamente excedidos en sus ofensas a España, que extraña pudieran ser eficaces (2). Pero fue una guerra civil y, como tal, intransigente por ambos bandos, con muchos episodios sangrientos y fértil semillero de odios, con la característica pasión hispánica de lenguaje y hechos.

En el proceso, como aquel Las Casas tan a menudo citado y elogiado, los líderes patriotas hicieron violento daño a la historia, al mancillar su propia sangre y cultura con una brocha saturada de la tinta negra de la Leyenda. Aunque sus mejores eruditos se dan cuenta de ello e intentan deshacer el daño, es una trágica ironía el que los hispanoamericanos, acostumbrados como están a denigrar a España según las normas propagadas por el movimiento de independencia, alientan de esta forma, no sólo las degradaciones extranjeras de su propia cultura, sino que nutren una especie de cultura sin raíces al rechazar, empleando la lengua de Cervantes, la tierra de Don Quijote y Sancho. Este es, especialmente, el caso de Méjico y otros países donde el culto del indigenismo ejerce gran influencia educacional y política.

Hay más. Las décadas siguientes a la independencia, fueron testigos de un continuo vilipendio de lo español, mantenido vivo, en parte, por algunos conflictos con la propia España (3). A través del siglo XIX y aún en el presente, la alianza de la Leyenda Negra con el anticlericalismo y con los conceptos anticatólicos de doctrinas liberales, generalizó las más duras opiniones sobre la católica España.

La masonería, por ejemplo, continúa siendo importante proveedor de esta clase de ideas en Hispanoamérica, influencia no siempre percibida o apreciada en nuestro propio país, en el que las opiniones masónicas y sus actividades, son acogidas con menos pasión y tienen menos influencia política e intelectual.

Los prejuicios antiespañoles llegaron a ser una característica del liberalismo en la acerba colisión de fuerzas sobre asuntos religiosos, políticos y educativos, en los siglos XIX y XX. La llamada «desespañolización» llegó a convertirse en credo popular y a ser considerada como panacea universal, para los diversos males de Hispanoamérica. Tres siglos de gobierno español, pasaron a ser víctima propiciatoria favorita para quienes intentaban remediar estos males (4). (En tiempos recientes, es el imperialismo de los Estados Unidos el que frecuentemente viene a pagar el pato.)

Estrechamente unido a estos acontecimientos, comenzó el desarrollo de una corriente llamada «indigenismo», la que ha llegado hasta nuestros días con acrecentado vigor. En pocas palabras, se trata de un culto de énfasis sobre lo indio, a costa de la herencia española, con frecuentes y a menudo amargos menosprecios de esta última. Esta manera de pensar tiene su origen, por supuesto, en la yuxtaposición que Las Casas hace del noble salvaje y el inmisericorde español. Al irse convirtiendo ésto en dogma de la Ilustración y del liberalismo que le siguió, dio lugar a fuertes tendencias que vieron la invasión española de América como un hecho completa y premeditadamente destructivo de las culturas indígenas, las cuales se describen a veces por sus entusiastas partidarios como algo superior a lo que aportó el rudo conquistador blanco. De forma menos brusca, este indianismo se queja con frecuencia de la eterna injusticia de una conquista llevada a cabo por la cristiandad católica, personificada en los depravados españoles. Por ello, en Méjico hoy en día, los jefes aztecas son los verdaderos héroes nacionales, mientras Cortés es el clásico villano. Las contorsiones muralistas de Diego Rivera, —Las Casas *cum* Karl Marx— son apenas una de las más conocidas manifestaciones de ello; se producen constantemente en el sistema

educacional y en la conciencia nacionalista, excepción hecha de ciertos líderes intelectuales, cuya integridad de eruditos rechaza tales deformaciones.

Lo absurdo de este indigenismo se puso en evidencia en la reciente «Batalla de los Huesos» en Méjico. Los restos del Conquistador Cortés fueron redescubiertos en 1946, y ésto puso en marcha un decidido esfuerzo para localizar los despojos del último jefe azteca de la resistencia, Cuauhtémoc. Estos tenían que ser hallados: naturalmente se hizo, por algunos de los más acérrimos detractores de Cortés, y el hallazgo fue demostrado como fraudulento. Fue una lastimosa y cómica farsa en perspectivas históricas, debidamente comentada en la prensa de nuestro país (5).

Continuidad hispanofóbica en los Estados Unidos

Remember the Maine, to Hell with Spain!
(¡Recuerda el «Maine», al Infierno con España!)
Grito yanqui en la guerra hispano-estadounidense, 1898.

Varios aspectos hispanoamericanos de la Leyenda Negra, especialmente cuando se unen con la historia de la lucha por la independencia y subsiguiente liberalismo, han ejercido cierta influencia sobre nuestras propias opiniones respecto al mundo hispánico. A su lado, popularizamos entre nosotros una significativa cantidad de publicaciones del tipo de la Leyenda Negra, en el siglo XIX.

Al iniciar este tema, debe recordarse que España había sido por largo tiempo uno de nuestros enemigos fronterizos; la expansión anglo-americana en Norteamérica, condujo a un agudo conflicto con los intereses territoriales españoles, principalmente en el Viejo Sudoeste, las dos Floridas y a lo largo de la frontera del Misisipí, inclu-

yendo la tensión sobre el uso de la Nueva Orleans española como puerta de salida para nuestro comercio occidental. Y unido a todo ésto, crecía la corriente de nuestra tradición antiespañola y el complejo de superioridad nórdico heredado de nuestros antepasados europeos.

Desde finales del siglo XVIII hasta bien entrado el XX, nuestras tendencias políticas e intelectuales se derivaron por lo general de las predominantes ideas liberales importadas de Europa, lo que también ocurrió en Latinoamérica. Además, habíamos iniciado nuestra propia y fuerte corriente revolucionaria, de matices altamente subversivos contra la legitimidad monárquica; corriente muy hija de la Ilustración, y con un tipo de gobierno republicano que, por la época de las revoluciones en Latinoamérica, había desarrollado un orgullo nacionalista algo presuntuoso. Por ésto, cuando nos dimos cuenta del conflicto separatista al sur de nuestro país, estuvimos predispuestos en favor del lado americano contra el europeo. Nos parecía que nuestros convecinos hemisféricos se estaban liberando de un yugo monárquico, como antes lo habíamos hecho nosotros. Y estábamos convencidos de que eran muchos los que intentaban liberarse de una particular y detestable tiranía, la de los españoles. Y, al tiempo que esas regiones lograban liberarse de dicho yugo y se mostraban cada vez más republicanas en sus orientaciones, incrementaron a su favor nuestras simpatías. Dadas las circunstancias, ésto fue muy natural. Pero el resultado principal fue, por supuesto, un más profundo arraigamiento de la hispanofobia, a pesar de que nuestro conocimiento de los actuales sucesos y condiciones en Hispanoamérica era algo más que corto.

Más desafortunado todavía es el hecho de que el movimiento hispanoamericano de independencia se haya considerado en nuestra literatura y en nuestras aulas más un asunto de «héroes y villanos» que un reconocimiento cuidadoso de las complejidades del proceso. Aceptamos por lo general las patrióticas opiniones hispanoamericanas sin censura. La tesis de que aquellos patriotas destruyeron aún más de lo que construyeron cuando rechazaron a España e intentaron

deshispanizar sus nuevas naciones, puede ser bien defendida —pero el intentarlo en Hispanoamérica, sería casi arriesgar la vida, y nuestra propia literatura lo refleja. El sereno estudio de aquellos movimientos independentistas, hecho con la más erudita objetividad y comprensión humana, parece todavía muy lejano, como ocurre con otros muchos aspectos de la historia hispanoamericana y española.

En las corrientes intelectuales que cristalizaron en los Estados Unidos durante el siglo XIX y que con frecuencia se han extendido hasta el presente, hay varias líneas principales en las que la popularidad del prejuicio hispanofóbico se ve con toda claridad. Algunos de nuestros choques fronterizos se seguían produciendo, irritantemente, con los españoles (o con los mejicanos); y en la lucha tejano-mejicana y luego en nuestra guerra con Méjico, traspasamos parte de nuestra congénita antipatía hacia la España católica a sus herederos americanos. Y España continuaba gobernando y luchando contra sucesivas rebeliones en la cercana Cuba, provocando desagradables incidentes que mantenían vivos los antiguos antagonismos.

Esta candente proximidad a personas de habla española, especialmente al moreno mejicano (recuérdese aquel menosprecio alemán hacia el hombre ibérico, tan pequeño y tan oscuro), alentó nuestra fe en la superioridad nórdica. Sólo hubo un pequeño paso, realmente, entre «¡Recordad la Armada Invencible!» y «¡Recordad el Alamo!». Unas declaraciones desmesuradas en el Congreso nuestro y en otros ambientes, contenían abusivas referencias al pasado español de Latinoamérica y llegaban a abogar por nuestra posesión de aquellas tierras, al menos hasta Panamá y a veces más lejos (6). Y como luego veremos, al final del siglo, una fuerte mezcla de darwinismo, guerra con España y fe en nuestro «manifiesto destino» nórdico, exaltó el concepto de superioridad de raza en la mente anglo-americana.

Mientras tanto, nuestra influyente literatura de viajes y de tipo histórico del siglo XIX, confirmó la aceptación y difusión del más estereotipado retrato de España y su pueblo. Un progresivo incremento de la literatura de viajes a lo largo del siglo, si bien en ocasiones se ennoblecía por su capacidad de percepción y relativo y be-

névolo acercamiento a la escena e historia españolas, continuaba, generalmente, calificando a la inquisitorial y tenebrosa España, de ineptitud, fanatismo, crueldad y obscurantismo. Esta literatura ha sido citada y comentada por el profesor Stanley T. Williams en su *Influencia española en la literatura estadounidense* (dos vols., Yale University Press, 1955) y no es necesario revisarla aquí. Probablemente, fueron de más importancia, como influencia básica en la continuación de nuestras ideas erróneas sobre España y su historia en el ambiente educativo, los románticos y extremadamente populares historiadores, —Francis Parkman, George Bancroft, William H. Prescott, John Lothrop Motley— ya que ellos pusieron de moda, sobre fundamentos anteriores, los conceptos que han llegado hasta nuestros días. Los cuatro nombrados, son sencillamente los más conocidos e influyentes; ellos «dominaron las letras históricas de los Estados Unidos durante cincuenta años» (7) y fueron faro para un gran número de luces menores y modelo para los autores de nuestros textos escolares.

Estos prestigiosos historiadores, verdaderos hijos del Romanticismo, son dignos de ser admirados por su afán de utilizar fuentes responsables y particularmente merecedores de elogio por haber imprimido a sus escritos una alta calidad literaria de la que adolece, con demasiada frecuencia, esta clase de literatura. Sin embargo, a la vez que se reconocen estos hechos, debe recordarse que estos hombres pensaron y escribieron como predicadores protestantes nórdicos, y, por cierto, lo hicieron así al yuxtaponer conceptos y hechos históricos católico-protestantes, hispano-ingleses, hispano-holandeses o teutónico-latinos. Eran todos ellos anticatólicos, completamente imbuidos de un indiscutible concepto de la superioridad nórdica sobre lo latino, y eran, en cierto modo, víctimas de una manera de pensar que carecía de mundo y con algunas características anti-intelectuales (8). En su moralista ingenuidad, en la que emplearon más el corazón que la cabeza, pintaron aterradoras y emocionantes imágenes de héroes (nórdicos) y villanos (latinos, en especial españoles) y, en los escritos que seguían los falsos moldes de la Leyenda Negra, a veces se

contradijeron para que sus conclusiones hispanofóbicas coincidieran con su preconcebido, progresivo y materialista concepto de un mundo a las claras predestinado a ser dominado por el obviamente superior tipo teutónico.

De Motley, autor del clásico *Nacimiento de la República Holandesa,* tenemos una manifiesta imagen de la profunda villanía de Felipe II, en contraste con el carácter de «mármol inmaculado» de los héroes protestantes, en especial de Guillermo de Orange. Para este autor, la rebelión holandesa «no fue otra cosa que una ilustración de la eterna lucha entre la verdad y el error. Para él, católicismo y absolutismo eran los Poderes de la Obscuridad, mientras que el Protestantismo fue sinónimo de Libertad, Democracia y Luz. El conflicto entre los Países Bajos y España es para él una pugna entre los principios de lo moral y lo satánico, en la que se siente apremiado por una sagrada obligación a tomar parte y, naturalmente, lo hace uniéndose al bando de los santos» (9). Motley estaba, entre otros errores suyos, completamente equivocado en su enumeración de católicos y protestantes en los Países Bajos. Podía encontrar disculpas para el maquiavelismo de Guillermo, pero no para el de Felipe II; podía ridiculizar los motivos religiosos y económicos de los españoles, pero alababa la combinación de ambos en los ingleses y holandeses. En resumen, favoreció a sus héroes y condenó a sus villanos, con tal pasión y exceso de simplicidad que conmovió, en gran escala, a un auditorio ingenuo por estar ya impregnado, a través de generaciones, de similares prejuicios (10). No más allá de mis días de escolar, en los años 1920, Motley era lectura clásica; recuerdo una versión llamada *Motley para los chicos,* del cual yo capté algunas de mis primeras impresiones sobre héroes nórdicos y villanos españoles.

Francis Parkman fue, sin reservas, anticatólico y antiespañol; ésto se ve en sus publicaciones sobre viajes europeos y, lo que es peor, en sus famosas obras históricas. Parkman pudo expresar elogio por la «fructífera energía y valentía» del intolerante puritano, pero invariablemente, en su manera de tratar a los católicos, se sentía

llamado a poner en tela de juicio hasta las bases de su piedad. En su *Pioneros de Francia en el Nuevo Mundo,* por ejemplo, es evidente que basa sus relatos del choque franco-español en la Florida mucho más en las fuentes francesas que en las españolas, y su lectura parece una presentación «hollywoodesca» de virtud contra villanía. ¡Virtuosos hugonotes contra diabólicos españoles! Como sus colegas en historiografía romántica, Parkman gratuitamente insulta a España, al sentido común y a la exactitud histórica, con frases como éstas:

> «A mediados del siglo XVI, España era... una tiranía de monjes e inquisidores, con sus enjambres de espías e informadores, sus torturas, sus mazmorras y sus hogueras, quebrantando toda libertad de pensamiento y de palabra; y, mientras el dominico mantuvo su reinado de terror y fuerza, el jesuita, mucho más profundo, guió la mente desde la infancia, dentro de aquellas estrechas honduras de fanatismo de las que nunca había de escapar... Señora de las Indias, España contaba con gran número de mendigos. Pero, aún en la decadencia, tenía una nefasta y aterradora fuerza... El misterioso Rey (Felipe II), en su guarida de El Escorial, sombrío, silencioso e inclinado sobre sus papeles como un escribano, era la personificación y el campeón del poder arbitrario. Más que el mismo Papa, él era la cabeza del Catolicismo. En doctrina y en hechos, el inexorable fanatismo de Madrid fue siempre por delante del de Roma.
>
> «No ocurrió así con Francia. Ella estaba llena de vida —una discordante y agitada vitalidad. Sus monjes y sacerdotes, al contrario de los de España, eran raramente fanáticos o intolerantes; aun así, emplearon no menos la tortura y la hoguera y aullaron por la sangre hereje. Todo lo suyo estaba en peligro: su vasto poder, su abotargada riqueza, estaban envueltos en su antigua fe. Hombres fueron quemados y mujeres enterradas vivas. Todo en vano. Hasta las más distantes fronteras de Francia, el fermento de la Reforma estaba trabajando.
>
> «El monje, el inquisidor y el jesuita eran señores de

> España, soberanos de su soberano, pues ellos habían formado la oscura y estrecha mentalidad de ese tiránico recluso. Habían formado el pensamiento de su pueblo, ahogando en sangre cualquier chispa de naciente herejía y entregando una noble nación al fanatismo ciego e inexorable, perdición de su destino. Por su vinculación con el orgullo, la ambición o la avaricia, toda pasión de una rica y poderosa naturaleza, potente para el Bien o para el Mal, convirtió al español de esos tiempos en un azote como nunca sufrió la humanidad... España fue ciudadela del obscurantismo —una celda monástica, una mazmorra inquisitorial, donde ningún rayo de luz podía penetrar ... En las playas de la Florida, el español y el francés, el fanático y el hugonote, se enfrentaron en lucha a muerte... Un espíritu más sombrío impulsó la nueva cruzada (la expedición de Menéndez de Avilés para expulsar a los franceses), nacida no de la esperanza, sino del miedo, servil en su naturaleza, criatura e instrumento del despotismo: porque el típico español del siglo XVI no fue estrictamente un fanático, fue el fanatismo personificado» (11).

Estos extractos de Francis Parkman —famoso historiador americano, cuyos trabajos son clásicos hasta hoy— pueden encontrar paralelo en Motley, Bancroft y aún, hasta cierto punto, en Prescott; por no decir nada de John Fiske y muchos otros escritores de libros históricos que se utilizan en nuestras escuelas elementales y secundarias y a veces hasta en nuestros colegios superiores y universidades. Es evidente para cualquier lector que pretenda tener un criterio formado, que lo que Parkman y los otros escribieron no es historia cuando se refiere a España, sino sencillamente prejuicio —melodramática ficción al estilo gótico-romántico— que hace estremecer al lector con las emocionantes confrontaciones entre el Bien y el Mal y, naturalmente, con el triunfo del primero. Sin embargo, lo repito, «ésto no es historia».

Aun una superficial lectura de estos extractos de Parkman, muestra claramente las contradicciones. Cuando escribe sobre una España ya bien metida en su Edad de Oro intelectual, en la que aún Las

Casas podía sin miedo y abiertamente poner en tela de juicio el derecho del Rey a gobernar las Indias, Parkman advierte que esta es una tierra donde «toda libertad de pensamiento o palabra» es «quebrantada». Y su falta de objetividad es en verdad asombrosa; de los sacerdotes franceses, admitía que hacían las mismas cosas que los españoles, si bien eran «diferentes que los de España... en que no eran ni fanáticos ni intolerantes». El apasionado prejuicio de Parkman adolece de ese sentido del pasado, que situaría a España con justicia en sus tiempos. Al contrario, en plena conformidad con la Leyenda Negra, España es estigmatizada como «singularmente» intolerante, cruel, tiránica y gobernada por un rey «singularmente» traicionero y despótico.

La tragedia consiste en que los mencionados autores no sólo escribieron sus historias dentro del espíritu de la Leyenda Negra, sino que contribuyeron sensiblemente a entronizar esta deformada visión de España. Establecieron la mayoría de las directrices y criterios populares en el estilo de escribir la historia estadounidense, en boga desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Y su éxito fue ampliamente facilitado por el hecho de que representaron esos tiempos americanos en forma que cupieran dentro de los prejuicios, ya arraigados, de sus lectores. Influyeron asimismo, en gran escala, en la educación de más de una generación de nuestros inmediatos antecesores; su superioridad nórdica y su doctrinaria hispanofobia, se mezclaron cómodamente con las ideas preconcebidas de una nación que descargaría el «golpe de gracia» al agonizante imperio español.

En nuestro país, la propagación de los conceptos de la Leyenda Negra, se ilustra clásicamente en nuestra aproximación y prosecución de la guerra con España a fines del pasado siglo. Como bien dijo uno de nuestros más conocidos historiadores: «La creencia de que los españoles eran congénitamente crueles hacia todo nativo y duros para con su propio pueblo, tuvo gran efectividad en provocar la guerra y la subsiguiente anexión de las Filipinas» (12). Todas las momias guardadas en el armario de la perversión española, fueron

sacadas a relucir, incluyendo la versión neoyorkina de 1898 de Bartolomé de Las Casas, con el título: *Histórica y verdadera narración de la cruel masacre y matanza de* 20.000.000 *de personas en las Indias Occidentales, por los Españoles.* El profesor Lewis Hanke lo comenta así:

> «La gran mayoría de personas de habla inglesa del mundo de hoy en día... tiene profundamente arraigada la convicción de que los españoles son gente cruel. Esta opinión debe ser atribuida en gran parte a las acusaciones de Las Casas, editadas en Sevilla en 1552 y posteriormente divulgadas en sucesivas ediciones por medio de traducciones y repugnantes grabados. La última traducción inglesa, o más bien publicación, basada en la obra de Las Casas, ya que los traductores no fueron más fieles al texto original de lo que lo son algunos de nuestros propagandistas de hoy en día, apareció en Nueva York en 1898. Esta edición estaba destinada a incitar a los americanos contra los españoles en Cuba... Esta última versión en inglés, contiene un sutil giro propagandístico que no se le había ocurrido a ninguno de los editores anteriores. A pesar de que algunos de los famosos y horribles grabados fueron reproducidos, una página del libro fue dejada en blanco, ya que —explicó el editor— ¡la ilustración que originalmente iba a ir en ella, era demasiado horrible para ser incluida!» (13).

¡Héroes y villanos de nuevo! Las atrocidades cubanas contra los españoles, quedaron disimuladas por los buenos oficios de los políticos, propagandistas cubanos y de la prensa «amarilla» (sensacionalista) americana, principalmente Hearst y Pulitzer, por los acérrimos partidarios de la expansión naval y por los intelectuales, que se apresuraron a denigrar a los españoles y a animar a los cubanos. Los desmedidos discursos en nuestro Congreso, insultando a España en tan cruda forma que provocaron en ese país serios tumultos anti-Estados Unidos, fueron seguidos por manifestaciones antiespañolas entre los estudiantes de la Universidad de Princeton

y los mineros de Leadville. El general español en Cuba, Weyler, llegó a ser conocido como «el lobo» o «el carnicero», «hiena humana» o «un perro rabioso». «Weyler el bruto, el devastador de haciendas, el destructor de familias y el violador de mujeres, despiadado, frío y exterminador de hombres. No hay nada capaz de impedir que su carnal cerebro animal se enloquezca en su invención de torturas, infamias y orgías sanguinarias» (*Journal,* de Hearst). «El viejo, el joven, el inválido, el débil, todos son matados sin compasión» (*World,* de Pulitzer).

Título en el *Journal,* de Nueva York: «¡El 'Maine' fue destruido a traición!». Y Teddy Roosevelt explotó que «El 'Maine' fue hundido por un acto de sucia traición española». El populacho irresponsable, ávido de historias de horror y abrumado ya con la idea de su propia grandeza y superioridad racial, especialmente sobre aquel villano, latino-católico, de los tres últimos siglos, lo tragó y se embriagó. «Remember the 'Maine', to Hell with Spain!» Francis Drake, Thomas Scott y William Davenant lo hubieran celebrado con deleite. Pero Bartolomé de Las Casas, pese a lo mucho que contribuyera, podría pasmarse ante algunas de las consecuencias; seguramente el viejo cruzado se confundiría al intentar comprender el boicot de la cebolla española por la Cámara de Comercio de Youngstown (Ohio) (14).

Asombrosas perspectivas históricas fueron puestas de relieve al igual por historiadores y políticos.

> «Desde la llegada de Cortés y Pizarro hasta la marcha de Weyler, la bandera española en el hemisferio Occidental fue solamente un símbolo de rapiña y pillaje ... La incalculable rapacidad engendró inconcebible brutalidad y su resultado fue que España, de ser la primera, pasó a ser la última de las grandes potencias europeas... Desde Colón y su maravilloso Nuevo Mundo, Cortés y Pizarro y demás tiranos y ladrones de inferior categoría, hasta Weyler, se fueron sucediendo como la cosa más natural, en progresión geométrica» (15).

John Henry Barrows, prominente sacerdote presbiteriano y presidente del Oberlin College, hablando durante el Jubileo de la Paz en Chicago, el 19 de noviembre de 1898, se manifestó como un hombre que podía vislumbrar las grandes perspectivas de la historia.

> «Gloriosos resultados se han logrado en esta última gran lucha entre la Edad Media y nuestra Declaración de la Independencia, entre la Inquisición y la escuela común, entre la tortura y la tolerancia, entre el Duque de Alba y George Washington, entre Felipe II y Abraham Lincoln» (16).

El aplauso debió ser ensordecedor, como lo fue probablemente cuando el senador por Nebraska, John M. Thurston, el 24 de marzo de 1898, declaró con solemnidad:

> «Cristo murió hace 1900 años y España es una nación cristiana, que ha colocado más cruces en más tierras y bajo más cielos y a su sombra ha asesinado más gente que todas las otras naciones juntas. Europa puede tolerar su existencia hasta tanto que la gente del Viejo Mundo lo desee. Dios haga que antes de otra Navidad, el último vestigio de la opresión y tiranía española se haya desvanecido del hemisferio Occidental» (17).

Sobre la base de más de tres siglos de efectos acumulados que dieron carácter de tradición a Las Casas y los otros temas de la Leyenda Negra, no es extraño que tales asertos embaucaran a nuestros abuelos a aceptarlos como evangelio y que les inspiraran a pedir una guerra innecesaria contra España, guerra que hoy llamaríamos de agresión. Pero cuando los reconocidos intelectuales se unieron a la parada, tomó color y sonido de aquel posterior desfile académico que tan a gritos clamó por una intervención izquierdista en la Guerra Civil Española.

Así, Henry C. Lea, que pasó gran parte de su vida preparando una historia de la Inquisición, reveló, al entrar en la lucha antiespa-

ñola, en la respetable *Yale Review* (agosto, 1899), cierta tendencia a contradecirse y a aceptar las opiniones lascasianas. Observó también a través de la historia de España, algunas lecciones para una nación que acababa de asumir «la carga del hombre blanco», una estratagema literaria popular desde los tiempos de Las Casas y Hakluyt.

> «En vista de las responsabilidades que los Estados Unidos están adquiriendo en lo que queda del imperio colonial español, un ligero repaso a las primitivas experiencias españolas puede llegar a ser, quizás, un saludable aviso».

Al escribir esta lección, dice entre otras cosas:

> «Es a Bartolomé de Las Casas a quien debemos la mayor parte de nuestro conocimiento del lado malo de la conquista y colonización española... La gran influencia de Las Casas ante la Corte española, quedó realzada por su reconocido desinterés... Las Casas no fue un frío historiador científico, sino un intercesor y predicador, el cual acumuló de oído evidencias de todas clases y avivó el sentimiento de su narración con sus personales y apasionadas simpatías...».

Pero —continúa Lea— debemos tomar en consideración las acusaciones de Las Casas, a pesar de sus inexactitudes y exageraciones. (¿Por qué? puede uno preguntarse lógicamente, cuando como Lea probablemente sabía, hay una gran abundancia de fuentes de información que aclaran —mucho mejor que Las Casas— no sólo sus generalizaciones sino también las respuestas a ellas; en otras palabras, esas fuentes se aproximan más a la verdad que lo hace el colérico obispo.)

Revela también Lea una falta de conocimiento y comprensión del proceso colonial español en su totalidad, cuando escribe este absurdo: «Los españoles que colonizaron el Nuevo Mundo fueron, en su

mayoría, de la clase más vil; criminales escapados de la justicia o deportados por ella como castigo». ¡Es evidente, por cierto, que confundió a ingleses con españoles cuando así escribía! Ningún historiador en su sano juicio calificaría de esta forma la migración española y mucho menos daría a entender que ésto fue un «sistema» para crear un imperio en ultramar.

Intencionadamente, he puesto énfasis en las aberraciones hispanofóbicas de esta guerra, porque ellas representan, de principio a fin, la manifiesta predisposición tradicional norteamericana de antipatía y hasta odio hacia España y su gente. Esta renovación antiespañola viene a ser una de nuestras expresiones cumbres del complejo de superioridad nórdico; este concepto, en parte heredado de las ideas nórdicas y protestantes de la historia de Europa, y en parte nutrido por las recientes implicaciones del darwinismo, se mezcló con aquel orgulloso «destino manifiesto» que ha formado parte integrante de nuestro carácter. Esta explosión «fin de siglo» de prejuicios antiespañoles en nuestro país, preparó asimismo el camino para algunos errores en nuestra política extranjera, como veremos.

En resumen, a principios del siglo XX, nuestra opinión popular sobre España y su historia se había dogmatizado en las siguientes directrices, que eran no solamente del agrado de nuestros intelectuales, sino propagadas por ellos:

1. Los españoles eran singularmente crueles. Esto fue un artículo de fe, basado en siglos de aceptación de las opiniones lascasianas ahora confirmadas por nuestros más respetados historiadores y por el «típico» comportamiento de los españoles en Cuba.

2. Eran, asimismo, singularmente traicioneros. Conocíase este hecho desde los días del tortuoso, intrigante, «jesuítico» Felipe II; por la «Conspiración Española» en nuestras fronteras en el siglo XVIII; por el trato mejicano a los heroicos tejanos; y ahora, como evidencia definitiva, la destrucción del buque de guerra «Maine». Por el contrario, naturalmente, los ingleses y sus descendientes ame-

ricanos siempre jugaron limpio; las canchas de cricket de Eton y nuestros románticos historiadores, se habían cuidado de asegurarlo.

3. Eran singularmente fanáticos. Esto fue debido, como cualquier escolar sabía, a su catolicismo a ultranza y a la terrible Inquisición, confirmado durante tres largos siglos de supuesta opresión obscurantista en las colonias americanas.

4. La Divina Providencia (versión nórdico-protestante, con cierto apoyo del patriotismo hispanoamericano) había escrito en letras de oro el inevitable castigo de las iniquidades españolas en el declive de su fuerza, la caída de su poderío y la pérdida de su imperio. Todo ello había sido confirmado con la rápida y asombrosa victoria de las armas nórdicas en manos de la gente destinada por la Providencia Protestante para alumbrar una nueva civilización y ser su líder.

5. Los hispanoamericanos, en verdad, eran sospechosamente españoles en su modo de vivir, y en su descarriado catolicismo, pero ellos como nosotros, se habían liberado de la tiranía europea. Eran, por decirlo así, consorcios americanos y, por cierto, representaban vastas posibilidades comerciales para el nuevo y agresivo complejo industrial sobre el que íbamos remontándonos hacia la cumbre del poder. Por supuesto, que no podríamos culparles por poseer todas las maldades de su herencia española. Sea como fuere, habíamos de ayudarles —por la fuerza si fuera necesario— a alcanzar la civilización, auxiliándoles en sus propios esfuerzos para deshispanizarse. Quizás ésto pueda llamarse el comienzo de nuestro acercamiento «germicida» a los asuntos hispanoamericanos, ayudándoles a desterrar todas sus enfermedades, desde el hispanismo hasta la fiebre aftosa.

6. El «noble salvaje» estaba alcanzando un renacimiento con nuestro creciente conocimiento de las culturas precolombinas y con las cada vez más popularizadas versiones indigenistas de la historia de las otras naciones americanas. La Leyenda Negra —versión lascasiana— había creado ya la imagen del «noble» indio contra el «salvaje» español. Ahora ésto se reforzaba con una perspectiva his-

tórica en negro y blanco (o mejor, moreno-blanco), aun cuando nuestro particular trato al indio estaba comenzando a revelarse como no muy humanitario. Por supuesto, jamás podríamos llegar a persuadirnos de que nuestra conducta fuese tan diabólica como la española. Este brote de indigenismo estaba destinado, a comienzos del nuevo siglo, a dar ímpetu a algunas formas peculiares de mirar la historia, nuestras y de los latinoamericanos, en las cuales los españoles, como siempre, llevarían la peor parte en la ley del embudo.

Irónicamente, nuestros Estados Unidos, saliendo del viejo siglo con una victoria sobre la decadente España, empezaron a tomar sobre sus hombros «la carga del hombre blanco» que España había asumido mucho tiempo antes. Sabíamos que fallos especiales de religión y características básicas habían sido la causa de su fracaso en esta tarea. Nosotros, naturalmente, tendríamos éxito. Con irónico paralelismo, experimentamos, al igual que los españoles del siglo XVI, un alto sentido misional por llevar el humanitarismo cristiano y una superior civilización a una ansiosa marea humana de «paganismo»: filipinos, portorriqueños y cubanos para empezar, y que más tarde se extendería a millones de asiáticos y latinoamericanos. El camino para llegar a la cúspide del poder se pavimenta invariablemente con elevados propósitos morales.

Múltiples villanos intentarían bloquearnos, lo mismo que los herejes protestantes, piratas ingleses y franceses, «Sea Beggars» holandeses, infieles musulmanes y la subversión judía trabajaron para frustrar las empresas españolas. Sin embargo empezamos, confiados en nuestra causa, seguros de nuestro destino y candorosamente ignorantes del alto precio y aterradoras responsabilidades del poder mundial. Nuestros historiadores nos habían alimentado con historia romantizada, y naturalmente nosotros y nuestros antepasados británicos habíamos estado siempre del lado bueno. ¿Cómo podríamos fallar?

Con ironía multiplicada y con algo más que una pequeña dosis de justicia poética, vendrían a ser los descendientes de España en América quienes irían a la vanguardia del intento de destruir aquellas

ilusiones. Su literatura de yanquifobia apareció a la vuelta del siglo, y, con secuelas tales como Jacobo Arbenz en Guatemala y el cubano Fidel Castro, llegarían un día a ocasionarnos tantos problemas como los proporcionados a Felipe II por los Países Bajos e Inglaterra.

PARTE III

Ecos de la Leyenda

CAPITULO VII

Educando a América, en claroscuro

El historiador de lengua inglesa que trata de la civilización y cultura españolas, tiene que pensar tanto en cómo va a abordar los prejuicios de su público, como en buscar la verdad del caso.

JOHN TATE LANNING (1)

Es mi firme convicción, basada en treinta años de enseñanza universitaria sobre asuntos hispánicos y latinoamericanos, que esta observación del profesor Lanning peca, si peca, por moderación. Dudo que haya materia extranjera enseñada en nuestras escuelas y universidades tan cargada de prejuicios inhibidores como la cultura hispánica. Ningún profesor de civilización francesa, por ejemplo, se ve obligado a empezar su trabajo con una extensa apología de lo que va a enseñar; todo el mundo sabe que la cultura francesa es digna de ser estudiada y, desde luego, los franceses son los primeros en admitirlo. Nadie tiene que defender la alemana; aun el más retardado estudiante ha oído hablar de Beethoven y posiblemente de Goethe y de Schiller. Y, a pesar de que todo buen nórdico sabe que los renacentistas italianos se envenenaban mutuamente y eran en general dados a la inmoralidad, concedemos indiscutible categoría a la cultura de Roma y a la mayor parte del pasado de Italia. Y existe, por supuesto, una fácil aceptación del esplendor de nuestra herencia inglesa.

Sólo cuando nos volvemos hacia España y los españoles, las dificultades sobrevienen. Puesto que todo el mundo sabe, automáticamente, que la Inquisición sofocó la libertad de palabra y pensamiento durante los siglos XVI y XVII, es casi imposible convencer a los estudiantes de que hubo allí una coincidente Edad de Oro intelectual, digna en alto grado de ser estudiada, aunque fuera sólo por el hecho de que tuvo una significativa influencia mucho más allá de la Península. Y puesto que también todo el mundo sabe que España empezó a decaer bajo el reinado de Carlos I y Felipe II (¿no persiguieron a sus judíos, musulmanes y herejes protestantes?) y ha permanecido retrasada y estática desde entonces, ¿qué valor puede dársele al estudio de tal cultura? Y como quiera que todo el mundo está convencido de que los crueles españoles asesinaron salvajemente a tantos millones de indios durante la Conquista (dejando sólo retrasados católicos blancos, como puede suponerse), ¿por qué molestarnos en echar otra mirada a «Latinoamérica» entre Hernán Cortés y Simón Bolívar?

Las opiniones erróneas del mundo hispánico se encuentran desde un principio en nuestras escuelas y para la época del ingreso en colegios superiores y en la Universidad están ya bien inculcadas. Si nuestros estudiantes conocen algo de historia al llegar a la Universidad, puede que este conocimiento se reduzca a una versión ingenua y parroquial del desarrollo de los Estados Unidos, en la cual España es honrada con ligeras pinceladas sobre Colón, Núñez de Balboa, Magallanes, Cortés, Pizarro, De Soto, Vázquez de Coronado —entremezcladas con la matanza de aquellos virtuosos hugonotes franceses en la Florida por Menéndez de Avilés. Los escolares salen de la escuela elemental y secundaria con una opinión sobre su propio hemisferio, que consiste en la fuerte y culta democracia de los Estados Unidos como líder —en contraste con siglos de tiranía, esclavitud y matanzas de indios en la América Latina, pesando gran parte de culpabilidad sobre los hombros de España.

Es un choque para los estudiantes universitarios el conocer que la mayoría de los españoles vinieron a América no sólo para encon-

trar oro, sino también en busca de nuevas oportunidades, que el viejo mundo no podía ofrecerles, de la misma forma que nuestros antepasados lo hicieron al atravesar el Atlántico y cruzar el continente. O que vinieron sencillamente como funcionarios, sacerdotes, abogados, hombres de negocios, empleados diversos o miembros de una familia, aventureros, investigadores, etc. O que la mayoría de ellos no hicieron su arribo al Nuevo Mundo para matar o esclavizar a los indios. Es asombroso para nuestros graduados de la escuela secundaria aprender que los españoles eran realmente humanos y estaban adentrados en las principales corrientes de la civilización europea, a pesar de Felipe II, de los Pirineos y de la Inquisición.

Les es igualmente desconcertante el aprender que en las tierras hispanoamericanas de catolicismo e Inquisición, una refinada cultura europea floreció desde el momento de la Conquista. En ella se incluía todo, desde el complicado gobierno municipal y regional, vastos proyectos de cristianización (es decir, europeización) y protección aun de los más salvajes aborígenes, hasta el fomento y establecimiento feliz de todo tipo de escuelas y universidades, hospitales y la promoción y estímulo de intelectuales, a más de una literatura más apreciable, y mucho más interesante y completa, que la del período colonial anglo-americano. Esto sin hablar de las actividades comerciales y económicas en gran escala. Los estudiantes se sorprenden invariablemente al saber que, con todas sus debilidades, el sistema general y sus aspiraciones fueron de ennoblecimiento y no de destrucción; muy parecido a nuestros posteriores conceptos de confianza en las propias fuerzas y conciencia de sí mismo en lo relativo a la ayuda a naciones subdesarrolladas y a la elevación del nivel de vida de todo el mundo. (Considerando todas las circunstancias, si nosotros tuviéramos un éxito relativo en tales proyectos, como lo tuvo España entre 1500 y 1800, iríamos muy lejos en nuestros objetivos; un reto intelectual, si se examina con mínima objetividad.)

Gran parte de este asombro estudiantil se debe a la extrema ingenuidad y provincialismo que por lo común caracterizan nuestra enseñanza y escritos de historia para las escuelas elementales y secun-

darias, donde la perspectiva histórica se pierde en el engrandecimiento de nuestro propio pasado, a fin de que esté en consonancia con nuestra actual situación de poderío mundial. Esto tiene el efecto, desde luego, de aminorar los éxitos franceses, españoles, italianos, portugueses y aun los holandeses. Todo esto puede ser racial o políticamente patriótico, pero no está de acuerdo con los hechos y conduce a desalentadoras experiencias en las aulas universitarias, donde los profesores deben empezar de nuevo, y en obligado nivel elemental, el reajuste de las perspectivas históricas. Dentro de este amplio contexto, se hallan las raíces de nuestra marcada condescendencia e ignorancia en lo relativo a todas las culturas extranjeras. Ni siquiera un «Peace Corps» o un «Experiment in International Living», pueden hacer gran cosa para llenar esta laguna cultural, ya que la mayor parte del trabajo debe ser hecho aquí en casa.

En relación con el mundo hispánico, los desagradables efectos de tener a veces que aprender lo contrario de lo que nos han enseñado antes de la experiencia universitaria, se debe, en gran parte, a las consecuencias acumuladas de la Leyenda Negra. Nuestros libros de texto y lecturas suplementarias de las escuelas elementales y secundarias, están todavía basados en este espíritu y el de sus prolijos errores o, en el mejor de los casos, en una modificada opinión lascasiana de España en América. En el peor, es una mezcla de Las Casas con los notorios prejuicios protestantes y el complejo de superioridad nórdico. Y ésto pese a un concertado esfuerzo por parte de nuestros latinoamericanistas (1944) para fijar en este hecho la atención de educadores y editores (2).

La exposición de 1944 de la Leyenda Negra y sus consiguientes errores en nuestros medios educativos, se basó en un reconocimiento de los perniciosos efectos de sus prejuicios en las relaciones de los Estados Unidos con Latinoamérica. Esto significó un acercamiento premeditadamente limitado, fruto de nuestro bullicioso entusiasmo del momento por la «Buena Vecindad». En tanto que esta meritoria exposición reconoció el efecto de estos errores en nuestra política exterior, acentuó al mismo tiempo, sin intentarlo, nuestra truncada

visión de la cultura hispánica, es decir, nuestro exagerado énfasis en la parte latinoamericana de esta cultura —por razones políticas y económicas— comparado con la falta de comprensión de aquella civilización en su totalidad. En realidad, ésto viene a ser tan ridículo como el contemplar la historia del Canadá aislada de sus conexiones inglesas.

El *Informe* publicado en 1944 por el Consejo Americano de Educación (American Council on Education —denominado de ahora en adelante ACE), es un buen punto de partida para ilustrar cuánto es pernicioso y perennemente erróneo en materia de enseñanza destinada a nuestros escolares. Después de mostrar lo que este *Informe* dice respecto a la Leyenda Negra, ofreceré ejemplos concretos sacados de recientes textos escolares, para demostrar que la reforma recomendada por el *Informe* ha sido insuficiente, y que estos libros están todavía muy separados de las opiniones de autoridades intelectuales. A continuación, vienen los comentarios de nuestros eruditos en 1944. Primero, bajo el título de «Conclusiones», después de un minucioso examen de las historias, biografías, etc., que se ofrecen a nuestros estudiantes, anotan:

> «(6).—Un problema más serio que la gran cantidad de errores concernientes a hechos concretos es la amplia y permanente difusión en nuestros medios de enseñanza, especialmente en los libros de historia que tratan del período colonial en las Américas, de la Leyenda Negra, de la ineptitud, crueldad, traición, codicia y fanatismo españoles (y en menor grado portugueses). La Leyenda Negra es una expresión usada por escritores españoles para designar la antigua propaganda contra los pueblos iberos, que empezó en el siglo XVI en Inglaterra y ha sido desde entonces un arma para los rivales de España y Portugal en las guerras religiosas, marítimas y coloniales de aquellos cuatro siglos. La Leyenda, naturalmente, arraigó con fuerza en la anticatólica Inglaterra del período isabelino y fue en consecuencia una parte de la herencia colonial de nuestra

nación. Se incrementó su firmeza en los Estados Unidos como consecuencia de la serie de disputas de este país con España que, empezando con las de 1790, culminaron con la Guerra Hispano-Estadounidense de 1898. Las perjudiciales e inexactas comparaciones entre la colonización inglesa y la española, que todavía continúan en nuestros textos escolares de historia, demuestran bien a las claras la continuidad de la Leyenda Negra. Por un natural proceso de transferencia, muchos escritores de los Estados Unidos, desde los comienzos de la independencia latinoamericana, han embadurnado a los grupos criollos de esas tierras, descendientes de los españoles y los portugueses, con la brocha de la Leyenda Negra. Este prejuicio ha disminuido en gran parte en este siglo, pero sigue siendo todavía muy fuerte y penetrante. Indicios de este prejuicio, se han encontrado en casi todos los estudios mencionados en este *Informe; la abolición de la Leyenda Negra y sus efectos en nuestra interpretación de la vida latinoamericana, es uno de nuestros mayores problemas, tanto en el aspecto educacional e intelectual como en el político*» (p. 31 del *Informe*, subrayado por P. W. P.).

Asimismo, bajo idéntico encabezamiento, el *Informe* dice:

«(8).—Por causa de los conceptos de la Leyenda Negra y los prejuicios culturales y raciales, a veces es aparente en nuestros materiales de enseñanza una especie de condescendencia a lo Kipling respecto a las gentes y pueblos de Latinoamérica» (p. 32).

Analizando los libros de texto a nivel universitario, sobre la historia de los Estados Unidos, el *Informe* agrega:

«Actualmente, mucha gente en los Estados Unidos tiene la impresión, adquirida a través de la radio, cine, prensa, novelas, música, relatos ingenuos de viajeros y similares, de que los latinoamericanos son en su mayoría ignorantes, perezosos e incapaces de gobernarse

por sí mismos, y que sus países son ricos pero subdesarrollados, esperando ser cultivados por la superior y emprendedora población estadounidense. Algunos textos de la historia de los Estados Unidos... han contribuido a estos falsos conceptos» (p. 79).

Y por lo que se refiere a textos de historia general, dice:

«Ciertos antiguos clichés, que son característicos de estos libros, no son simples errores aislados de ciertos historiadores, sino que forman parte de lo que se ha denominado la Leyenda Negra de España en la historiografía americana... que empezó con las espeluznantes páginas de Bartolomé de Las Casas... (y) que se ha conservado en el tema del noble salvaje...» (p. 91).

Con referencia especial a los libros usados en nuestras escuelas secundarias, el *Informe* es muy claro:

«La clásica historia de los defectos españoles, caracteriza estos libros... Las causas que originalmente dieron lugar a este (Leyenda Negra) legado de odio e incomprensión, hace ya mucho tiempo que cesaron de estar en vigor, pero la tradición de la infamia sigue subsistiendo en las páginas de estos textos y en la mente de sus lectores... En tales libros, entre las clásicas «cosas malas», se encuentran tradicional y regularmente los españoles...

Esta implicación ha incitado a algunos autores de textos a expresarse en tan sorprendentes generalizaciones como las siguientes: Los españoles «condujeron a la población de Méjico a la esclavitud... de los resultados de esta sumisión, los mejicanos nunca se han recuperado completamente». Al denunciar a los españoles, es fácil condenar su sistema. «Bajo el sistema colonial era posible obligar a los indios libres a trabajar para el Estado en las minas o en obras públicas, y pocos de ellos sobrevivieron a esta prueba. En el Perú... se calcula que más de ocho millones de indios murieron como consecuencia de estos depravados trabajos obligatorios».

> «Desde el principio», dice el mismo autor, «España pensó en sus colonias como un medio de enriquecer sus arcas vacías. No había intención de considerar el bienestar de los colonos ni aun de hacerles justicia». Además, «esta doble circunstancia (opresión e inestabilidad política) continuó durante trescientos años, bajo el duro mando de los gobernadores reales designados por el Rey español».
>
> Se registra, asimismo, un continuo estribillo sobre tiranía en el gobierno e intolerables restricciones. «Dado que España era una monarquía absoluta en extremo, ni en casa ni en las colonias se permitió al pueblo participación alguna en el gobierno». Tal vez la más dura condenación del sistema colonial se dio por aquel autor que dijo que España no intentó fomentar forma alguna de autogobierno en las colonias, y añadió, «los colonos tenían prohibido el comercio interior, publicar periódicos, plantar ciertas semillas, leer libros de tendencias liberales o fundar escuelas. No sorprende que Latinoamérica, después de tres siglos de desgobierno, estuviera deseando luchar por su libertad» (pp. 99-101).

Terminando su análisis de textos de escuelas superiores, el *Informe* hace esta advertencia: «Las usuales y viciosas equivocaciones sobre el horrible carácter de la conquista española deben ser diligentemente contrapesadas». Y entre las diez recomendaciones para la mejoría y fomento del tema latinoamericano en los textos de historia general, la primera es la siguiente: «Guardáos contra los efectos de la Leyenda Negra» (pp. 101, 105).

Las biografías, que con frecuencia se utilizan como lecturas complementarias en nuestras escuelas, también pasaron bajo el escrutinio en el *Informe* del ACE, resultando los siguientes comentarios:

> «En muchos libros... la Leyenda Negra... pone de relieve que el sistema español fue altamente opresivo y malévolo, y origen de la mayor parte de los problemas hispanoamericanos. También, escritores protestantes de

los Estados Unidos, se enfrentan con evidentes dificultades para comprender y tratar el aspecto religioso de un pueblo predominantemente católico-romano.

«En lo tocante a todos estos cuatro siglos, nos encontramos con errores y equivocaciones sobre el sistema de reparto de tierras, política indígena y la situación de la Iglesia. Además de interpretar equivocadamente el sistema español, cometen errores, especialmente al tocar asuntos como el autogobierno y el nivel de vida intelectual. Los orígenes del movimiento de independencia y los subsiguientes desórdenes, dificultades y «retraso cultural», son raramente comprendidos. La mayoría de los biógrafos y otros autores, al abordar el tema de la independencia, influenciados al parecer por la Leyenda Negra, son tan ignorantes sobre el régimen colonial, que no solamente fallan en darle el legítimo tratamiento como *excepcional logro en trasplante cultural,* sino que presentan la época colonial de manera tan peculiar que hace ininteligible el movimiento independista y la personalidad de sus líderes. La incalificada afirmación de que «como los españoles no habían conseguido todavía disciplinarse apropiadamente, por supuesto, no podían organizar a los indios», es una mentira completa o la declaración de un necio. De nuevo encontramos que «los españoles en América no disfrutaron de derechos de autogobierno como en el caso de nuestros colonos ingleses». Con el desconocimiento del cabildo como órgano de autogobierno en embrión, eliminan la posibilidad de juzgar su importante papel en el principio y origen de los movimientos de independencia» (pp. 146-147).

Catorce años después de este *Informe,* concebido para ayudar a los educadores a mejorar textos y enseñanza con miras a corregir los más patentes errores en el trato de España y Latinoamérica —es decir, la Leyenda Negra y sus ramificaciones— uno de nuestros más conocidos eruditos en este campo, el profesor Charles Gibson, de la Universidad Estatal de Iowa, apuntó de nuevo el problema en los siguientes términos, bajo el título de «Leyenda Negra»:

> «Con la frase 'Leyenda Negra' se define la tradición acumulada de propaganda hispanofóbica, de acuerdo con la cual el imperialismo español se nos presenta como cruel, fanático, explotador e hipócrita, más allá de la realidad. El profesor se enfrenta con un serio problema al tratar el tema de la Leyenda Negra, ya que normalmente encuentra que los estudiantes están predispuestos a aceptarla y, al combatirla, correrá el peligro de pronunciar una apología que no convence» (3).

Esta reiteración del problema se presenta en un pequeño estudio, hecho especialmente para ayudar a nuestros maestros de historia, y afirma explícitamente la penetrabilidad continuada del problema.

Tales asertos por parte de prestigiosos expertos, famosos por sus conocimientos de la historia latinoamericana, son lo suficientemente expresivos al señalar a la Leyenda Negra como origen fundamental de nuestra mala información y desconocimiento de lo relativo a aquella gran parte del mundo hispánico. Que sus avisos y sugerencias han sido largamente desatendidos, en particular en la educación elemental y superior, puede ser demostrado con facilidad al mirar algunos pasajes representativos. De cuando en cuando, durante los últimos treinta años y en especial desde el *Informe* del ACE en 1944, he examinado textos orientados hacia las escuelas elementales y superiores concernientes a los países hispánicos. Con elogiables excepciones, la mayoría de los errores básicos permanecen en pie.

Cualquier disminución de la Leyenda Negra con frecuencia se ha derivado de lo que posiblemente sean más onerosas causas, tales como un diluir de su contenido real, descarnándolo de historia y añadiendo una reciente tendencia hacia vaguedades, que parecen creadas para no ofender a nadie. Ello refleja, quizás, nuestra manera, cada vez más sensiblera, de tratar cualesquiera cultura extranjera y las relaciones internacionales en general. Esta nueva «religión» se presenta constantemente ante el inexperto estudiante en forma de agobiantes clichés del tipo de hermandad del ser humano. Haciendo alarde de un verdadero y profundo fervor misionero, se diluye la

historia y se empañan los trazos legítimos de la política, religión, cultura y diferencias raciales, trazos que hacen tan fascinante la observación del ser humano, históricamente o de cualquier otra manera. De acuerdo con esta nueva fe, la humanidad es «una», y parece que nuestros autores de textos quieren alcanzar el día en que toda la gente del globo sea completamente feliz y haya entendimiento entre todos —y la historia en las escuelas superiores será aún más aburrida de lo que es ahora.

Al examinar los textos de hoy en día, el historiador tiene con frecuencia la desagradable sensación de que estamos empezando a terminar con la historia, ya que, con el nuevo brillo del supuesto entendimiento internacional, toda la humanidad es tan parecida que realmente no hay ninguna necesidad de examinar las diferencias nacidas de variados orígenes históricos. Parece suficiente que estemos dotados de buenos deseos y confianza en las Naciones Unidas y seguir construyendo fábricas y enseñando a otros pueblos el camino de hacer lo mismo. Por ejemplo:

> «España tiene solamente unos pocos amigos entre las naciones del mundo; las naciones occidentales se quejan de que España no las ayudase a ganar la Segunda Guerra Mundial... España debe aprender, como lo han hecho otras naciones, que es más útil trabajar conjuntamente con las Naciones Unidas. Esta organización podría ayudar a España... El relato de cómo España y Portugal perdieron sus colonias una tras otra y empezaron a hacerse débiles, es una narración interesante histórica y geográficamente. Es la historia de dos naciones que se durmieron soñando en la grandeza de su pasado. Mientras Inglaterra, Francia y otros países del norte construían fábricas e incrementaban su comercio, España y Portugal no construyeron fábricas».

Los autores de este trabajo de 1956, que fue concebido como básico para el estudio de la historia y geografía de séptimo grado, le dedicaron a Nueva Zelanda y a las Filipinas capítulos completos; en

cambio, España, la milenaria campeona de la civilización occidental, estuvo muy lejos de alcanzar tan lisonjera consideración (4).

Supongo que cualquier hispanista en los Estados Unidos se sentiría bastante complacido con las nuevas vaguedades y falta de sustancia, ya que por lo menos representan cierto freno a comentarios críticos sobre cualquier país o pueblo (¡incluso España!). El concepto de que «toda la humanidad es una» puede permitirnos, por ejemplo, lanzar la idea de que la humanidad europea fue «una» en los siglos XVI y XVII también y, por tanto, los crímenes españoles de crueldad, codicia, fanatismo, tiranía y traición, fueron totalmente compartidos por sus compatriotas europeos. Y con la nueva falta de sustancia, (hay tantos grabados, mapas y diagramas, que dejan escaso espacio para un texto diluido) queda, naturalmente, menos lugar aún para la Leyenda Negra. Pero estos cambios no alteran la situación en lo que respecta a España y a los españoles, ya que cuando se trata de este tópico, los mismos gastados clichés se repiten.

Basándonos en citas representativas, sacadas de los libros más recientes, veamos cómo funciona esto. Si se tienen en cuenta los errores señalados en el *Informe* del ACE y se recuerdan los errores comunes de interpretación y de hecho apuntados en mi capítulo «España en América», los siguientes ejemplos se reconocerán fácilmente como ecos de la Leyenda Negra.

En la selección de los mismos, he consultado textos en los estados de California, Utah y Colorado. Con raras excepciones, fueron publicados por conocidas editoriales nacionales, cuyos materiales educativos tienden a concordar en muchos aspectos. Por ello, puede estimarse que las siguientes muestras sacadas al azar, de libros en uso en los tres estados mencionados, son típicas de los textos empleados en la nación entera.

Falsas y engañosas informaciones relativas al mundo hispánico empiezan ya desde el cuarto año escolar, pero ésto es quizá demasiado prematuro para darle importancia. La preparación de nuestros niños para hacer odiosas comparaciones entre nórdicos e hispanos y la enseñanza de francos errores, alcanza un nivel de mayor impor-

tancia a partir del quinto y sexto grados. He aquí algunos extractos ilustrativos de un texto a nivel de sexto grado, de 1964.

La frase siguiente, entrecomillada y en letras rojas para que el maestro le diera énfasis: «La mayoría de los españoles y portugueses vinieron al Nuevo Mundo para enriquecerse. La mayoría de los colonizadores ingleses vinieron para establecer sus hogares permanentes y para mejorar de vida». Marcado para similar énfasis: «La democracia o el autogobierno eran desconocidos en las colonias latinoamericanas». Acompañando la consabida advertencia para que el maestro ponga énfasis en que los españoles vinieron sólo en busca de oro, se le aconseja: «Analizar los comienzos de la vida colonial en Latinoamérica frente a las colonias inglesas en Norteamérica. Los españoles vinieron a hacerse ricos —dejaron atrás a sus mujeres. Los ingleses vinieron a construir hogares —trajeron a sus familias con ellos».

Vamos a echar un vistazo a un libro de historia de Méjico, texto suplementario para sexto grado (5).

En un capítulo titulado «El poderoso y el humilde», encontramos que en Méjico:

> «Nadie aprendió nada nuevo, porque en las villas y pueblos se suponía que sólo el sacerdote podía tener algunos conocimientos...».
>
> «Nadie debería hacer preguntas acerca de la naturaleza, el régimen de gobierno o de cualquier otra cosa, más allá de la vida diaria de la ciudad. Nadie intentó hacer algo de manera nueva, porque la gente criticaba a todo aquel que fuese diferente. Asimismo, criticaban a cualquiera que intentara mejorar su propio nivel de vida. Año tras año, la vida en las villas mejicanas cambiaba escasamente. Esto convenía mucho a los españoles. En tanto que la gente hiciera lo que el sacerdote les decía y pagaran sus impuestos, era muy fácil para los españoles continuar siendo los amos del país...».

En otros pasajes del mismo libro, se encuentran afirmaciones como ésta: «Una gran parte de la plata de Méjico se mandó a España

como la porción que correspondía al rey... Los reyes llegaron a depender de esa plata y se preocuparon mucho más por ella que por la gente de Méjico».

En este volumen se encuentra el colmo de la injuriosa comparación entre los imperios español e inglés.

> «Durante aquellos trescientos años, Méjico no fue una nación, fue una colonia, lo que quiere decir que pertenecía a España de la misma forma que un rancho en California puede pertenecer a una persona que vive en la ciudad de Nueva York o Chicago».
>
> «Durante una parte de estos tres siglos, nuestro país consistió en colonias pertenecientes a Inglaterra. Había algunas diferencias importantes entre estas colonias y las existentes en Nueva España. La gente en las colonias inglesas tenía mucha libertad para practicar su religión y para creer lo que les parecía recto y verdadero. Les estaba permitido tener reuniones municipales en las que decidían la forma de dirigir su propios asuntos... Elegían hombres para ayudar a gobernar en cada una de las colonias».
>
> «Porque tenían cierta libertad y porque intervenían en el manejo de sus asuntos, la gente de nuestro país aprendió lo que necesitaba conocer para cuando llegara el momento de formar los Estados Unidos, sobre la base de las trece colonias... Ya tenían experiencia en gobernarse y así sabían cómo manejarse cuando ganasen su libertad».
>
> «La gente de Méjico no tuvo tan buena suerte. Los españoles no les dejaron adquirir tal experiencia en el autogobierno... Hombres que soñaban con ser libres, se guardaban para sí mismos estos sueños por miedo a ser terriblemente castigados... Los mejicanos no tuvieron ninguna experiencia en actuar como hombres y mujeres libres mientras estuvieron gobernados por España. Durante trescientos años, estos grupos separados (peninsulares, criollos, mestizos e indios) vivieron unos al lado de los otros, sin llegar a entenderse entre ellos, ni a fiarse los unos de los otros».

Sacado de un texto de geografía e historia, en los grados intermedios, uno se encuentra con que en Hispanoamérica:

> «Los virreyes y sus ayudantes aplicaron las leyes hechas por el rey y su consejo. Tenían que proteger e incrementar la riqueza de sus virreinatos. Pero no prestaron mucha atención a las opiniones de la gente... Los mestizos e indios no tuvieron la oportunidad de mejorar su suerte».

Estos mismos autores señalan que las trece colonias de Inglaterra tuvieron grandes problemas al crear su nueva nación,

> «Pero también tuvieron muchos hombres sabios y preparados para planificar un nuevo gobierno y llevarlo al éxito. Los colonizadores españoles no tenían experiencia de gobierno. Durante más de trescientos años los colonos en Hispanoamérica fueron obligados a hacer exactamente lo que el rey de España mandaba».

Otro texto para los grados intermedios es de similar tenor. La derrota de la Armada Invencible es descrita como «una gran batalla naval en la cual Inglaterra derrotó a España y destruyó su poder en los mares». Bajo el título de «La lucha por la independencia», los autores nos cuentan que «España mantuvo sus colonias en América durante trescientos años y las gobernó con mano de hierro... [Las colonias] no tuvieron oportunidad de desarrollar sus recursos naturales para su propio beneficio».

En la parte que sirve de guía para el maestro, se lee la siguiente advertencia:

> «Durante la explicación, ayude a los alumnos a entender que *los pueblos que vivían en las tierras gobernadas por Inglaterra tenían más libertad que los colonizadores españoles y disfrutaban de cierta forma de autogobierno aún antes de venir al Nuevo Mundo, cosa que los españoles jamás habían experimentado*».

> *«Debido a que los colonos ingleses habían aprendido a autogobernarse, estuvieron capacitados para conseguir la independencia mucho antes que los colonos españoles que habían vivido bajo el severo dominio de la Corona...* Los ingleses crearon una economía agrícola, mantenida por sus propios medios y hasta rica, mientras que los españoles gastaron sus energías en la búsqueda de oro y de otros tesoros».

Pues bien, esto podría seguir así casi indefinidamente, ya que, como hemos dicho, nuestros textos para las escuelas primarias están completamente estandarizados a todo lo largo del país y comprenden los mismos clichés y estereotipadas medias-verdades, los mismos errores e idénticas y ofensivas comparaciones anglo-españolas. En resumen, empezando entre los nueve y doce años, nuestros niños reciben una falsa imagen de esos tres siglos españoles, especialmente en lo referente a las Américas. Como todo maestro sabe, las impresiones que se graban a nivel primario e intermedio, son casi imposibles de erradicar en años posteriores.

Quisiera poder informar de que nuestros textos para las escuelas secundarias y otras lecturas complementarias contienen las pertinentes correcciones; pero, en su mayoría, reiteran lo anterior. Veamos un caso típico, una historia del mundo utilizada como texto básico en el noveno y décimo grados, y observemos el complejo de superioridad nórdico extenderse con orgullo ante nuestros escolares:

> «Este capítulo cuenta cómo una gran emigración europea empezó a moverse hacia las nuevas colonias a finales del siglo XV. Una parte de esta corriente migratoria, procedente del norte de Europa, empezó a moverse a principios del siglo XVII. Estas gentes construyeron sus hogares en lo que habían de ser los Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sud-Africa. Establecieron gobiernos democráticos y la libertad política se desarrolló más rápidamente en estos lugares que en su madre patria. Trabajo duro, vastos recursos naturales y el uso de inteligentes métodos de negocios, ayu-

daron a las nuevas naciones (en especial a los Estados Unidos) a convertirse en ricas y poderosas».

«La primera corriente migratoria procedía de la Europa meridional, en su mayor parte de España y Portugal. Estos pueblos descubrieron una mayor extensión de terreno y llevaron consigo muchas costumbres anticuadas, que entorpecían su progreso, pero también aportaron su lenguaje, su religión y su cultura... España dio a los países latinoamericanos pocas oportunidades de autogobierno. No fomentó la educación de la mayoría de su gente... Como resultado de lo cual, Latinoamérica progresó mucho menos que los Estados Unidos».

Es aún peor lo que sigue:

«Portugal tenía un vecino grande y codicioso —España. Los españoles decidieron unificar toda la Península Ibérica y se apoderaron de Portugal. Esto dio a los holandeses —otra nación marinera— una oportunidad para apoderarse [¿codiciosamente?] de muchas de las colonias portuguesas. Cuando los portugueses finalmente se sacudieron el yugo español, la mayor parte del extenso imperio comercial portugués había desaparecido».

En contraste con la «codiciosa» España y la ineptitud general ibérica, los holandeses son descritos así:

«Los holandeses, que estaban apoderándose de la mayor parte del comercio oriental, eran magníficos navegantes... Tenían más barcos, métodos más eficientes y muy pronto se hicieron dueños de casi todo el comercio de las Indias. Eran frugales y duros trabajadores y más tarde crearon el mejor sistema del mundo de plantaciones coloniales en las Indias Orientales» (6).

Estas frases son también características:

«Los españoles en América no tenían mucho interés en la agricultura... España fue afortunada al no perder

sus colonias americanas al mismo tiempo que perdió su poder en el mar [el inocente lector ha sido previamente informado de que este poderío marítimo desapareció con la derrota de la Armada Invencible, cuando «Inglaterra llegó a ser señora de los océanos de todo el mundo»]... Otra causa de la debilidad de España consistió en haber quedado separada del resto de Europa por los escarpados Pirineos. Este aislamiento entorpeció la entrada de nuevas ideas. Siglos de lucha religiosa con los moros, contribuyeron también a hacer de los españoles un pueblo retrasado, que no se interesaba por aprender nuevos métodos».

En un texto para la escuela superior, usado en toda la nación —un libro de historia mundial, típico en este nivel— España recibe el tratamiento de costumbre, como lo demuestran estos ejemplos:

> «Bajo el reinado de Carlos V y más tarde bajo el de su hijo Felipe II, España poseyó ricas colonias en el Nuevo Mundo y gobernó a la mayoría de los países de Europa Occidental; pero gobernó pobremente. En lugar de ayudar a sus colonias y territorios, ganando su lealtad, sobrecargó de impuestos a la gente y se apropió de su oro; pronto algunas partes del imperio se agitaron en pro de su independencia».
>
> «Con la destrucción de la Armada Invencible, Inglaterra arrebató a España el dominio de los mares. Desde entonces, España empezó a hundirse en el olvido, mientras que Inglaterra gobernó las olas y se convirtió en un líder de poder mundial».

Y bajo el encabezamiento «La gloria de España y Portugal llega a su fin», se encuentran estas expresiones:

> «El eclipse de España duró tres siglos, durante cuyo tiempo perdió todas sus ricas colonias y jugó un papel cada vez menor y menos importante en los asuntos mundiales».

Entre las causas dadas para el declive ibérico, se hallan: «No había libertad religiosa» y «la iglesia y el Estado en cada pueblo, se aliaron para ganar riquezas y para destruir las libertades económicas y religiosas».

El tratamiento dado a España y a Portugal en tiempos más modernos, se ajusta al mismo y manoseado menosprecio. «Las razones de su lento desarrollo no son difíciles de encontrar. Ambos países adolecían de clase media (clase ésta, como recordamos, que hizo a Inglaterra y a Francia naciones democráticas y prósperas). La mayoría de la población de España y Portugal queda sin educación y no comprende cambio alguno; las clases altas no lo desean».

Además de los textos, vamos a recordar lo que el *Informe* del ACE de 1944 comenta sobre otros planos culturales y educativos, como biografías (lectura complementaria), radio, cine, prensa, novela, anotaciones de viajes sin crítica, etc. He aquí una muestra de las primeras páginas de un clásico, con frecuencia hallado en las listas de lectura de nuestras escuelas superiores —el famoso *Westward Ho!* de Charles Kingsley.

> «Fueron los hombres de Devon, como Drake, Hawkins, Gilbert, Raleigh, Grenvile, Oxenham y una multitud más de 'celebridades olvidadas' a los que aprenderemos un día a honrar como se merecen y a los que Inglaterra debe su comercio, sus colonias y su propia existencia. Porque si ellos no hubieran truncado con sus incursiones en las Indias Occidentales las mal adquiridas riquezas del español, y luego aplastádole en su último gran esfuerzo en la 'Salamina' británica, la gloriosa batalla de 1588, no seríamos ahora sino una dependencia papal bajo una tiranía mundial, tan cruel como la de la misma Roma pagana y mucho más depravada».
>
> «Os lo digo, estos españoles son insignes cobardes, como lo son todos los bravucones. Oran ante una mujer ¡bribones idólatras!, y no es extraño que luchen como mujeres».

En otra categoría de elementos, el *Atlas de Historia Americana*

de Hammond, claramente destinado para el uso de estudiantes, en la página A-6, contiene un gráfico contraste entre España, Francia e Inglaterra, bajo el título «Primeras bases económicas para las colonias». Refiriéndose a Francia, señala: «pieles, pesca y agricultura feudal»; a Inglaterra, «pesca, comercio y mantenimiento agrícola»; y para España, «minería, ganadería, esclavitud» (en esta última ilustración, se ve al español con casco y peto, látigo en mano, manejando esclavos, como si estuvieran trabajando en una pirámide egipcia). La agricultura, base principal del imperio español en América, ni se menciona. ¿Injusto? Sí. ¿Falso? Sí. Sin embargo, completamente característico.

La televisión, ese ruidoso propalador de nuestros prejuicios nacionales, ha entrado en acción desde el *Informe* del ACE y ahora contribuye a la educación de nuestros jóvenes. Cuando Lee J. Cobb se nos presenta como Cervantes, representando varias escenas del *Quijote,* debemos sufrir obligatoriamente los efectos sonoros de la siniestra Inquisición, totalmente ajenos al hecho representado. Cuando ví y oí ésto, a duras penas podía creerlo, a pesar de haber predicho, con pesimismo, alguna de estas inyecciones de Leyenda Negra, antes de que el espectáculo empezara.

Quizás, también, nuestros escolares de años recientes han absorbido algo de su educación extra-escolar en la popular revista *The Saturday Evening Post.* En tal caso, pueden haber confirmado y reforzado su opinión sobre las crueldades españolas con esta pequeña joya, punto culminante de la depravación española: «En el orden de la crueldad del hombre hacia el hombre, los conquistadores españoles practicaron la guerra con virus mucho antes de que nadie hubiera oído de la guerra bacteriológica. Encontrando a los indios mejicanos muy susceptibles a la viruela, los colonizadores españoles, deliberadamente, los contagiaron con la enfermedad, exterminando así muchas comunidades indígenas» (7). Semejante caso ocurrió en la historia norteamericana, pero la horrible proeza fue realizada por ingleses. En cambio, un benévolo gobierno español patrocinó la vacunación contra la viruela en América, precisamente porque la enfermedad

era muy peligrosa para los aborígenes. El manchar a los españoles, acusándolos de intencionadas guerras bacteriológicas, corre parejo con el escarnio (atribuido a H. L. Mencken) de que «toda la contribución española al mundo fue la hemofilia».

Por fortuna, los textos en nuestras universidades, son menos malos y van mejorando, aunque con demasiada lentitud. Aún con varias imperfecciones, están generalmente escritos por gente que al menos ha hecho indagaciones dentro de las auténticas fuentes de la historia española y latinoamericana. Aun así, no están libres de simplistas generalizaciones y conservan muchos prejuicios políticos, religiosos y raciales. Por eso, un texto bien conocido sobre la política y gobierno en Latinoamérica, se manifiesta a nuestros futuros expertos con expresiones como éstas:

> «En algunos aspectos... la civilización azteca estaba realmente más avanzada que la de Europa. Podía alardear de arquitectos y astrónomos. Era una tierra de artistas y poetas. Pero en el aspecto militar, sus gentes no sabían defenderse contra los invasores...».
>
> «Los españoles no se preocuparon en lo más mínimo en la conservación de la civilización azteca. Estaban interesados únicamente en el oro... Este preciado metal contribuyó principalmente a enriquecer las arcas de la Corona española. Durante los siglos de dominación española, jamás se utilizó en beneficio de la población de Méjico».

En la Bibliografía, especialmente en la Sección III, enumero una serie de trabajos de eruditos, que pueden servir como guía para los confundidos y como lectura de consulta para aquellos que aspiren a escribir textos o libros de otro tipo acerca de España e Hispanoamérica. Estos trabajos ayudan en gran parte a corregir los errores que he venido señalando. Con ello, y con lo que se ha dicho antes, confío haber dejado bien claro el injusto y nada histórico trato que con tanta frecuencia se ha dispensado a España, los españoles y a los latinoamericanos, en nuestro sistema educativo.

CAPITULO VIII

Descarrío en la política extranjera

> *En los últimos meses [1961] los asuntos latinoamericanos han llamado más la atención de la prensa y público de los Estados Unidos que en cualquier otra época de nuestro siglo. Cuando crece con tan súbita rapidez, tal interés se suma a la heredada carga de falta de comprensión; puede reforzar los estereotipos y empeorar los clichés. Pero el pueblo de las Américas no puede permitirse el lujo de clichés y estereotipos por más tiempo.*
>
> ADLAI STEVENSON (1)

La España de hoy en día, sin duda, no provoca entre nosotros el automático antagonismo que encendía en tiempos pasados. La España del presente está experimentando un notable desarrollo turístico, junto con el suavizamiento de las tensiones de la Guerra Civil, y en un mundo con tantos otros problemas, sólo produce particular hostilidad entre los básicamente anticatólicos, los comunistas y el perenne coro antifranquista. Sin embargo, los dogmas de la Leyenda Negra se encuentran congelados en nuestros textos y estructuras docentes, donde constituyen un eterno menosprecio de la cultura hispánica, tanto pasada como presente. Esto impide un juicio imparcial de los asuntos españoles, desde la Guerra Hispano-Estadounidense hasta la cuestión de Gibraltar. Aunque el antifranquismo de los últimos tiempos, regularmente estimulado por las caricaturas del Herblock, está orientado a mantener el espíritu antifascista de

la década de los treinta y la Segunda Guerra Mundial, también encuentra terreno abonado en las suspicacias y hostilidades que son eco de la Leyenda Negra en nuestro sistema educativo.

En el caso de Latinoamérica, la permanencia de las aberraciones de la Leyenda nos crea un complejo de obstáculos —un «lujo de clichés y estereotipos» atados al eterno mito nórdico— que perjudica cada paso que damos en las relaciones con esta vasta zona. En resumen, nuestra continua falta de comprensión, deformaciones e ignorancia respecto a todo el mundo hispánico, constituye una innecesaria e incluso peligrosa tara educativa, que afecta en forma adversa el planteamiento y desarrollo de nuestra política exterior.

Para indicar algo de lo que ello nos cuesta, volvamos, brevemente, al período de la Guerra entre Estados Unidos y España. Los hispanistas conocen bien la llamada «Generación del 98» española, entendiendo por ella aquel gran grupo que, al examinar el declive de su país, evidente en la derrota sufrida en tal guerra, inició el camino de una revaluación de sí mismos y de su cultura. Esta nueva generación enjuició con todo rigor sus sistemas políticos, educativos, sociales y filosóficos, para determinar cuáles fueron las equivocaciones nacionales, y lo hicieron con una actitud de «deja que las virutas caigan donde puedan». Esta misma guerra estimuló otra clase de «generación del 98» en los Estados Unidos, marcadamente caracterizada por una nueva agresividad en sus relaciones con el extranjero, una determinación de expandir nuestro papel en el escenario del mundo y vivir de acuerdo con el gran destino que parecía estarnos reservado. La misma facilidad con que derrotamos al tradicional villano español, vigorizó la flexión de nuestros músculos e inyectó nuevas vitaminas en el engreído complejo de superioridad de la «raza» anglosajona. Esto ocurrió, desde luego, antes de que nos percatáramos de que esta «raza» contenía mejicanos, judíos, italianos, asiáticos y negros también, que convivían entre nosotros.

Poco antes de la mencionada guerra, nuestros dirigentes demostraron cierto anhelo por tal papel, cuando, en las curiosas contorsiones de la famosa Controversia Fronteriza de Venezuela, nos las

arreglamos con más sentido de beligerancia que de exactitud histórica para obligar a los británicos a doblegarse ante nuestra propia y agresiva interpretación de la Doctrina Monroe. La nota del Secretario de Estado Richard Olney al gobierno británico, en 1895, decía categóricamente y sin sonrojo, que «Hoy, los Estados Unidos son, en realidad, soberanos en este continente (léase hemisferio) y sus órdenes son leyes para aquellos que se encuentran dentro de sus límites» (2). Los muchos irlandeses existentes entre nosotros, se mostraron encantados, lo mismo que los venezolanos, cuya suerte habíamos favorecido, sintiéronse momentáneamente jubilosos; sin embargo, algunos latinoamericanos vieron las orejas al lobo.

Frescos estaban todavía los recuerdos de nuestros engrandecimientos a costa de Méjico, y perduraba el disgusto latinoamericano por nuestro filibusterismo en la América Central. Y rápidamente, sobre los talones del ultimátum de Olney, la guerra con España desembocó en nuestra dominación sobre Cuba y en la adquisición de Puerto Rico y las Filipinas. Todo ésto proporcionó a Latinoamérica motivos adicionales de temor y desconfianza. Pese a todas sus antipatías nacionalistas contra España, los hispanoamericanos se hallaron por el momento identificados con el papel de su antigua madre patria, contra el más que nunca «Coloso del Norte». Por si ésto no fuera suficiente, Theodore Roosevelt, poco después (1903), «tomó» a Panamá (como así dijo); una de las más vergonzosas e innecesarias agresiones que nuestro país haya cometido jamás. «Recuerda Panamá» llegó a ser entonces un provechoso «slogan» en Latinoamérica, análogo a nuestro «Recuerda Pearl Harbor» o «Recuerda el Alamo», periódicamente revivido en posteriores episodios de nuestras intervenciones en el Caribe (3).

La energía de Roosevelt en el caso de Panamá mostró algunas de nuestras características. El abusivo e intemperado lenguaje con que Roosevelt se refirió a los colombianos («bandidos de Bogotá») y su contumaz desprecio por los latinoamericanos, en contraste con su solicitud por la compañía francesa que había intentado construir un canal en Panamá, patentiza el desdén supremo que los nórdicos

sentían por el «inferior» hispanoparlante. El episodio de Panamá y sus resultados, también ponen de manifiesto ciertas hipocresías por las que hemos sido criticados con frecuencia en el extranjero. Intencionadamente olvidamos nuestra agresión, mientras nos vanagloriamos de la gran contribución al mundo que significa el Canal de Panamá; el criterio de que «el fin justifica los medios», permaneció en nuestros textos. Los latinoamericanos aprendieron la lección.

No pasó mucho tiempo sin que el Presidente reforzara nuevamente nuestra indiscutible superioridad sobre las gentes de Iberoamérica. Roosevelt, al establecer las razones para intervenir en los asuntos de aquellos países, en su discurso al Congreso en 1904, hizo estas declaraciones:

> «La crónica perversidad [en Latinoamérica]... puede en América, como en cualquier otra parte, requerir finalmente la intervención de una nación civilizada y, en el Hemisferio Occidental, la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe, puede obligar a los Estados Unidos, por mucho que les repugne, en casos notorios de tales iniquidades o impotencias, a ejercer un poderío policíaco internacional» (4).

Estas palabras presidenciales fueron, por cierto, altamente despectivas de la cultura hispana. Semejante actitud hacia aquella «inferioridad» hispánica, compartida por la mayoría de sus paisanos, estaba destinada a tener gran alcance y efectos desastrosos, que llegarían hasta nuestros días. Las declaraciones de Roosevelt, y las posteriores intervenciones de los Estados Unidos en el Caribe, Méjico y América Central, que se desarrollaron a base de conceptos tan desafortunadamente expresados pueden, al menos en parte, ser explicadas por el arraigo de la Leyenda Negra en nuestras tradiciones y sistemas de educación. Theodore Roosevelt fue un reconocido devoto de la historia y a veces practicante del arte. Sin duda alguna, conoció a Parkman, Motley, etc., aquellos influyentes ecos de Las Casas y todo el conjunto de prejuicios antiespañoles. Nuestro ilustre

presidente, en resumen, estaba educado en los días que precedieron a cualquier significativa revisión de los bien enraizados clichés de la Leyenda. Completamente nórdico en su herencia, reflejó y estimuló una evidente hispanofobia, que se incrementó apasionadamente en la cargada atmósfera que rodeó la Guerra Hispano-Estadounidense, que animó a nuestra «generación del 98» hacia tendencias imperialistas.

El concepto rooseveltiano de nuestra superior civilización, actúando como policía sobre una inferior, dio lugar a dos acontecimientos que afectarían fuertemente nuestra política extranjera. Uno de ellos, fue la costumbre de intervenir en forma directa o indirectamente en el Caribe, dando lugar a un imperialismo que encontró cierta justificación en la Doctrina Monroe y en el argumento de que el poderío naval era necesario para la defensa del Canal de Panamá. Esta tendencia intervencionista alcanzó su punto álgido bajo el Presidente Woodrow Wilson y se sostuvo hasta los años 1930; y una reciente intromisión en la República Dominicana, nos indica que todavía no estamos libres de ella. Aunque debemos citar en nuestro favor una fuerte oposición popular hacia tal imperialismo, el «corolario Roosevelt» de la Doctrina Monroe, generalmente sirvió las necesidades estratégicas y deseos de nuestro país, durante casi todo el tiempo de su vigencia.

El segundo acontecimiento, no fue tan notorio al principio; sin embargo, estaba destinado a tener devastadores efectos aún largo tiempo después de la renuncia al «corolario Roosevelt» a principios de la década de los treinta. En el apogeo de Theodore Roosevelt, no teníamos tan señalado complejo acerca de nuestra imagen en el extranjero, como parece lo tenemos hoy en día o, al menos, no fuimos tan sensibles a las actitudes extranjeras que nos eran adversas. Por consiguiente, antes de que nos diésemos cuenta, salió a la luz una extensa literatura latinoamericana antiyanqui, una especie de «leyenda negra» orientada directamente hacia nosotros. No reemplazamos a España en la demonología hispanoamericana, sino que fuimos agregados a ella. Bastante antes de la Primera Guerra Mundial, los

Estados Unidos habían empezado a ser, en la mente de muchos o de la mayoría de los intelectuales de Latinoamérica, un codicioso busca-dinero, usurpador de territorios, ética y espiritualmente un insensible gigante industrial que constituía para ellos mayor amenaza que cualquier otra en el horizonte.

Mucho antes de 1930, esta opinión sobre nosotros, cada vez más en boga y constantemente retocada, llegó a arraigarse firmemente en Latinoamérica. A la severa denuncia de nuestro imperialismo económico y religioso, se añadieron los desembarcos de nuestro Cuerpo de «Marines». Esta opinión adversa se fomentó con gran éxito en los círculos diplomáticos e intelectuales europeos, los que siempre han sentido una fuerte antipatía, tanto hacia nuestra Doctrina Monroe como por cierta jactancia que se nos atribuye. París, Meca de los intelectuales de Latinoamérica, contribuyó mucho a la formación del retrato antiyanqui en beneficio de su propio papel cultural en esos territorios.

El rápido crecimiento y expansión de la yanquifobia, fue una magnífica demostración del inmenso poder al alcance de los formuladores de modas literarias que influenciaban los gustos políticos en Latinoamérica. Incidentalmente, debe observarse que aún ahora, este poder no es lo suficientemente comprendido o valorado en nuestros círculos oficiales, en los que con demasiada frecuencia, y a veces de modo exclusivo, estrechas consideraciones políticas y económicas orientan y configuran nuestra política exterior.

Paralelo al «corolario Roosevelt» y al crecimiento de la yanquifobia, fue el intento, en gran parte nuestro, de desarrollar un Panamericanismo que colocara a Latinoamérica y a los Estados Unidos juntos, en una especie de unión hemisférica, por un lado para enfrentarse a las amenazas europeas y por otro para fomentar un acercamiento en las relaciones económicas. Hasta los años 1930, el Panamericanismo se desarrolló a tontas y a locas, y con algunos logros relativamente pequeños. Estaba cada vez más obstaculizado por la yanquifobia o la apatía latinoamericana, por nuestras propias acciones intervencionistas y policiales, y por la falta de verdadero interés

popular. En el fondo, Francia, desde hacía largo tiempo, había desplazado a España como modelo intelectual, sacando hábilmente el mayor partido posible de su prestigio cultural y de la hispanofobia hispanoamericana.

Todo ello, en unión de otros esfuerzos europeos, socavó la idea pan-americana. Y por debajo discurría la profunda corriente de diferencias fundamentales en las formas de vida hispana y angloamericana, constantemente puestas de relieve por los intelectuales latinoamericanos y por nuestras propias inclinaciones hispanofóbicas. Las últimas se manifestaban muy a menudo en la condescendencia que mostraba el camino desde nuestro proceso educativo hasta los círculos diplomáticos. Después de todo ¿no eran aquellos americanos del sur, directos descendientes de la gente que tan cruel e ignorantemente había conquistado el Nuevo Mundo y durante siglos lo había explotado? Por cierto, se parecían a los españoles, hablaban como ellos y en gran parte pertenecían a la misma iglesia.

A principios del siglo, no obstante, un destello de luz había aparecido. Algunos intelectuales de los Estados Unidos, junto con otros de Europa y Latinoamérica, empezaron a revisar la Leyenda Negra a base de más cuidadosas y objetivas indagaciones en las fuentes de la historia española e hispanoamericana. Había habido en nuestro país, desde los días de Irving, Bryant, Longfellow, Prescott y otros, un animado interés literario acerca de España e Hispanoamérica (5). Tal interés se vio entonces reforzado por una adicional actividad intelectual. Esto quiere decir que a pesar de que los intelectuales no estaban totalmente liberados de los profundos prejuicios del pasado, mostraban al menos más deseo de buscar la verdad de los hechos, que la mera repetición de las tradicionales ideas erróneas.

En gran parte, desgraciadamente, esta nueva preocupación intelectual, se limitó con frecuencia a los aspectos americanos de la cultura hispánica. Esto reflejaba el nuevo pan-americanismo, el interés creciente en arqueología y antropología que giraba alrededor del indio americano y, en general, una vinculación a los asuntos exclusivamente del hemisferio. Así se explica, por ejemplo, el título

y materia de que trata *The Hispanic American Historical Review,* fundada en 1918. Aún cuando la intención de algunos de sus fundadores y otros que intervinieron en su desarrollo era más amplia, la HAHR se dedicó casi por completo a Latinoamérica, y a lo ibérico sólo cuando se relacionaba directamente con las Américas. El incremento de otras publicaciones semejantes, que también exhibían marcado interés americano, tendía a dividir el área de la cultura hispánica de manera ya notable en la tendencia hispanoamericana, a la deshispanización.

Esta conciencia hemisférica hace que Hispanoamérica sea mucho menos inteligible para nosotros de lo que debiera ser. Carecemos de comprensión y aprecio de los elementos ibéricos en los que se basa la mayoría de su civilización. También fallamos en ver y comprender el significado de la continuada presencia española en aquellos países: la emigración, el comercio, las conexiones familiares transatlánticas, los deportes, las relaciones literarias, políticas e intelectuales, etc.

Hay también un aspecto más desagradable de esta dicotomía del mundo hispánico, de la que nosotros, como poder mundial, debemos estar enterados. Tiende a perpetuar nuestra alineación, en conceptos y en acciones individuales o colectivas, con la deshispanización o prejuicios hispanofóbicos todavía fuertes en el hemisferio. Nuestra estructura educativa, como ya hemos visto, nos anima a pensar en esta forma. Al traducirla a nuestra política exterior, nos sitúa en campos simpatizantes con el indianismo en contra del españolismo que vislumbramos a nuestro sur. Para expresarlo en términos más claros, se nos convence fácilmente que Latinoamérica consiste sencillamente una pequeña aristocracia blanca (los malos) dominando una numerosa población de indios pobres (los buenos). Esto puede llamarse «el mito de la inexistente clase media». Tomemos como ejemplo estas palabras del famoso columnista Drew Pearson, que siempre se jactaba de ser autoridad sobre Latinoamérica: «... No es Castro el que causa el problema real a los Estados Unidos en Latinoamérica, sino la pobreza y la gran distancia entre la rica aristocracia

en la cumbre y los peones indios, analfabetos y sin tierras, abajo; en Latinoamérica, no existe clase media» (6).

Esta mezcla de Las Casas *cum* Marx, arraigada en nuestras aulas universitarias, nos predispone naturalmente hacia la causa de la llamada revolución social, pobres contra aristócratas —sin pararnos a pensar en la numerosa clase media que también existe y que ha existido allí durante siglos. Hoy, esa clase media abarca muchos millones —indios, mestizos, blancos, negros y mulatos. Tales son, por ejemplo, los que usted ve, hombres y mujeres, salir de las oficinas gubernamentales cuando la jornada diaria llega a su fin; pero no son los que nuestros turistas y misioneros retratan con sus cámaras, ya que son mucho menos pintorescos que las escenas de mercados indios o barrios bajos. De esta clase media, salen muchos de los intelectuales y profesionales —jefes militares, poetas, periodistas, historiadores, médicos, negociantes, ensayistas, burócratas, grandes y pequeños políticos, demagogos, etc. Y, de paso, valga mencionar que éstos, componen un porcentaje elevado de los cubanos refugiados en nuestro país.

Un excesivo número de nuestros intelectuales, en particular los que más se preocupan por el conflicto entre clases, prefieren seguir creyendo en el simplista enfrentamiento de la aristocracia blanca contra el pobre indio. Los desastrosos efectos de este simplismo, los podemos ver en el ingenuamente trágico apoyo dado en nuestro país al alzamiento de Castro en Cuba. Basta sólo recordar los afortunados heroicos esfuerzos de la propaganda a favor de Castro y de su causa por parte de Herbert L. Matthew del *New York Times* (evocada en *Time Magazine* el 6 de octubre de 1961, p. 3). O el amistoso recibimiento acordado a Fidel Castro por los estudiantes de la Universidad de Harvard, que en cierto modo me recuerda la demostración estudiantil antiespañola de Princeton, del año 1898, quizás porque, en ambos casos, Cuba estaba involucrada (7).

La década de 1930, se considera ahora como el período en que se produjeron los cambios más fundamentales en nuestro acercamiento hacia Latinoamérica. No hay duda que lo intentamos, guber-

namental y privadamente, tal vez para borrar algunos de los estigmas agregados a nuestra arrogancia en los asuntos de Latinoamérica y, en cierto modo, lo conseguimos por algún tiempo. No faltó en nuestro país quien diera en ésto tan marcado salto atrás que llegó a causar cierto embarazo (8). El período anterior a la Segunda Guerra Mundial, que llamamos «Política de Buena Vecindad», estuvo marcado por una retardada atención a las causas de la yanquifobia latinoamericana, sin duda acuciada por nuestro repentino conocimiento de que necesitábamos a Latinoamérica a nuestro lado, en el alineamiento de fuerzas que estaba produciéndose. Con una fogosidad y una pasión de desusada intensidad, que con frecuencia asustaba a los latinoamericanos, empezamos a galantearlos.

Todo se hacía con una gran cantidad de ingenuidad y con oleadas de sentimentalismo artificialmente estimulado. Ello no quiere decir que en aquel tiempo no se produjera una corriente de genuino interés y afecto por Latinoamérica, que se manifestó por nuestro pueblo en forma ampliamente perceptible. Esta corriente en parte obedeció a un sentido de justicia, y en parte, a un deseo de enmendar nuestro comportamiento anterior, y no poco a la necesidad del hemisferio de prepararse para hacer frente a las amenazas exteriores. Algo de ésto obedeció al incremento de estudios latinoamericanos en nuestras universidades, que fomentó más y más interés por la cultura de la zona. Un crecido número de intelectuales, se dedicó al estudio y enseñanza de estos asuntos; por ejemplo, la ya mencionada *Hispanic American Historical Review* y los intelectuales que en ella colaboraron, merecen reconocimineto por lo mucho que contribuyeron.

Los problemas de la década de la Depresión, combinados con el nuevo y relumbrante liberalismo que compartimos con otros muchos en el hemisferio, más una creciente visión del peligro de más allá de los mares, hizo que las relaciones interamericanas fueran relativamente agradables, en los últimos años de la década de los 30. Para decir verdad, había unas moscas en el ungüento de buena vecindad: los rescoldos de una guerra en el Gran Chaco; algunos inflexibles

dictadores y diversos golpes y rebeliones; y la brusca expulsión de los intereses petrolíferos extranjeros de Méjico. Sin embargo, el nuevo acercamiento nos indujo a bañarnos en un brillo benevolente, cuando hicimos el descubrimiento feliz de que nuestros recientes amigos del sur ya habían tenido universidades mucho antes del desembarco en Plymouth Rock; que no todos ellos llevaban traje indígena o nacional, como el de los mejicanos y guatemaltecos; que no todos comían chile y tamales. Hasta hicimos el importante descubrimiento de que no todos hablaban español y de que tenían poetas, novelistas, pintores y todas las demás manifestaciones de cultura que la gente civilizada se supone debe tener. Tales hallazgos, los millones de palabras de buena voluntad y hasta algún aumento de interés en el ahora bullicioso sistema interamericano, hicieron aparecer a Teddy Roosevelt como una figura tosca y ruda.

Todo ésto nos ayudó a soportar la muerte de la Liga de Naciones y nos hizo sentir menos solos en un mundo cada vez más sacudido por los atronadores nacionalismos de Hitler, Mussolini e Hirohito. Parecía muy valiosa esta intoxicación de «amar al latino», ya que ello ayudó a la unión del hemisferio en contra de los peligros exteriores; mejoró nuestras perspectivas educativas en un área vital; y fue el alimento para mejorar ligeramente la salud de una apreciable organización continental de las naciones americanas. Todo ésto, repito, produjo cosas muy buenas, a pesar de que a nuestros aliados y enemigos en Europa no les gustó, y pese a que algunos cínicos sabían que no iba a durar, y que muchas veces Latinoamérica parecía retorcerse incomodamente en el abrazo de este vigoroso enamoramiento. Habían disfrutado tanto escribiendo, leyendo y hablando contra los yanquis, que eran reacios a tomar la medicina, aún por el corto tiempo necesario para visitar a los Estados Unidos, invitados por nosotros y sin gastos.

Soterradamente, sin embargo, los problemas hervían. Por un lado, los cínicos tenían razón; no duró. Gran parte de nuestra atención por Latinoamérica se había basado en nuestros propios intereses, de modo que, una vez metidos en la guerra mundial, la buena ve-

cindad se fue por la ventana, excepto en aquello que se consideraba necesario para proseguir la guerra misma. La lucha peruano-ecuatoriana fue barrida debajo de la alfombra en 1942, para nuestro descrédito y en perjuicio de Ecuador. Continuamos cooperando en asuntos relativos a la tropa y al abastecimiento; desarraigamos de Hispanoamérica a los nazis, con un vigor que algunas veces asombró y disgustó a nuestros vecinos; y nos dedicamos a ciertas actividades de propaganda, etc. Habíamos acelerado el nuevo interamericanismo, principalmente porque necesitábamos a Latinoamérica. Una vez que esa necesidad cesó, Latinoamérica empezó a desaparecer de nuestra vista, aún antes de haber logrado la victoria total en la Guerra. Nos alejamos del hemisferio y empezamos a dirigir nuestras energías —intelectuales, financieras y políticas— hacia el resto del mundo y entonces nos encontramos dentro de la Guerra Fría.

Una década más tarde, a pesar de claras advertencias que nuestro gobierno no atendió, Latinoamérica estalló junto a nuestras espaldas; hubiera estallado en nuestra cara si no hubiéramos estado mirando, afanosamente, hacia el otro lado. Aunque con tanta frecuencia nos habíamos felicitado por nuestra «buena vecindad», la fundamental flaqueza de esta política fue claramente visible entre 1945 y 1950; sin embargo, hasta el famoso «bogotazo» de 1948, no despertó a nuestros dirigentes (9).

En conexión con nuestro tema central, hay ciertos aspectos de nuestra política de Buena Vecindad, dignos de resaltar; por ejemplo, el omnipresente y seductor hilo de indianismo corre a través del tapiz del ferviente acercamiento. La versión indigenista del desarrollo histórico latinoamericano alcanzó alturas de verdadero vértigo; nuestra prensa y líderes intelectuales cantaron las glorias de la reciente revolución mejicana y de sus torcidas versiones históricas, representadas en los famosos murales de Diego Rivera; y el «new deal» presidente de Méjico, el «indio» Lázaro Cárdenas, recibió entusiastas encomios por su radical Plan de Seis Años. (Cárdenas, incidentalmente, fue llevado más tarde en andas por la China comunista.) Fue el indio Cuauhtémoc arrojando los grillos de la esclavitud que

Cortés le había impuesto; ésto se hizo tragar por medios propagandísticos al pueblo y niños mejicanos, y fue divulgado por escritores comunistas y otros entre la confiada y crédula gente yanqui. Por semejante camino, el héroe izquierdista Cárdenas y su Méjico ganaron nuevos aplausos cuando ostentosamente se negaron a reconocer a la España de Franco.

Hubo un cosquilleante sabor marxista en este período, y el indianismo hispanofóbico se mezcló fácilmente con él y viceversa. Esta es la época, como se recordará, en que estaba de moda coquetear y aun cohabitar con el comunismo, dentro de la vanguardia de los círculos académicos, aquí y en el extranjero. Las simpatías indigenistas de Latinoamérica y las nuestras, fueron como hechas a la medida: había en ellas el apropiado sabor antiespañol; la necesaria claridad antiaristocrática; un conveniente paralelismo con los conceptos del «hombre común» del New Deal; y era un delicioso tema de la hora del cóctel, en el que nadie, excepto la sangre y la herencia españolas, podía resultar herido. Hay una clara línea de continuidad entre la popularidad del indigenismo de la década de los 30, con sus históricos ingredientes antiespañoles y las bases intelectuales del entusiasmo por ese «antidictador» de los de abajo, Fidel Castro —y el comunismo, ciertamente, no tuvo dificultad en seguir (¿o crear?) tal línea.

La facilidad y rapidez con que nuestra atención se desvió de la parte americana del mundo hispánico, durante el inmediatamente después de la guerra, demostró la artificialidad de nuestro anterior estusiasmo por la Buena Vecindad. En cualquier caso, jamás alcanzó la resonancia del éxito que nuestra propia propaganda y sentimentalismo nos indujo a creer. Esto quedó bien patente en sus inmediatas consecuencias —un período de apatía oficial y pública en los Estados Unidos, que fomentó el crecimiento de una yanquifobia en Latinoamérica, aún más pronunciada y peligrosa que en el pasado.

Otro significativo eco de la Leyenda Negra se puede notar en las relaciones de los Estados Unidos con España desde mediados de la década de los años 30. Una poderosa mezcla de tradicionales

prejuicios, con fervores propagandísticos, originó presiones potencialmente peligrosas en nuestra política exterior.

Al contrario de lo que el sector izquierdista de nuestro liderato intelectual nos ha imbuido durante más de tres décadas, la Guerra Civil Española de 1936-39, no fue sencillamente un episodio de héroes y villanos, democracia contra fascismo. Cuando tal guerra estalló, teníamos, en general, tanta información acerca de España como la que poseían nuestros padres y abuelos al llegar la guerra de 1898. Nuestros textos escolares todavía propagaban la estereotipada imagen de España, su pueblo y su historia. Por cierto, ya empezábamos a saber un poco más sobre Latinoamérica, pero, en gran parte, en la versión lascasiana, que contribuía, como hemos visto, a fomentar opiniones antiespañolas. Para mayor desgracia todavía, los antagonismos políticos, sociales y religiosos de España, no fueron comprendidos ni aun por aquellos que debieran saberlos (v. gr., muchos de nuestros hispanistas y latinoamericanistas). ¿Cómo podríamos entonces formar justos enjuiciamientos sobre la Guerra Civil? Sería imposible —y no lo hicimos; hecho que los propagandistas de ambos bandos conocieron muy bien. Noticias y opiniones acerca de la tragedia española, llegaron a nosotros a través de bien engrasadas maquinarias de propaganda.

Al principio, la gente de este país no tenía especial interés en la Guerra Civil Española, pero había suficientes partidarios apasionados, que se dedicaron a ilustrarnos. Muchos católicos tendieron, al menos en los comienzos, hacia cierta simpatía por el lado Nacionalista o de Franco, y algunas publicaciones de la Iglesia la fomentaron. Sin embargo, la mayor parte de la propaganda favorecía a los Republicanos. Nuestros católicos usaban cierta reserva al hablar del lado de su preferencia, ya que ellos mismos eran todavía una minoría sospechosa, y no querían ser marcados con aquel odioso epíteto de «fascista», cuyo uso se estaba haciendo tan común.

La propaganda pro-republicana, por otro lado, estaba caracterizada por confianza, abundancia y estridencia; había buenas razones

para la confianza. Estaban defendiendo al partido anticlerical, un tema siempre popular en nuestro país, en especial cuando tocaba al catolicismo. También, estábamos ya condicionados, desde muchos otros aspectos, a aceptar la opinión de que los Republicanos eran simplemente el lado antifascista, y ésto recibió lo que parecía una irrefutable confirmación cuando los Nacionalistas utilizaron cierta ayuda militar de Italia y Alemania. Cualquier partido llamado «republicano» sería, desde luego, más de nuestro agrado, que una alianza de militares, fascistas y fuerzas católicas, haciendo caso omiso de cualquier otra circunstancia. A la sazón también, el comunismo ruso y el socialismo en general, disfrutaban de considerable popularidad entre nuestros intelectuales —y el comunismo y el socialismo eran los que apoyaban al lado Republicano en España. En contraste, los Nacionalistas representaban, para nosotros, la España tradicional, a la que nos habían enseñado a mirar con malos ojos.

No nos importaba —difícilmente consideramos la posibilidad— el que como en casi todas las guerras civiles ocurre, había por lo menos dos respetables partes en litigio; de otro modo, no hubiera podido ocurrir una guerra de tales proporciones. Ni que hubiera españoles luchando con todo su corazón y apasionamiento en ambos lados. Lo que en realidad importaba era que la propaganda del campo antifranquista obtuviera una victoria en los Estados Unidos y a lo largo del Occidente.

Pero entonces ocurrió lo imperdonable; los Nacionalistas ganaron. Peor aún, el gobierno de Francisco Franco se mantuvo y continuó, caminando, peligrosamente, pero con gran inteligencia, sobre una cuerda floja entre las fuerzas contendientes de la Segunda Guerra Mundial. El triunfo Nacionalista y la continuación de Franco en el poder, no pueden nunca ser exculpados por aquellos que, con tanta pasión y fervorosa ideología, trabajaron afanosamente por un resultado opuesto.

A pesar de la amargura que tantos sufrieron por la victoria Nacionalista, la administración de Franklin Roosevelt mantuvo relacio-

nes diplomáticas con Franco durante la guerra, aparentemente por la buenísima razón de que serviría a nuestros intereses. Pero este poco de buen sentido, fue pronto seguido por una de esas increíbles actuaciones juveniles de las que algunas veces somos capaces. Con presión por parte de algunos de nuestros ex-aliados, más algunos ruidosos hurras en casa, nos pusimos de acuerdo para retirar colectivamente los embajadores en Madrid, como represalia contra el gobierno de Franco, por sus anteriores relaciones con el Eje; es decir, «guilt by association» (culpabilidad por asociación). Esta bofetada fue parecida a la que casi simultáneamente intentamos contra Juan Domingo Perón, marcándole como pro-nazi y aconsejando a los argentinos, a través de nuestro embajador, que no lo votaran. Ambos hechos, que pueden calificarse como contraproducentes, fortalecieron a los regímenes de Franco y de Perón —acontecimiento perfectamente previsible. Finalmente, durante los años 1950-51, trastocamos nuestra política frente a Franco, y las circunstancias de la Guerra Fría nos condujeron a establecer unos vínculos estratégico-militares con España (10).

Es verdad que muchos de los que han continuado su antagonismo hacia la España gobernada por Franco están influenciados por una sincera hostilidad hacia lo que les parece ser de coloración fascista. Esto es comprensible, en razón a las emociones despertadas durante el reciente conflicto mundial, pero se opone a la justa evaluación de la historia de la cultura española en un sentido más amplio. El período de Franco ha representado, en gran medida, el ascendiente de aquellas fuerzas conservadoras, tradicionales o nacionalistas, cuyas opiniones parecen incompatibles con nuestros predominantes conceptos políticos y religiosos. Estas fuerzas, en cualquier caso, constituyen una gran parte del modo de vida hispano, enraizado en todas las clases sociales, y es éste el aspecto de España que menos entendemos y que, en general, tendemos a despreciar. En cierta manera, tal faceta nos hace recordar, aunque sólo subconscientemente, los epítetos extraídos del pasado: «fanatismo», «obscurantismo», «intolerancia», «crueldad», «inquisición», etc. Por eso, en

varios y acumulativos modos, los continuos aguijonazos sobre la España de la postguerra, tan en boga en nuestras aulas universitarias, trabajan contra la comprensión del lado conservador y tradicional del carácter español. Para nosotros, el tradicionalismo español está asociado con la larga historia de conflictos religiosos, diplomáticos, militares y «raciales» que han alimentado la Leyenda Negra.

Año tras año, dentro de la planificación y acción de nuestra política extranjera relacionada con España, Portugal y Latinoamérica, nuestras plantillas incluyen una buena cantidad de funcionarios y de sus esposas, que carecen de simpatía por el ambiente cultural en el que se supone deben ser eficaces. Relativamente, pocos de nuestros representantes en aquellos países se toman la molestia de aprender bien el idioma y mucho menos aún estudian lo suficiente para comprender la historia y literatura, requisitos indispensables para el entendimiento de tales pueblos. Y si acaso estudian esa historia, difícilmente están capacitados para discernir cuánto proviene de la Leyenda Negra, en contraste con las publicaciones de dignos y escrupulosos escritores. Las palabras de un periodista español, que nos ha observado por largo tiempo en Washington, describen muy bien algunas consecuencias de esta deficiencia:

> «Uno de los problemas de los embajadores norteamericanos en Hispanoamérica, es que no entienden al continente sur. Van allí con la idea de que el coloso del Norte impondrá una trayectoria política al Sur. Si Washington enviase a hombres especializados y familiarizados con los conflictos políticos y económicos del continente, estos conflictos se evitarían, pero no es así. Washington envía: o bien activistas políticos, o bien a hombres de negocios y protegidos políticos, que no saben una palabra de las realidades hispanoamericanas. No se le ocurre enviar embajadores con un sentido objetivo y profesional de su misión, ni con un español medianamente satisfactorio...».
>
> «He dicho muchas veces que la importancia del continente americano como factor político es tal que Estados Unidos necesitaría de un secretariado de Gobierno,

> que se ocupe exclusivamente de los asuntos de Iberoamérica, servido por hombres con una conciencia total y un gran conocimiento técnico y cultural de los problemas al sur de Río Bravo. Tal secretariado no existe... La realidad es que Norteamérica ha ignorado hasta ahora a Sudamérica, la ha confundido con una zona inferior de colonización, sin enterarse de que se trataba de un gran continente en crisis, de un mundo necesitado de algo más que de la «American Fruit Company» o de la protección financiera de Washington».
>
> «En las Américas, se está en una dramática encrucijada. O se hace algo constructivo e inteligente, o se deja a todo un continente a merced de la explosión de muchos y trágicos castrismos» (11).

Lo que este observador español ha dicho sobre nuestras relaciones con Latinoamérica, es en esencia aplicable también a nuestro comportamiento frente a su propio país y Portugal. En España, nuestro personal está a menudo contento con la manera de vivir, la cortesía y sobriedad de los habitantes y las muchas y agradables experiencias en su turismo por la Península. Pero rara vez miran más allá de lo superficial o se dan cuenta de que sus arraigados prejuicios provienen de una educación deficiente en cuanto se refiere a la cultura hispánica. Y existen siempre los abrasivos efectos del hondo complejo de superioridad nórdica.

Algo de tal sentido de superioridad puede que tenga que ver con la arrogancia del poder (¿quizá lo tuvo el comportamiento de algunos españoles en la Italia del siglo XVI?). O posiblemente refleje nuestro bien conocido desagrado por la mezcla «racial». O puede nacer de nuestra perseverante fe en el poderío industrial y en el adelanto tecnológico como criterios para evaluar la civilización y el progreso.

Cualquiera que sea el motivo, con demasiada frecuencia se manifiesta en ese bien conocido «exclusivismo de la colonia americana», que ha producido tan desagradable impresión en el extranjero. En España y Latinoamérica, particularmente, el hecho de que exista necesidad de remediarlo es en verdad vergonzoso, ya que estamos

tratando con pueblos y culturas establecidas por tan largo tiempo en el hemisferio, con su historia entrezalada con la nuestra, y gran parte de su gente conviviendo con nosotros o en nuestra proximidad. Y compartimos siglos de civilización occidental, a pesar de que la Leyenda Negra tiende a oscurecerlo.

Por lo que se refiere al mundo hispánico, la respuesta a todo ésto no la encontraremos en nuestro popular simplismo de remangarse y vivir al estilo nativo. La solución se halla en una mejor y mucho más completa educación de nuestros funcionarios gubernamentales, hombres de negocios y personal académico, que ha de ir a las naciones hispánicas; y, especialmente, de los que se elijan como principales planeadores de nuestra política extranjera o como profesores en nuestras aulas. No podemos permitirnos, por ejemplo, un lujo como el de designar a un Richard Goodwin como asesor presidencial para Latinoamérica, cuando el designado jamás ha estado en esa región y no posee ninguno de los conocimientos necesarios, ni siquiera el del idioma (12).

Si queremos tener éxito en nuestras relaciones con los países hispánicos, es imperativo que eliminemos, con rapidez y por completo, el simplismo e ingenuidad que han brotado de nuestro largo condicionamiento por las tesis de la Leyenda Negra. Es muy posible que una alianza triangular de la Península Ibérica, Latinoamérica y los Estados Unidos, pueda llegar todavía a ser el bastión esencial de su bienestar y seguridad y de la nuestra. En ésto, cruzo la antigua Línea de Demarcación para añadir algo a las precavidas y amonestadoras palabras del famoso intelectual mejicano Daniel Cossío Villegas: «Tengo la firme convicción de que los peores males que puedan recaer sobre los Estados Unidos, habrán de ser engendrados en Latinoamérica, y que sin Latinoamérica, los Estados Unidos no tendrán ni siquiera el mínimo de cuanto necesitan para su propia felicidad» (13).

CAPITULO IX

Perspectivas y prescripciones

La eliminación de la Leyenda Negra y de sus efectos en nuestra interpretación de la vida latinoamericana es uno de los mayores problemas educacionales y culturales así como políticos que tenemos.

Informe del ACE (1)

Antes de tratar el problema concreto de la historia cultural española, el intelectual americano tiene que deshacer primero los mitos que la rodean.

JOHN TATE LANNING (2)

Si fuera tan sólo en aras de conseguir la perfección, merecería la pena que nuestros intelectuales se lanzaran a una amplia revisión del sistema educativo estadounidense, en lo relativo al mundo hispánico. Como indican las citas anteriores y lo expuesto en los capítulos precedentes, queda mucho por hacer, a pesar de cierto progreso logrado en los últimos años. Por supuesto, una defectuosa educación merece siempre ser corregida; pero, en este caso, hay beneficios adicionales que pueden derivarse de ello.

La propaganda que tan efectivamente se empleó para estimular ataques contra España, y a la vez para levantar las naciones que le sucederían en la cumbre del poderío europeo, contribuyó en gran manera a la debilitación y declive de aquel país y de su imperio. Estas mismas propagandas y los acentuados prejuicios que provocaron o incrementaron, ha costado también a generaciones de espa-

ñoles muchas angustias en forma de difamación y menosprecio, que continúan hasta nuestros días. Por eso, el alto precio de la hegemonía en el Viejo y Nuevo Mundo, todavía se está pagando, mucho tiempo después de que la Edad de Oro española llegara a su fin. Para nosotros, los de los Estados Unidos, al enfrentarnos con la posibilidad de estar menos tiempo en la cumbre que lo hicieran los españoles, las lecciones deducidas de su experiencia deberían ser aprovechadas —para estudiar, considerar e inculcar sus enseñanzas dentro de nuestra sociedad y liderato intelectual. Si no para otra cosa, tales lecciones deberían servir para elevar nuestra capacidad de discernimiento y evaluación de las propagandas enemigas —junto con sus promotores, sus aspiraciones y sus consecuencias. Los pueblos que están en la cima del poder necesitan de tal sabiduría.

Por mucho tiempo, ha sido práctica común el traer a cuento la decadencia y caída de Roma para nuestros sermones sobre los peligros latentes del gran poder. Nuestros intelectuales y dirigentes políticos harían quizá mejor en estudiar la ascensión, los logros, las deficiencias y el declive de España y de su imperio. La experiencia ibérica está mucho más cercana a nuestros tiempos y España fue el primer imperio global. Los problemas de una hinchada y ofuscada burocracia, los de inflación y bancarrota, los de intentar mantener la unidad cristiana mientras se la protegía de los duros ataques de infieles euroasiáticos, las tribulaciones, los yerros y los éxitos al llevar la civilización a pueblos inferiores y a culturas más primitivas, los intentos de compaginar el alto idealismo con las practicabilidades de la vida, los de integración racial y cultural, los de luchas internas, los períodos de magnífico valor, fortaleza y unidad de objetivos —todas estas cosas y muchas más, podrían ser estudiadas y aprovechadas por los dirigentes de un poder hoy en la cumbre y con problemas parecidos. Y los triunfos y fallos del imperio portugués, al sobreextender su posición mundial, podrían también servir para ilustrarnos y tal vez para producir un poco de comprensión y simpatía hacia nuestro aliado en la NATO.

Como contribución a la creciente sofisticación de nuestro pueblo,

pueden ponderarse provechosamente unas cuantas comparaciones históricas con lo hispánico. Por ejemplo, nuestra propia era de poderío cumbre, apenas alcanza el número de años del apogeo portugués. Y nuestro declive, que puede haber empezado ya, es muy probable que esté bien avanzado antes de que igualáramos el largo récord de España en la cumbre. Y nos convendría un poco de humildad en perspectiva en nuestras escuelas, aunque seamos un gran poder. Bien podríamos vivir sin esos textos en que se encuentran odiosas y, en general, equivocadas comparaciones entre nuestro período colonial y el de la América española. Justo es reconocer que no más allá de principios del siglo pasado éramos apenas una pequeña parte del hemisferio en comparación con el coloso ibérico, que compartía por el sur y el oeste nuestro mundo americano. No es necesario para el ego nacional el engrandecer nuestro pasado colonial mientras empequeñecemos a Iberoamérica. Démonos por satisfechos con cualquier alabanza que pudiéramos desear en el elogio de nuestra fenomenal ascensión hacia el poder durante el siglo pasado.

Es provechoso también el meditar sobre la profundidad en el tiempo y la experiencia de una civilización hispánica que floreció ya en los días de Roma, en tanto que la mayoría de nuestros antepasados nórdicos estaba todavía en relativo estado de salvajismo o barbarie; o sobre la riqueza cultural de una Iberia de la Edad Media —cristiana, musulmana y judía. Esto se oculta con demasiada frecuencia en nuestros textos de historia general, que solamente con desgana hacen alusiones a cualquier hecho acaecido al sur de los Pirineos. Tampoco nos haría daño el meditar sobre una Edad de Oro española, imperial e intelectual, que se mantuvo durante casi dos siglos y alcanzó un gran nivel a lo largo de casi todas las líneas del saber humano. Una edad de oro, además, cuya categoría la alcanzan pocos pueblos y a la que nuestro propio país quizá no llegará jamás. Y, entre paréntesis, una literatura dorada y época artística que floreció durante el apogeo de la Inquisición, hecho histórico que exige mucho más cuidadoso examen y comprensión de los que hasta ahora ha recibido, especialmente en nuestro país.

Existe también lo que podemos calificar de necesidad egoísta de reformar nuestro sistema educativo frente al mundo hispánico. Ya somos testigos de una disminución de nuestra hegemonía mundial y un descenso de la fe y confianza en nuestra misión de paladín occidental contra la amenaza euroasiática que ahora se extiende enérgicamente por el mundo. Hay una profunda evolución en Europa y en otros países en pro de una coexistencia con las consecuencias de la expansión imperial e ideológica soviética y de la China Roja, y ésto se deriva de una progresiva aminoración de fe en el valor, el poder y las promesas de los Estados Unidos. Y en Latinoamérica hemos fallado miserablemente, en especial desde la Segunda Guerra Mundial, en establecer un acercamiento básico —respeto y reconocimiento mutuos en defensa de intereses comunes— que no se desmoronara frente al poder del comunismo. Los latinoamericanos conocen bien nuestra arrogancia, desconocimiento y condescendencia en lo referente a ellos, y la constante corriente de yanquifobia los mantiene conscientes de nuestra incompetencia e insuficiente interés por esa parte del hemisferio. Alemania, Italia, Francia e Inglaterra, están convencidas de que no arriesgaríamos nuestra vida para defenderlos contra una embestida soviética. Y los latinoamericanos, con el «machismo» e ingenio como cualidades que ellos admiran y respetan, han visto cuán torpemente nos hemos comportado ante la astucia de Castro y las agresivas ostentaciones del poderío soviético en este hemisferio.

En cualquier momento futuro, a excepción de un holocausto termonuclear, podemos muy bien tener que enfrentarnos con la perspectiva de vernos reducidos a algo así como una «Fortaleza de América» en nuestro hemisferio, con fronteras que alcancen, quizás, hasta los Pirineos y las Filipinas. Ante tal posibilidad, estamos sin duda muy atrasados en el programa de forjar firmes lazos de respeto mutuo entre las dos mayores culturas del Mundo Occidental. Sopesando ésto, podemos en plan optimista refrescar un poco nuestra memoria histórica: la palabra «guerrilla» es de origen español. Fue la resistencia española la que abrió los primeros agujeros en la máquina

militar napoleónica. Fueron los soldados españoles los que dominaron la escena militar europea por siglo y medio a partir de 1500. Fue el casi increíble coraje hispano-portugués, fortaleza, temeridad y fe en Dios y en ellos mismos, lo que abrió los mundos Atlántico, Americano, Pacífico y Extremo Oriente a la expansión y perspectivas europeas. Además, fue un caudillo español el que, al estilo de David-contra-Goliat, obligó a inclinar la cabeza al poder hitleriano en los Pirineos y con ello facilitó, en gran parte, los triunfos aliados de 1942-43 en el norte de Africa (3).

El *Informe* del ACE, en 1944, fue un claro reconocimiento por parte de nuestros latinoamericanistas, de que como paso fundamental para eliminar los abismos entre Latinoamérica y nosotros, habríamos de eliminar nuestros errores de educación en lo relativo a aquellos países. Estábamos entonces todavía dentro del calor de la «buena vecindad» y necesitando aún de aliados en un mundo en guerra. Como hemos visto, esta llamada para un mejoramiento en la educación fue en gran parte desoída en las siguientes décadas. Ahora más que nunca, es imperativo el que esta tarea se realice con seriedad y rapidez, y que sea ampliada, para lograr la excelencia en nuestros conocimientos generales y específicos de cada una de las áreas de lengua y cultura ibéricas. No sólo necesitamos un considerable aumento de personal altamente especializado para cada porción de esa vasta área, sino que también precisamos un liderato político e intelectual con verdadero entendimiento en aquellas culturas, para que las lenguas, gentes, instituciones y costumbres del Mundo Hispánico no sean tratadas en nuestro país por más tiempo como de segunda, tercera o cuarta clase —o virtualmente ignoradas. Nuestro antiguo hábito de provincialismo nordatlántico, aquel eje Nueva York-Londres-París, que difícilmente admite la existencia o respetabilidad de la cultura hispánica, es un lujo que no podemos permitirnos más, en particular por parte de nuestros intelectuales y políticos.

Depurando los ecos de la Leyenda Negra en nuestra educación —quizá como parte de una cruzada anticontaminación— que van con frecuencia acompañados de aquellas ofensivas comparaciones entre

nuestras virtudes y los vicios y retraso hispánicos, podemos dar los pasos, demorados ya en exceso, para mejorar las condiciones de nuestra numerosa población que habla español o que originalmente lo habló. Si nuestros textos, profesores y medios de comunicación pueden ser liberados de los perjuicios de la Leyenda Negra y sus derivaciones, concediendo al mundo hispánico su debido lugar y respeto, las personas de origen hispánico podrían sentirse en verdad animadas a mantener su cabeza bien alta, a sentirse orgullosas de la grandeza del pasado del que proceden y, quizás, a divertirse a expensas de sus compañeros «anglos» de estudios, comparando, por ejemplo, los méritos de un Daniel Boone con los de un Francisco de Urdiñola; o los de una Sor Juana Inés de la Cruz con los de una Anne Bradstreet; o los triunfos españoles en Lepanto y Garigliano, contrapesando la derrota de la Armada Invencible —las posibilidades son infinitas en este campo. Estoy de sobra convencido de que gran parte del concepto despectivo de los angloamericanos acerca de los mejicanos, procede directamente de la Leyenda Negra, que inculcó en nosotros la idea de superioridad nórdica sobre los singularmente crueles e ignorantes españoles y su descendencia americana. Permítaseme de nuevo reiterar la yuxtaposición de «Recuerda la Armada» y «Recuerda el Alamo».

Yo no propugno la formación de una liga antidifamación para revisar nuestra cultura sobre asuntos hispánicos (a pesar de que la idea es tentadora) ni sugiero que expurguemos de nuestra literatura clásica todas las insidiosas y erróneas referencias sobre España, los españoles y los latinoamericanos; y no es en verdad necesario ni deseable el intentar crear una «Leyenda Blanca» sobre las proezas y malandanzas españolas, como algunos de nuestros más tímidos catedráticos parecen temer (4), aunque ésto sea también algo tentador a la vista de la larga vida y penetración de la Leyenda Negra y sus ecos. Sin embargo, apremio a nuestros reconocidos expertos en temas hispánicos a que realicen una evaluación más clara y profunda de la que hasta ahora se ha llevado a cabo, sobre nuestros errores —y en especial las maliciosas «medio-verdades»— en nuestra for-

mación cultural sobre tales temas. Todo lo que se requiere, y todo lo que se debe exigir, es exactitud en los hechos, eliminación de comparaciones denigrantemente erróneas y perspectivas históricas adulteradas. Aunque sólo fuera por su propio interés, nuestros hispanistas y latinoamericanistas debieran pedir que ésto se hiciese, empezando en las escuelas primarias, con el fin de que la enseñanza y el aprendizaje en niveles universitarios y más allá, se apoyase en sólidos fundamentos que aligerasen la carga de su trabajo.

Nuestro heredado y continuo desprecio cultural del mundo hispánico es motivo básico de que nuestro gobierno no se halle dispuesto todavía a poner en marcha esa mezcla de trabajo serio y máxima inteligencia exigido por nuestro compromiso con aquellos países. Nuestra falta de esfuerzos heroicos en aras de la reforma educativa indicada, dificulta en gran medida el entrenamiento de personal suficiente en número y preparación para tales objetivos. Permítaseme ilustrar algo de ésto con palabras de una de nuestras autoridades sobre Latinoamérica, el catedrático Harry Bernstein:

> «Mirad a los Estados Unidos, con sus millones de personas de origen español en Nueva York, la Florida y el Sudoeste; examinad el Pacífico o echad una ojeada a través del Hemisferio Occidental, y reconoced la importancia de España y Portugal en las estratégicas regiones del Norte y Centro de Africa, y Filipinas en el sudeste de Asia —luego mirad a vuestras universidades. Observad cómo la lengua española está ligada a la literatura, incapaz de librarse como el instrumento inestimable que es para la historia, economía, antropología y estudios sociales. Id un poco más lejos y notad cómo el idioma español, adhiriéndose a su propia estimación literaria, transfiere esta segregación para aislar al portugués. Si el español tiene el medio mundo de su literatura para florecer, el portugués tiene menos todavía. Un idioma básico para la novela contemporánea, para el arte moderno, para el estudio del Brasil de hoy en día, lo mismo que para la historia del imperio Luso-Brasileño en América, Asia y Africa, como es el portugués,

> en nuestras universidades existe en la tierra de los 'jamases'; jamás ofrecido y jamás estudiado».
>
> «Nosotros [los que nos dedicamos a la enseñanza de la materia latinoamericana] ... somos una generación perdida. No perdida por acción, perdida por inacción. No perdida por su espíritu, sino porque ha perdido una generación en su desarrollo. Una generación de maestros y catedráticos en este campo se ha perdido. Este capítulo está ausente del largo record de la historia cultural interamericana. Nunca tuvo oportunidad para desarrollarse; las universidades lo trataron como si fuese un huérfano. Desde 1943 y aún antes, Latinoamérica como campo de estudios se ha marchitado hasta morir, por lo menos en cuatro universidades que conozco al este de Chicago. Estos centros hacen ostentación de bibliotecas y tradiciones de enseñanza en este campo, pero sus departamentos de instrucción han eliminado la materia. El campo no existe, no produce profesores, no da seria información a los graduados» (5).

A pesar de que estas declaraciones fueron hechas en 1961, siguen siendo esencialmente verídicas.

Eco significativo de la Leyenda Negra es nuestro complejo misionero, intelectualmente sofocador, en cuanto se refiere a Latinoamérica en particular. Con presunción y jactancia, estamos determinados a encajar a Latinoamérica en el patrón de nuestra propia imagen, esto es, en nuestro tipo de democracia y logros materiales —y aun en nuestras prácticas religiosas, si algunos pudieran ejercer su voluntad. Este complejo está firmemente enraizado en el pasado, con características religiosas y «raciales» heredadas de las tradiciones del norte de Europa y de nuestros antepasados. Ciertos fanáticos modernos, en su ansiedad por reformar a Latinoamérica —y no pasan por alto a España y Portugal— no son menos ridículos que los sueños de nuestro Cotton Mather en el siglo XVII, de una conquista de esa zona, llevada a cabo por sus correligionarios Puritanos (6).

Un par de ejemplos tomados al azar, muestra como esa condescendencia puede ser mal expresada e inoportuna. Así, Eric Sevareid,

en un comentario sobre el Brasil, presentado por la C.B.S. (televisión), en noviembre de 1961, indicaba que había esperanza para este país porque «Dios y, bajo sus nuevas políticas, el gobierno de los Estados Unidos, ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos» (7). Así también, nuestro famoso evangelizador Billy Graham, en enero de 1962, fue de cruzada a Venezuela y Colombia, justo tras los pasos de la jornada de buena voluntad del Presidente Kennedy, a través de esa región, en una inoportuna y ruidosa exhibición de arrogancia misionera. Y recuérdese, como lo hacen los latinoamericanos, lo que Teddy Roosevelt dijo acerca de la falta de civilización al sur de nosotros.

Nuestra clase culta está todavía tan sumergida en el hábito de lo que yo he calificado de «provincialismo nordatlántico», que encuentra poco interés o tiempo para un examen serio de nuestras relaciones hispánicas, y ésto inhibe cualquier reajuste de nuestras opiniones sobre esos países. Así, el ya por tanto tiempo conocido forjador de opiniones, Walter Lippman, escribió a finales de 1960: «En nuestra corta visita al Brasil, con frecuencia me encontré teniendo que explicar por qué no había venido antes a Sudamérica y por qué había ido entonces» (8). Su viaje nació del pánico que nos produjo la situación cubana y la hostilidad e inquietud latinoamericana tan a gritos expresada durante el desafortunado viaje del entonces vicepresidente Nixon. Parecía algo tarde para que tal brahmán hiciera una primera visita a Sudamérica. Indicación segura del lugar que ese continente ocupaba en su escala de valores.

Como hemos visto en nuestros textos, España y los valores ibéricos no reciben el respetuoso tratamiento dado a Inglaterra, Holanda, Francia y a otras culturas del norte de Europa, y ésto perpetúa tal provincialismo. He aquí otro ejemplo de sus consecuencias, un artículo de John Crosby, columnista, escribiendo acerca del estreno en Nueva York de la obra de Federico García Lorca, *La Casa de Bernarda Alba.*

«... La eterna prisión que es el estado normal de las

> mujeres españolas desde el nacimineto hasta la muerte... La pasión en España se alimenta de la depravación que aviva las llamas hasta un grado casi inconcebible para el resto de nosotros... Y allí se encuentran todos los elementos de España: —de hoy, de ayer y de siempre— muerte, pobreza, calor, orgullo, crueldad y pasión... Puesto que España es casi tan extraña a nuestra naturaleza y a nuestra cultura como el Lejano Oriente —el resto de Europa parece tan comprensible como Nueva Inglaterra, comparada con España— la obra tiene una fascinación exótica y seductora...» (9).

España, como se ve, es a duras penas una parte de «nuestra cultura» —tan remota como el Lejano Oriente. No sé cómo explicar esta mezcla de «esnobismo» cultural y de ignorancia, si no es culpando a nuestro tradicional desprecio por los valores hispánicos y a la repugnancia en hacer el esfuerzo necesario para entenderlos. Ejemplos similares de este «parroquialismo» norpirenáico, pueden ser aducidos *ad infinitum;* sin embargo, una vez más, no es necesario beberse el barril entero para catar el vino.

Una reforma educativa en los Estados Unidos, que conduzca a una completa eliminación de los mitos y prejuicios populares que han deformado tan malamente nuestras opiniones acerca de España, Portugal y Latinoamérica es, *ipso facto,* una apremiante e imperativa necesidad nacional. Por desgracia, la investigación revisionista que opera a bocaditos, y la conferencia académica, aunque necesaria y valiosa, con frecuencia parecen irrealmente fabricadas en una torre de marfil. Los resultados llegan con demasiada lentitud a los textos y a las áreas de enseñanza a nivel inferior al de las universidades. Nuestros expertos debieran hacer esfuerzos masivos para acelerar este proceso, lo mismo que han hecho en otros campos (v. gr., ciencias y matemáticas), esforzándose en mejorarlos —en parte, al menos, bajo la presión del interés nacional (especialmente desde el «Sputnik») pero también, es presumible, en busca de la perfección. Corresponde a los hispanistas y latinoamericanistas hacer lo mismo —pronto.

No puedo pensar en una propaganda más eficaz en el extranjero

que la noticia de que por fin estamos haciendo ésto seriamente. En lugar de una difusión propagandística de nuestros propios elogios o de los esfuerzos para hacer a los demás a nuestra imagen y semejanza, por medio de una inundación de dólares, ésta debería haber sido la esencia de nuestra alardeada «Política de Buena Vecindad», a la vez que la base de nuestro futuro camino. Con esta trayectoria podemos, tal vez, no sólo cortar las garras a la peligrosa yanquifobia, ahora global, sino también tener alguna satisfacción en destruir el tipo de intelectualismo «parroquial» que tan mal se compagina con nuestro estado de poderío cumbre. Y aun sin tales consideraciones egoístas, el idioma, la literatura y la historia de aquellos pueblos, son muy dignos de ser conocidos cuando se ven libres de las grotescas caricaturas, gastados clichés y exagerados errores, que han ensombrecido nuestra visión hasta ahora.

Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, como hemos visto, estuvimos a punto de comprender la importancia de adquirir un segundo idioma, el de la extensa cultura hispánica a nuestro sur. Pero antagónicos y distrayentes intereses culturales y políticos, nos alejaron de este camino, para conducirnos por doquier en el mundo, abandonando el interés por las naciones hispánicas, tratando de tapar con dólares cuanta gotera saliera al paso. Nuestros líderes políticos e intelectuales, nos persuadieron de que Inglaterra, Francia, Alemania e Italia (por mencionar sólo los más importantes) en realidad necesitaban todo el dinero y atención que tan profusamente les hemos dado. Llegamos a pensar que las opiniones de un Nehru eran más dignas de nuestro respeto que lo eran las advertencias de nuestros convecinos del hemisferio (o los derechos de Portugal en Goa); que Tito de Yugoslavia (excombatiente del lado comunista en la Guerra Civil Española), los reformadores agrarios chinos y una Polonia comunista, debían ser aplacados y cortejados; pero que a España se la condenara al ostracismo y Latinoamérica fuese virtualmente ignorada. También creíamos que era más respetable intelectual y socialmente, estimular una eufórica fe en las Naciones Unidas que lo era el fortalecer la Organización de Estados Americanos. En resu-

men, miramos demasiado más allá de las defensas más cercanas, hasta el punto de olvidar que aquellas defensas existían. Y fue entonces cuando comenzaron a derrumbarse por falta de atención inteligente y un sentimiento de simpatía.

El descuido de defensas tales como Latinoamérica y la altamente estratégica Península Ibérica, fue una enorme e irresponsable aberración. Pero fue tan fácil el cometerla porque no nos habían enseñado a respetar ni a comprender a aquellos países. Debería ser nuestra vergüenza eterna el que la presión militar, más que la comprensión intelectual, nos trajera el restablecimiento de relaciones normales con España en 1950. En el caso de Latinoamérica, fue necesario el ultraje a nuestro vicepresidente y una demostración de violenta hostilidad hacia un antiguo formulador de nuestra política hacia esa región, Nelson Rockefeller, para que recordásemos que tal zona está también en nuestro planeta y que es una parte integrante de la civilización occidental.

La destrucción de la Leyenda Negra y de su larga cadena de ecos y consecuencias —aquel histórico «Arbol de Odio», cuyos frutos envenenan el mundo de habla inglesa y lo privan de la capacidad de un acercamiento al Mundo Hispánico con justicia, con simpatía y sin prejuicios— debe ser el primer gran paso para eliminar el abismo que ahora separa las dos mayores áreas culturales del occidente. Este puede ser un significativo avance hacia el reajuste —con cierta dosis de humildad— de aquellas defectuosas perspectivas que en los primeros años de este siglo nos condujeron a la ilusión de que nosotros, como instrumentos de la Divina Providencia, estábamos destinados a salvar a la humanidad, haciéndola a nuestra propia imagen.

La voz milenaria del pueblo español podría indicarnos el destino de aquellos que alcanzan dominio mundial y que no hacen caso a las propagandas que pueden solidificarse en forma de Historia.



El Gran Duque de Alba



Juan Schiller



El Príncipe Don Carlos



Guillermo de Orange

NOTAS

Cuando a un trabajo se le ha dado entrada completa en la Bibliografía, el nombre del autor se da únicamente en las Notas, excepto cuando se añade un corto título, para evitar confusiones entre diversos trabajos del mismo autor.

Capítulo I

Introducción al sofisma de la hispanofobia

1. En esta obra empleo los términos «mundo hispánico», «civilización hispánica» y otras frases similares, para designar la totalidad de aquellas áreas en donde predominan las lenguas española y portuguesa; es decir, principalmente, la América Latina, España y Portugal.

Portugal, en virtud de una alianza centenaria con Inglaterra y por algunas de sus propias actitudes y acciones antiespañolas (a más de un catolicismo no tan agresivo y un papel ciertamente menor que el que jugara España en Europa y en el mundo), ha escapado, generalmente, de los denigrantes ataques sufridos por su vecino peninsular. Sin embargo, los portugueses han sufrido indirectamente por estar, después de todo, emparentados con los españoles por sangre, historia, religión, lenguaje y costumbres. Así es que comparten la poca importancia que en general se da a las lenguas y culturas ibéricas en nuestros círculos intelectuales y en los europeos. En las siguientes páginas, pues, ha de entenderse que queda algo implicado el mundo portugués.

2. Citado por John Tate Lanning en «A Reconsideration of Spanish Colonial Culture», *The Americas,* I [octubre, 1944], p. 167.

3. Véase en la Bibliografía, p. 257, un sumario de la película, *The Spanish Main,* la cual contiene la mayor parte de los clichés generalizados. Véase también el Capítulo VII, para conceptos parecidos en nuestros materiales educativos.

4. Del *Viaje a España de Francisco Guicciardini, embajador de Florencia ante el Rey Católico,* traducido y editado por José María Alonso Gamo (Valencia, 1952), p. 57.

5. Julián Juderías, *La Leyenda Negra: Estudios acerca del concepto de España en el extranjero,* 13.ª edición (Madrid, Editora Nacional, 1954),

p. 161. Este trabajo fue publicado por primera vez en forma de libro en 1914.

6. «Del concepto que hoy se forma de España», en *Obras completas,* XXXVII, p. 289 (citado en Juderías, p. 27).

7. Juderías, p. 158.

8. Véase especialmente el Capítulo III, pp. 71-81, para algunos comentarios sobre el origen de la hispanofobia judía; y los Capítulos IV, p. 95 y V, pp. 132-135 para algunas referencias sobre las acciones judías contra España. Debo este paralelismo al perceptivo artículo de Carlos Dávila, «The Black Legend», *Américas,* I (agosto, 1949); pp. 12-15.

9. Juderías, pp. 25-26.

10. Véase John Francis Bannon, *The Spanish Conquistadores: Men or Devils?* ,

11. Samuel Flagg Bemis, *A Diplomatic History of the United States,* p. 541 (edición de 1942). También su *Latin American Policy of the United States,* p. 12. Véase mi Capítulo II para una síntesis del punto de vista escolar, demostrando los errores en estas declaraciones.

12. La alusión es a John Walton Caughey, *Gold is the Cornerstone,* Berkeley: University of California Press, 1948. Véase también mi artículo «The Forty-Niners of Sixteenth-Century Mexico», *The Pacific Historical Review,* XIX (agosto, 1950); pp. 235-249, para algunos paralelos comparativos de este tipo. Mi «Peacemaking on North America's First Frontier», *The Americas,* XVI (enero, 1960); pp. 221-250, también contiene observaciones paralelas, destinadas a hacer un ajuste de las perspectivas históricas en estas materias.

13. La referencia es sobre la oferta que Franco hizo a Winston Churchill de mediar para evitar las claras y peligrosas consecuencias de la «unconditional surrender» («rendición incondicional») y el Plan Morgenthau (escrito por John M. Hightower y titulado «Churchill Spurns, Exposes Franco's Anti-Red Plan», Santa Bárbara *News-Press,* abril 9, 1945). El columnista Richard Mowrer, escribe una provocativa esquela en el *Christian Science Monitor,* de noviembre 10, 1961: «Como el [diario español] *Arriba* escribió hace tres años: 'Nosotros sabemos que el mundo de hoy está regresando a nuestras trincheras, es decir, hablando nuestro lenguaje, denunciando al enemigo [comunismo] en contra del cual combatimos ayer'.

«El Generalísimo Francisco Franco recientemente condenó la tendencia extranjera de identificar al autoritarismo español con el nazismo alemán y el fascismo italiano, 'sin tener en cuenta nuestras propias características. En la misma forma', dijo, 'nosotros podríamos tachar de comunistas a los países del oeste que se aliaron con los soviéticos en la última guerra y contribuyeron grandemente a su poderío'».

Capítulo II

España en América: lo real y lo irreal

1. Citado por Charles L. G. Anderson, *Life and Letters of Vasco Núñez de Balboa* (New York: Revell, 1941), p. 4. El original proviene de la oda del madrileño Manuel José Quintana «A la expedición española para propagar la vacuna [contra la viruela] en América bajo la dirección de don Francisco Balmis» (1806). Información obtenida por la generosa ayuda de mi distinguido colega el profesor Enrique Martínez-López.

2. Dos de las principales colecciones de documentos, el Archivo General de Indias (Sevilla) y el Archivo General de la Nación (México) son tan extensas, que están apenas explotadas. Hay otras colecciones importantes en España y numerosos archivos igualmente inexplorados, tanto locales como nacionales en Hispanoamérica.

3. Este tema se ha discutido en varios trabajos, incluyendo: Parks, *Richard Hakluyt*, p. 89; *Cawley, Voyagers*, pp. 304, 380, 381, 388 y su *Unpathed Waters*, pp. 220 y 252-253.

4. Hyland, *A Century of Persecution*, p. ix.

5. Leonard, *Books of the Brave*, p. 8.

6. Toynbee, *Study of History*, citado en Leonard, *Books of the Brave*, p. 10.

7. Hanke, *Spanish Struggle for Justice*, p. 175. Constantino Bayle, *España en Indias*, Capítulo 6 (titulado «¿Quién despobló América?») y en otras partes de este volumen introduce muchos comentarios sensatos sobre la disminución de los indios.

8. Leonard, *Books of the Brave*, pp. 4, 12, 3.

9. University of California *Bulletin*, V. núm. 28 (febrero 25, 1957), pp. 134-135.

10. Vera Brown Holmes, *A History of the Americas From Discovery to Nationhood* (New York: Ronald Press, 1952), p. 190: «La mayor parte [de los españoles] vinieron al Nuevo Mundo como aventureros y buscadores de riquezas; no eran verdaderos colonizadores en el sentido de ser emigrantes huyendo de un país superpoblado o de una condición política opresiva en Europa, buscando nuevos y permanentes hogares en América».

11. Para obtener indicaciones de los diferentes tipos de emigrantes que fueron al Nuevo Mundo desde España, véase el *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, editado por Cristóbal Bermúdez Plata, 2.ª edic., Sevilla, 1940, 1942 y 1946. Acerca de este tema y posiblemente como ayuda especial y provechosa para aquellos interesados en corregir las perspectivas de nuestro proceso educacional, sugiero el ensayo del profesor Herbert E. Bolton, «Cultural Cooperation with Latin America», *The Journal of the National Education Association* (enero, 1942), pp. 1-4.

12. Algunas de las más conocidas: Doña Mencía de Sanabria y sus dos hijas, que hicieron un viaje de cerca de seis años para ir de España a Paraguay (por tierra, vía Brasil) y gobernar allí en nombre de su hijo (mitad del siglo XVI); la famosa compañera de Pedro de Valdivia en la conquista y colonización de Chile. Hubo una audaz y enérgica gobernadora en la isla Margarita, por los años de 1570; su entretenida historia espera en el Archivo General de Indias, para ser escrita. Hubo numerosas mujeres españolas viviendo en las más lejanas fronteras del norte de México en el siglo XVI (véase Vito Alessio Robles, *Francisco de Urdiñola y el norte de la Nueva España* (México, 1931); y también mi «Peacemaking on North America's First Frontier», *The Americas*, XVI (enero, 1960), pp. 221-250). Obsérvese igualmente a William Lytle Schurz, *This New World*, especialmente pp. 282-299.

13. Bayle, *España en Indias*, p. 83.

14. Además de la clásica conquista mexicana, la diplomacia de Vasco Núñez de Balboa en el Istmo y de Domingo Martínez de Irala en el área del Plata, ilustran esta básica característica de la conquista española en América. Puede añadirse que los españoles, al extender sus fronteras americanas, fueron diestros para ganar aliados indios y rápidamente los incorporaron a sus fuerzas para servicios diplomáticos y militares (véase, por ejemplo, mi libro *Soldiers, Indians and Silver*, capítulo 9).

15. Otra vez las historias de Cortés, Núñez de Balboa y Martínez de Irala son ilustrativas. Véase a Silvio Zavala, *New Viewpoints*, pp. 69-70; en éste y en otros de sus trabajos, Zavala, para enseñar las pretensiones de los conquistadores y de los que les siguieron, revela por fuerza el origen, esencialmente clases media o baja, de estos invasores de América.

16. «... Reglamentos sobre conquistas y aquellos que emprendieron la guerra justa en México, Perú y también en la periferia del imperio en Nuevo México, Chile y las Filipinas, nunca escaparon del escrutinio de aquellos que insistieron en que la cristianización y bienestar de los indios fueran las metas principales de la Conquista» (Hanke, *Struggle for Justice*, p. 174). Véase también a Bayle, *España en Indias*, especialmente los capítulos 1-4.

17. Simpson, *Many Mexicos*, al principio del capítulo 6, titulado «Don Antonio de Mendoza».

18. *Colonial Elites*: *Rome, Spain and the Americas* (The Whidden Lectures). London: Oxford University Press, 1958, p. 42.

19. Por ejemplo, cuando el rey español introdujo la alcabala en México en la década de 1570, fue a un porcentaje mucho más bajo que en la madre patria (véase mi «Portrait of an American Viceroy: Martín Enríquez, 1568-1583», *The Americas*, XIV, p. 11). Arnoldsson, en su *La Leyenda Negra* (pp. 40-41), indica que en el Reino de Castilla la norma de los impuestos era mucho más pesada que la de sus dominios en Italia. «Menos de una cuarta parte de los ingresos anuales del estado [mitad de 1590] venían de remesas en plata americana; el resto, lo pedían prestado, o eran paga-

dos por los impuestos levantados originalmente en Castilla» (Elliott, *Imperial Spain,* p. 279).

20. Véase arriba, p. 25 y también la nota 9.

21. La monumental *Recopilación de leyes de los reynos de las Indias,* la gran colección de la legislación de España para América, se puede consultar en casi todas las bibliotecas universitarias y puede ser comprada sin grandes dificultades. Este solo trabajo, aun si es leído ligeramente, puede ilustrar tal punto. Además, hay muchas otras colecciones de correspondencia virreinal, edictos reales y ordenanzas (locales e imperiales) que apoyan esta afirmación; juntamente con varios buenos estudios monográficos, ahora disponibles en inglés. He incluido en mi Bibliografía, Sección III, algunas de las autoridades de habla inglesa en estas materias, que más fácilmente pueden ser consultadas.

22. Tomemos sólo el ejemplo de los holandeses: «Holanda ha decidido recientemente impartir educación superior. Tres siglos después de la fundación de Batavia (1619) no había aún nada de esta naturaleza en sus Indias» (Georges H. Bousquet, *A French View of the Netherlands Indies,* London: Oxford University Press, 1940, p. 95). Amry Vandenbosch, *The Dutch East Indies: Its Government, Problems and Politics* (Berkeley: University of California Press, 1944) y Bernard H. M. Vlekke, *The Story of the Dutch East Indies* (Cambridge: Harvard University Press, 1946) confirman la misma impresión de que no había prácticamente nada de tipo universitario aún en tiempos recientes y que el récord holandés era débil incluso a nivel secundario.

23. Lanning «A Reconsideration...», *The Americas,* I, pp. 166-178.

24. Meyer, pp. 163-164 y Janssen, XVI, especialmente los capítulos 5, 7 y 8.

25. Para diversas lecturas que confirman y elaboran los puntos indicados, véase la Bibliografía, Secciones I y III. Véase también el capítulo III, pp. 75-77, concerniente en particular al establecimiento de la Inquisición, relacionado con el problema de los cripto-judíos. Véanse los Capítulos IV, pp. 89-92, y V, p. 122, referentes a la propaganda anti-inquisitorial.

26. Por ejemplo, Cecil Roth, *Marranos,* p. 84.

27. El esfuerzo de Henry C. Lea, en el único tratado de importancia en inglés, con alguna pretensión de responsabilidad escolar, está ahora fuera de época y malamente desfigurado por errores y prejuicios. Véase la Bibliografía, Sección I, y el trabajo de Richard Greenleaf citado en la Sección III.

28. Hanke y Giménez, pp. xii-xiii.

29. De Lewis Hanke, *Struggle for Justice,* pp. 175, 177 y 178. Véase también a Hanke, «Conquest and the Cross», *American Heritage,* XIV, 2 (febrero, 1963): pp. 4-19 y 107-111.

30. Citado por Lanning en «A Reconsideration»; versión española en Juderías, p. 273.

31. Para una idea de los propósitos e historia de la impresión de esta

obra, véase especialmente a Hanke, *Bartolomé de Las Casas: Bookman, Scholar and Propagandist* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1952), pp. 42 y siguientes; Hanke y Giménez Fernández, *Bartolomé de Las Casas, 1474-1566* (un estudio bibliográfico anotado), pp. 139 y siguientes.

32. Lanning «A Reconsideration», p. 166.

33. Matemática y obviamente, dado que las mujeres indias producían niños mestizos, el número relativo de indios declinaba, puesto que el mestizo ya no era indio de pura sangre. Esta es una circunstancia significativa que muchos escritores se olvidan de tomar en cuenta, con una indiferencia lascasiana en sus conjeturas sobre la disminución indígena. Una y otra vez los nativos se mataban alegremente entre sí, en las luchas como aliados de los hispanos contra otros indios; a menudo, a pesar de los esfuerzos españoles para prevenirlo. Los aborígenes también murieron en gran escala a causa de varias epidemias. Las Casas, probablemente, nunca conoció ninguna de las grandes epidemias que los diezmaron (Hanke y Giménez, p. 151, basado en George Kubler, «Population Movements in Mexico, 1520-1620», *The Hispanic American Historical Review*, XXII [1942], pp. 606-643).

34. Bayle, *España en Indias*, especialmente el capítulo 6, discurre razonablemente sobre este tema general de la merma de los indios. Consultar también a Diffie, pp. 178-79.

35. Por ejemplo, Marcel Brion, *Bartolomé de las Casas (Father of the Indians)*, es un ejemplo de las peores imágenes de la actual Leyenda Negra, escrito basado en Las Casas y aparentemente lleno de fuertes prejuicios hispanofóbicos; o Ralph Korngold, *Citizen Toussaint* (para la cita completa, véase la Bibliografía).

36. Citado en Hanke y Giménez, p. xvii.

37. Carbia, en la tercera parte, «La reacción contra la leyenda», pp. 197-238, da un resumen de las obras más conocidas que atacan a Las Casas, y a la Leyenda Negra en general. Una de las más recientes críticas de Las Casas es la de Ramón Menéndez Pidal, el eminente erudito español, en su libro *El Padre Las Casas: Su doble personalidad* (Madrid, Espasa Calpe, 1963). Como respuesta a esta crítica, véase Hanke, «More Heat and Some Light...».

Capítulo III

Raíces de la hispanofobia

1. Citado en Arnoldsson, p. 59.

2. Sverker Arnoldsson, *La leyenda negra: Estudios sobre sus orígenes* (Acta Universitatis Gothoburgensis; Göteborgs Universitets Arsskrift, LXVI, No. 3, 1960), p. 7. Para las fases italiana y alemana con respecto a sus primitivas expresiones antiespañolas, me baso en el libro de

Arnoldsson, a menos que se indique otra cosa. He reseñado este trabajo en *The Hispanic American Historical Review*, XLI, pp. 563-564 y, en mayor grado, en *Historisk Tidskrift* (Stockholm, 1962), pp. 183-186.

3. Gonzalo Jiménez de Quesada, *El Antijovio*, 1567, editado por Rafael Torres Quintero (Bogotá, 1952). Citado en Arnoldsson, p. 10.

4. Arnoldsson, pp. 22-23.

5. Arnoldsson, pp. 26-34.

6. Arnoldsson, pp. 41-45.

7. Arnoldsson, pp. 58-59.

8. Arnoldsson, p. 99.

9. Aproximadamente: «Atacad a los marranos y perros españoles como si fueran ranas, y enseñadles bien lo que significa desafiar a los alemanes» (canción alemana del período de la Guerra Esmalcalda, citada en el libro de Arnoldsson, p. 207).

10. Arnoldsson, pp. 115-117.

11. Arnoldsson, pp. 120-123.

12. Arnoldsson, pp. 128-133. La publicación más notable y de mayor influencia contra la Inquisición, fue la de uno que se hizo llamar Reginaldus Gonsalius Montanus (Reginaldo González de Montes), bajo el título de *Sanctæ Inquisitionis Hispanicæ artes...* (primera edición, Heidelberg, 1567). Este trabajo fue enormemente popular por su apariencia de autenticidad al describir en detalle minucioso las torturas de la Inquisición y otros procedimientos. En rápida sucesión, fue publicado otra vez en alemán, después en francés y dos veces en holandés e inglés. Llegó a ser una verdadera biblia de la propaganda antiespañola, por más de dos siglos, hasta el tiempo del famoso trabajo de Llorente.

La obra de Montanus (o Montes), aunque abundando en errores y exageraciones, pone énfasis en las tendencias heréticas judeo-musulmanas entre la gente española y sobre las persecuciones de herejes y protestantes en muchas partes de Europa por la Inquisición, reforzando así esos temores referentes a la dominación de España en el Universo. Para darse una idea de este trabajo y de su significado, consúltese a Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, IV, pp. 152-157.

Entre otros, Sombart, especialmente pp. 14 y 187, indica la concentración judía en Frankfurt.

13. Arnoldsson, p. 133. Consultar también algunas de las citas de los panfletos holandeses en mi capítulo IV.

14. La declaración oficial de Israel, tal como apareció en nuestra prensa, fue más o menos así: «España misma no persiguió a los judíos, pero se asoció con naciones [por ejemplo Alemania e Italia] que sí lo hicieron». Cuán irónico es el reconocimiento dado más tarde por los judíos a España por la protección prestada a ellos para ayudarles a escapar de la persecución del Eje. Así, «Label A. Katz, presidente de la Jewish International B'nai B'rith Society, ayer le dio las gracias al Jefe del Estado, Generalísimo Franco, por el asilo que España brindó a los judíos durante la

Segunda Guerra Mundial. Actualmente hay 5.000 judíos en España» (Santa Bárbara *News-Press* [febrero 14, 1963]: A-2). *Newsweek,* marzo 2, 1970, publicó un interesante recuento de la investigación del Rabino Chaim Lipschitz, del Torah Vodrath y Mesivta Rabbinical Seminary de Brooklyn, acerca del auxilio que Franco prestó a los judíos durante la persecución del Eje.

15. Acerca de este tema hay una sustanciosa bibliografía, pero únicamente mencionaré unas cuantas obras que son fácilmente obtenibles. Cecil Roth, *The History of the Marranos* (hay una edición de bolsillo de 1959, publicada por Meridian Books y The Jewish Publication Society of America); José Amador de los Ríos, *Historia de los judíos de España y Portugal* (la edición de Buenos Aires en 1943); Américo Castro, *The Structure of Spanish History* (Princeton University Press, 1954) habla mucho acerca de las influencias judías en España, especialmente de naturaleza literaria; Salvador de Madariaga, «Spain and the Jews» (en su *Essays with a Purpose,* Londres, 1954) —un corto ensayo intrigante de aguda perspicacia, que es un buen comienzo para los confundidos en estas materias.

16. William Thomas Walsh, en su *Isabella of Spain,* da un extenso sumario del poder y prosperidad judíos a finales del siglo xv en España; consultar también a Amador de los Ríos.

17. Cecil Roth, *History of the Marranos,* pp. 27, 30 y 31.

18. Newman, *Jewish Influence,* p. 392.

19. Por ejemplo, el Papa Adriano VI habló de la nación española como «los judíos» (Walsh, *Philip II,* p. 90). «... El poder, la riqueza, la libertad y el prestigio obtenidos por los judíos en la España cristiana entre los siglos x y xv, no tienen paralelo en la historia de Israel... Más de una vez el Papa amonestó a los monarcas españoles por su política a favor de los judíos... La tradición de los reyes, ya sea de Aragón-Cataluña o Castilla, fue definitivamente pro-judía» (Madariaga, «Spain and the Jews», *Essays with a Purpose,* pp. 139-141).

20. Neuman, *The Jews in Spain,* especialmente la parte II, capítulo 2; Walsh, *Philip II,* pp. 89-90 y su *Isabella,* pp. 274-275.

21. Recordemos que en ese tiempo los judíos estaban expulsados de Inglaterra, y que cuando se les permitió volver, en pequeños grupos (siglos xvi y xvii), esta inmigración no era oficial (Hyamson, *Sephardim of England,* especialmente pp. 2-13). La *History of the Jews in Russia and Poland* de Dubnow, cuenta algunas de las tribulaciones judías que hacen parecer a la historia de España muy moderada. Y la historia completa de las persecuciones hebreas en Francia, sobre las cuales hay una extensa literatura, es interesante para cualquier persona que trate de formarse un juicio objetivo de la acción oficial española.

22. Jerome Münzer, después de sus viajes por España durante 1494-95, escribió que «los judíos y los marranos, fueron antiguamente los amos de España, porque ellos obtuvieron los principales empleos y explotaron a los cristianos», pero ahora Dios, a través de los Reyes Católicos, ha

curado este mal. «Repetidamente, registra el servicio que el rey Fernando rindió a la cristiandad por la derrota de los infieles y demolición del ghetto judío de Granada... y castigando duramente a los cristianos renegados...» (citado en Arnoldsson, p. 113).

Adviértase también este perspicaz comentario: «Mientras las víctimas de la Inquisición eran católicos de descendencia judía, a los cuales se les había comprobado que eran falsos cristianos, saboteadores clandestinos durante la cruzada pro-independencia contra los mahometanos, en Inglaterra o Alemania nunca hubo tanto alboroto contra la institución. Pero fue un gran golpe de suerte para los enemigos internacionales de España, cuando podían representar a alguno de sus propagandistas en la Península, como mártires del Luteranismo» (Walsh, *Philip II*, p. 237).

23. Obsérvese a Rousseau en el siglo XVIII, en su *Contrato Social*: «Hay una profesión de pura fe cívica, cuyos artículos son determinados por el soberano. El no puede forzar a nadie a creer en ellos, pero puede desterrar a todos aquellos que no lo hacen. Y después de publicar estos dogmas, si alguno se comportase como si no creyese en ellos, dejad que sea castigado con la muerte; ha cometido el peor de los crímenes: ha mentido ante las leyes» (citado por Madariaga, en su «Spain and the Jews», *Essays*, p. 153).

Téngase presente que hoy día está establecida en los Estados Unidos la deportación por perjurio (al entrar al país); y conspirar por la caída de nuestro gobierno, puede ser castigado con el encarcelamiento. La ejecución de Julio y Ethel Rosenberg, el 19 de junio de 1953, es una advertencia de que la traición se castiga con la pena de muerte en nuestro país, de la misma manera que en siglo XVI se podía castigar la disidencia religiosa en España, Inglaterra y Francia, y en cualquier otro país de Europa.

24. Madariaga, «Spain and the Jews», *Essays*, pp. 148-152.

25. Por ejemplo, en 1474, solamente había 12.000 familias judías en Castilla (Merriman, II, p. 91). «El número total entre desterrados, muertos y aquellos que obtuvieron el bautismo para escapar de la expulsión, era probablemente menor de 200.000» (*Ibid.*, II, p. 93; basado en Lea, I, p. 142). Véase también a Olagüe, I, capítulo 4.

26. Como ejemplo de erudición moderna concerniente a la decadencia de España, en términos mensurables más que generalizaciones no comprobadas, consultar a Earl J. Hamilton, «The Decline of Spain», *Economic History Review*, VIII (1937-1938), pp. 168-179. Consultar también los cuatro volúmenes de Olagüe, *Decadencia*.

27. Santa Bárbara *News-Press*, noviembre 7, 1961, A-2.

28. «Los judíos españoles, a pesar de la Inquisición, fueron un factor importante en el desarrollo de la imprenta en ese país» (MacMurtrie, *The Book*, p. 194).

29. Newman, especialmente los libros III y IV de *Jewish Influence*. Consultar también mi capítulo IV.

30. Por ejemplo: Roth, *Marranos*, pp. 233-34 y 285-86. Los trabajos de

Hyamson, Graetz, Wolf y otros historiadores judíos proporcionan muchos datos acerca de este tema. El de Madariaga, *Fall of the Spanish Empire*, pp. 245-254, es un accesible y valioso resumen de la acción internacional de los judíos contra España. Walsh, *Philip II*, también contiene gran cantidad de comentarios sobre el asunto. Véase también el Capítulo V, pp. 132-135 de este libro.

Capítulo IV

Las guerras de papel

1. P. A. M. Geurts, *De Nederlandse Opstand in de Pamfletten, 1566-1584* (Nijmegen-Utrecht, 1956). Esta excelente tesis doctoral provee muchas de las bases de mis comentarios sobre esta fase de la propaganda holandesa contra el poder de España.

2. Para algunos de los más recientes y mejores juicios sobre el conflicto hispano-holandés, consultar a: Pieter Geyl, *The Revolt of the Netherlands (1555-1609)*, y su *The Netherlands in the Seventeenth Century (Part One, 1609-1648)*.

3. La primera frase es del sumario de Geurts en inglés, p. 299; el resto está en la p. 35.

4. La versión holandesa es así:

> Voor Godt wil ick belijden
> End zijner grooter Macht,
> Dat ick tot gheenen tijden
> Den Coninck heb veracht:
> Dan dat ick Godt den Heere,
> Der Hoochster Majesteyt,
> Heb moeten obediëren
> In der gherechticheyt.

(Theodoor Weevers, *Poetry of the Netherlands*, p. 195). Véase también a Geurts, p. 158.

5. Geurts, pp. 49 y 134. Por ejemplo, el folleto *Pandorae sive veniae Hispanicae Belgicis Exvlibus* (núm. 222 en Willem Pieter Cornelis Knuttel, *Catalogus van de Pamfletten-verzameling berustende in de Koninklijke Bibliotheek*, nueve vols. La Haya, 1889). De ahora en adelante, las indicaciones para este catálogo básico serán acortadas a «Knuttel», más el número del folleto.

6. Véase Levin, *History as Romantic Art*, p. 255, con referencia al énfasis de Motley acerca del miedo holandés a la Inquisición española.

7. Geurts, pp. 175-78.

8. Véase arriba, p. 68, basado en Arnoldsson. Como Arnoldsson apunta,

los orígenes y conexiones de Orange en Alemania, a más de otras relaciones germano-holandesas, indudablemente cuentan para dicha apropiación de temas y fraseología antiespañoles.

9. Geurts, p. 161.

10. Hay mucha bibliografía sobre este tema. Para un resumen reciente y equilibrado, consultar a Lynch, *Spain under the Habsburgs*, I, pp. 175-180. Consultar también a Geurts, pp. 164-67, «Don Carlos in the Pamphlets», y a Walsh, *Philip II*, especialmente los capítulos 21 y 22.

11. Geurts, pp. 174-75.

12. Geurts, p. 183.

13. En Bayle, *España en Indias*, hay una ilustrativa admisión holandesa: «[El Padre Petters, hablando en el Congreso Misional, Barcelona, 1931, dijo]: Soy holandés, esto es, una víctima de antipatías nacionales hacia España, antipatías muy arraigadas, mamadas casi con la leche, fermentadas por un sistema absurdo de educación e instrucción histórica en nuestras escuelas». Esta declaración está tomada de la «Vindicación de España en Filipinas», de Petters, Archivo Agustiniano, julio, 1931.

14. Roth, *Marranos*, p. 90. Para un tratamiento discriminatorio de los holandeses y españoles con respecto a Portugal, en un texto reciente americano, consultar el capítulo VII, p. 187.

15. Koninklijke Bibliotheek (La Haya), folleto 1449. (De aquí en adelante, KB, seguido del número del folleto.)

16. KB, 1078.

17. KB, 1199.

18. KB, 1230.

19. KB, 1300.

20. KB, 1345.

21. Walsh, *Philip II*, pp. 412 y 464; Isidore Harris, «A Dutch Burial-Ground and its English Connections», Jewish Historical Society of England, *Transactions*, VII, p. 113. Lo de Holanda, Inglaterra y Francia cortejando a los musulmanes para enardecer los ataques contra España, se asemeja levemente a las tendencias recientes de cirtos círculos que ven más peligro en cultivar relaciones con una España muy occidental y cristiana que construir puentes a una Rusia comunista.

22. KB, 1424.

23. KB, 1581.

24. Consultar la nota 13, anterior. Un profesor holandés, J. W. A. van Soest, tras una larga recopilación de material ilustrativo de la Leyenda Negra en su propio país, ha publicado artículos sobre el tema en holandés y en español. Pero admite verbalmente que todavía es imposible convencer a sus compatriotas de las deformaciones de la Leyenda (conversaciones personales, La Haya, 1961).

25. Geyl, *Revolt*, p. 265. Véase a Arnoldsson, pp. 138-140, para algunos comentarios sobre la biblioteca de Marnix en el sentido de reflejar la Leyenda Negra

26. Geyl, *Revolt*, pp. 268, 270 y 271.
27. Walsh, *Philip II*, especialmente pp. 404-416, une estos hilos en forma conveniente.
28. Geyl, *Revolt*, p. 291.
29. Weevers, *Poetry*, pp. 108-109 y 95-96.
30. *Ibid.*, pp. 194-95.
31. Adrianum Valerium, *Neder-landtsche Gedenck-clanck...*, Haarlem, 1626.
32. Lindabury, *Patriotism in the Elizabethan Drama*, p. 59.
33. Hughes, *Reformation in England*, III, pp. 401-02.
34. Cawley, *Voyagers*, p. 278.
35. La introducción lleva este título: «To the Reader. Spanish cruelties and tyrannies, perpetrated in the West Indies, commonly termed The newe found worlde. Briefly described in the Castilian language, by the Bishop Fryer Bartholomew de Las Casas or Casaus, a Spaniarde of the order of Saint Dominick, faithfully translated by James Aliggrodo, to serve as a President and warning, to the XII, Provinces of the lowe Countries». Esto es seguido por un epígrafe: «Happie is hee whome other mens harmes doe make to beware».
36. W. G. R. Taylor, *Writings of the Two Richard Hakluyts*, II, p. 246, nota 2.
37. Véase especialmente a Parks, *Richard Hakluyt*.
38. Véase la Bibliografía, Sección II, bajo los nombres de Antoine Arnauld y Robert Ashley, para menciones completas de estos folletos.
39. Scott, *The Belgicke Pismire* (consúltese la Bibliografía, Sección II).
40. Para una lista de la mayoría de las publicaciones de Scott contra España, véase la Sección II de la Bibliografía.
41. Schelling, *Foreign Influences in Elizabethan Plays*, pp. 124-126.
42. *Ibid.*, pp. 113-115.
43. Cawley, *Unpathed Waters*, p. 134.
44. *Ibid.*, especialmente las pp. 220, 224 y 253; y su *Voyages*, *passim*.
45. Cawley, *Voyages*, p. 304.
46. *Ibid.*, pp. 125-26.
47. *Ibid.*, p. 364.
48. Bajo el título: *Kurtze Erklaerung der Fuernembsten Thaten so durch die Spanier beschehen in etlichen Orten der neuwen West so in Folgenden Kupfferstuecken schoenzierlich vnd kuenstlich derselben bey jeder Historien jetzt ins Teutsch dar gegeben werden.*
49. Parks, *Hakluyt*, especialmente pp. 161-163. Para unas reproducciones de los grabados de De Bry, ver pp. 112-113. Lewis Hanke, en su «Conquest and Cross», reproduce acuarelas que evidentemente sirvieron como base para los grabados de De Bry y fueron, aparentemente, destinadas a acompañar a una edición francesa de la *Brevíssima relación*, en 1583.

Capítulo V

Arrogancia en la Ilustración

1. Para un resumen conveniente de la historia en inglés de Antonio Pérez, consultar a Lynch, *Spain under the Habsburgs*, pp. 304-306 y 340-343.

2. Algunos de los más eruditos esfuerzos para la valoración de Felipe II están registrados y evaluados en el tomo XIX, volumen I, de la extensa *Historia de España* (dirigida por Ramón Menéndez Pidal); el «Prólogo», pp. ix-xliv (por Cayetano Alcázar Molina). Este «Prólogo» y el «Preámbulo» que le sigue, también sumarizan las principales líneas de controversia acerca de Felipe II y su época.

3. Para sucesivas ediciones extranjeras de Las Casas, véase la obra de Lewis Hanke y Giménez Fernández. La obra de González Montanus tuvo las siguientes ediciones parciales o completas en diferentes idiomas, siguiendo a la primera en Heidelberg, en 1567: Heidelberg, 1569, 1603 y 1611; Hamburgo, 1611; Londres, 1568, 1569 y 1625; una traducción francesa de 1568; una holandesa hecha en Londres, 1569, y en Amsterdam en el mismo año (la última, reimpresa en 1620). Además, este trabajo fue muy frecuentemente la base para toda clase de resúmenes, extractos, grabados, novelas, historias populares, etc.

4. Charles E. Passage, «Introduction» en Schiller, *Don Carlos, Infante of Spain*, p. xiv. En las páginas xvi-xxii, hay un breve resumen del origen del Don Carlos literario, desde Saint-Réal a Schiller y a Verdi.

5. *Ibid.*, p. xvii.

6. *Ibid.*, p. xviii. *Don Carlos* fue representado, por primera vez, en el teatro de Mannheim, en 1787.

7. Juderías, pp. 229-233. El *Don Carlos* de Schiller, fue representado desde 1799 en Nueva York.

8. Véase a Carbia, especialmente el capítulo 4, pp. 97-124.

9. Carbia, pp. 97-124.

10. Para algunos ejemplos de las actividades literarias y otras acciones y escritos antiespañoles de los judíos, véase a: Bueno de Mesquita, «The Historical Associations of the Ancient Burial-Ground of the Sephardic Jews», JHSE, *Transactions*, X, pp. 225-254; David W. Davies, *The World of the Elseviers, 1580-1712* (La Haya: Nijhoff, 1954), pp. 129-130; Henry V. Besso, *Dramatic Literature of the Sephardic Jews of Amsterdam in the XVIIth and XVIIIth Centuries;* Roth, *Marranos*, especialmente en el capítulo 8, pero también en otros pasajes; Hyamson, *Sephardim of England*, pp. 12-13; Israel Solomons, «David Nieto and some of his Contemporaries», JHSE, *Transactions*, XII, pp. 1-102; Lucien Wolf, *Essays in Jewish History*, especialmente el ensayo II, «Cromwell's Jewish Intelligencers», pp. 93-114.

11. Introducción del editor, p. xvi, de *Thomas Gage's Travels in the New World;* editado por J. Eric S. Thompson (Norman, Okla., University of Oklahoma Press, 1959).

12. Hanke y Giménez, pp. 139-156.

13. Carbia, pp. 115-118. Fue tal clase de difamación, venida de un autor italiano, la que provocó la *España en Indias* de Constantino Bayle, que he consultado extensamente.

14. Carbia, pp. 119-121. Para cita completa del trabajo de Marmontel, consultar la Bibliografía, Sección II.

15. Sobre Davenant, *Cruelty,* consultar a Cawley, *Voyagers,* pp. 291, 298, 304, 344-345; y su *Unpathed Waters,* pp. 249-253. Sobre Las Casas y nuestra guerra con España, véase mi Capítulo VI, p. 160.

16. Véase a Hanke y Giménez, pp. 141-142, sobre la popularidad y extensa distribución de los trabajos de Las Casas, en nuestras bibliotecas de los primeros tiempos, tanto públicas como privadas. Adviértanse también los comentarios de Williams, *Spanish Background of American Literature,* especialmente las pp. 3, 17, 23, 36, 37 y 41-43.

17. Hyamson, *Sephardim of England,* contiene una relación completa sobre esta historia y, en ciertos pasajes, menciona varias acciones judías contra España.

18. Bloom, *Economic Activities of the Jews of Amsterdam,* especialmente pp. 45-46, 61, 88 y 130.

19. *Ibid.,* pp. xv, pp. 8-9.

20. *Ibid.,* pp. 20-21, basada sobre A. C. Kruseman, «Aanteekeningen betreffende den Boekhandel van Noord Nederland in de 17e en 18e Eeuw», *BGNB,* VI (1893), 98, *passim.*

21. *Ibid.,* p. 45, basado sobre M. M. Kleerkooper y W. P. van Stockum, *De Boekhandel te Amsterdam, voornamelijk in de 17e eeuw* (La Haya, 1914-1916).

22. Newman, *Jewish Influence,* pp. 392-93 y 629.

23. Davies, *Elseviers,* pp. 129-30.

24. Bloom, pp. 75-81, y Besso, *passim.*

25. Especialmente, consúltense los trabajos de Hyamson, Roth, Lucien Wolf y Bueno de Mesquita, registrados en la Bibliografía, Sección I.

26. Steinberg, *Five Hundred Years,* pp. 180-81.

27. Madariaga, *Rise of the Spanish American Empire,* p. 173.

28. *Time,* European Overseas Edition (febrero 3, 1961), p. 32.

29. Juderías, p. 238.

30. *The Spirit of the Laws* (Traducción de Thomas Nugent, New Yor: Hafner, 1949), Libro VIII, 18, pp. 121-22.

31. *Ibid.,* Libro X, 4, p. 137.

32. Para cita completa, consultar la Bibliografía, Sección II. Raynal y su trabajo están amargamente discutidos en Juderías, pp. 239-40, y Carbia, 151-55.

33. Summers, *The Gothic Quest,* p. 196.

34. *Ibid.,* pp. 154-55.

35. *Ibid.,* pp. 191, 193.

36. *Ibid.,* pp. 190, 193.

37. *From Paris to Cadiz,* tr. y ed. por A. E. Murch, Londres, 1958, pp. 72-76.

38. *A Romantic in Spain* [*Un Voyage en Espagne*], traducción e introducción de Catherine Alison Phillips, New York, Knopf, pp. 107, 109 y 113.

39. Lewis Hanke, «Dos palabras on Antonio de Ulloa and the *Noticias Secretas*», *The Hispanic American Historical Review,* XVI, pp. 479-514. Este artículo es muy útil como pequeña guía para la literatura sobre el uso de Las Casas, especialmente en el siglo XVIII, por los franceses y otros; y como comentario sobre esta fase de la Leyenda Negra, como fondo para las guerras de independencia hispanoamericanas.

40. Juderías, especialmente en el libro IV, razona este interesante tema. Él censura severamente a aquellos de sus compatriotas que, debido a apatía o a aceptación indiscriminada de opiniones extranjeras sobre España, tienen mucha de la culpa de la perpetuación y éxito de la Leyenda.

Capítulo VI

Del matricidio y dogmas americanos

1. Citado en Carbia, p. 177.

2. *Ibid.*, especialmente las pp. 156-173, trata este tema y cita ejemplos; en las páginas siguientes, ilustra el empleo de la Leyenda Negra en la Hispanoamérica de la post-guerra.

3. Tales como un choque hispano-mexicano en Veracruz, en 1829; la participación española en la primera fase de la invasión de México, 1861; la llamada Guerra de Reivindicación, 1865-1867, un conflicto menor a lo largo de las costas del Perú y Chile; circunstancias relacionadas con el breve retorno de la República Dominicana a la corona española, 1861-1865; los incidentes de la situación cubana; los embrollos diplomáticos de diferentes países con España. Existía también un continuo antagonismo hacia los españoles que permanecieron en las nuevas naciones americanas.

4. Carbia, pp. 179-194, dedica un capítulo al tema de la utilización liberal de la Leyenda Negra, con muchos ejemplos ilustrativos.

5. Para un divertido resumen de esta historia, consúltese a Lesley Simpson, *Many Mexicos,* edición de 1967, pp. 22-24.

6. Varias notas y referencias bibliográficas se pueden encontrar en la fácilmente obtenible obra de Bailey, *A Diplomatic History of the American People,* especialmente los capítulos concernientes a la guerra estadounidense con México y los Estados Unidos frente a la situación de Cuba.

7. Levin, *History as Romantic Art,* p. 3.

8. *Ibid.,* pp. 35-36. A menos que se indique lo contrario, utilizo a este autor y a mis propias opiniones, para los comentarios generalizados sobre estos historiadores.

9. Pieter Geyl, *Revolt of the Netherlands* (New York, Barnes and Noble, 1958), p. 15. Véase también a Wheaton, «Motley and the Dutch Historians», *The New England Quarterly*, XXXV (septiembre, 1962), pp. 318-336.

10. Geyl, *Revolt*, p. 16; y *Levin, op. cit.*, pp. 40, 42 y *passim.*

11. Francis Parkman, *Provinces of France in the New World: French and English in North America. Part I* (Boston, Little-Brown, 1914; primeras ediciones en 1865, 1885 y 1897). Prefacio y pp. 20-21, 96-97 y 102.

12. Albert Bushnell Hart, *The Monroe Doctrine, an Interpretation* (Boston, 1917), p. 21 (citado en Hanke, *Bartolomé de las Casas, Scholar and Propagandist*, p. 59).

13. Hanke, *op. cit.*, pp. 58-59, y su «Conquest and Cross», *en Américan Heritage.*

14. Bailey, *Diplomatic History* (varias ediciones; véase el capítulo titulado «The Coming of the War with Spain, 1895-1898»). Véase también a Millis, *The Martial Spirit*, y a Wisan, *The Cuban Crisis as Reflected in the New York Press (1895-1898).*

15. Henry Watterson, *History of the Spanish-American War: Embracing a Complete View of our Relations with Spain* (San Francisco: Bronson and Co., 1898).

16. *Patriotic Eloquence Relating to the Spanish American War and Its Issues*, compilado por Robert I. Fulton y Thomas C. Trueblood (New York: Scribner's, 1903), p. 14.

17. *Ibid.*, p. 307.

Capítulo VII

Educando a América, en claroscuro

1. «The Church and the Enlightenment in the Universities», John Tate Lanning, *The Americas*, XV, núm. 4 (abril, 1959), pp. 333-349.

2. *Latin America in School and College Teaching Materials: Report of the Committee on the Study of Teaching Materials on Inter-American Subjects* (American Council of Education, Washington, D. C., 1944). De ahora en adelante, citado como ACE *Report.*

3. Charles Gibson, «The Colonial Period in Latin American History», *Service Center for Teachers of History: A Service for the American Historical Association*, Washington, D. C., 1958.

4. Esta y las siguientes citas están sacadas de libros escolares, en uso durante el período de 1956-1970. En vista de que los autores de estos libros fueron indudablemente sinceros y no trataron de torcer la verdad adrede, no cito nombres, títulos o editoriales. En vez de eso, sigo el método del ACE *Report*, de citar ejemplos para demostrar la calidad discriminatoria de dichos textos en materias hispánicas, para poder compararlos con las

opiniones de investigadores serios y para ilustrar el hecho de que las advertencias del ACE *Report* han sido ignoradas por mucho tiempo.

5. James Mitchell Clarke, *The People of Mexico: A History for Children.* Citas tomadas de las pp. 164-166, 171 y 185-187.

6. El gran historiador holandés, Geyl, dice esto acerca del interés colonizador de su país: «Desafortunadamente la teoría de la colonización, tal como Usselincx la revela en folletos magistrales, nunca atrajo a los gobernantes del norte de los Países Bajos, y los de Amsterdam que utilizaron sus servicios, ciertamente, tenían más interés en la piratería a expensas de las colonias españolas que en fundar establecimientos para los de su propia raza». Comentando sobre el plan holandés para una compañía en el Caribe, lo califica de «un proyecto dirigido contra el propio territorio español en América...» (p. 254 de su *Revolt*). Por supuesto, todo ésto es muy diferente de las teorías y prácticas de España en ultramar, que fueron, desde el principio, firmemente fundadas sobre la colonización y el trasplante cultural.

Incidentalmente, durante mi estancia en los Países Bajos en el año 1961, examiné algunos textos de enseñanza superior, designados para ser usados allí y en sus territorios del Caribe. Encontré que, aunque son muy similares a los nuestros, en cuanto al sentido de la hispanofobia, parecen ser más ilustrados en materias tales como el reconocer las complejidades del imperio español en ultramar y en el enjuiciamiento de los aspectos europeos de la acción española. Así pues, a pesar del profundo arraigo de la hispanofobia, que viene de sus conflictos con España, sus textos para escuelas superiores parecen más maduros que los nuestros, contienen menos simplismo e ingenuidad. Los dos textos de los cuales tomé notas y citas son: *Leerboek der Geschiedenis,* por el Dr. J. J. Westendorp Boerma (Zwolle: Tjeenk Willink, 1958), para uso en los Países Bajos; y *Geschiedenis van Amerika I,* por los Drs. C. Ch. Goslinga, A. C. H. J. van Noort y H. E. SjahShie (Groningen: J. B. Wolters, 1961), para uso en las posesiones del Caribe.

7. Greer Williams, «Hunting the Invisible Killers», *The Saturday Evening Post* (septiembre 26, 1959), p. 56.

Capítulo VIII

Descarrío en la política extranjera

1. De su prólogo al libro de William Benton, *The Voice of Latin America,* New York, 1961.

2. Thomas A. Bailey, *A Diplomatic History of the American People* (3.ª ed., New York: Crofts, 1947), p. 482.

3. *Ibid.,* pp. 533-547, para una discusión interesante y un resumen del

episodio de Panamá (incluyendo referencias bibliográficas, p. 547 y pp. 890-891).

4. *Ibid.*, p. 558.

5. Consultar especialmente a Williams, *Spanish Background of American Literature,* en el cual se le da a este tema una considerable atención.

6. Drew Pearson, en el Santa Bárbara *News-Press,* enero 5, 1963.

7. Desgraciadamente, a causa del comportamiento del profesorado, el juicio estudiantil en tales materias está con frecuencia en estado de confusión. Por ejemplo, esta cita tomada de la presentación pública de un catedrático de economía de Stanford, a finales de 1960: «Fidel Castro es uno de los más grandes hombres de este siglo. Quisiera más países con más Castros. Lo considero uno de los hombres más brillantes que he conocido... Unas elecciones [en Cuba] podrían dar al grupo [anti-Castro] una oportunidad de tomar forma y organizarse». Este profesor pensó que posiblemente una elección en Cuba podría ser necesaria, pero que si se hiciera ahora, «sólo ayudaría a los contrarrevolucionarios» (Citado por Bob Considine en el *Examiner* de San Francisco, 5 de diciembre de 1960.) Aunque esta fuera una cita equivocada (por supuesto, siempre hay tal posibilidad) representa la manera de pensar de gran parte de nuestro mundo académico, como he verificado en muchas conversaciones particulares. Los izquierdistas doctrinarios en nuestros círculos académicos, estuvieron prestos a simpatizar con Fidel Castro, pero personas sensatas, incluyendo a la mayoría de los expertos en asuntos latinoamericanos, no fueron en su mayor parte tan temerarios.

8. El catedrático John Tate Lanning, escribió un comentario deliciosamente sarcástico acerca de ésto en su «Reconsideration», pp. 168-170.

9. «Bogotazo» es una palabra comúnmente usada ahora en la América Latina para designar el destructivo levantamiento ocurrido en Bogotá durante la Novena Conferencia Internacional de los Países Americanos (abril, 1948). Gran parte del centro de la ciudad fue destruido por «cocteles Molotov» y otros medios, y cientos de personas perdieron la vida. La causa principal de este tumulto fue el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, popular demagogo del ala izquierdista del Partido Liberal.

El «bogotazo», si sólo fuera por sus cualidades sensacionalistas, hubiera debido advertir a nuestro gobierno y público del resentimiento en contra nuestra en Latinoamérica, que se reflejó en la conferencia misma. Pero esta base fundamental fue barrida bajo la alfombra por nuestra delegación, en una de sus más tristes actuaciones en las conferencias interamericanas; pero pocos —excepto los latinoamericanos, por supuesto— parecieron darle importancia. Este es uno de los más claros ejemplos de nuestra «arrastrada de pies» durante la administración de Eisenhower y tuvo su duro despertar durante los viajes de Nixon en 1958 y el subsecuente desarrollo de la crisis cubana.

10. Cuando el Secretario de Estado, Acheson, y el Presidente Truman estaban abiertamente rechazando el acercamiento a la España de Franco,

hubo en nuestro país una campaña completa, con carteles, para estimularnos a ir a la iglesia, como antídoto contra el comunismo. Obviamente, los españoles estaban asistiendo a una iglesia equivocada. Mr. Acheson, pública y desagradablemente (por lo menos para un Secretario de Estado), criticó a España por no tener una ley de «habeas corpus», y Mr. Truman, afirmó en palabras terminantes, que jamás sería partidario del regreso de nuestro embajador a Madrid. Ambos cambiaron de opinión antes de que terminara el año.

11. José María Massip, corresponsal en Washington del diario *ABC* de Madrid, en el *Diario de Barcelona*, 18 de agosto de 1962.

12. Recordando los comentarios de Massip, nótese la siguiente viñeta del *Saturday Evening Post* de 1961:

«Colgado del teléfono en la Casa Blanca, Richard Goodwin, de 29 años de edad, consejero de asuntos Latinoamericanos, examina una revista ecuatoriana mientras su llamada se lleva a cabo [en la fotografía adjunta se le ve mirando dicha revista]. Un timbrazo de Goodwin pone las cosas en movimiento. Como consejero especial y asistente del Presidente Kennedy, ayuda a la elaboración de los grandes programas, tales como el de la Alianza para el Progreso. También ha trabajado en la política de conflicto de intereses, y sobre derechos civiles. Graduado *summa cum laude* de Harvard Law School, Goodwin fue secretario del juez Félix Frankfurter, en la Suprema Corte de Justicia; después fue el encargado del subcomité de la Cámara de Diputados, que investigara los escándalos de algunos programas de televisión. Se asoció a la campaña presidencial de su compañero bostoniano, el joven John F. Kennedy, y terminó con un despacho en la Casa Blanca.

«Algunos columnistas y comentaristas critican su inexperiencia; a pesar de su especialidad, Goodwin no puede hablar español (lo está estudiando ahora) y cuando fue nombrado, nunca había puesto un pie en la América Latina. El jefe de Goodwin, acostumbrado a los ataques de la prensa, considera las críticas a su joven ayudante como buen presagio. 'Vamos', dice el Presidente, 'Yo no recibí tantos cintarazos hasta que tuve 36 años'».

13. Donald M. Dozer, *Are We Good Neighbors? Three Decades of Inter-American Relations, 1930-1960* (Gainesville: University of Florida Press, 1961), p. 188.

Capítulo IX

Perspectivas y prescripciones

1. *Latin America in School and College Teaching Materials...*, p. 31 (para cita completa, véase la Bibliografía, Sección I).

2. «The Church and the Enlightenment in the Universities», *The Americas*, XV (abril, 1959), p. 333.

3. La fortaleza española, que es más agradable conocer por aliada que como enemiga, tiene facetas interesantes, ilustradas por esta anécdota. En 1962, durante una entrevista que tuve con Francisco Franco, Jefe de Estado de España, en El Pardo (Madrid), hablamos, entre otras cosas, de la difamación de España y los españoles por la Leyenda Negra. El Generalísimo, como la mayoría de sus patrióticos paisanos, está sensiblemente consciente del daño que ha causado la Leyenda a su país, e inmediatamente pusó énfasis en la injusticia con que se condena a los conquistadores por sus iniquidades, cuando es su valor, casi sobrehumano, y su fortaleza, lo que debe ser reconocido y ensalzado. Luego se extendió en el tema para expresar un gran orgullo en la resistencia de su pueblo, «Pueden aguantar casi todo» dijo, «y la mejor prueba de ésto, es que me han aguantado a mí durante veinticinco años».

4. Consultar, por ejemplo, a Benjamín Keen, «The Black Legend Revisited: Assumptions and Realities», *The Hispanic American Historical Review,* XLIX (noviembre, 1969), pp. 703-719. Después léase a Lewis Hanke en «A Modest Proposal...», *HAHR,* vol. 51 (febrero, 1971), una excelente y erudita respuesta al profesor Keen.

5. De un discurso titulado «Cold War in the Curriculum», rendido ante la Octava Conferencia Anual sobre Educación Internacional, del Comité Metropolitano sobre Educación Internacional, New York, 4 de marzo de 1961. El permiso para su reproducción fue amablemente brindado por el profesor Bernstein a través de los buenos oficios de mi colega, el profesor Donald M. Dozer.

6. Williams, *Spanish Background of American Literature,* p. 17.

7. Aparecido en el Santa Bárbara *News-Press,* 3 de noviembre de 1961.

8. Aparecido en el Santa Bárbara *News-Press,* 2 de diciembre de 1960.

9. Tomado de una columna del *Herald-Tribune,* de París, del 14 de junio de 1960.

BIBLIOGRAFIA

Nota explicatoria

Las siguientes listas no son de ningún modo exhaustivas. Son muestras de la clase de evidencia relativamente fácil de obtener para el lector de habla inglesa, en los Estados Unidos. Esto es, sobre todo, cierto en la Sección II, «Manifestaciones de la Leyenda Negra», pero es obvio que no es factible citar todos los trabajos que contienen injurias, falsedad o comentarios engañosos del tipo de la Leyenda Negra —la dimensión de tal tarea es la mejor evidencia del amplio esparcimiento de tales expresiones en nuestra vida nacional. Y la Sección III, «Revisión erudita de la Leyenda Negra», es también nada más que una prueba, un saboreo, porque una gran parte del trabajo ha sido llevado a cabo en lenguas extranjeras. Las bibliografías contenidas en la mayoría de los trabajos citados en las Secciones I y III, pueden orientar al lector interesado en materiales adicionales.

La Sección I, consiste principalmente de aquellas obras que he hallado más útiles en congregar ideas o pruebas para narrar la extensa historia de la Leyenda Negra y sus efectos en nuestro país. Esta lista contiene necesariamente algunos materiales en lengua extranjera, pero he tratado de limitar tales referencias a los trabajos específicamente citados en el texto o notas, o en aquéllos que sirven de ejemplo de una clase de materiales (tales como el catálogo de Knuttel de panfletos holandeses). Las ramificaciones alemanas, francesas, italianas y otras de la Leyenda Negra, son muchas, pero una lista que comprenda todos esos materiales, sería innecesariamente larga y de poco uso para el lector en general. La obra de Arnoldsson puede servir como guía en lo relativo a Alemania e Italia; y las básicas bibliografías de Sánchez Alonso, pueden ser útiles en cualesquier rama.

Inevitablemente, en estas listas hay cierta duplicación, porque

los trabajos en la Sección III con frecuencia sirven para la historia general de la Leyenda Negra y viceversa (por ejemplo, los escritos del profesor John Tate Lanning). Pero he hecho de las Secciones II y III entidades separadas, con la esperanza de que pudieran ser de utilidad, especialmente a maestros o editores, como guías de lo que se puede y no se puede hacer, digámoslo así, para corregir las falacias de la Leyenda Negra. De este modo, comparando los juicios más sanos contenidos en la Sección III con los errores comunes de la Sección II, cualquiera puede evaluar por sí mismo la gran disparidad que viene a ser la esencia de los errores hispanofóbicos.

Sección I

Bibliografía general

Amador de los Ríos, José. *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal.* Tres vols. Madrid, 1875-1876.

Arnoldsson, Sverker. *La Conquista Española de América, según el juicio de la posteridad: Vestigios de la leyenda negra.* Madrid, 1960.

———. *La leyenda negra: Estudios sobre sus orígenes.* Göteborg, 1960 (Acta Universitatis Gothoburgensis, Göteborgs Universitets Arsskrift, vol. LXVI, núm. 3, 1960).

Bailey, Thomas A. *A Diplomatic History of the American People.* New York: Crofts, 1940.

Bayle, Constantino. *España en Indias: Nuevos ataques y nuevas defensas.* Vitoria, España, 1934.

Bernstein, Harry. «Cold War in the Curriculum». Discurso ante la Octava Conferencia Anual sobre Educación Internacional del Metropolitan Committee on International Education, New York, marzo 4, 1961. Copia mimeográfica facilitada para mí por el profesor Donald M. Dozer y utilizada con el permiso del autor.

———. *Making an Inter-American Mind.* Gainesville: University of Florida Press, 1961.

Bertrand, Louis. *El enemigo de Felipe II: Antonio Pérez, secretario del rey.* Madrid, 1943.

Besso, Henry V. *Dramatic Literature of the Sephardic Jews of Amsterdam in the Seventeenth and Eighteenth Centuries.* New York: Hispanic Institute in the United States, Sección de estudios sefardíes, 1947 (reimpresa del *Bulletin Hispanique,* XXXIX-XLI).

Bloom, Herbert I. *The Economic Activities of the Jews of Amsterdam in the Seventeenth and Eighteenth Centuries.* Williamsport, Pa.: The Bayard Press, 1937.

British Museum. *Catalogue of Early English Books to 1640.*

Bullen, Arthur H., ed. *A Collection of Old English Plays.* New York, 1964.

Carbia, Rómulo D. *Historia de la leyenda negra hispanoamericana.* Madrid: Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 1944. Carbia fue «Doctor en Historia Americana y Profesor Titular en las Universidades de Buenos Aires y La Plata». Dedicado apasionadamente a exponer las falacias de la Leyenda Negra, esta obra es muy útil como resumen amplio de la historia y efectos de la Leyenda Negra y como referencia a la bibliografía pertinente.

Cawley, Robert. *The Voyagers and Elizabethan Drama.* Boston and London: Oxford University Press, 1938.

———. *Unpathed Waters: Studies in the Influence of the Voyagers on Elizabethan Literature.* Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1940.

Davies, David W. *The World of the Elseviers, 1580-1712.* The Hague: Nijhoff, 1954.

Dávila, Carlos. «The Black Legend», *Américas* (Pan American Union), I (august, 1949), pp. 12-15.

———. *We of the Americas.* New York: Ziff-Davis, 1949.

Dozer, Donald M. *Are We Good Neighbors? Three Decades of Inter-American Relations, 1930-1960.* Gainesville: University of Florida Press, 1961.

Elliot, John H. *Imperial Spain, 1469-1716.* London: Edward Arnold, 1963.

Geurts, P. A. M. *De Nederlandse Opstand in de Pamfletten, 1566-1584.* Nijmegen-Utrecht, 1956.

Geyl, Pieter. *The Revolt of the Netherlands (1555-1609).* New York, 1958.

———. *The Netherlands in the Seventeenth Century. Part One, 1609-1648.* London, 1961.

Gibson, Charles, ed. *The Black Legend: Anti-Spanish Attitudes in the Old World and the New.* New York: Knopf, 1971. Es una antología de diecinueve selecciones que ilustran la Leyenda Negra, más tres (incluyendo la de Julián Juderías y la de Ramón Menéndez Pidal) llamadas «interpretaciones revisionistas». Algunos de los más famosos autores presentados son: Guillermo de Orange *(Apología),* Oliver Cromwell, Las Casas, Montaigne, Davenant, Montesquieu, Voltaire. El editor ofrece un comentario para cada selección y una introducción explicando el significado de la Leyenda Negra; después describe sus principales dogmas y los contrasta con lo que él califica «leyenda blanca».

Gibson, Charles y Benjamin Keen. «Trends of United States Studies in Latin American History», *American Historical Review,* 62 (1957), pp. 855-877.

Graetz, Heinrich H. *History of the Jews,* seis vols. Philadelphia: The Jewish Publication Society of America, 1891-1898. A pesar de que el autor es apasionadamente hispanófobo, sus volúmenes IV y V son muy útiles

como guía para la gran variedad de actividades de los judíos, tanto dentro como fuera del imperio español, durante el más importante período de formación de la Leyenda Negra. Su trabajo es también útil para comparar las relaciones judeo-españolas con el destino y actividades de judíos en otras partes.

Hakluyt, Richard. *The Original Writings and Correspondence of the Two Richard Hakluyts*. Second Series,, vols. 76 y 77. London: Hakluyt Society, 1935. Introducción y notas por Eva Germaine R. Taylor.

Hanke, Lewis. *Bartolomé de Las Casas: An Interpretation of His Life and Writings*. The Hague: Nijhoff, 1951.

———. *Bartolomé de Las Casas, Bookman, Scholar and Propagandist*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1952.

———. *Bartolomé de Las Casas, Historian: An Essay in Spanish Historiography*. Gainesville: University of Florida Press, 1952.

———. «Conquest and the Cross», *American Heritage*, XIV (february, 1963), pp. 4-19 y 107-111.

———. «Dos palabras on Antonio de Ulloa and the *Noticias Secretas*» *The Hispanic American Historical Review*, XVI (november, 1936), pp. 479-514.

——— y Manuel Giménez F. *Bartolomé de Las Casas, 1474-1566: Bibliografía crítica y cuerpo de materiales para el estudio de su vida, escritos, actuación y polémicas que se suscitaron durante cuatro siglos*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1954. Como lo indica su título, éste es un trabajo básico para cualquier examen de la Leyenda Negra. Es útil particularmente como guía de las muchas ediciones de las obras de Las Casas, que sirvieron como propaganda contra España y también por la cantidad de notas que ilustran el pro y contra de la versión de Las Casas de España en América. Sus comentarios sobre la abundancia de los escritos de Las Casas en bibliotecas públicas y privadas de nuestro propio país y sobre algunos de los ecos de Las Casas en los Estados Unidos, ilustran la importancia de la influencia de la Leyenda Negra en nuestra vida nacional.

———. «A Modest Proposal for a Moratorium on Grand Generalizations: Some Thoughts on the Black Legend», *The Hispanic American Historical Review*, 51 (february, 1971), pp. 112-127.

———. «More Heat and Some Light on the Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America», *The Hispanic American Historical Review*, XLIV (august, 1964), pp. 293-340.

Harris, Isidore. «A Dutch Burial-Ground and its English Connections», Jewish Historical Society of England, *Transactions*, VII (1911-1914).

Hayes, Carlton J. *Wartime Mission in Spain: 1942-1945*. New York, 1946.

———. *The United States and Spain: An Interpretation*. New York, 1951. Estos dos libros contienen comentarios reveladores acerca del peligro y fuerza de la propaganda antiespañola en nuestro país, relacionada con nuestra política extranjera. Como en estos volúmenes claramente

se expone, y como yo lo indico en mi disertación anterior, tales propagandas dirigidas contra la España de Franco, dependen para su efectividad —al menos en parte— de las hondas raíces de hispanofobia. El segundo trabajo arriba citado, contiene igualmente útiles generalizaciones concernientes a nuestras relaciones históricas con España, en lo que atañe a las actitudes de la Leyenda Negra en nuestro país.

Historia de España (bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal). Madrid, Espasa-Calpe, 1935—. Tomo XIX, dos vols., bajo el título de «España en tiempo de Felipe II» (1958), es la parte más pertinente, hasta ahora aparecida, sobre el tema de la Leyenda Negra.

Hughes, Philip. *The Reformation in England*. London, 1950 y New York, 1951.

Hyamson, Albert M. *The Sephardim of England: A History of the Spanish and Portuguese Community, 1492-1951*. London, 1951.

Hyland, St. George Kieran. *A Century of Persecution under Tudor and Stuart Sovereigns from Contemporary Records*. New York, 1920.

Janssen, Johannes. *History of the German People after the Close of the Middle Ages*. Traducido por A. M. Christie. 17 vols. New York; AMS Press, 1966. (Vols. 1-14, bajo el título... *at the Close of the Middle Ages*).

Juderías, Julián. *La leyenda negra: Estudios acerca del concepto de España en el extranjero. Madrid*: Editora Nacional, 1954. 13.ª edición.

Keen, Benjamin. «The Black Legend Revisited: Assumptions and Realities», *The Hispanic American Historical Review*, XLIX (november, 1969), pp. 703-719.

Knuttel, Willem P. *Catalogus van de Pamfletten-verzameling berustende in de Koninklijke Bibliotheek*. Nueve vols. The Hague, 1889. Este es el catálogo más útil de los muchos que existen. Además, utilicé catálogos y otras referencias en la Biblioteca Koninklijke y en la Biblioteca de la Universidad de Amsterdam.

Latin America in School and College Teaching Materials. Report of the Committee on the Study of Teaching Materials on Inter-American Subjects. Washington, D. C.: American Council on Education, 1944.

Levin, David. *History as Romantic Art: Bancroft, Prescott, Motley, and Parkman*. Palo Alto, California: Stanford University Press, 1959.

Lindabury, Richard V. *A Study of Patriotism in the Elizabethan Drama*. Princeton Studies in English, núm. 5. Princeton University Press, 1931.

Longhurst, John. «The Black Legend and Recent Latin American Historiography», *New Mexico Quarterly*, XX (1950), pp. 502-511.

Lynch, John. *Spain under the Habsburgs*, dos vols. Oxford, 1964, 1970.

McMurtrie, Douglas C. *The Book: The Story of Printing and Bookmaking*. New York, 1938.

Madariaga, Salvador de. *Essays with a Purpose*. London, 1954. Consultar también los trabajos de este autor, citados en la Sección III.

Maltby, William S. *The Black Legend in England: The Development of*

anti-Spanish Sentiment, 1558-1660. Durham, N. C.: Duke University Press, 1971.

Margolis, Max L. and Alexander Marx. *A History of the Jewish People*. Philadelphia: The Jewish Publication Society of America, 1927.

Marriot, John. *English History in English Fiction*. New York, 1941.

Mateo, Mario. *La leyenda negra contra España: Una campaña de calumnias que dura cuatro siglos*. México, 1949.

Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Ocho vols. Nueva edición con notas. Primera edición, 1880-1882. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1946-1948.

Mesquita, Bueno de. «The Historical Associations of the Ancient Burial-Ground of the Sephardic Jews». Jewish Historical Society of England, *Transactions*, X (1921-1923), pp. 225-254.

Meyer, Arnold O. *England and the Catholic Church under Queen Elizabeth*. New York: Barnes and Noble, 1967.

Millis, Walter. *The Martial Spirit: A Study of Our War with Spain*. Boston, 1931.

Neuman, Abraham A. *The Jews in Spain: Their Social, Political and Cultural Life during the Middle Ages*. Primera edición en 1942. Philadelphia: The Jewish Publication Society of America (The Morris Loeb Series), 1948.

Newman, Louis I. *Jewish Influence on Christian Reform Movements*. New York: Columbia University Press (Columbia University Oriental Studies, XXIII), 1925.

Parks, George B. *Richard Hakluyt and the English Voyages*. Special Publication no. 10. New York: American Geographical Society, 1928.

Roth, Cecil. *A History of the Marranos*. Segunda edición revisada. La primera edición es de 1932; primera edición revisada de 1941. Philadelphia: The Jewish Publication Society of America, 1959.

Sánchez Alonso, Benito. *Fuentes de la historia española e hispanoamericana: Ensayo de bibliografía sistemática de impresos y manuscritos que ilustran la historia política de España y sus antiguas provincias de ultramar*. Tercera edición. La primera edición es de 1919. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Miguel de Cervantes». 1952.

Schelling, Felix E. *Foreign Influences in Elizabethan Plays*. New York y Londres, 1923.

Solomon, Israel. «David Nieto and Some of His Contemporaries». Jewish Historical Society of England, *Transactions*, XII (1928-1931), pp. 1-102.

Sombart, Werner. *The Jews and Modern Capitalism*. Glencoe, Illinois: The Free Press, 1951. Traducción por M. Epstein.

Summers, Montague, *The Gothic Quest: A History of the Gothic Novel*. Londres, 1938.

Syme, Ronald. *Colonial Elites: Rome, Spain and the Americas*. The Whidden Lectures, Londres: Oxford University Press, 1958.

Ugalde, Louis. «Las Casas and the Black Legend», *The Boston Public Library Quarterly,* V (abril, 1953), pp. 97-106.

Walsh, William T. *Isabella of Spain.* Londres, 1931.

———. *Philip II.* New York, 1937. Estas dos obras son útiles porque proporcionan penetrantes conocimientos de las circunstancias de los siglos XV y XVI, que son difíciles de entender para el lector de hoy en día. El autor escribió desde un punto de vista rigurosamente católico y, tal vez, con demasiado énfasis sobre la conspiración de los judíos contra la Iglesia Romana; pero, puede que por estas razones, presente una buena descripción del temple de aquellos tiempos. El historiador judío Cecil Roth, caracterizando a la *Isabella* de Walsh, dice: «Este trabajo es importante, psicológica, si no históricamente, como una declaración de las normas y prejuicios del siglo XV». Esta observación no fue un cumplido ni mucho menos, pero describe algo de lo que los historiadores deberían hacer para que el pasado fuera mejor comprendido en el presente.

Wedgewood, Cicely V. *William the Silent, William of Nassau, Prince of Orange, 1533-1584.* New Haven, Yale University Press, 1944.

Weevers, Theodoor. *Poetry of the Netherlands in its European Context, 1170-1930.* University of London, Athlone Press, 1960.

Williams, Stanley T. *The Spanish Blackground of American Literature.* Dos vols. New Haven: Yale University Press, 1955.

Williamson, René de Visme. *Culture and Policy*: *The United States and the Hispanic World.* Knoxville: University of Tennessee Press, 1949.

Wisan, Joseph E. *The Cuban Crisis as Reflected in the New York Press (1895-1898).* New York: Columbia University Press, 1934.

Wiznitzer, Arnold. *Jews in Colonial Brazil.* New York: Columbia University Press, 1960.

Wolf, Lucien. *Essays in Jewish History.* London: Jewish Historical Society of England, 1934. Especialmente Ensayo II, «Cromwell's Jewish Intelligencers», pp. 93-114.

———. «Jews in Elizabethan England», Jewish Historical Society of England, *Transactions,* XI (1924-1927), pp. 1-91.

Worman, Ernest J. *Alien Members of the Book-Trade during the Tudor Period.* London, 1906. Impreso por Blades East and Blades para la Sociedad Bibliográfica de Londres.

Sección II

Manifestaciones de la Leyenda Negra

(Principalmente ejemplos ilustrativos o trabajos citados en el texto)

Baron, Alexander. *The Golden Princess.* Bantam edition, 1957. Editada por primera vez en 1955. Una novela sobre la conquista de México, liberalmente salpicada con clichés acerca de la crueldad española, codicia

por el oro, perfidia única («Si la hidalguía fue la faceta de la vida en esta segunda España [Cuba], su principal base fue su traición»), soberbia, falta de sentido deportivo (variedad anglosajona, por supuesto), especial concentración sobre los deseos sexuales y «no podían reconocer otros medios de vida que la guerra».

Borrow, George. *The Bible in Spain: Or, the Journeys, Adventures and Imprisonments of an Englishmen, in an Attempt to Circulate the Scriptures in the Peninsula.* London: MacDonald Illustrated Classics. Primera edición en 1843. Una descripción muy entretenida y, en cierto modo, útil, de la vida en España; pero refleja los ecos de la Leyenda Negra a la manera inglesa.

Brion, Marcel. *Bartolomé de Las Casas (Father of the Indians).* New York, 1929.

Cadoux, Cecil J. *Philip of Spain and the Netherlands: An Essay on Moral Judgments in History.* London, 1947. Un ejemplo de amargo anticatolicismo protestante y ataque a todos los esfuerzos para corregir las ideas más comunes sobre Felipe II, la Inquisición, etc. Similar al «Black Legendism» de Motley.

Casas, Bartolomé de Las. *Brevíssima relación de la destruyción de las Indias.* Sevilla, 1552. Para las muchas traducciones y subsecuentes ediciones de esta obra (y los otros tratados que de él se publicaron en el mismo año), véase a Hanke y Giménez Fernández (citado en la Sección I).

Clagett, John. *Cradle of the Sun.* New York: Popular Library, 1959. El héroe y su compañero, ambos españoles, rubio el uno y pelirrojo el otro, respectivamente, gastaron sus aventureras vidas peleando en contra de la crueldad e Iglesia españolas. En la portada del libro muestran el retrato del héroe con rubio y rizado pelo (a lo Nelson Eddy) defendiendo, espada en mano, a una princesa maya (a lo Elizabeth Taylor) contra el ataque, claramente demoníaco, de tres soldados españoles. La trama de esta novela es muy hispanofóbica y amargamente anticatólica. Empieza con una horripilante visión de la Inquisición, usada para venganza personal en contra del héroe y su familia, que recuerda el principio del «best-seller» de Samuel Shellabarger, *Captain from Castile.* El resumen en la portada dice todo lo que se necesita saber: «Su familia destruida por la Inquisición, la mujer que amaba arrancada de sus brazos, el ardiente Juan de Moncada embárcase en una salvaje misión de venganza. En el Nuevo Mundo, fue hecho prisionero por los Mayas —con sus extraños ritos de sacrificio humano. Cómo llegó a ser el amante de una princesa nativa y condujo a su gente en contra de los brutales conquistadores es una narración tensa de aventuras y primitivas pasiones». Hay, incidentalmente, bases históricas para tal narración, de un español cautivo entre los mayas, una historia que tiene derecho a muchísimo mejor tratamiento que el que le da Mr. Clagett.

Collier, John. *The Indians of the Americans*, New York, 1947. Fuertemente hispanofóbica, siguiendo la línea «indianista» y lascasiana, con declaraciones como éstas: «Ninguna perspectiva que se pueda sacar de la Conquista [española] puede hacerla parecer de otra manera que amargamente triste y desesperadamente innoble... Los asesinatos y las desolaciones [de los españoles en las Indias] exceden a aquellas de las más inhumanas tiranías de la historia antigua; no han sido superadas desde entonces».

Cooper, Clayton S. *Understanding Spain*. New York, 1928. Típico ejemplo de la continua literatura romántica que por lo general hace ver a España como muy atrasada en comparación con el «progreso nórdico», pero, paradójicamente, alaba a España como un lugar de descanso para los hombres «modernos» de otros países, donde «pueden olvidarse de todo». Condescendencia característica e historia defectuosa: España «podría progresar» si pudiera conseguir tales cosas como la emancipación de sus mujeres; Isabel y Fernando, «con su Inquisición y su fanatismo, culminando en los reinados de Carlos I y Felipe II, dieron el golpe de gracia a su país y a su poderío mundial. La expulsión de los judíos y la persecución de los moros, junto con siete siglos de guerras religiosas, trajeron ese religioso endurecimiento de corazón —nada más cruel o más desintegrante para un grande y noble progreso».

Froude, James Anthony. *Short Studies on Great Subjects*. Cuatro vols. New York: Scribner's, 1888. En «England's Forgotten Worthies», pp. 358-405 del vol. I, este famoso historiador presenta varias comparaciones típicamente inglesas acerca de España, tales como la clásica yuxtaposición de los inocentes indios contra la crueldad española, y en líneas tales como: «La búsqueda y deseo del oro eran las dos pasiones por las cuales se consumían» —en comparación, y especialmente en guerra contra los españoles, «la conducta y el carácter de los marineros ingleses... a través de esa época, nos dan un retrato de galantería, energía heroica y desinterés jamás igualados...».

Gage, Thomas. *Thomas Gage's Travels in the New World*. Editado con una introducción por J. Eric S. Thompson. Publicado por primera vez en Londres en 1648. University of Oklahoma Press, 1958.

Glatstein, Jacob. «The Way it is in Bogotá: No Bed of Roses», *Commentary*, VI (july, 1948), pp. 74-76. Una terrible y amarga expresión de condescendencia judía hacia los hispanoamericanos, simbolizada en el comentario «Colombia que se hunda en el abismo». El autor expresa horror ante la idea de casarse con lo que él llama muchacha «española-india-negroide» y considera que es un golpe de suerte para los padres colombianos si sus hijas son pretendidas por judíos.

Guicciardini, Francesco. *Viaje a España de Francesco Guicciardini, embajador de Florencia ante el Rey Católico*. Traducido y editado por José María Alonso Gamo. Valencia, 1952.

Haggard, H. Rider. *Montezuma's Daughter*. London, 1893. Novela por un escritor bastante popular en nuestro reciente pasado. Algunos de los párrafos y frases, fuertemente antiespañoles (y, por supuesto, a favor de los ingleses), suenan como sacados del *Westward Ho!* de Kingsley —o de Richard Hakluyt y Francis Bacon.

Hays, Hoffman R. *The Takers of the City*. New York, 1946. Novela concentrada alrededor de la breve experiencia de Bartolomé de Las Casas como obispo en Chiapas, México. Interpretación de estilo Leyenda Negra, con el siempre virtuoso Las Casas traído a la actualidad como paladín del «hombre común», igualdad racial, el nuevo «liberalismo», etc.

Hibbert, Eleanor Alice (Burford) [Plaidy, Jean]. *The Rise of the Spanish Inquisition* (London, 1959), *The Growth of the Spanish Inquisition* (London, 1960), *The End of the Spanish Inquisition* (London, 1961). Este trabajo es fuertemente hispanofóbico, apoyado sobre prejuicios tales como los de Limborch, Llorente, Lea y el *Torquemada* de Sabatini. El autor es bastante laudatorio con Llorente y usa a Rafael Sabatini para establecer la integridad de Llorente (en la p. 120 del vol. I: «Llorente era un hombre de clara y gran integridad, y Rafael Sabatini, quien lo cita con frecuencia en su *Torquemada and the Spanish Inquisition*, escribe que es un historiador de 'honestidad e integridad inexpugnable'»).

Kingsley, Charles. *Westward Ho!* London: Everyman's Library no. 20, y New York: Dutton, 1906. Hay otras ediciones; la primera edición de este trabajo fue hecha en 1885. Un clásico menor de la literatura inglesa, especialmente para lectores jóvenes; una especie de prototipo del patriotismo inglés y otras virtudes en contra de las iniquidades españolas, tan comunes en el idioma inglés, en historia y ficción, especialmente cuando tratan del período «Sea-Dog» isabelino. Un item permanente en nuestras listas de literatura para escuelas superiores.

Las Casas. Véase Casas.

Lea, Henry C. «The Indian Policy of Spain», *Yale Review* (august, 1899), pp. 119-155. Uno de nuestros intelectuales, famoso por sus trabajos sobre la Inquisición española, muestra cómo la Leyenda Negra pudo ser empleada para apoyar nuestra innecesaria guerra contra España. Una especie de precursor de los intelectuales que con frecuencia citan las iniquidades coloniales españolas como apología para el régimen castrista.

Llorente, Juan A. *History of the Inquisition of Spain*. Philadelphia, 1826. Una versión inglesa de la famosa obra a menudo usada como propaganda anti-inquisitorial desde principios del siglo XIX. Llorente fue un renegado afrancesado y su trabajo está repleto de errores y con falsas interpretaciones históricas, pero, como Las Casas, fue un español que ocupó puestos oficiales y puso en sus escritos la circunstancial condenación que provocó hipnótica fascinación entre aquellos que

querían creer lo peor de España y de los españoles. En esto, Llorente se asemeja a Antonio Pérez.

Marmontel, Jean F. *Les Incas, ou la destruction de l'empire du Pérou...* Dos vols. Paris, 1778. Existen numerosas ediciones posteriores de este trabajo lascasiano, verdaderamente hispanofóbico, el cual fue realmente influyente en el período de lucha por la independencia hispanoamericana. Entre otras, hay una versión inglesa de dos vols., publicada en Dublin, en 1797. Aparentemente, Marmontel fue un éxito, aun en el siglo siguiente.

Mason, F. Van Wyck. *Golden Admiral,* New York, 1953. En ésta, como en su anterior novela *Cutlass Empire,* el autor, que logró una fina reputación como escritor de novelas históricas sobre nuestra guerra revolucionaria, exhibe algo de esa condescendencia inglesa, típica de nuestros escritores y tan influyente en perpetuar la Leyenda Negra entre nosotros. Este volumen es de ficción histórica, centrado sobre hazañas de Francis Drake y casi eclipsa a Hakluyt, Thomas Scott, Davenant y Kingsley. El resumen en la cubierta y el texto resuenan con frases como éstas «este vil perjuro Rey del Escorial»; «si su Majestad la Reina me concediera permiso de desenmascarar en su propio país a ese Judas real, a ese Felipe, yo le haría morder el polvo». Drake se convierte en campeón de los negros («los cimarrones le adoran»), lo cual es un tanto sorprendente, si se considera que comenzó su carrera en el comercio de esclavos negros.
Mason simboliza entre nosotros a aquellos escritores que ganan justa reputación en campos no relacionados con asuntos hispánicos y que luego, al tocar tales asuntos, repiten los clichés de la Leyenda Negra, sin ninguna simpatía o comprensión por el fenómeno hispánico. Su vasta reputación e influencia perpetúan de este modo los prejuicios antiespañoles, con un gran parecido a los famosos franceses de la Ilustración y sus seguidores.

Motley, John Lothrop. *The Rise of the Dutch Republic: A History.* Varias ediciones, así las siguientes neoyorquinas: Cromwell, 1901 y Dutton [Everyman's Library], 1909.
Este trabajo, juntamente con su *History of the United Netherlands: From the Death of William the Silent to the Twelve Years' Truce, 1609,* es un clásico de hispanofobia, el cual ha tenido considerable influencia en nuestro país. En mi capítulo VI está comentado Motley.

O'Hara, Donn. *The Fair and the Bold.* New York: «A Graphic Giant», 1957. Novela histórica del período en que Holanda luchó contra España, a fines del siglo XVI; donde los virtuosos holandeses aparecen contra la incalculable crueldad española, siguiendo la tradición de Motley. «... la hábil dirección del Príncipe de Orange, contrastada con la increíble y continua estupidez de los diversos gobernadores generales, muchos de los cuales eran bastardos, mientras que todos eran brutos». El autor indica que el estar prisionero en la Torre de Londres era más

placentero que hacer una visita a una gótica y tenebrosa mansión española; éste es el tenor de contraste entre los virtuosos nórdicos y los villanos españoles.

Panfletos.

La mayor parte de las bibliotecas universitarias en este país, o aquellas que se especializan en literatura o historia inglesa (tales como la Henry E. Huntington Library, San Marino, California), contienen colecciones de panfletos ingleses, que ilustran la propaganda en contra de España, a través de los siglos XVI, XVII y XVIII, cuando dichos países estaban en guerra casi continua. Existen numerosas colecciones de literatura inglesa de los períodos Tudor-Estuardo, las cuales puede uno consultar para ilustración sobre los prejuicios antiespañoles. Como indiqué en mi texto, las bibliotecas holandesas e inglesas contienen cantidad de panfletos de esta propaganda, y hay varias guías y catálogos que pueden encontrarse en la mayor parte de las bibliotecas de los Estados Unidos.

Raynal, Guillaume T. *Histoire philosophique et politique des etablissements dans les deux Indes.* Amsterdam, 1770. Hay muchas ediciones posteriores, la mayor parte de ellas en francés, pero también las hay en inglés y alemán.

Rowse, A. L. *The Expansion of Elizabethan England.* New York, 1955, y *The Elizabethans and America,* New York, 1969; y algunos otros escritos y discursos. Este famoso historiador inglés, es un eco de Hakluyt, Bacon, Scott y Davenant al tratar de la yuxtaposición de Inglaterra y España. Es, en este aspecto de su trabajo, un ejemplo del complejo de superioridad anglosajona, el cual hace tanto por mantener viva la leyenda antiespañola entre los lectores de habla inglesa.

Salter, Cedric. *Introducing Spain.* New York, 1956. Presentado al lector como «un inglés que ha vivido muchos años en España, y el cual la conoce como pocos ingleses o americanos», el autor es un buen ejemplo del tipo que provocó a Julián Juderías. Por ejemplo: el tradicional y triste Felipe II es descrito como «atraído particularmente por los santos que murieron de manera dolorosa y sangrienta, y San Lorenzo, que había sido asado (como un bistec) fue su obvio favorito», y la «falta de imaginación» de los españoles queda demostrada por el hecho de que no tienen aprensión o nervios antes de entrar a un consultorio dental, como lo tienen los anglosajones, y por el hecho de que no tienen literatura sobre fantasmas; el valor español es «fanático» porque resistieron el impacto moro, etc.

Schiller, Johann C. *Don Carlos, Infant von Spanien,* 1787, y muchas más ediciones y versiones posteriores (comentario sobre él en mi capítulo IV), y su *History of the Revolt of the Netherlands,* London: H. G. Bohn,

1847, contienen enfoques falsos de Felipe II, típicos de la Ilustración.

Scott, Thomas. Autor de gran número de folletos publicados en Inglaterra y los países Bajos, ilustrando la fuerte mezcla de hispanofobia y anticatolicismo a principios del siglo XVII. Los ejemplos pueden encontrarse en cualquier colección de folletos ingleses que cubra tal siglo. He aquí algunos títulos ilustrativos: *Vox Coeli, Or Newes from Heaven. Of a consultation there held by the high and mighty Princes, King Hen. 8. King Edw. 6... wherein Spaines ambition and treacheries... are unmasked...* (Utrecht?, 1624); *Certaine reasons and arguments of policie, why the king of England should hereafter give over all further treatie, and enter into warre with the Spaniard* (s. l., 1624); *Sir Walter Rawleighs Ghost, Or Englands Forewarner. Discovering a secret consultation, newly holden in Court of Spaine. Together with his tormenting of Count de Gondomar...* (Utrecht, 1626); *The Spaniards Perpetuall designes to an universall Monarchie* (London?, 1624). Hay muchos más, porque Scott fue probablemente el panfletista inglés más fecundo en contra de España.

The Spanish Main. Película RKO. (Frank Borzage Production). Escenario por George Worthing Yates y Herman J. Mankiewicz. Historia original de Aeneas MacKenzie. [Estrenada a mediados de la década de los cuarenta, y desde entonces, se ha pasado con alguna frecuencia en los programas de televisión.] Constituye un clásico ejemplo cinematográfico de la Leyenda Negra; contiene prácticamente todos los clichés y los estereotipos. El alto, guapo, «rubio» Paul Henreid, como capitán de un pacífico barco peregrino holandés, cae entre las garras de un grosero, cruel y ocioso virrey español de Nueva Granada, personalizado por Walter Slezak, con todo y la barba negra puntiaguda; Henreid y sus hombres escapan, se convierten en piratas, y azotan el Caribe; capturan a la pelirroja Maureen O'Hara, hija del virrey mejicano y prometida de Slezak. Ya se puede imaginar el resto. La superior destreza y honradez nórdica, está en contraste con la haraganería, traición y crueldad del español; las hazañas holandesas —como la manufactura del encaje de Brabante—, se contrastan con «una novia [española] instruida en crueldad e inutilidad»; el principal negocio del virrey Slezak parece ser el de ordenar ahorcamientos; una mujer pirata inglesa está muy sorprendida de que las mujeres españolas bien nacidas sean fieles a sus hombres («Yo no sabía que ustedes quisieran a sus hombres como nosotras lo hacemos»). Y mucho más por el estilo.

Ward, G. H. *The Truth about Spain.* London y New York, 1911. Otro ejemplo de un antiguo y bien conocido libro, con un tono duramente anticatólico (el autor parece demasiado interesado por desenterrar escándalos religiosos) y muy expresivo acerca del complejo de superioridad nórdica.

War-Time Echoes: Patriotic Poems, Heroic and Pathetic, Humorous and Dialectic, of the Spanish-American War. Seleccionados y ordenados

por James Henry Brownlee. Akron, New York, Chicago: The Werner Company, 1898.

Watterson, Henry. *History of the Spanish-American War, Embracing a Complete Review of Our Relations with Spain.* San Francisco: Bronson & Co., 1898. Este trabajo y el de más arriba, darán una idea de cómo nuestros antepasados inmediatos aprendieron de España al calor de la guerra; una versión moderna de ingleses isabelinos contra Felipe II.

Williams, William C. *In the American Grain.* New York: New Directions, 1956. Una de nuestras figuras literarias más famosas, toca ocasionalmente «tigres» españoles contra «salvajes nobles» y repite los cansados clichés sobre codicia y oro en su capítulo, o ensayo, «The Destruction of Tenochtitlán», y los siguientes, acerca de Ponce de León y de Hernando de Soto. Esta es una muestra al azar de cómo perduran los mitos entre nuestros literatos y, a su vez, son perpetuados por ellos.

Wright, Richard. *Pagan Spain.* New York, 1957. El muy conocido escritor negro americano, va a España para confirmar sus prejuicios —y lo hace. En la vena de muchos de nuestros simpatizantes de extrema izquierda, presenta una mezcla de propaganda comunista en contra de la España de Franco, juntamente con la tradicional hispanofobia «ilustrada» de la intelectualidad del mundo occidental: una resonancia en forma extremada de la Leyenda Negra.

Sección III

Revisión de la Leyenda Negra

[No comprensivo; limitado al idioma inglés. En todo o en parte, los siguientes trabajos examinan las comunes de la Leyenda o proveen puntos de vista correctivos, o indican la complejidad de las cosas hispánicas en contraste con los conceptos simplistas de la Leyenda.]

Bannon, John Francis. *The Spanish Conquistadores: Men or Devils?* New York: Holt, Rinehart and Winston, «Source Problems in World Civilization», 1960.

Bertrand, Louis y Sir Charles Petrie. *The History of Spain.* London, 1934.

Bolton, Herbert E. «Cultural Cooperation with Latin America», *The Journal of the National Education Association* (enero, 1940), pp. 1-4. La gran cantidad de escritos de este famoso historiador, constituye un rechazo monumental al tipo de simplicidad de los errores de la Leyenda Negra.

Bourne, Edward Gaylord. *Spain in America, 1450-1580.* New York: Barnes and Noble, «University Paperbacks», 1962. Publicado por primera vez en 1904.

Brenan, Gerald. *The Literature of the Spanish People: From Roman Times to the Present.* New York: Meridian Books, 1957. Primera edición en 1951.

Castro, Américo. *The Structure of Spanish History.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1954.

———. «The Meaning of Spanish Civilization», Inaugural Lecture. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1940.

Chamberlain, Robert S. *The Conquest and Colonization of Yucatan, 1517-1550*. Washington, D. C.: Carnegie Institution, 1948. Un fino ejemplo de erudición que ilustra las complejidades de la conquista española.

Chase, Gilbert. *The Music of Spain*. Segunda edición revisada. Editada por primera vez en 1941. New York: Dover, 1959.

Chevalier, François. *Land and Society in Colonial Mexico: The Great Hacienda*. Berkeley: University of California Press, 1963.

Díaz del Castillo, Bernal. *La Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España*. Varias ediciones disponibles.

Diffie, Bailey W. *Latin-American Civilization: Colonial Period*. Harrisburg, Pa., 1945 y New York, 1967.

Elliot, John H. *The Revolt of the Catalans, a Study in the Decline of Spain, 1598-1640*. Cambridge, England: University Press, 1963.

Freyre, Gilberto. *The Masters and the Slaves: A Study in the Development of Brazilian Civilization*. New York, 1956 (segunda edición inglesa). Traducida por Samuel Putnam del trabajo originalmente titulado *Casa grande e senzala*. Una excelente ilustración de la clara complejidad de la acción ibérica en el Nuevo Mundo y el resultado del amalgamiento de razas y culturas.

Gibson, Charles. *The Aztecs under Spanish Rule: A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810*. Stanford, California: Stanford University Press, 1964.

———. *The Colonial Period in Latin American History*. Washington, D. C., 1958 (Centro de Servicio para Profesores de Historia, un servicio de la Asociación Histórica Americana).

———. *Spain in America*. New York: Harper and Row, 1966.

———. *Tlaxcala in the Sixteenth Century*. New Haven: Yale University Press, 1952. Un estudio erudito, que revela algunas de las muchas complicaciones de las relaciones hispano-indígenas.

Greenleaf, Richard E. *The Mexican Inquisition of the Sixteenth Century*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1969.

Hamilton, Earl J. *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*. Cambridge: Harvard University Press, 1934. Este y otros estudios del mismo autor, indican claramente las enormes complejidades del imperio español, en comparación con el limitado y común concepto de buscadores de tesoros, sólo para beneficio de la Madre Patria. El trabajo de Clarence Haring, anotado abajo, ayuda a redondear la imagen de esta complejidad imperial.

Handbook of Latin American Studies. Cambridge: Harvard University Press y Gainesville: University of Florida Press, 1936—. Una guía muy útil por la cantidad creciente de monografías eruditas, trabajos interpretativos y publicaciones periodísticas que registra.

Hanke, Lewis. *The First Social Experiments in America: A Study in the*

Development of Spanish Indian Policy in the Sixteenth Century. Cambridge, 1935.

——. *The Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America.* Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1949.

Haring, Clarence H. *The Spanish Empire in America.* New York: Oxford University Press, 1947.

Hispanic American Historical Review, The. Baltimore, Md. y Durham, N. C., 1918—. Revista trimestral. A pesar de que la calidad de sus artículos es muy desigual, hay algunos excelentes; y toda la publicación es de una ayuda bibliográfica muy apreciable.

Humbolt, Alexander von. *Political Essay on the Kingdom of New Spain.* Cuatro vols. London, 1811. Un moderno y clásico panorama de la textura del imperio hispano-americano, a finales del período colonial. También un valioso antídoto para obras tales como las de Raynal y Las Casas.

Hume, Martin A. *Spanish Influence on English Literature.* London, 1905, Un trabajo poco conocido, pero con el valor de recordarnos que el Mundo Occidental debe más de lo que se cree a la literatura española. Nuestras más famosas figuras literarias de hace un siglo, sabían ésto, pero muchas de las contemporáneas parecen haberlo olvidado.

Iglesia, Ramón. *Columbus, Cortés, and Other Essays.* Berkeley: University of California Press, 1969. Traducido y editado por Lesley Byrd Simpson.

Kubler, George y Martín Soria. *Art and Architecture in Spain and Portugal and their American Dominions, 1500 to 1800.* Baltimore: Penguin Books, 1959.

——. *Mexican Architecture of the Sixteenth Century.* New Haven: Yale University Press, 1948. Un excelente ejemplo del crecimiento literario (aunque un poco lento) de aprecio erudito de la clara riqueza de la cultura española en ultramar.

Lanning, John Tate. *Academic Culture in the Spanish Colonies.* New York: Oxford University Press, 1940.

——. *The Eighteenth Century Enlightenment in the University of San Carlos de Guatemala.* Ithaca: Cornell University Press, 1956.

——. *The University in the Kingdom of Guatemala.* Ithaca: Cornell University Press, 1955.

——. «A Reconsideration of Spanish Colonial Culture». *The Americas,* I. (october, 1944), pp. 166-178. Este artículo en particular, especialmente cuando su tema se completa con la lectura de los otros excelentes escritos de este autor, es un iluminado y agudo rechazo de esa parte de Leyenda Negra que constantemente estigmatiza a España en América con un constante y único obscurantismo.

Leonard, Irving A. *Books of the Brave: Being an Account of Books and of Men in the Spanish Conquest and Settlement of the Sixteenth-Century New World.* Cambridge: Harvard University Press, 1949.

———. *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a Mexican Savant of the Seventeenth Century.* Berkeley: University of California Press, 1929. Estos dos trabajos, como en el caso del profesor Lanning, representan los resultados de un sondeo erudito, con tendencia a modificar o rechazar la denigración de la cultura española en las Américas.

Lockhart, James. *Spanish Peru, 1532-1560: A Colonial Society.* Madison: University of Wisconsin, 1968. Una excelente descripción de la gran variedad de clases de gente que se estableció en las Américas, tal como lo he indicado en mi Capítulo II.

López de Gómara, Francisco. *Cortés: The Life of the Conqueror by His Secretary.* Traducido y editado por Lesley Byrd Simpson. Berkeley: University of California Press, 1964.

Madariaga, Salvador de. *Hernán Cortés, Conqueror of Mexico.* New York: Macmillan, 1941.

———. *The Rise of the Spanish American Empire.* New York, 1947 y 1965.

———. *The Fall of the Spanish American Empire.* London, 1947. New York, 1963.

———. *Bolívar.* New York, 1956. Estos cuatro trabajos, por uno de los más sobresalientes intelectuales españoles, son ingeniosos, muy leíbles, a menudo provocativos y ciertamente de gran ayuda a los no españoles para comprender las relaciones de España con Hispanoamérica. Una y otra vez, el autor ofrece tentadoras invitaciones a rechazar la simplicidad de nuestras preconcebidas nociones a favor de la riqueza humanística.

Menéndez Pidal, Ramón. *The Spaniards in their History.* Traducido con un ensayo de prefacio sobre el trabajo del autor, por Walter Starkie. London, 1950.

Merriman, Roger B. *The Rise of the Spanish Empire in the Old World and the New.* Cuatro vols. New York, 1918-1934. A pesar de que este trabajo no continúa la historia más allá de Felipe II, es el tratado erudito más amplio en inglés. Algunos de los materiales han sido modificados por estudios posteriores, pero generalmente, el trabajo está caracterizado por una cuidadosa objetividad y perspicacia.

Padden, Robert C. *The Hummingbird and the Hawk: Conquest and Sovereignty in the Valley of Mexico, 1505-1541.* Columbus: Ohio State University Press, 1968 and Harper Torchbooks, 1970. Una interpretación erudita que rechaza los errores «indigenistas» sobre la Conquista de México por los españoles y sus aliados indios; una nueva revaluación, necesitada desde hace mucho tiempo.

Petrie, Sir Charles. *Philip II of Spain.* New York and London, 1963.

Phelan, John L. *The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century: Bureaucratic Politics in the Spanish Empire.* Madison: University of Wisconsin Press, 1967. Una buena ilustración de las complejidades del imperio español, como lo indiqué en mi Capítulo II.

Powell, Philip W. *Soldiers, Indians and Silver: The Northward Advance*

of New Spain, 1550-1600. Berkeley: University of California Press, 1952 (reeditado en 1969). Una ilustración del hecho comúnmente ignorado, de que la conquista de México por España fue algo más que la sola historia de Cortés; y que los capitanes españoles y otros oficiales seculares, tanto como los frailes, pudieron planear y llevar a cabo una política humanística en lejanas fronteras.

Putnam, Samuel. *Marvelous Journey: Four Centuries of Brazilian Literature*. New York, 1948. Uno de los antídotos literarios acerca del error de nuestra conducta de ignorar, por tanto tiempo, la lengua y la literatura portuguesa, lo cual es una especie de insulto a las hazañas ibéricas.

Recopilación de leyes de los reynos de las Indias. Cuatro vols., Varias ediciones, Madrid, 1681. Desafortunadamente, aún no contamos con este gran trabajo en inglés. Sin embargo, lo cito aquí, como el ejemplo más notable de una gran cantidad de material oficial disponible para los que se interesen en asuntos hispánicos.

Schurz, William L. *This New World: The Civilization of Latin America*. New York, 1954. No tan completo como el título sugiere, pero sí muy útil para abrirle los ojos a un iniciado; escrito por un erudito hispanista, que era buen conocedor del mundo hispano y que francamente, gozaba del sabor de la vida hispánica.

Simpson, Lesley B. *The Encomienda in New Spain: The Beginning of Spanish Mexico*. Berkeley: University of California Press, 1950.

——. *Many Mexicos*. New York: Putnam's, 1941. Varias ediciones posteriores. Una ingeniosa y sofisticada interpretación de la acción española en América, junto con la secuela conocida como el «período nacional». Desigual, pero con muchos discernimientos penetrantes.

Ten Centuries of Spanish Poetry: An Anthology in English Verse with Original Texts: From the XIth Century to the Generation of 1898. New York, 1955. Editado por Eleanor L. Turnbull, con introducciones de Pedro Salinas.

Thomas, Hugh. *The Spanish Civil War*. New York, 1961. Un esfuerzo diligente hacia la iluminación de un tema que generalmente confunde la opinión occidental. No es la obra definitiva ni mucho menos, pero ayuda a aclarar algo de la neblina propagandística.

Whitaker, Arthur P., ed. *Latin American and the Enlightenment*. New York, 1942. Great Seal Books, División of Cornell University Press, 1961.

Zavala, Silvio. *The Defense of Human Rights in Latin America (Sixteenth to Eighteenth Centuries)*. París, 1964 [UNESCO].

——. *New Viewpoints on the Spanish Colonization of America*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1943. New York, 1968.

——. *The Political Philosophy of the Conquest of America*. México, 1953.

RECONOCIMIENTOS

> *«Una vez que una idea canonizada se hace intocable, aunque el hombre esté libre para atacarla o denunciarla, el efecto es como el arrojar un cuerpo frágil contra una fuerte muralla. En tal caso, el escritor se enfrenta con la decisión de hacerse o popular o útil —no puede ser ambas cosas».*
>
> CARLOS DÁVILA,
> en *We of the Americas.*

Será evidente para mis colegas profesionales y para las personas versadas en materias hispánicas que a veces me he apoyado sobre los estudios y escritos de Julián Juderías (España), Rómulo Carbia (Argentina), Sverker Arnoldsson (Suecia), Lewis Hanke (Estados Unidos) y en algunas de las ideas, en escritos y en conversaciones personales de Carlos Dávila (Chile). Todos ellos han hecho perspicaces y, en algunos casos, extensos y provocativos estudios e indagaciones sobre los orígenes, historia y consecuencias de las falacias hispanofóbicas. Los trabajos de Constantino Bayle y de Salvador de Madariaga (España) han tenido apreciable influencia en algunas partes de mi texto. En efecto, mi única pretensión de originalidad se basa en la manera en que he congregado las ideas de otros autores para presentarlas ante mis compatriotas y en algunas de mis interpretaciones de los efectos que la Leyenda Negra ha tenido entre mis conciudadanos. Mi obra, pues, es una interpretación destinada más allá de las aulas académicas y no está concebida como una perfecta comprobación en detalle de la clase normal monográfica. Esto deja abundante espacio para: *1)* Desacuerdo con mis interpretaciones; *2)* Estudios en inglés más completos sobre aspectos específicos de

la Leyenda y sus consecuencias; y, posiblemente, *3)* Adaptaciones de los trabajos de hombres tales como Juderías, Carbia, Bayle y Arnoldsson para el lector de habla inglesa.

En la preparación de esta obra he recibido ayuda y estímulo de muchas personas y de una variedad de instituciones. En particular quiero expresar mi agradecimiento a las siguientes:

Al profesor John Tate Lanning, Duke University, como lector crítico del manuscrito en su primera etapa, y en otras muchas formas de ayuda, estímulo y buen consejo. Al Conde Magnus Mörner, ex-Director del Instituto Ibero-Americano de Estocolmo, por su cortesía en facilitar mi conocimiento del profesor Sverker Arnoldsson (Universidad de Göteborg) y por sus muy buenos oficios. A la señora Sverker Arnoldsson, por facilitarme generosamente algunas de las notas de su difunto esposo y por su gentil hospitalidad en Göteborg. Al profesor J. W. A. van Soest, de La Haya, por valiosas ideas y conversaciones estimulantes, sobre asuntos de mutuo interés, relacionados con los orígenes y continuidad de la Leyenda Negra, especialmente en los Países Bajos. A Mr. Dale Van Every, por su crítica del texto en sus varias etapas. Al profesor Engel Sluiter, de la Universidad de California en Berkeley, por impartir tan generosamente sus extensos conocimientos acerca de la historia holandesa, especialmente en relación con España y Portugal. Al profesor Hugh Kenner, de la Universidad de California en Santa Bárbara, por sus comentarios críticos. Al doctor William L. Schurz, uno de nuestros más conocidos especialistas en la historia de Latinoamérica hasta su muerte, en 1962, quien amablemente leyó y criticó una de las primeras versiones del manuscrito. Al personal de Henry E. Huntington Library and Art Gallery, por su cortesía y ayuda; especialmente estoy en deuda con el doctor Ray Allen Billington, no sólo por su amabilidad al facilitar mi trabajo en esa magnífica biblioteca, sino también por los muchos años de estímulo y buena amistad. Estoy agradecido así mismo al doctor Robert C. Dougan, bibliotecario, por el permiso para reproducir los grabados de De Bry insertos en la edición de Frankfurt, de 1598, de la *Brevíssima relación* de Las Casas, del ejem-

plar que se conserva en la Biblioteca Huntington. A mis colegas del Departamento de Historia de la Universidad de California en Santa Bárbara, los doctores Donald M. Dozer y Wilbur R. Jacobs, por muchas referencias útiles de material pertinente. A los doctores Lucía y Lawrence Kinnaird, por comentarios valiosos. A don Ramón Bela y Armada, Jefe de la Sección de Estados Unidos del Instituto de Cultura Hispánica (Madrid), siempre generoso y amable en facilitar mi trabajo en España. Al Honorable Charles M. Teague, M. C. (del 13.º Distrito Congresional de California) y al personal de su oficina en Washington, que me proporcionaron datos sobre relaciones interamericanas recientes. Al doctor L. Brummel (Director, Koninklijke Bibliotheek, de La Haya) y al profesor H. de la Fontaine Verney (Director de la Biblioteca de la Universidad de Amsterdam), por facilitarme cortésmente mi trabajo en esas instituciones. Al señor Mynheer W. J. Avelinghe y a otros miembros del grupo del Archivo Real Holandés (La Haya), por su asistencia en varias maneras. Al doctor L. Fuks (a cargo de la Colección Rosenthaliana de la Biblioteca de la Universidad de Amsterdam y del Archivo de la Sinagoga Ets-Haim en Amsterdam), siempre amable y de gran ayuda para guiarme a través del material que él conoce tan bien y por el que tanto afecto tiene. A Juffrouw Antoinette Chauvannes (ahora señora de van Balen), quien me ayudó valiosamente en la localización de folletos y otros materiales en La Haya y en traducciones del holandés. A Mr. Lennart Palme y a Mr. J. C. van Eck, de Santa Bárbara, quienes me ayudaron en mis trabajos en Europa. A Mynheer H. J. van Meerendonk y a Juffrouw Remeinse, por su hospitalidad en el Stitching Th. Morren «Tehius voor Archiefambtenaren» (La Haya), en donde residí tan cómodamente mientras trabajé en Holanda.

Por asistencia financiera debo gran reconocimiento al American Council of Learned Societies, al Research Committe de la Universidad de California, Santa Bárbara, al William Wolker Fund (y, en especial, a su Liaison Officer, Mr. Kenneth S. Templeton, quien me ha ofrecido siempre y en abundancia su amistad y apoyo). Y sea ésta la oportunidad de dejar sentado mi profundo agradecimiento

a la Fundación del Amo (Los Angeles, California), por su ayuda generosa y su inestimable estímulo, en especial por parte tanto de su secretario, don Eugenio Cabrero, como del recientemente fallecido Marqués de Villalcázar, que han hecho mis viajes e indagaciones en España no sólo provechosos, sino agradables.

A mi esposa, María, y a mis hijas, Diana Linda y Lilia Patricia, que han sobrellevado con paciencia las ausencias e idiosincrasia de un errante profesor, les agradezco hondamente su cariñosa comprensión. Mi esposa ha llevado a cabo la tediosa tarea de sacar a máquina los varios borradores con incansable buen humor, y me ha dado su implícito apoyo en una de las faenas más difíciles, la de escuchar o leer los bosquejos experimentales e impartirles su valiosa crítica. Con dedicación especial revisó la versión castellana, debiéndosele gran parte del acierto que pueda tener en su expresividad.

Me temo que aún no he sacado todo el provecho de las lecciones que me impartieron mis sufridos estudiantes universitarios, mientras con métodos experimentales trataba de familiarizarlos con los diferentes temas de la Leyenda Negra. Sus reacciones, como audiencia cautiva, de un modo u otro, expusieron ante mis ojos las áreas de opinión popular que se hallaban más afectadas por la Leyenda, en sus ecos modernos. En cuanto me es posible en estas pocas palabras, quiero que esos mis estudiantes, sepan cuánto agradezco su paciencia y ayuda.

PHILIP W. POWELL